

Graciella, Nadia, Clelia: Río de Janeiro (Brasil): agosto-septiembre 1980

Estamos en el verano de 1980, y hoy, ahora, pasados veinte años justos en que me apresto a escribir esta viñeta, renuncio a convocar fehacientemente, siquiera en una mínima sección de su espectro, el frondoso haz de realizaciones que justificaban mi satisfacción de aquella época. A principios de febrero había leído en Granada mi tesis doctoral de Derecho, lo cual cerraba la grapa que comenzara a poner en 1953 en Madrid cuando, como tantos diecisieteañeros, junto con Filosofía y Letras *también* me había matriculado en Derecho, a instancias de mi padre, por entender él que lo de Filosofía y Letras no desplazaba suficiente entidad para que un chico – yo, sin ir más lejos – se titulase universitario y acarrease a la familia los gastos que llevaba consigo la dedicación al referido menester de la Filosofía y de las Letras.

El caso es que me sentía satisfecho y con plenos resortes a mi favor para que cualquier complacencia que con toda liberalidad se me antojara otorgarme no despertara auto-inculpación alguna en mi conciencia. Me decido a pasar el verano en Alcalá de Henares y a dejar que la dinámica ingenua y espontánea de las cosas me fuese sorprendiendo, si tales eran sus designios. Puedo decir que nunca hasta entonces había compactado tantas realidades excepcionales dentro de un esquema de normalidad rigurosa y doméstica. Aquel verano desarrolló buena parte de su andadura bajo el signo de un ambiente – como he dicho – casero. Me frecuentaba la percepción de que en los últimos inmediatos casi seis años [tiempo que dediqué a la culminación de todo el resto de mi carrera de Derecho, partiendo de un curso y medio ya aprobados en la década de los cincuenta] mis constantes vitales, mis recursos cosmo-biológicos habían escorado peligrosamente del lado del intelecto [como sagazmente me lo hizo notar Nano Becerril en una cariñosísima carta que me envió como respuesta a mi comunicarle el haber dado cima a mi segundo doctorado] y me pareció de todo punto deseable dar su oportunidad a

las razones somáticas para que se explayasen.

Por circunstancias que ahora escapan a mi escrutinio era el caso que nuestro gran mentor deportivo Luis Sánchez, "Ricardito", "Catetín", o "El Cabra", que por todos esos nombres y semi-apodos se le conoce, se hallaba entrenando más o menos oficialmente a un par de amiguetes para su ingreso en la escuela Nacional de Educación Física. Las sesiones incluían tanto tramos de carrera, como mostraciones y ejercicios de fuerza. Por las mañanas yo solía unirme a los tales menesteres gimnásticos, y lo que es más, muchas veces, por ausencia de los pupilos de Luis, hacía yo sus programas y recibía la carga entera de atención a ellos reservada, con la tanda de pruebas de rigor que comportara el esquema de entrenamiento propiamente dicho. Un día Luis me tuvo corriendo con él durante cuarenta y cinco minutos por tierra blanda, tipo campo arado, con el fin de calibrar mi resistencia. Luego hacíamos ejercicios de fuerza mediante el levantamiento y lanzamiento de piedras en moderada progresión de peso y distancia. Y cosas así que el lector puede imaginar y que se acoplaban plenamente al cultivo integral de la forma física, de la salud y de la eurtimia.

Con este panorama no es maravilla que en veinte o veinticinco sesiones que, durante lo que va de últimos de junio a últimos de agosto, acaso yo celebrara, conseguí un grado de puesta a punto como no recordaba desde mis tiempos de chaval. Aquel verano, asimismo, y aprovechando que mi sobrino Nené – como campeón de natación que era y que continuó siendo – participaba en la travesía de la Laguna de Peñalara, también me tiré yo con veteranos, llegando a la meta en segundo lugar. Con el agua yo no he tenido nunca una relación esmerada; quiero decir que a partir de los cinco o seis años he desarrollado en dicho elemento todas las imaginables evoluciones que un cuerpo humano puede desarrollar con solvencia, autonomía y seguridad; y así lo he seguido haciendo. Por vía de entretenimiento diletante he tomado parte en alguna prueba en piscina, y nunca sobre distancia de más de cien metros. Peñalara vendría a significar unos ochenta metros o así, y desde luego para todo aquel que no desconozca el asunto, es de sobra evidente que el agua te da una soberana paliza;

que hay que emplear toda la fuerza de tu cuerpo si se quiere avanzar, si quiere uno moverse, deslizarse, impulsarse hacia adelante. A mis casi 44 años chapotear y propinar "brazadas barrocas" (Vicente Alberto Serrano) tenía mucho de heroico. Las fotos que conservo de aquel día de natación me muestran provisto de una musculatura fibrosa nada desdeñable.

Pues tal era el panorama deportivo y salutífero en que me encontraba en aquel verano de 1980, ya bien entrado el mes de agosto. Algunas tardes, para completar el cuadro de actividades naturistas y de culto al cuerpo, me acercaba a la finca de nuestro querido y llorado amigo Guanís. Allí chapoteaba en la piscinilla al efecto; o bien, cruzando la carretera general, correteaba por las trochas de los campos que hoy han pasado a convertirse en superficies comerciales; o simplemente me solazaba charlando con otros amigos quienes como yo disfrutaban con la inagotable liberalidad de nuestros anfitriones.

Una de aquellas tardes aconteció que coincidí con Carlitos, sobrino de Guanís, y su mujer Margarita. Ambos trabajaban para las Líneas Iberia y precisamente acababan de regresar de Río de Janeiro. Entre broma y broma, y salvadas la cautela y sindéresis matrimoniales, Carlitos se permitió ensalzarme a su manera las perentorias, las invitantes mostraciones de las "garotas" cariocas, y cosas por el estilo. "A mi me lo vas a decir" – pensaba yo para mis regocijados adentros. Aquella conversación fue el detonante suficiente para que mi decisión se materializara. La propia Margarita se ofreció para ayudarme a gestionar el cambio de algunos cruceiros a través de los servicios del Aeropuerto de Barajas. Así lo hice. Probablemente se tratara de doscientos o trescientos dólares. Nada importante, si bien de todo punto operativo para los gastos de choque de los primeros días, sobre todo en razón de que había reservado vuelo para llegar el viernes 29, y quería estar despreocupado de los tejemanejes de cambio de dinero.

No creo que se tratase más que de una pura coincidencia el hecho de que las Ferias de Alcalá de Henares terminaban ese mismo fin de semana, el domingo 31. No recuerdo si tomé parte en algún acto

corporativo que tuviera que ver, bien con el deporte, o con, siquiera de lejos, la cultura. Más bien quiero pensar que desde mi encuentro con Carlitos y Margarita las fechas no concedían más elasticidad, y que cada una de ellas consentía la gestión que fuere. Conservo el telegrama que al precio de 748 pesetas envié al Copacabana Palace Hotel (Apartamentos) el 25 de agosto: *Please reserve Apt. 755 or similar Friday 29 regular client Prof. Ramos Orea.*

Así pues, yo disponía de cierto conocimiento, como para puntualizar mis preferencias y hacerles entender a los señores del Copacabana que se trataba de un cliente ya de dos veces anteriores. Toda una garantía. Hay un detalle sobre este viaje mío que no logro aprehender ahora en su justa valoración. Y es que, en mi conciencia, pensar entonces en Suramérica era, por el lado del divertimento sin frontera, pensar en Brasil; y por la vertiente de lo que, de forma más o menos remansada, pudiéramos entender como fijo en la institución..., estaba Chile, y concretamente Lucía. Aunque las cosas nunca podían ser como habían sido al principio, Lucía seguía estando allí, como referente inequívoco para mis incumbencias vivenciales en Suramérica... No, no recuerdo si mediante el oportuno telefonazo yo cometí la pueril demasía de participarle a Lucía que pensaba pasarme una vacación de ocho días en Río, y que... por qué no se unía a mí, haciendo de Río un punto de encuentro facilísimo de alcanzar para ella, etc., etc. Huelga decir que tal sugerencia mía iba invariablemente adobada en la garantía de que *todos* los gastos corrían de mi cuenta. ¿Era tan desmesurada mi invitación? ¿Eran tan desaforadas mis pretensiones? En definitiva se trataba de que Lucía tomase cualquiera de los vuelos, probablemente directos, de Santiago a Río, y se encontrase conmigo. Todo bajo mi advocación, a mis expensas, y ella sin salir de su... territorio, de su haza telúrica. Pero no, una vez más pequé de ingenuo. Por pequeño que fuera, no quise dejar un solo reducto de mi conciencia inexpurgado de... escrúpulos, de posibles recriminaciones. Y le hice saber a Lucía que viajaba a Río a divertirme, a explayarme, a solazarme sin más límites que los de mis propias posibilidades. Y que estaba invitada. Pero ella – como más

tarde me escribiría – había calculado muy... a lo mujer tradicional; con todas las bazas a su favor, no sé cómo decirlo, aunque creo que se me entiende igual. Lucía únicamente encontraba justificación para una iniciativa de tal calibre por su parte, en que yo planteara una teleología institucional, como si uno no tuviera bastante con todas las servidumbres que el vivir en sociedad comporta. Lucía calculó, igual que se calcula en un final de peones al ajedrez; igual que se calcula en el juego de las siete y media,... y calculó erradamente en el sentido de que el argumento único y principal radicaba en el hecho de que yo me encontraba con ganas de estar en Río, solo o con Lucía, pero en Río; y no en ningún otro lugar de Suramérica.

Salvado este pequeño escollo de miramientos de estética personal, la madrugada del viernes 29 de agosto de 1980 tomo un avión de... ¿Varig... Iberia?... ¡qué más da! en Barajas, y con el juego de volar, siquiera levemente, hacia el oeste y adelantar tramos de reloj, como si el tiempo real se hubiese escamoteado, llegué a Río a eso de las 06:00 am. en virtud de las cinco horas de diferencia existentes. Todo el ritual de los olores, de los colores, del protagonismo del ámbito asumido de golpe. Me sentía un personaje con programa, sabedor de lo que constituía mi línea de acción; y así, no me entretuve en aspectos ya transitados. Tras la comprobación de documentos salí del aeropuerto y cogí un taxi: ¡Al Copacabana Palace Hotel, Apartamentos! Los taxis han triplicado la tarifa. El Apartamento 755 que efectivamente me habían reservado ha duplicado justa y exactamente el precio desde el año anterior. Eran siete noches y casi dos días enteros los que conformaban mi estancia, y por mucho que los precios se hubieran embravecido, llevaba yo sobradísimos recursos para hacer frente a cualesquiera imprevistos. Antes de arrancar de España recuerdo que la "cutrería" de mi entorno social, de mis amigos y conocidos, quiero decir, más o menos espontánea, más o menos advenida por el inevitable pique de envidia, me habían deseado y vaticinado... ¡cómo no!, mucho éxito en mis encuentros con la carne animada de las brasileñas. Por todos, y aunque con mejor estilo y con más elementos de juicio que ninguno de ellos, Luis, el atleta, el que me

había servido de preparador físico durante el verano, con emulación de buen cuño, me sentenció al enterarse de que me iba a Río: "¡Con la forma física en que te encuentras, vaya recital que vas a dar!" Lo menciono precisamente y con toda intención porque viniendo de Luis, como digo, traía todas las garantías del exacto conocimiento de causa. De Luis había recibido yo siempre una aquiescente aprobación a lo que a mí se me ocurrió titular como "teoría del panel, salpicadero o teclado", que venía a ser lo mismo, a saber: que cuando regresaba de un viaje suficientemente exótico, y mis amigos entraban en conversación sobre aspectos del mismo, yo les decía que se imaginasen reflejado sobre mi pecho un teclado con todas las claves argumentales y conversacionales: que si querían que yo les contase mis vivencias respecto de cuestiones de tal o cual cariz, que lo único que tenían que hacer era seleccionar la tecla correspondiente, y yo a partir de ahí les complacería. Este lance lúdico tiene su origen en mis primeros viajes por Europa, frizando por arriba y por abajo en los veinte años. Confieso que me dejé sorprender en mi buena fe, en mi espontánea creencia de que el mundo compartía una buena porción de mis inquietudes de entonces. Coloquémonos en 1957, por ejemplo, en España y dos días después en el Reino Unido. En mi primer verano en Oxford, el de 1957, me ocurrieron cosas reseñables: me sorprendió ya el orden y el concierto que se guardaba en los edificios públicos, como el de Correos, donde unos pasillos con cordajes y unas líneas indicadoras en el suelo del turno de espera correspondiente, le acompañaban al usuario. Los libros abundaban, y el acceso a ellos, bien en las librerías de la ciudad, bien en las bibliotecas públicas o Universitarias concedían unos márgenes flexibles de facilidades que chocaban gratamente con la penuria existente para nuestros menesteres de estudiantes en la Universidad, también por ejemplo, donde el profesor nos escanciaba cuidadosamente mediante sus apuntes la ciencia que él hubiera adquirido en media docena de fuentes extranjeras, cuya existencia y operatividad él se daba buena maña en ocultar sistemáticamente, por si alguno de nosotros pudiera subírsele a las barbas. Ya se me entiende.

En el verano de 1957, y por una serie de incidencias complejas y justificadas, pero que no vienen al caso, perdí el barco que debía llevarme a eso del mediodía al otro lado del Canal, con el consiguiente susto por no saber que un billete de aquellos servía para el dicho servicio cualquiera que fuese la hora y el día. Como digo, cosas así que a mí me enriquecieron decididamente el espectro de mis vivencias y de mis virtualidades.

Pues bien, más de una de estas veces en que de veinteañero regresaba yo de viaje, ante la pregunta tópica de... qué tal me había ido, etc., etc., al entretenerme yo con cierto toque de emoción en pormenorizar a mis amigos mis descubrimientos y aventuras espirituales, recibía indefectiblemente una mirada de desahucio y recriminación, y acto seguido un... ¡Que no te preguntamos eso, Tomasito; que lo que queremos saber es si has follado mucho o no...! Bueno. Confieso que asumí hacer de pardillo las primeras rondas con el fin de instrumentar desde entonces la maniobra del teclado, salpicadero o panel..., y que cada interlocutor se sirviera a la carta. Con este tercer viaje mío a Río de Janeiro me pareció que mi subconsciente quería dar la justa réplica a tanto frívolo, a tanto desocupado envidioso; vamos, algo así como los azotes que da la madre al niño que llora por gusto y por fastidiar... para que lllore por algo. "Ahora sí que vais a tener fundamento – pensaba yo de mis amigos los españolitos y paisanos – para preguntarme que si he follado mucho o no".

Conservo un precioso esquema monográfico con los nombres específicos de las chavalas a quienes me follé, y el día concreto en que tal menester tuvo lugar. Esa primera jornada, día 29 de agosto, viernes, me tiré a cuatro garotas: Jaciara, Vera, Priscilla y Zaira. Las dos primeras debían de ir juntas porque la anotación en mis apuntes íntimos viene consignada con una barra entre medias de los dos nombres. Para qué insistir: En Río no había que buscar nada entonces. [Ahora, verano de 2000 en que esto escribo, no sé; más bien me aventuro a creer que el panorama ha perdido una buena dosis de atracción y de empatía]. Se encontraba todo. Era salir, pasear por

Copacabana, sentarse en alguna de las terrazas, en mi caso la de "Bolero", y dejarse ver, no esconderse, hacer que las mujeres pudieran leer en el frontispicio de toda la humanidad de uno el letrero de "estoy disponible para la aventura", o algún texto parecido.

Si aquel primer día, viernes 29 de agosto me pasé por el Consulado de España en la rúa Duvivier, no lo recuerdo. Sí tengo anotado: "Mis amigos Nieto y Puig siempre en la brecha". Ya digo que la adquisición de cruceiros que hice en Madrid me permitiría hacer frente a los gastos más inevitables de aquel fin de semana. Ese mismo día de mi llegada canalicé mis tropías de urbanidad por medio y a través de la expedición de postales a: Wences, Reinecita [mi sobrina Alicia], Carchenilla, Amparo Marín, Antonio Giménez [dueño del restaurante "Rescoldo" de Granada], Isabel Castro... [no estoy seguro, tal vez alguna chica de la Facultad, pero sin excesivo predicamento, por el desenganche de la memoria que ahora percibo]; y de una carta a la otra Amparo, la conquense, a la que por aquel entonces le hacía llegar yo efluvios de concernimiento bajo la especie de cartitas, alguna visita que otra al domicilio de sus padres en Casas de Fernando Alonso (junto a San Clemente, provincia de Cuenca), a mi regreso en coche de Granada por la carretera nacional IV, y desviándome a la altura de Manzanares...

Tengo elementos de juicio para suponer que el sábado 30 de agosto estaba yo de nuevo en posesión de todos los resortes ambientales: Los camareros del restaurante-terrace "Bolero", los mismos. Sin embargo, un cambio sí que había sobrevenido, y ello era que los dueños me dijeron ser gallegos. Por lo demás, todavía lo mismo: el negro Ramos, con su elocuentísimo parecido a Antonio Machín. También me dio tiempo a fijarme en que los restaurantes en concepto de extras de variadas denominaciones cobran el 60% más de lo que marca el plato que sea. La inflación se dejaba notar, sin que, por supuesto, en ningún momento llegara a alarmarme. Compruebo que la Sta. Liege Nabuco, regidora de la sucursalita de joyas Stern que esta multinacional mantenía dentro de las dependencias del edificio del Copacabana Palace, este año no me ha enviado invitación alguna.

Claro. Al ver que durante dos años consecutivos no les había comprado ninguna piedra, parecieron por fin entender el mensaje, y ya no me cursaron la invitación protocolaria de rigor. Se lo agradecí porque así me evitó urbanidades hipócritas.

El 30 de agosto, como digo, caía en sábado, y – bien lo recuerdo –, además de la afluencia normal de cualquier día de la semana, la playa de Copacabana, prácticamente toda ella, desde el Hotel Meridien hasta el Río Palace, se hallaba concurrida por numerosos amantes del "jogging", cubriendo un arco de edades constatablemente completo, quiero decir, desde chavalillos hasta hombres y mujeres senescentes, estos últimos predominantemente de extracción europea. Los mulatos y, a partir de ellos las criaturas de color aún más oscuro se me aparecían siempre como llevando la locomoción dentro de su cuerpo; como si el movimiento les fuera consustancial. Sí, siempre me pareció que había gente corriendo, haciendo *jogging* por la línea de playa o promenade. En mis visitas anteriores, por tratarse de una primera escala, no había lugar para echar de menos el llevarse las zapatillas deportivas, ya que cargar con ellas por toda Suramérica parecía a todas luces una desproporcionada servidumbre; ni tampoco esta tercera vez estaba muy de acuerdo con las circunstancias, ya que mi diseño compensatorio, de vacación, apostaba más fuerte por el hedonismo estático, por el "verlas venir" desde el tolo instalado en mi coto amplio y particular de caza. Precisamente de lo que acaso hubiese yo pecado aquel verano de 1980 fuera de liberalidad con el atletismo; así que no era cuestión de recriminaciones respecto de los ocho días que me había propuesto pasar allí. Otra cosa es que me prometiera para futuras visitas y estancias en Río traerme las zapatillas entre los artículos menos renunciables del equipaje.

Recuerdo que me había ido andando, paseando, alejándome del Hotel Copacabana en dirección, digamos, hacia Ipanema; y que a la altura del espacio comprendido entre las rúas Siqueira Campos y Figueiredo Magalhães, sentadas en un velador de una terraza – una cualquiera entre las muchas que jalonaban la Avenida Atlántica – se

hallaban tres chicas jóvenes, que formaban un conjunto atractivo y sorprendente, tanto por el hecho de tratarse de tres chicas evidentemente jóvenes, y "good-looking", bien parecidas, en una primera y fugacísima impresión, como por el hecho de que entre las tres cumplimentaban la gama de coloración más representativa y más completa del elemento étnico del Brasil: una era rubia, clara, que podía pasar por europea nórdica; otra, mulata, con una proporción de negro perfectamente asumible por sus rasgos finos, buen chasis – así me lo pareció –, preciosa dentadura [me daría cuenta con más detalle momentos más tarde], etc.; y la otra, la tercera, ligeramente la más corpulenta, una típica india de tonalidad clarita, carne levisísimamente oscurecida por una luz como de envero sombreado... Eso fue lo que percibí en aquella inspección de urgencia. Como siempre, y hallándome solo, no podía delegar en nadie ni en nada el tipo de gestión que fuera para abordar a las chicas. Me sorprendí yo mismo deteniéndome un momento frente a su velador, a unos tres o cuatro metros... Alguna de ellas se sonrió, estoy seguro; yo me sonreí; ellas se miraron entre sí, y la sonrisa ya circuló libremente. El punto de apoyo ya se había establecido y ahora sólo se trataba de instalar la palanca y calibrar el brazo de potencia.

Graciella era la india clara; Nadia, la mulata oscurita; y Clelia, la rubia. Llegué inmediatamente a algún tipo de acuerdo con ellas, que no era otro sino el de que se vinieran a follar conmigo a mi apartamento. Por su parte, encantadas las tres. En el tramo de paseo desde la terraza donde las encontré, hasta el Copacabana, mi mente no pudo por menos de discurrir sobre el fabuloso panorama que reinaba en un sitio como aquél. Resulta que uno va andando; que uno se cruza con una multitud escalonada de criaturas preciosas, y resulta que por lo que a ellas respecta, no hay veto ni prohibición para el encuentro íntimo. El único impedimento más bien habría que encontrarlo en la natural incertidumbre que endémicamente nos aquejaba a quienes como yo nos habíamos desarrollado dentro de un esquema de nacionalcatolicismo domeñador de las tendencias más esperables por parte de alguien joven, saludable e investido de buen gusto. Lo que

quiero decir es que en principio tuve que vencer el innegable obstáculo, supongo que pequeño pero... a fin de cuentas, innegable... y obstáculo, de abordar por las buenas en plena vía pública a tres ciudadanas, tres chavalas de Río... con el improbable, pero no imposible, riesgo de recibir yo una reprimenda por mi falta de tacto. Aquí un españolito ignorante y papanatas hubiera aireado triunfante su sin par conclusión de que... "todas las mujeres"... No; aquí no se trata de que todas... o de que ninguna. Se trata, eso sí, de que la gran mayoría de las chicas tienen abierta la cancela de su intimidad, y no ponen objeción a que dentro de unos parámetros de cordura, civilidad, e interés mutuo ciertos hombres procedamos a entrar con todos los predicamentos a nuestro favor.

Así con mis tres nuevas amigas. Aquellos tres volúmenes de carne agraciadísima hubieran traspasado el alcance de mi incumbencia viril, se hubieran diluido en la nada, de no haber sido por ese empujón invisible de la lucidez espontánea que le permite a uno ponerse en contacto con ciertas realidades sobresalientes. Mis apuntes de aquella jornada son escuetos: me follé a la india Graciella y a la mulata Nadia; y con Clelia, la rubia, que tuve que dejarla para postre, no me pude correr [I didn't come, digo en mis notas de resumen]. Las tres eran unas preciosidades. Graciella tenía unas tetas testimoniales, hermosísimas; fue la primera con la que me puse a follar, delante de las otras dos. Al cabo de un rato, y después de haber dejado pasar lo que creí un prudente tiempo de recuperación, tumbé a Nadia sobre el lecho y la penetré con todas mis fuerzas, con la oculta intención de que ella no se sintiera minusvalorada en razón de su color, y por mor de la competencia que sus dos amigas pudieran significar para mí. Nadia se sintió halagada, extremando sus deseos de entrega y su colaboración en la cópula. Las tres habían pasado al cuarto de baño, se habían duchado y aseado, y aparecían limpísimas, fragantes en su higiene. Cuando me quedé con Clelia, las otras dos se retiraron al salón. Pero ya digo que no me pude correr. Habían sido demasiados ordeños. Aunque no me importó en absoluto. Jugué, jugamos, me chupeteó con devoción y conocimiento; me recorrió con asunción y con un

enfervorizado deseo de agradar. Pero no pude correrme. No me importó...

No lo tengo registrado, pero debí de acordar algún tipo de contacto o posibilidad de contacto para los días venideros. Serían las primeras horas de la tarde cuando se marcharon de mi apartamento. Me quedé un rato descansando, relajando el cuerpo y dejando que la mente se ocupara de los asuntos que más la distendieran, y por donde más y mejor campara por sus respetos. Seguía entreteniéndome en recrear la forma en que se había producido el abordaje de Graciella, Nadia, y Clelia; ese tipo de espontaneidad tan poco probable en España y tan impensable, no digamos, en sitios como los USA y Canadá, por ejemplo, y sin ir más lejos, y por tratarse de predios muy bien conocidos por mí. De todo ello deducía yo fácilmente que una cosa era el tipo de chicas que esperasen posibles clientes en un piso; y otra el sin fin de criaturas normales, ciudadanas como mis amigas, que *no* se ofrecen, pero que son virtualmente, potencialmente asaltables y taladrables.

Seguramente estaría un buen rato descansando, y a eso de las cinco bajaría al "Bolero" a hacer una comida-merienda-cena. Los camareros, ya dije que son los mismos. Casi enfrente de la terraza han instalado un surtidor de carburante de "alcohol". Se estaba hablando mucho por aquel tiempo del alcohol como alternativo de la gasolina y del gasóleo. Brasil podía permitirse la instrumentación de cualquier derivado en virtud de las inmensas plantaciones de... lo que fuere, en este caso caña, que estaba en condiciones de explotar. Parece que el alcohol costaba menos, pero también rendía menos: digamos que un litro sólo le permitía rodar seis o siete kilómetros a un VW de los antiguos. Creo que pasados unos años de euforia, los costes de producción y el bajo rendimiento aconsejaron desistir de dicha fuente opcional de energía.

Oigo el romper de las olas en la playa, igual que una sucesión de talegazos dejados caer a lo largo de la línea de Copacabana. El patrón de vida que mejor se adecuaba a mis disponibilidades y propensiones era el de las dos comidas básicas: el desayuno, y otra

más a lo largo del día, donde y cuando mejor lo pidiera el cuerpo, normalmente entre las 16:00 y las 17:00 pm. Reconozco que dicho régimen contravenía las pautas dietéticas tenidas siempre como recomendables, y que no son otras sino las de ingestión de pequeñas cantidades el mayor número espaciado de veces, como la ocasión lo determinase. Pero claro está que dicho sistema mal sé compadecía con los opíparos desayunos cariocas, pues, independientemente de lo que uno hubiera sugerido la noche anterior, el camarero traía una mesa surtida de todos los componentes posibles y contrarios a la frugalidad. La abundancia de vituallas a la vista era desde luego la mejor invitación a comenzar el día con las calderas a tope de combustible. Y por lo que respecta a la comida del resto del día, había que considerarla como rato de contemplación, de acto social, de remanso reflexivo; todo lo cual mal me parecía avenirse con la brevedad refaccionaria del ocasional canapé, o de la merienda "light".

Buena parte de lo que quedaba de aquella tarde del 30 de agosto debí probablemente de pasarlo sentado en la terraza del "Bolero". No se olvide que estamos aún en invierno; que los días ofrecían una moderada cantidad de luz, y que la temperatura se situaba en los aledaños de los veinte grados. No puedo distinguir a "Cristiani (india negrita)", como aparece en mis apuntes, la cuarta chica con la que me acompañé aquella jornada, y el tercer polvo llevado a término que celebré.

El 31 de agosto, domingo, me resultó aciago y en extremo alarmante. Acaso se tratara del momento en que hiciese uso del cuarto de baño para la sesión inicial de aseo de por la mañana. Acompañado de un discreto picor, aunque esto me pareció poco relevante, observé que de mi uretra, y a una ligera presión por mi parte, salía una babilla gris... como goma de pegar, de esa que llaman arábiga, sólo que..., no, no, de ese mismo tono. ¡Arrea! – debí de pensar. ¿Qué me está ocurriendo? El susto fue morrocotudo. El típico proceso apelmazado en una sola emisión reflexiva que se presenta el pensamiento era, seguía siendo... ¿cómo me puede ocurrir esto a mí? Que les pasen estas cosas a los demás, bueno; pero ¿a mí? Me enfrenté con la desagradable

realidad de tener que servirme de los oficios médicos. Bajé a Recepción, y pretextando tener que consultar algo sobre validez de vacunas, le pregunté al amigo Branco por algún dispensario de urgencia por allí cerca. Había uno, en la Avda. Nossa Senhora de Copacabana, y bajo su advocación, allí me encaminé. Me recibió un médico joven, y al pedirme que me apretara el glande y ver la baba que salía, dijo: "Gonorrea", con un gesto que yo interpreté como de poquísimo interés por un diagnóstico tan elemental, tan parecido a la dificultad que en mi caso hubiera supuesto la identificación de un verso endecasílabo bien medido. "Gonorrea". Pero si yo... ¿Cómo podía ser eso? ¿Qué norma había yo contravenido? Nunca bajé la guardia con las cosas de la intimidación psico-somática, y ahora, en Brasil, lo mismo, acaso con más consciencia aún. ¿Entonces? ¿Cuál podía ser la explicación, la etiología? A pitón pasado, lo que en su momento no nos encendía ninguna luz roja de admonición.., a pitón pasado, digo, nos parece contener todas las posibles causalidades para nuestras aflicciones. ¿Pudo tratarse, acaso, del cuarto polvo del primer día, del día de mi llegada? A pitón pasado, siempre a pitón pasado las realidades generan iluminaciones radiantes, soluciones incontestables, todo... pero eso... es precisamente lo malo... que es a pitón pasado. Sí, tal vez se tratara de Zaira, la cuarta chica de aquel día inicial, de aquel 29 de agosto. Recuerdo que me había yo retirado a mi habitación y que había dado la jornada por concluida. ¿Cómo demonios supo aquella garota quién era yo, y dónde estaba? Porque es el caso que los empleados del Hotel Copacabana, como quiero creer que la gran mayoría de gentes pertenecientes al turismo en general, y a la hostelería en particular, eran discretos, fiables, nada dados a la chusmería, y menos aún en un sitio tan representativo como el Copacabana Palace. Por lo que fuere, la referida chavala debió de sorprender la buena fe de los empleados de la Recepción de noche, y se llegó hasta mi habitación. Una vez más se volvió a convocar la tan frecuentemente citada ecuación de "necesidad, ninguna; ganas, escasas; curiosidad, la que sea". Me dejé abordar y consentí aquel cuarto encuentro que tuvo necesariamente que atragantárseme; tuvo

necesariamente que generarme la secuela negativa que fuere... por el lado de la descompensación..., supongo, sólo supongo. Y a continuación la mente se enredaba en ponderar y sopesar capacidades y realizaciones; y siempre, al final del recorrido indagatorio se alzaba entre incrédulo, retador y mortificante el... ¿a mí; que me pase a mí esto? Probablemente en aquella ocasión tuvo lugar la quebrazón, la rompedura en cien mil millones de pedazos de alma, uno de los más grandes y más pertinaces espejismos que quizás conformaran mi personalidad, ese especialísimo e intransferible modelo de genes por el que queremos distinguirnos de los otros, de los demás, de todo aquello que no es nosotros mismos, nuestra mismidad. Yo siempre había pensado que mis capacidades físicas no tenían final, no sufrirían nunca una merma en sus manifestaciones, en sus prestaciones y rendimientos. Aquello parecía haber sido el "alter ego" de mi conducta, el *leit motiv* de mis percepciones como individuo entre el resto de congéneres. Sí, fui víctima ingenua del inasumible optimismo de que "aquello" no se acababa nunca, considerando "aquello" como la serie inacabable de servicios más o menos cruentos, más o menos agradables, pero siempre consumidores de energía, que yo le había venido demandando al cuerpo desde... siempre.

Como una procesión de mortificantes imágenes se me sucedían ahora las realidades... Con veinte años, y pongamos por caso, en verano, puesto que de verano estamos tratando, por las mañanas me solía solazar con una sesión agreste de río, en la que se incluían toda serie de mostraciones de fuerza y energía: nadar del "muro" a la presa, y de la presa al "muro"; luego, subir a paso ligero el cerrete así llamado "Mal Vecino", allí enfrente; y tomar parte en toda suerte de actividades a lo "maverick", a lo salvaje, como tirar piedras, o lanzar una especie de jabalina tosca, y trepar a los árboles, y echar carreras; luego, comer en casa; acaso, más tarde, disputar un partido de fútbol entre grupos de amigos; luego, si se terciaba, – y que sí, sí que solía terciarse – me escapaba a Madrid a echar un par de polvos; y por último, de regreso a casa, comenzaba lo verdaderamente arduo de la jornada, y que no era sino ponerme a estudiar cualquiera de las

variadas materias tanto de Filosofía y Letras como de Derecho, carreras en las que me embarqué simultáneamente como otros muchos mozalbetes de mi época y condición. ¿Entonces? Pues entonces era que, si bien mantenía una notabilísima forma física, ya había dejado muy atrás los veinte años, y que al templo del cuerpo le había salido una gotera, una goterita, tan sólo como advertencia de que las cosas tenían final. ¡Gonorrea! Claro, había sido mucho esfuerzo, demasiado: el jueves 28 en España, de preparativos; toda la noche del jueves al viernes en el avión; todo el día viernes, de llegada, y ya aquella avalancha de encuentros. Sí, tuvo que ser la inoportunidad, la intemperancia, de mi cuarto y último "cuerpo a cuerpo", el que celebré con Zaira, la viciosa melosa que – previa llamada telefónica, dicho sea esto en honor a la verdad – se me coló en mi habitación, y a la que no supe decir que no. Fue a todas luces un consumo de energía inusual, innecesario, desasido de proporción y de prudencia. ¡Conque gonorrea! Bueno, pues dígame Vd. qué tengo que hacer. El joven galeno me prescribió unos antibióticos convencionales, con las típicas pautas de ingestión, junto con otras cápsulas de profilaxis y limpieza general de las cañerías urológicas. Cuando le pregunté al médico que cuánto le debía por la consulta, él me preguntó a su vez que dónde me hospedaba, y yo no caí en que de aquella indagación dependía el coste de los servicios de la clínica. Le dije –quién sabe lo que se piensa entonces... que a uno le puedan querer contactar para cualquier detalle–, le dije que en el Copacabana, y cuando me señaló a continuación que eran 2,500.- cruceiros el coste de la consulta, advertí que acaso no hubieran pasado de mil de haberle dicho yo que me hospedaba en algún otro hotel más... turístico, menos opulento, de los de por allí cerca, como, por ejemplo, "Los Bandeirantes". No pude dejar de observar tampoco lo que me pareció el típico gesto de aquel médico joven ante un caso convencional de incontinencia del extranjero pudiente, que toma a Río de Janeiro como el conglomerado de más concentración del mundo de chavalas follables...

Les pagué, les di las gracias, me despedí, compré las medicinas en una farmacia cercana, me recogí en el hotel para hacer la primera

toma con arreglo a las pautas prescritas..., y sobre todo... para reflexionar y situar las cosas en su justa perspectiva. Era domingo, 31 de agosto, y probablemente lo pasé en el apartamento, escribiendo, ajustando mis ideas y procurando que ninguna instancia de obcecación o desconcierto bombeara a mi alma más aflicción que la que la dinámica de los acontecimientos me estaba significando. Me repetí con énfasis especial lo que el médico me había dicho: que mi afección era lo más leve de todo el muestrario posible de contrariedades en estos temas. Confiaba en aquel diagnóstico, a saber: que en cosa de 24 horas la pequeña malignidad quedaría controlada, para desaparecer por completo en otras cuarenta y ocho... y que,... excepto por mi sentido natural de la situación, y por mi propia percepción de mi estado integral, aquel ligero contratiempo no me inhabilitaba para seguir manteniendo encuentros íntimos..., siempre a mi discreción. Bueno. Parece que la cosa no estaba tan mal como en un principio me había imaginado. Me tomé, sí, la primera dosis de las medicinas prescritas, con la natural incontinencia de pretender... que, bueno, que me hiciera efecto desde ya..., desde aquel mismo instante. Tengo reseñado en mis papeles el siguiente apunte: "Me paso todo el día mirándome la polla, a ver si me sigue saliendo baba gonorreica. Mi aprensión es enorme".

El día 1 de septiembre, lunes, descubro que las pastillas antisépticas que, junto con las de antibióticos propiamente dichas, me recomendara el médico, me hacen orinar encarnado, lo más parecido a tinta. Desde luego que pocas incidencias más escandalosas que ésta, a la hora de tener contactos con las chavalas. Me hice a la idea de extremar el cuidado para no coincidir en el cuarto de baño con ninguna de mis compañías, en los ratos de higiene tanto preparativa como terminativa de la sesión. En parte por efecto de las medicinas, en parte como resultado de mi naturaleza aprensiva, el caso es que me siento disminuido de fuerzas. Con todo, a las 24 horas de comenzado el tratamiento, percibo que mi secreción anormal se ha estabilizado, lo que quiere decir que a partir de ese momento sólo es imaginable esperar una mejoría en progreso creciente. Tengo registrado: "Creo que de no haber sido por mi buen estado físico (entrenamientos con

Luis) no hubiera soportado la dosis de antibióticos". Y era cierto. Hay un punto crítico desde el cual, una vez alcanzado el paralelo más alto de desánimo, arranca necesariamente el proceso de recuperación. En la relación de encuentros tengo el siguiente apunte: "Marcia Cristina (polvo y segundo intento)". Lamentablemente se me ha centrifugado tanto el perfil identificativo de esta chica como las circunstancias en que nuestro contacto se arropara. Mediante un taladro voluntarioso en la memoria, quiero creer que se trataba de una chavala de color, finita y dulce, preciosamente proporcionada, inmaculadamente vestida, persuasiva y hechicera, que una vez expeditados los trámites previos de la ducha, se abrazaba a mí y se cobijaba con su carita pegada a mi pecho.

Aquel lunes también tuve que realizar la gestión de contactar con dos de mis amigas de mi viaje anterior, Beatriz y Fernanda. Conservo un apunte específico en una de las hojillas donde se contiene, en síntesis, mi relación de encuentros: "Avda. Prado Junior 330 # 803", y un número de teléfono. Tenía que tratarse de la dirección y el teléfono de referencia que mis amigas me habían dado. Tuve que concertar una cita con... lo que a mí me pareció entender como las dos de ellas para el día siguiente, ya martes 2 de septiembre. Mi recuperación era ya un hecho. Había dejado de segregar baba pringosa, y el analgésico colorante lo sentía ya como la mejor de las limpiezas, como si lo escandaloso de su apariencia fuese muy en consonancia con sus propiedades reparadoras de todo aquel desaguado. Recuerdo a la perfección algunos detalles, como que me puse mi traje de alpaca y seda, azul marino, y unos zapatos negros de vestir que me había llevado para cualquier ocasión especial, tal y como se me antojaba a mí el encuentro con Beatriz y Fernanda, tan propicio y tan recordablemente invitante se me antojaba la ocasión pasada en que me crucé con las dos chicas junto al restaurante de la pérgola, al lado de la piscina del hotel.

No sé si entonces..., quiero creer que más tarde, algunos días después, fue cuando me percaté de que la Avda. Prado Junior gozaba de la típica fama de desapego y concernimiento negativo como

correspondía a una "zona roja", en el mismo corazón de Copacabana, allí mismo, a unos quinientos metros de mis Apartamentos. Me encaminé vestido, como digo, en plan dandy, y una vez más, siempre una penúltima vez más se me apareció la enorme quiebra, el espeluznante hiato entre la presencia esmerada, plena de acabado y natural acicalamiento de tantas chicas jóvenes – como en este caso, y como ejemplo, habían comportado Beatriz y Fernanda – y la estrechez menguada, sórdida, rayana en la desposesión e indigencia, de los habitáculos donde aquellas criaturas moraban. Aquí se patentizaba el principio de que miles y miles de personas preferían disponer de una yacija y de cinco metros cuadrados de espacio en mitad, quiero decir en pleno centro, de una urbe como Río, que no verse desplazados a los inmensos suburbios de favelas de los inabarcables extrarradios. Así me pareció aquel bloque de pequeños apartamentos. Llegué a la puerta correspondiente y me abrió Fernanda. En los escasos instantes en que allí estuve sí me di maña a comprobar que aquel pisito lo compartía con tres personas más, puesto que ví dos juegos de literas dobles, en una habitación de no más de diez y seis metros, desde la que se accedía a una diminuta cocina, cuyo nexo, a modo de ensanche, servía de comedor y sala de estar; otra puerta más adentro indicaba el cuarto de baño. En total. En total no llegaría a cuarenta metros. En la rápida ojeada que arrojé a todo aquel conglomerado compacto que supuse que significaba la vivienda para cuatro personas, creí observar algo de desorden, reflejo de la imposibilidad de que cada cosa permaneciera colocada en una posición ideal de espacio. Y ahí radicaba lo pasmoso: que estas chicas que salían de aquellas madrigueras rayanas, como digo, en la sordidez, de un lado, nada exteriorizaban en la calle como para impedir que cualquiera de nosotros las imaginara habitantes de una mansión dotada de las comodidades y hasta de la opulencia que fuere; y de otro lado, la notabilísima condición de que estas chicas, una vez en un sitio tan señalado como mi apartamento, no daban muestras de extrañeza; quiero decir, que no se dejaban llevar por exteriorizaciones de incontinente arrobo o de lisonja servil. Es como si estas gentes en su dignidad tuviesen asumido mucho mejor que

nosotros, europeos pudientes, los bandazos del péndulo, la crueldad de las leyes sociales, por las que a ellos, en lo relativo a vivienda, les había tocado una patente estrechez, mientras que a otros, a mí sin ir más lejos, se nos había reservado una afluencia de medios, en comparación.

Me dice Fernanda que... Beatriz había desaparecido; así, desaparecido. Y si esta expresión en un principio me hubiera parecido inaceptable, en aquella tercera visita a Río – y teniendo muy presente el dédalo artificioso y contumaz en que me vi envuelto en mis intentos frustrados de encontrar a Yvette en mi anterior viaje – ahora, digo, lo entendía. Beatriz había desaparecido, o por lo menos su localización no era posible entonces, y sólo quedaba Fernanda. Bueno, no era cuestión de enredarse en filosofías.

Nos encaminamos a mi apartamento. Fernanda me pareció muy otra desde la vez pasada; y eso que sólo habían transcurrido un poco más de siete meses. Muy avejentada, muy caída, muy venida abajo, sin dejar de seguir siendo atractiva. Me fue contando las dificultades de vida para el trabajador no especializado; acaso se considerase ella alojada en dicha categoría. La noté triste, y me puso triste. Con todo, llegamos al Apartamento: "A Fernanda la eché los dos polvos con condón" – reza una nota mía. ¿Quiere ello decir que yo alguna vez hubiera celebrado penetración sin la goma preceptiva? No lo creo. Más bien supongo que en vista de mi situación extremaría en todo momento llevar mi instrumento encamisado. Sí recuerdo que entre polvo y polvo, al levantarme e ir a lavarme y a orinar, me quedé estremecido de anonadamiento y de pensar en el susto que se habría llevado la buena criatura de Fernanda de haber visto aquel chorro de líquido rojo. Al fin, todo salió mejor de lo que yo en principio conjeturé. Un poco así, como por mantener vivo el tono de entusiasmo que había presidido nuestro encuentro original, ya digo que celebré dos veces con Fernanda; pero la percibí algo más ausente, menos colmada de la espontánea e ingenua fragancia de mi coincidir con ellas dos; porque, para bien o para mal, casi todas las emisiones de espíritu se fundamentan en un prístino referente desde cuya perspectiva y

vigencia nosotros asignamos entidad, validez, a las cualesquiera mostraciones posteriores. Había que quedar bien con aquella chica, y quedé... mejor que bien. Me agradeció vivamente el magnífico regalo que la hice. Además, me había llevado de España cerca de una docena de abanicos, de esos comprados a granel, en Granada en este caso, sin que por ello desmerecieran en su calidad y en el aprecio que respecto de su impacto y significación pudieran esgrimir las amigas así homenajeadas con semejante obsequio. Le regalé el último que me quedaba a Fernanda, ya que mis anteriores encuentros habían dado buena cuenta de ellos, sin por otra parte caer en la típica falla de regalar a troche y a moche en las primeras rondas, y sentirme dolorosamente falto de alguna unidad para lo que siempre se nos aparece como caso "especial".

El miércoles, tres de septiembre, pude, para tranquilidad mía dar por superado el sobresalto de mi gonorrea. Creo que todo había funcionado a la perfección. El color de mi orina, más que nada, después de beber cerveza, siguió durante un par de días más de un encarnado rabioso y ofensivo, por efecto del analgésico, pero dejó de rezumar babilla por la uretra y doy por concluido el asunto. El camarero del Apartamento, como si hubiera estado en el secreto, me reforzaba el desayuno con un concentrado especial de zumo de papaya y algo más, que él llamaba pura y simplemente "vitamina" y que estaba realmente rico, sin que, claro está, ninguna de las otras cualesquiera vituallas y bebidas desmerecieran del combinado que el servicial del camarero, por su cuenta y sin haberlo yo solicitado, me estaba sirviendo.

De nuevo la falta de un diario en regla, trabado, en el sentido de la minuciosidad secuencial, me impide colocar en el cruce de espacio y tiempo precisos el rosario de aconteceres con los que amenicé mis últimos cuatro días en Río. Sé que estuve comiendo con Juan Nieto y con el empleado del Consulado, y amigo suyo, Puig, en el restaurante "El Cid", probablemente en la confluencia de las calles Barata Ribeiro y Belford Roxo, o ahora que compruebo con más atención un plano, acaso se tratara de la esquina formada por las Min.

Viveiros de C. y la Carvalho. Aquel establecimiento también se especializaba en carnes a la brasa, sabrosísimas. Como aperitivo, y entre otras cosas que decliné, servían huevecitos de codorniz, que en opinión autorizada de Juan, y también de Puig, abundaban en propiedades tanto tonificantes como enardecientes; tanto reparadoras, restauradoras de los desgastes de energía, como propiciadoras de un tono afrodisíaco.

La conversación con Juan Nieto siempre era reconfortante en extremo: jamás podría yo contar en Río con una ayuda tan veraz y tan cercana como la que me dispensaba Juan desde el Consulado español. Su información era eficazísima. Acaso me sirviese una vez más del cambio preferente de dólares USA por cruzeiros que a través del Consulado él podía instrumentar. En cualquier caso tengo apuntado: "Es conveniente, a efectos de cambiar, operar con billetes de 100.⁰⁰ \$ USA".

Fui a ver el "¡Oba Oba!", revista musical y de variedades. Nada de particular, después de haber presenciado "Sambão & Sinhá"; tal vez mi ratificación de que cuanto más "artistas" sean las mulatas, menos agraciadas me han parecido dentro de mis concepciones estéticas. Tienen muchas de ellas la cara como de mona, característica que no pueden soslayar por mucho contoneo y cimbreo le despachen a aquél que las mire.

Todo mi tiempo libre, quiero decir, flotante entre los bloques de menesteres más o menos acomodados en razón de las horas del día, lo pasaba sentado en la terraza del "Bolero". Desde allí reflexionaba y tomaba notas, casi siempre mentales, a veces en un trocito de servilleta, o de papel que llevase conmigo al efecto. Río se continuaba a sí misma. Me fijó en que las braguitas de los bañadores de las chicas son triangulitos sucintos. Continúan los golfillos de la calle, devenidos limpiabotas, con el truco de dejar caer un pegote de grasa o betún en el zapato del viandante y propiciar una limpieza de calzado no solicitada. La música de Roberto Carlos impera en los cassettes que lanzan sus melodías desde dentro de los establecimientos. Por toda la Avda.

Atlántica, en la línea de los veladores, terrazas y restaurantes, proliferan los vendedores de cestitas, flores, juguetería, cacahuetes, lotería. Y también de vez en cuando se nos deja caer alguien con cara de profesional que desparrama en nuestra mesa un taleguito de piedras coloreadas y nos las ofrece como si de una ganga se tratase. En casos así, yo ponía buen cuidado en no exteriorizar signo o ademán alguno que el vendedor pudiera interpretar como minusvaloración de sus productos; más bien, cargaba la baza en el sentido de que no tenía ninguna mujer fija que me esperase..., y que, además, yo no entendía de aquello; que lo encontraba muy bonito pero que prefería esgrimir mi criterio valorativo sobre chicas de carne y hueso que por allí circulasen. Me percaté de que el portugués-brasileiro puede ser una de las lenguas más incomprensibles, cuando nuestro interlocutor enfatice las nasalizaciones. Con una de las chicas "go-go" del "Bolero", con quien una tarde me hallaba charlando yo en la terraza, tuve ocasión de constatar el hecho de que el brasileiro, como digo, puede ser uno de los lenguajes que menos entienda uno, precisamente en razón de que sus afinidades con el castellano suelen traducirse en confusión. Recuerdo que la joven, con la que me encontraba yo de canturreo de diversas melodías y variados intérpretes, me preguntaba que si conocía a... bueno, aquí querría yo imitar fielmente los sonidos que aquella chavala emitió. El caso es que se trataba de Roberto Carlos, y yo, al entender algo así como... "Gobetu Cagu", le dije que no, para deshacerme en excusas minutos después cuando me di maña a adivinar de lo que se trataba.

¿Cómo me volví a encontrar con mis tres amigas del segundo día? No lo tengo fijado en mis notas, pero asumo que fue a través de Nadia, la mulata, la más oscurita de las tres, que trabajaba como secretaria, y que me había dejado el teléfono de su oficina. El caso es que aquel miércoles, tres de septiembre, Graciella y Clelia, la indiecita y la rubia, fueron juntas a verme y a estar conmigo; y más tarde, ya al final del día se pasó Nadia por el apartamento. De manera tan galana, mitad diseñado por mí, y mitad traído por la dinámica natural de nuestras respectivas circunstancias, quedó establecida entre nosotros

cuatro una especie de iguala. Nos pareció encantador el concierto. A ellas les fascinaba disponer de una contraprestación tan sabrosa a cambio de sus servicios tan cómodos, tan incruentos. La combinación de las tres, espaciadas, administradas a lo largo del día, me pareció la cuadratura del círculo. Nadia, como dije, trabajaba en una oficina, y así, vagamente, era la que disponía de su tiempo libre al final de cada jornada. Clelia y Graciella no parecían trabajar en nada; o acaso se hallaban de vacaciones respecto de los menesteres que fueren. ¿Cómo no se me ocurrió desde un principio? Aquello, además de portar una patente de riguroso acierto, de perfección de diseño, era hasta lúdico, hermanaba nuestras mutuas expectativas. A mí me gustaban las tres; me gustaban mucho porque configuraban un espectro de feminidad bastante completo, cubriendo las tres franjas étnicas más afines con la realidad histórica de Brasil; más representativas de su raza: lo europeo, lo indio, y lo mulato. Cuando los cuatro de nosotros cerramos... por así decirlo, el trato, nos pareció que habíamos ensanchado los cauces de las relaciones humanas. Follar con ellas era una fiesta. Aquel miércoles, siempre aquel miércoles, Graciella y Clelia fueron juntas a mi Apartamento, y era un verdadero regocijo tenerlas medio vestidas, medio desnudas o desvestidas, celebrando los tres. A Graciella me la solía follar desde detrás: tan opulenta era la magnificencia de sus tetas que, dejando posadas y adheridas a ellas mis manos, enguilado como me hallaba, y cosquilleando su espalda ora con la lija incipiente de mi barbilla, ora con mi lengua y mis labios, la chica exteriorizaba toda su complacencia, estirando sus brazos hacia detrás y asiéndome, abrazándome y haciendo más estrecho nuestro consorcio y más perentoria la instancia de mi penetración. Clelia, la rubia, se ponía detrás de mí y me acariciaba por donde podía, merodeándome con sus dedos y con su lengua mi orificio anal y restregándome los pezones y el pelo, un pelo rubio y precioso, por los hombros y los flancos. El polvo así, de pie, a lo bestia, lo solía celebrar con Graciella: era una contribución al salvajismo, a lo selvático. Luego, pasado el rato preceptivo de recuperación, y mientras Graciella se quedaba por allí, holgazaneando, comiendo chucherías y mirando la

T.V., Clelia y yo nos retirábamos al dormitorio. Fue a ella a quien oí por primera vez, y al verme en la guisa que se imagina el lector, la expresión "estar armado" en el sentido de lo mismo que en España: tenerla crecida y dura. Clelia era una consumada cortesana: no sé si fue aquel mismo día, aquella misma sesión, cuando, debido a un cálculo inexacto en mi tiempo de recuperación, no podía llegar al final; por más que lo intentaba, mi miembro no adquiría el grado de enhestamiento requerido para la convocatoria del semen. Aquella mujer hizo lo indecible: se quedó quieta, jugueteando tan sólo con sus dedos; luego me felacionó de todas las maneras posibles, uniendo a sus manejos las más persuasivas sonrisas, decidida a que yo consumase con ella y en ella, como si le fuera la vida. Cuando en un arranque de fuerza inspirada conseguí que se cerrase por completo la grapa de nuestra nupcia, Clelia me miró satisfecha de sus recursos, femeninamente orgullosa, y me dijo: "¿Ves? Yo siempre consigo lo que me propongo". Me dio algo de miedo aquella declaración, y preferí por el momento dejarla aparcada, referenciada únicamente al mundo del sexo y de la empatía circunstancial. Una sesión memorable. Como habíamos acordado, ya al final de la tarde, completamente de noche, se llegó Nadia a estar conmigo. Iba vestida – bien lo recuerdo – con un atuendo de una pieza, jaspeado en blanco y negro, reluciente, refinada hasta límites que no había yo alcanzado a imaginar. Su ropa interior declaraba buen gusto. Se sabía querida por mí como postre a sus otras dos amigas, independientemente de que la singularidad de sus horarios de trabajo como secretaria así se lo condicionase. Lo pasé muy bien con ella. Se supo festejada por mí, más íntimamente si cabe que sus dos amigas. Se aplicaba en cuerpo y alma al hecho de que estuviéramos juntos, y en todas y en cada una de las rampas que nos conducían a la escalada del éxtasis me besaba con acabado convencimiento, con completo abandono de toda volición que no fuese halagarme, a mí, caballero español, pudiente, generoso, y que no escatimaba recompensas. Creo que a aquella chiquilla llegué a quererla, en un sentido, para entendernos, distinto de la realidad que me transcendían sus otras dos amigas: Graciella era una juguetona

cachonda, insaciable, respecto de la cual yo me sentía huérfano de polla, inerme de recursos, menguado de pujanza: tal era el sin igual poderío que aquella garota desplegaba. Era la típica chica joven que ilustraba la descompensada ecuación entre las posibilidades de asunción de una hembra potente, y la nadería del hombre. Aquella chica patentizaba unas capacidades prácticamente inagotables, como para hacerse cargo de todos los rimeros de orgasmos que una legión de varones pudieran producir..., y quedarse tan fresca. Clelia era más calculadora, más viciosa, intelectual y conscientemente. Además, era la única que fumaba de las tres. Bueno, hechas estas consideraciones, puedo decir que considero explicitado todo el contenido de aquel miércoles, tres de septiembre.

El día siguiente, jueves, acomodó una completa segunda edición del día anterior: Tengo simplemente señalado en mi hojilla de *vademécum*: "Graciella; Clelia; Nadia". Sospecho que en dicha ocasión fueron juntas y que debimos de pasar buena parte del día también juntos; y que como colofón de la jornada las invité a cenar en el restaurante "El Cid", circunstancia que providencialmente ha quedado salvaguardada por la foto instantánea KODAK que un espontáneo ambulante, de los muchos que pululaban, nos hizo a los cuatro. Es un documento oportunísimo y necesario, por el que la memoria mía siempre dispondrá de un fondo propicio para acomodar el ancla cuando de fijar los perfiles de mis amigas se trate. La foto está tomada con nosotros cuatro, sentados a una mesa cuadrada, cubierta con tapete rojo y bastante repleta ya de las bebidas que acompañarían a la cena ya encargada. Graciella viste blusa negra, y encima, un elegante atavío de dos piezas, chaqueta y falda, como de motivos vegetales estampados, de marrón oscuro: Sonriente, tocada de una florecita que se había sujetado sobre su sien izquierda. Inmensa. Clelia, con camisa blanca interior, y el resto del atuendo, de pantalones, completamente rojo, en la vanguardia de la foto; y Nadia, que para la velada se había puesto una blusa blanca, abierta todo el frontal, y con un cuello como de chorreras o almohadillado, y sobre ello una chaqueta negra con botones plateados y relucientes. Su color

de endrina crepuscular ponía el contrapunto entre el envero de la piel de Graciella, y el rosadito ario de Clelia, mientras que la sonrisa compartida por las tres mostraba el blancor, tres veces también repetido, del gajo de los dientes.

En compañía de estas chicas volvían a mi conciencia los asuntos típicos sobre los que, por mucho que especulara, nunca terminaría de encontrar una justificación para el caso español, por ejemplo. Graciella de 19 años; Nadia de 22, y Clelia de 27, se comportaban como consumadas señoritas y como consumadas amantes en el Copacabana; y fuera de allí, y sin ir más lejos y para el supuesto que nos ocupa, en la terraza del restaurante "El Cid", seguían ondeando su condición de criaturas femeninas, respecto de las cuales ningún término tan torpe como el de "mercenaria" hubiera podido predicarse. Siempre pensé que, de haber yo conocido Brasil veinte años antes, mi vida acaso habría discurrido también por trochas insospechadas.

Me quedaba día y medio en Río. El hecho de que los vuelos se efectuasen de noche acarrea la ganancia de una jornada de luz entera. Así en mi caso. Había llegado un viernes y regresaba un sábado a España. El monto de fechas equivalía a ocho noches y dos medios días, sin que éstos contasen a efectos de alojamiento, excepto por un razonable sobreprecio que el Hotel podía cobrarle al cliente por las horas que éste siguiera disponiendo de la habitación, pasado el mediodía y hasta el momento de su salida real, del así llamado *check-out time*. Me quedaba, por tanto, todo el viernes completo y medio día del sábado, y desde luego en ningún momento se me ocurrió rescindir el pacto con mis amigas. Sólo Graciella y Clelia podían ir a mi Apartamento. Así que me despedí de Nadia hasta siempre, y de las otras dos hasta el siguiente día.

Aquel cinco de septiembre, viernes, supongo que me pasaría por el Consulado, a decirle adiós a Juan y a agradecerle sus atenciones. Ahora no puedo precisarlo, pero no es descartable que ya para entonces le hubiese yo dado a leer a Juan mi novela *Amor se dice obitcham en búlgaro*, a él dedicada, y que no obstante re-escribiría de

cabo a rabo durante el año natural de 1981. Tengo anotado: "Encuentro al taxista portugués del año anterior, el que me llevó a buscar a Sonia, y al manicomio donde vivía su madre. El cachondo me quiere cobrar más por cantarme fados". Hasta aquí la nota. Quiero calar en el recuerdo y mi terquedad me dice que probablemente estaba yo en la puerta de los Apartamentos, la que da a la Avda. de Nuestra Señora de Copacabana, y al requerir yo un taxi, y llegar él a descargar a otro viajero, nos encontramos y nos reconocimos. Quizá me acercara yo a alguna oficina de Varig o de Iberia para super-reconfirmar mi billete y no dejar suelta ninguna probabilidad de error o malentendido.

Esa tarde temprano llegan Graciella y Clelia. Se trataba de terminar la iguala. No rescato como memorable nada en especial, si acaso que una chavala como Graciella era capaz de hacer frente al más animoso de los ejércitos de fornicadores. Y yo me veía un pelele inerme, pertrechado de tan sólo... la diezmillonésima proporción de la polla que hubiera necesitado para cumplimentar debidamente, para hacer mella en aquella lozanísima y potísima criatura. Tengo anotado: "Graciella (polvo e intento). Clelia". O sea, que intenté sin conseguirlo despacharme una ración doble con la adorable indiecita clara de Bahía. Luego, necesariamente tuve que celebrar con Clelia, ya de despedida, como gracia final. No sé si me quedaba algún otro regalo o chuchería – además de dinero, claro – de los traídos de España, o... yo qué sé. Se lo di todo. Acabé con ellas a lo grande, a lo munificente. Las acompañé hasta la entrada de la piscina, y yo me quedé en mi habitación. Hice un último recuento de las cosillas o encomiendas que hubiera programado desde España; tal vez terminara de cumplimentar el envío de alguna que otra postal a algún envidiosillo, sobre todo de mi Facultad en Granada, para que se jodiera y no cayera en la tentación nunca de confundir los votos mostrencos con las decisiones que uno toma; las realizaciones que uno lleva a cabo en razón de la propia carne que se arriesga sobre el asador; no, que no confundieran algunos el blasonar de guapos por el hecho de que su propia madre se lo hubiese dicho, y la misma cosa también, sólo que por haber estado dando la cara toda tu vida. No, no es igual ser campeón de algo porque

unos jueces te saquen unos carteles con números y te concedan más puntuación que a otros competidores, que ponerse uno detrás de una raya con esos mismos u otros competidores, y al grito de "maricón el último", por ejemplo y sin señalar a nadie, llegar el primero y dejarlos a los picha-frías tumbados por el camino. Supongo, sí, que algunas de las postales que enviara entonces llevarían la inocente carga subliminal de recordarles a muchos papanatas que todos no somos iguales, porque no podemos serlo y porque, por si fuera poco, es imposible que lo seamos.

Hecho lo cual, salí a la calle, tal vez a cenar a la Churrasquería Leme, allí mismo, en la transversal de Rodolfo Dantas, contigua al edificio del Hotel. Distingo claramente que, bien porque abandonara ya el restaurante, bien porque anduviera yo de paseo antes de retirarme, el caso es que por la acera de enfrente de donde yo me hallaba reparé en lo que creí una mujer imponente, rubia, vestida de azul, con el pelo en melena a lo almohadilla, erguidísima y generosísima de senos, maciza y esplendorosa. Imagínese el lector, una vez más, y siempre mediando mi súplica, el tantas veces aludido corolario de "Necesidad, ninguna; ganas, escasas; curiosidad... la que fuere", para hacerse cargo de que yo estaba ahído de mujer, y con el ordeño final de Graciella y Clelia muy posiblemente servido para tiempo... por venir. No, no se trataba de ninguna instancia frívola, ni de ninguna compulsión en virtud de la urgencia siquiera remota. Se trataba de curiosidad, simple e imparable curiosidad, ese componente irrenunciable que concurre en algunos de nosotros, y sin el que ingenuamente creemos que no nos sería desarrollable la existencia. Así que,... bueno, hice un ademán de... quizá me aproximara y dejara caer las socorridas frases de saludo inocuo, polivalente... Uno de los sustos más morrocotudos de mi vida; una de las lecciones más amargas y más merecidas por mi... contumacia. La que yo creía mujer..., ya cerca de mí, en un tono no agresivo sino educadísimo y templado, tomándome por italiano – ¿qué más da? – me dijo: "Io sono un muchacho", y a continuación se esmeró en su explicación con el fin de que yo me hiciera cargo de que se trataba de un travestí, de forma que no hubiese

lugar para el malentendido. Mi cuerpo, mis vísceras, mi alma, el templo todo de mi cosmo-biología experimentó un arrugamiento, un repliegue medroso, avergonzado..., no, peor, una humillante retirada por no haberme dado cuenta... de que se trataba de un pedazo descomunal y portentosamente perfecto de travesti. Mi alma quizá pudo darse maña en expresarle mi agradecimiento por su honesta sinceridad. Integralmente conmovido y arrepentido, instrumenté una excusa y me retiré, ya sí, definitivamente a mi Apartamento.

El día después, sábado seis de septiembre, señaló mi despedida de Río. Aquellos tres viajes seguidos, en los años consecutivos 1978, 1979 y 1980 habían, por así decirlo, confirmado y sellado mi adhesión a tan sorprendente como alcanzable lugar de vacaciones. De esta forma, y sin renunciar ni mucho menos a futuras recaladas [hice cuatro viajes más, teniendo lugar el siguiente más próximo en 1984, y el postrero, por ahora, en 1990]..., sin renunciar a nada, como iba diciendo, había protagonizado tres entradas, tres voluntariosas entregas, plenas de curiosidad y de ingenuo optimismo, cada una de ellas presidida por el síndrome del diseño general de excursión y de motivación en que se efectuaron. Si la primera fue de pura iniciación aleatoria, fundamentada sobre la maravillosa excusa de aprovechar un vuelo del supersónico Concorde, la segunda me había servido como preámbulo y referente a mi programa de visitas a diversos países de la Hispanoamérica del Sur. Ahora, esta tercera se destacaba con persuasivos trazos de propósito consciente, de homenaje en exclusiva, como un abrochado de la hebilla alrededor de la circunferencia de la aventura y de los descubrimientos emocionales.

Cuando me reintegré a la normalidad de mi actividad en España, y mis amistades, sobre todo las de Alcalá de Henares, me preguntaron que si me lo había pasado bien, y que... qué había hecho, les dije que me había dedicado a descansar, a pasear y a escuchar música de samba... ¿o empezaba ya a estar en boga la lambada?

Djela: Tirana (Albania), verano 1981

¿Albania otra vez? – acaso se pregunte el lector. Bueno, pues sí; otra vez y ninguna, porque todas mis instancias, mis tentativas, quiero decir hasta ésta de 1981 habían resultado infructuosas, a distancias astrales de poderse materializar. ¿De dónde y desde cuándo provenía mi supuesto interés por visitar Albania? No puedo saberlo con seguridad. Las razones que se despacha el viajero para justificar sus desplazamientos son frecuentemente arbitrarias. Contra la indagación de un *¿por qué?*, la respuesta más piadosa y congrua suele ser un *¿y por qué no?* A partir de ahí cualesquiera otros fundamentos quedarían fácilmente validados y servirían de comparsa y motivación perfecta a ese primero y principal de *¿y por qué no?*

Albania era cumplidamente una desconocida, geopolíticamente hablando, excepto por algunos detalles pintorescamente inconexos en mi caso. Según siempre creí, el protagonista de la película [blanco y negro, años cincuenta] “Operación cinco dedos”, encarnado magníficamente por James Mason, respondía al nombre de Djelo, y era albanés. Por otra parte, la monja/madre Teresa así llamada “de Calcutta”, si bien nacida en la actual Macedonia, y otrora parte de la gran Yugoslavia del mariscal Tito, parece asimismo que era de padre albanés, y que en Albania se crió de niña. Además de esto y de mi conocimiento de que la lengua albanesa constituía por sí sola un vástago separado del tronco indo-europeo (o indo-germánico), muy pocas cosas más aliviaban hasta cierto punto y hasta cierta época mi falta de concernimiento y motivación respecto de Albania. Eso sí, en la prensa de vez en cuando transcendía algún suelto, algún conato de noticia relativa a tal o cual travesura, a tal o cual excentricidad que Albania hubiera perpetrado frente a la escena internacional. Se sabía también que desde inmediatamente después de la Segunda Gran Guerra, el personajillo Enver Hoxha, de prosapia intelectual francesa, había implantado en Albania un régimen totalitario que él consideraba puro y que no era sino la quintaesencia de un stalinismo apto para esgrimirse y practicarse con un pueblo de – entonces – poco más de un

millón de habitantes. Albania había ido rompiendo lazos, rescindiendo amistades, una por una, con todos sus supuestos aliados filocomunistas en razón – y siempre según las tesis de Hoxha y sus fervorosos acólitos – del revisionismo perturbador y de la desviación que tales socios habían efectuado de las pautas químicamente puras y en estado de gracia del marxismo-leninismo-stalinismo. De esta manera la Albania de Hoxha se había malquistado con la URSS de Jruschev, y años más tarde también lo haría con la China de Mao. Se auto-excluyeron de muchas partituras del concierto universal y se proclamaron independientes, autárquicos, autónomos, autosuficientes, y todo el serial de disparates en cadena que uno pueda imaginarse. Así las cosas, airearon que su sistema económico consistía en un equilibrio perfecto, basado en importar por idéntico valor a lo exportado; prácticamente al trueque. De tal forma se libraban del enojoso rompecabezas de las leyes de la economía de mercado, y de los inacabables intrínquilos de las balanzas de pago, adecuaciones del PIB, déficits, superávits, valor del dinero, inflación, etc., etc., dicho todo ello de forma aproximada y rozando la caricatura como puede apreciar el lector.

De todas estas cuestiones y de algunas más le correspondería disertar al rotativo *Triunfo* en su entrega nº 478, de 27 de noviembre de 1971 (año XXVI), pgs. 17-21 y bajo el título "Albania: informe desde el país más aislado de Europa: el pie izquierdo de Mao". Firmado por Maria Adele Teodori, pone a disposición del público más general y mayoritario lo que yo, en su momento, creí como uno de los mejores artículos de investigación proporcionados por Agencia para su divulgación en España (Copyright L'Espresso-Teleprensa: Fotos: Europa Press). Obviamente la pluma provenía de una periodista de Italia, el país que como todos sabíamos y más tarde constataríamos de nuevo, más ascendiente de incumbencia ha ejercido respecto de Albania. Nuestro trabajo, junto con una introducción básica para el lector más lego sobre cuestiones de geopolítica y de economía, sobre todo llamando la atención respecto de todo aquello con que el ciudadano albanés pudiera contar antes y después del totalitarismo socialista; junto con ello, digo, la autora hace discurrir también el

contenido de su escrito con el sub-título "Las veinte palabras clave del diccionario Albanés", donde, efectivamente, y en sucesión alfabética – y siempre según el criterio de la autora – se desarrollan los componentes temáticos esenciales. Bajo el epígrafe de "Iglesias", por ejemplo, se nos informa: "El 10 de febrero de 1967 Radio Tirana anunció que en la ciudad de Lezhe la iglesia de San Antonio había sido transformada en casa de la cultura... Con esta medida se inicia el cierre de los edificios de culto: 2,169 templos fueron clausurados en el curso de seis meses, sin distinciones entre las religiones musulmana, ortodoxa, católica. En la actualidad, iglesias y mezquitas se han convertido en monumentos, casas de cultura, gimnasios, y hasta en cafés nocturnos para turistas". Otras *palabras clave* sugeridas como "Jubilados", "Salarios y Consumo", "Escuela", etc., cargan la baza sobre los consabidos avances que experimenta toda comunidad que parte de cero, entendiendo por cero la época anterior a la gloriosa toma del poder por el "Partido del Trabajo", encarnado, dirigido y representado por, y referenciado al, camarada Enver Hoxha. En definitiva, un buen reportaje de información panorámica y suficientemente válida para, desde él, adentrarse en incursiones más pormenorizadas.

Albania claro que mantenía relaciones diplomáticas y comerciales con un buen número de países; pero su turismo, quiero decir hacia y desde, era prácticamente desconocido; tan sólo por invitación o permiso especial. Albania y Corea del Norte, cada cual a su manera y en su lugar merecieron así cierta atención del gran público por constituir sendos ejemplos de colectivos depauperados, desceñidos de todo programa razonable y constatable de progreso en la acepción menos polémica y más negociable que cada cual tuviere de dicho término "progreso"; desglosados, sobre todo, de participar en foros supranacionales en los que específicamente se barajasen posibles soluciones activas de entendimiento con naciones vecinas, o cercanas, o asentadas en la misma parte del mundo. Sin ir más lejos – y como veríamos en nuestro viaje de 1981 – Albania consideraba a Yugoslavia como a uno de sus más acérrimos enemigos, recibiendo de este último

país el más indiferente y despreciativo de los choteos. ¡Fíjense Vds. en el calibre del desafuero: Yugoslavia, que precisamente constituía entonces más de los dos tercios de la frontera terrestre de Albania! [compartiendo ésta tan sólo su fachada sur con Grecia].

Bien, a ese nivel de motivación personal y de batiburrillo de conocimiento en lo relativo a Albania me encontraba yo a comienzos de la década de los setenta; prácticamente a cero. No es maravilla que en el viaje en coche hasta el sur de Grecia que acometí con Cristina, la francovenezolana, después de nuestro curso de alemán en Passau (Alemania) a finales de julio de 1972, y tan sólo por vía de diletantismo, mencionara yo la improbableísima virtualidad de asomarnos a alguna de las fronteras existentes, al menos en teoría, entre Albania de una parte y Yugoslavia y/o Grecia de otra. Si a estas alturas de mis Memorias he conseguido algún crédito, acaso cuente con algún lector de mi referida viñeta sobre la visita que hice a Kyparissi, en la fachada sureste del Peloponeso, viajando desde Passau, como digo, con una compañera del Goethe Institut en la fecha referida del verano de 1972. Después de atravesar Austria, Hungría, y mucho de la parte nororiental de la antigua Yugoslavia (Serbia, concretamente), al descender por la carretera general de cerca de Skopje de lo que en aquel momento seguía siendo Yugoslavia, y hoy es el estado independiente de Macedonia, desde allí, desde Skopje, se nos hubiera brindado la mejor posibilidad... geográfica, se entiende, de acercarnos, vía Tetovo y Gostivar, para ya dentro de Albania tomar la dirección de Klos, por ejemplo, sólo por ejemplo. Pero nunca olvidaré la cara de rechazo y desesperanzada perplejidad que pusieron unos músicos de Gevgelija [la última ciudad de la actual Macedonia antes de entrar por su parte más suroriental a Grecia, y en uno de cuyos moteles Cristina y yo pernoctamos]..., sí, el gesto de penoso desistimiento que nos dedicaron con sólo mencionarles la improbableísima, pero no imposible, virtualidad de que Cristina y yo considerásemos conducir hasta aquella frontera de Albania antedicha, u otra cualquiera de entre las existentes una vez ya desde Grecia. Sí, vamos a ver, lo que aquella buena gente me venía a querer decir, más

que reproche o reprensión por mi sugerencia, lo que más bien entendía yo que me significaban era algo así como que... ¡qué pena que un hombre como yo que de tan buenas y tan solventes demostraciones de criterio había hecho gala... pues que... qué pena que pudiese albergar en la cabeza un sinsentido de tan abultada entidad! No, no lo olvidaré en tanto viva. Por supuesto que tan aleatorio y endeble proyecto de acercarnos a Albania ni siquiera echó los primeros cimientos y quedó como un pequeño palio de pintoresquismo gaseoso que a lo largo de nuestro complejísimo viaje hasta Kyparissi, y regreso (en barco desde Patras hasta Italia, y luego por Francia) se nos fue disipando a Cristina y a mí.

Dos años más tarde (y ya estamos en el verano de 1974) hice una excursión en coche con unos amigos por varios países de la Europa central, con el propósito, mitad lúdico, mitad esgrimido como el mejor de los acicates de impulsión de la marcha, de alcanzar Albania, dejándonos caer rodando por toda la costa croata de la entonces siempre Yugoslavia. Como las peripecias chuscas de este recorrido conforman un capítulo detallado de estas mismas Memorias en un volumen distinto y bajo el epígrafe "Camarera veneciana: Verano 1974", no es cuestión de insistir aquí. Sólo, por vía de compendio servicial al mejor entendimiento del tema, recordar que, en efecto, bajamos por toda la costa del Adriático; que atravesamos la región de Montenegro por su capital Titograd (en la actualidad, Podgorica) y que nos plantamos en el último pueblito yugoslavo, Druma, a partir del cual hubiéramos pisado ya territorio de nadie; que el soldado-aduanero-policía yugoslavo que nos atendió pareció darnos a entender que no había visto en todos los días de su vida un caso de descerebramiento turístico como el que nosotros encarnábamos, ya que a su pregunta de... que dónde estaban los visados para entrar en Albania, nosotros le dijimos que... en ninguna parte; que éramos turistas españoles, y que no habíamos encontrado razón... en contrario para no acercarnos hasta allí, el último punto permitido, y constatar de primera mano las posibilidades de perforar la frontera entre Yugoslavia y Albania. El hombre debió de dejarnos por imposibles,

nos devolvió los pasaportes y nos indicó el camino de vuelta. Así de simple y de terminante. Aquel intento tan ingenuo como directo, tan incruento como deportivo probablemente ilustre mejor que ningún otro supuesto el principio de que "por mí, que no quede"; una voluntad de "to see for myself" para saber a qué atenerme, para que nadie pudiere imputarme carencia de celo o de interés por mi parte.

Comenzado el regreso a casa y hallándonos en Belgrado, lo que sí que hicimos fue pasarnos por la Embajada albanesa. Aparte de que en cuanto que nos oyeran nuestras pretensiones de entrar por las buenas en Albania – y por lo que toca a la pureza de sus consignas – nadie perdería el tiempo en escucharnos, sí tuvimos la inmensa suerte de ser atendidos por... quien fuera o fuese: un ujier, un canciller, un secretario o empleado, un hombrecillo en definitiva que, no obstante, nos entregó de regalo tres de los documentos más importantes sobre Albania de que un estudioso pudiera proveerse. En primer lugar, un mapa detallado de la así llamada People's Republic of Albania, tamaño aproximado de un folio y medio, con el reverso ocupado por una descripción, en inglés y en compendio, de los particulares geográficos, históricos, políticos, económicos y culturales más relevantes. Bueno, ya se puede suponer el lector el tipo de monsergas que suelen contener estos catecismos informativos oficiales. En esencia, que Albania había pasado de prácticamente cero en casi todo, en 1945, a las admirables cotas de tantas y cuántas veces más, etc., etc. Literalmente, en todos los órdenes. Lo que nadie dice en estos casos, por si el personal se queda con la copla, es que los países, los colectivos, las comunidades, o agrupaciones de ciudadanos del tipo que fuere, cuando arrancan de cero muestran al principio unos progresos geométricos espectaculares, lo mismo que cuando se comienza a aprender una nueva disciplina, un nuevo arte, un nuevo menester; que pasados muchos años de esgrimir ciertos métodos – en el caso de Albania, el socialismo puro – tan sólo alcanzan unos niveles que ni siquiera pueden parangonarse con los más pobres de los pertenecientes al sistema de libre competencia y de economía de mercado, etc., etc.; y que a partir de ahí no puede decirse que avancen mucho, víctimas de sus propias trabas y de sus

insalvables contradicciones. Como cifra y resumen de todo el texto ofrecido, como digo, en el reverso del mapa grabado en color, se nos dice: "Today, one of the greatest achievements in the People's Republic of Albania is the moulding of the new man with the qualities of socialist morale, of the devoted builder of socialist and communist society". Pues, como verán Vds., mis queridos y bien intencionados lectores, un verdadero primor. Dicha información parecía basarse en datos recogidos hasta 1970 inclusive; así que, aunque sin pie de imprenta, podemos inferir que dicho mapa había salido a la luz en 1971, constituyendo en mi caso, y con mucho, el repertorio más puesto al día, ya que los segundos en modernidad hubiesen estado representados por el epígrafe de dos medias páginas y menos de cincuenta líneas de texto de la *Geografía del Mundo* de Juan Rebagliato Font (corregida y puesta al día por Antonio Paluzie). Barcelona: Rodegar, Gasso Hermanos 1968; y las seis opulentas páginas del tomo II de *Geografía Universal* del tantas veces citado y tan benemérito Instituto Gallach: Barcelona, 1952.

El segundo de los regalos se trataba de *BGSH. Edición ilustrada para la mujer albanesa: Poema a la mujer albanesa*. Tirana, 1972, en papel cuché de colores, formato cuadrado y grande, pastas recias. Lo que más halaga y choca es que exista una edición en español, señal de que estos regímenes se toman muy, pero que muy, en serio el capítulo de la propaganda. El contenido del libro no puede rebosar más de tópicos esperados y transitados a expensas de la mentalidad de estos modelos de vida como son las maneras totalitarias socialistas. Todo el texto podría considerarse materia citable, entrecomillable, subrayable y señalable. Enver Hoxha aparece como un zombie iluminado entre multitud de mujeres, vestidas a un baremo equivalente de modo como lo hacían las españolas de los años veinte, con las bocas abiertas por las sonrisas teatreras que descubren dentaduras melladas, empastadas, cuarteadas, enfundadas, etc. "La mujer albanesa... se siente realmente feliz... sonriente y llena de júbilo... heroica combatiente". En otras fotos se nos muestran sitios de esparcimiento, como una suerte de playa a orillas de un lago, donde las

mozas robustas lucen unos bañadores como hechos de cretona de cortina, ceñidos con cinturón. Y conste que a mí esos aspectos son los que menos me desazonan. Sólo los consigno. El credo revolucionario de la mujer albanesa – se nos dice en otra foto– es, igual que para los hombres, el de "en una mano el pico y en la otra el fusil". Bueno. Ya sería menos. En realidad, con leer el epígrafe "Y un día este sueño se hizo realidad" que sirve de introducción o prólogo al libro, ya va uno bien servido. [La mujer albanesa] "se encontró a sí misma y con todo vigor manifestó sus cualidades sólo en la gloriosa Lucha de Liberación Nacional, sólo con el triunfo de la Revolución Popular dirigida por el hoy Partido del Trabajo..., que escribió en su bandera la lucha contra toda clase de opresión y explotación"..., etc., etc.

Y por último, el tercero de los regalos de aquel simpático y liberal empleado de la Embajada albanesa en Belgrado, con cara de segador de los años cuarenta, lo constituyó el tomazo *Monumente të arkitektures në Shqipëri / Architectural Monuments in Albania*. Tirana 1973, de 33 cms. de ancho por 30 de alto, elaborado asimismo en toscó papel cuché de colores, pastas de cartón enteladas. Se acompaña de un índice de láminas detallado, y de una introducción entre divulgativa y erudita en albanés, francés e inglés. ¿Qué contiene el libro? Pues prácticamente un ejemplo de cualquier cosa que pueda alojarse bajo la holgada intitulación de resto histórico, cultural, artístico, etc., sean piedras, edificaciones, ruinas de templos bizantinos o mezquitas de la época turca; y ya de los tiempos modernos, alguna perspectiva paisajística de tal o cual ciudad (como Argirocastro, patria chica, de paso, de Enver Hoxha), etc. La verdad es que para un país de 29,000.-kms.² esta publicación estatal impone, pues despliega ante el lector un panorama de supuesta grandiosidad, y que no es sino el efecto generado por la técnica de la fotografía. ¿No estamos acostumbrados a que una habitacioncita, o Recepción cutre de un hotel nos aparezca en el folleto correspondiente como tres o cuatro veces mayor que su superficie real, en virtud del juego de la perspectiva de fondo que el fotógrafo se ha dado maña en captar? Pues algo parecido con las láminas de nuestro libro albanés. Con todo, una gran obra.

A finales de 1976 efectué un viaje a Egipto (Cairo) y a Roma (Italia), cuya versión literaria justifica una viñeta independiente, acomodada en otro lugar y volumen de mis Memorias. El caso es que ni siquiera bajo aquella mi condición de turista en terceros países quise desaprovechar ninguna virtualidad por endeble que pudiere parecer, de proporcionarme las cualesquiera instancias que tuvieran que ver, aun de lejos, con el hecho de la posibilidad de concederme un visado, o la forma conducente a conseguirlo. ¡Y tan de lejos! En Cairo me acerqué en taxi a la Embajada albanesa, y allí un halitosísimo funcionario, con cara picada de viruelas o algo peor, me espetó que su Gobierno no contemplaba la concesión de visados en términos de turismo, único supuesto que en aquel *allí y entonces* se afectaba a mí.

Respecto de Roma, donde tuve el capricho de pasar la Noche Vieja de 1976, por alguna revista extranjera o por algún folleto emitido por Agencia de Viajes extranjera, había tenido yo referencias de una compañía turística, Camst Viaggi [sita no muy lejos precisamente de la Via Veneto, en cuyo Hotel Ambassador yo me hospedaba]... especializada justamente en organizar grupos de visita a Albania. ¡Como anillo al dedo! – pensé. Y no iba descaminado. Me dejé caer por Camst Viaggi, y allí unas empleadas bellísimas me informaron de que se habían dejado de celebrar los tales viajes. Parece que las sucesivas crisis de amistad con sus otrora aliados habían impulsado a Albania a restringir aún más aquel tímido flujo de turismo, al menos desde Italia. Bueno, pues estamos como estábamos – seguí pensando. De regreso a la perfecta abstracción del número cero.

La revista *Triunfo*, año XXXII, 761, de 27 agosto 1977, pgs.17-19 incluye el artículo de Eduardo Haro Tecglen "El búnker de Stalin: La soledad de Albania", en el que como pie de la primera de las fotografías del reportaje, dedicada a la 'celebración del primero de mayo en Tirana', leemos: "Separada de la Unión Soviética hace años, Albania acaba de arrojar de su lado a su último gran aliado, la República Popular China". Entresacamos algunos párrafos del artículo en cuestión: "Albania sigue siendo el país más pobre de Europa. Y uno

de los más tristes... No hay permisos para salir al extranjero; y los de entrada están prácticamente reservados a diplomáticos y comerciantes. No se acepta el turismo... No hay libros, periódicos, revistas o películas occidentales". Hasta aquí este testimonio, probablemente adelantado y señero, como corresponde a una publicación tan significada como *Triunfo*, por medio del que algunos, acaso muchos, españoles seguimos atentos al pulso de Albania a la altura de 1977. Ya digo que algo del trasfondo de la exacerbación de la crisis de amistad habida entre Albania y la así llamada China Popular por aquellos años pudo influir en la interrupción de excursiones guiadas desde Italia, como las que patrocinaba Camst Viaggi. ¡Quién sabe!

Estamos ya en 1981 y desconozco por qué o cuáles vías o conductos vine en tener conocimiento de una Asociación de Amistad España–Albania, con sedes en Madrid y en Barcelona. Tuve necesariamente que llamarles, escribirles, ponerme en contacto con ellos, en una palabra. Su respuesta es la que sigue:



Madrid, 28 de mayo de 1981

Queridos amigos:

Por medio de esta contestamos a su amable carta del día 20 de mayo.

Le enviaremos unos folletos sobre los viajes que estamos organizando a la República Popular Socialista de Albania para este verano de 1981. Le enviaremos, también, una lista de libros que tenemos aquí en la sede de la Asociación.

Por lo que se refiere a nuestra actividades, ahora están muy centradas en la organización de dichos viajes. En los meses pasados hemos realizado diversas charlas sobre la realidad albanesa en distintas localidades de Valencia, así como en el Club Amigos de la Unesco. Ahora mismo se está haciendo en Euzkadi un ciclo de películas albanesas en distintas ciudades.

Esperando sus noticias le saludamos afectuosamente en nombre de la Asociación de Amigos Valencianos-Albania.

Hubo una carta más de la Asociación, de 29 de junio, especificando fechas de salidas para aquel verano de 1981, junto con diversos detalles de menor importancia o simplemente ya sabidos. El resto vino rodado.

Caí en un grupo de unas 20 personas, lo más variopinto que imaginarse pueda uno: matrimonios de gente madura, tradicional, de cultura media; un señor de pueblo, rústico, acaso el más avanzado en edad de todos; una chica, ni guapa ni fea, que se empleaba en una oficina; otro chaval joven, también administrativo de una empresa; dos

universitarios... bueno, uno que había acabado – decía él – la carrera de arquitectura, y un amigo suyo que había empezado no sé cuántas cosas pero que no había terminado ninguna, y parecía ir por la vida de progre negalotodo, o algo parecido a la figura que acabo de despacharme. Y yo, claro, el más suelto de la expedición. Llevábamos de guía a Ana, la mujer de uno de los dirigentes de la Asociación en España. Ana había residido en Albania, trabajando para Radio Tirana en sus emisiones en español. Ana era una mujer agradable, bonita, competente, conocedora de la percalina e investida de una gran templanza. Muy poco ostentosa pero muy femenina.

El diseño del viaje comprendía volar a Dubrovnik, vía Belgrado, siempre desde Barajas en nuestro caso. Pero el carácter "un sí es, no es" bananero de aquel tipo de turismo comenzó a exteriorizarse desde el mismísimo arranque. Salimos con retraso, y en vez de volar a Belgrado lo hicimos a Zagreb donde pernoctamos improvisadamente. Mi mejor particularidad era la de viajar solo, de forma que también disfrutaba de una habitación para mí solo, casi siempre doble, de dos camas. Al día siguiente volamos a Dubrovnik, y desde allí, ya en autobús, a la frontera albanesa, una vez pasado Titograd. Por segunda vez transitaba yo aquellos andurriales (Tuzi, Druma) y no dejó de percibir mi conciencia un grado de complicidad al que no acerté a dar nombre. Nada más traspasar el puesto fronterizo yugoslavo, el autobús terminaba su cometido. Los aproximadamente 150 metros de tierra de nadie, "no man's land" hasta el garito de los albaneses había que hacerlos a pie, cada cual tirando como pudiera o pudiese de su equipaje. La barraca que servía de puesto de policía, aduana e intervención de los albaneses tocaba, como recostándose en ella, en una entrada del lago Scutari. Creo recordar que había dos o tres soldados, eso sí, armados de fusil en todo momento [en comparación con los responsables del puesto yugoslavo que, aun de uniforme, iban en mangas de camisa y no portaban arma alguna], y un comisario, por llamarlo de alguna manera, de paisano, que fue quien registró los equipajes con cierta impertinente minuciosidad, si bien por lo que a mí respecta, creo haber decepcionado a más de un vista de

aduanas, al adivinar en su gesto una leyenda parecida a: "¿Y esto es nada más lo que trae este tío?", de tan incruenta y sucinta como suele ser mi impedimenta.

El puesto en general era una puta pena: sucio, engorriado hasta la náusea. Me quise deshacer de un puñado de cáscaras de fruta, dentro de su correspondiente envoltorio, y le pregunté a un soldadito que dónde podía tirarlo, porque no se veían contenedores de basura o cosa parecida. Lo cogió el fulano, se dirigió a una pequeña balconada y lo arrojó. Me acerqué para cerciorarme del sistema y se me apareció un basurero en toda regla que llenaba de porquería una especie de playita del citado lago – esta vez en albanés – Shkodres. Supongo que los muchachitos militarizados estarían hartos del diseño político, y nunca pensarían que el régimen les fuera a pedir cuentas por su falta de civismo. Por lo que me dijeron, no existía cuarto de aseo: se meaba desde la barandilla del semi-palafito, al suelo directamente; y las defecaciones, estoy seguro de que se acomodaría a la usanza turca (y nunca mejor avenida): Apostura erguida, agujero en el pavimento y caída libre. Unos asquerosos con toda la cuerda dada. [Más adelante, y conforme nuestra excursión de 14 días se iba desarrollando, pude comprobar que la falta de urbanidad de los albaneses había tocado fondo por obra y desgracia de aquel retén de frontera y que las cosas no eran tan deleznable en el resto del país]

Nuestro centro de operaciones estaba situado en la línea de playa de Durres, a unos cuatro kilómetros de dicha ciudad, y todo ello a unos 35 de Tirana. Nuestro hotel, cuyo nombre no aparece en mis notas, equivalente a una pensión de una estrella, era, con excepción de "El Adriático", de rango de un par de estrellas o así, aunque en viejo, y tomado ya por turistas italianos de más fuste que nosotros... nuestro hotel, digo, era suficiente para las necesidades programadas. ¿Qué hicimos en los trece días que duró nuestra excursión? No me es fácil decidirme por una u otra veta y empezar con el relato, de tan "más de lo mismo" como me parece ahora, con la debida perspectiva, en el año 2000 nada menos, a diez y nueve de haber sucedido los hechos. Pero tampoco haría justicia si aplicara mi criterio discriminante y crítico de

ahora a la valoración de las realidades tal y como se sucedieron y las viví en las coordenadas espacio-temporales de 1981.

Además de Ana, se nos asignaron más o menos "part time", más o menos "full time" dos guías instructores albaneses, muy distintos entre sí: el más joven, Mondí, albergaba en su personalidad mucho de lo que en lenguaje coloquial entenderíamos por gitanería, cazarería y despreocupación tan esperables de un ciudadano del sur, mediterráneo para más señas. El otro, Fahtmir, que había aprendido su español nada menos que en China, en la época de relaciones bonancibles, era más "profesional", más fervoroso del régimen; seguramente, bueno, con toda seguridad que desempeñaba un menester altamente cualificado dentro de los cuadros del Partido; se notaba por el volumen de atención que desplazaban sus... digamos, recados o peticiones en aquellos que las recibían. Mondí – ¡qué bien le recuerdo! – reflejaba en su expresión un texto que para un buen entendedor podría leerse: "¡Hay que joderse: con lo cachondo que soy yo, y haber nacido y tener que vivir por cojones en esta prisión de lunáticos!" Algo así era lo que yo en traducción libérrima entendía que nos comunicaba el rostro de Mondí.

La excursión general no cabe duda de que estaba diseñada con el propósito, mejor o peor instrumentado, de ganar adeptos para "la causa albanesa". Por aquel entonces las relaciones entre Yugoslavia y Albania alcanzaban su más agudo grado de desencuentro, y ello se debía entre otras causas a la región del Kósovo. He pedido deportivamente al lector que se imagine situado en 1981, desprovisto del latosísimo conocimiento que los medios informativos nos han metido con calzador tocante a algunos temas de geopolítica. Tal es el asunto del Kósovo respecto del que difícilmente podría nadie asumir que haya un solo ciudadano, por muy de la calle que se considere, que no haya incorporado, de grado o por fuerza en su conciencia, el pesadísimo capítulo del Kósovo. Pero en 1981 la mayoría de los españoles se hubieran preguntado... "¿El Kó... so... qué?" Bien. A eso voy precisamente. A mí me sonaba el nombre por haber sido siempre y seguir siendo un incurable curioso de cuestiones

geográficas. En pocas palabras Kósovo era todavía algo así como lo que entenderíamos por una autonomía dentro de Yugoslavia, perteneciente a la confederación ahormada por Tito. La población de la región del dichoso Kósovo era en un noventa por ciento de ascendencia étnica albanesa, y además, por si fuera poco – y para mí aquí está el detalle dirimente – de religión musulmana, frente al resto de serbios de confesionalidad predominantemente ortodoxa. ¿Qué ocurría? Muy claro: que en sus siempre confesadas ansias expansionistas y anexionistas la Albania de Hoxha intensificaría la labor de quinta columna y de zapa con sus vecinos. Por supuesto que el Kósovo dentro de la federación yugoslava forjada por Tito disfrutaba de un nivel de vida muy superior al de los pobres desgraciados de albaneses, englobando en dicha denominación "nivel de vida" todo lo que se puede humanamente concebir y visualizar: renta per cápita; servicios de educación, de comunicaciones, de transporte, de salud, de independencia, de libertad y de libertades para moverse por dentro y por fuera del territorio, etc. El régimen nivelador igualitario que el camarada Hoxha [y creo que con todo el acierto del mundo] implantó con zarpa de hierro en Albania, en lo atinente a credos religiosos, en el sentido de desterrar las mostraciones públicas o institucionales de la ciudadanía en razón del credo profesado de que se tratare..., ese régimen, digo, se lo guardó Hoxha celosamente para él; para su Albania. Al Kósovo, sin embargo, exportó la exacerbación de las reivindicaciones mediante la correa de transmisión de los pelagatos – cuando no fanáticos adoquines – de los musulmanes. Hoxha se prescribe la receta de la pureza, de la unidad, y del orden para él, pero exporta elementos de insidia y de socavación del orden constituido para su vecina Yugoslavia. [El camarada Hoxha moriría en 1985 y parece que ya en 1981 estaba decidido a dar el definitivo acelerón al tema de la anexión del Kósovo a Albania] ¿Se va viendo algo más claro?

De 1981 son asimismo un buen muestrario de artículos que, bien en razón necesaria de su fecha de aparición, o a partir del regreso

de nuestro viaje, me llegaron como regalo, muy probablemente, de los responsables de la Asociación de Amistad. Aunque me adelanto algo en el tiempo, en cuanto a citar recortes de fechas posteriores a nuestra excursión, creo no obstante de imparable importancia trasladarle al lector algunos de los epígrafes sobre el tema:

“Fuerzas del Ejército yugoslavo ocupan la región autónoma de Kósovo, aislándola del resto del país”, *El País* 4 de abril 1981.

"La región yugoslava de Kósovo sigue bajo el toque de queda", *El País* 9 de abril 1981.

"Polémica entre Yugoslavia y Albania sobre Kosovo", *El País* 10 de abril 1981.

"Nueve muertos y 261 heridos, balance de los sucesos de la región yugoslava de Kósovo", *El País* 14 de abril 1981.

"Albania rechaza las acusaciones yugoslavas sobre provocaciones en Kósovo", *El País* 16 de mayo 1981.

Dispongo de más recortes de la prensa española, y alguna francesa sobre el particular, con los que considero impropio aburrir al lector. Sí debo, sin embargo, incorporar esta carta circular de la Asociación de Amistad por aquellas fechas:

SOCIABILIDAD CON EL PUEBLO ALBANO SIN KOSOVOS

Las ley y decretos auto-represivos del 17 de octubre de abril contra los estudiantes, obreros y campesinos de Kosovo, en los que forman los artículos de sanciones de segregación y expulsión, además de otras restricciones de desplazamiento, libertad de detenciones, la situación de un sistema de detenciones en el que, por parte de las autoridades yugoslavas, se haya tomado las urgentes e imperiosas medidas que pongan fin a los mismos.

Un grupo de intelectuales, artistas y personas reconocidas en el mundo de la cultura, manifestamos nuestro acuerdo con la política de sanciones que, sobre esta cuestión, han mantenido el gobierno de la República Popular y Socialista de Albania y el Partido del Trabajo de Albania que, en interés de la mayoría de la población de Kosovo, han adoptado el principio de segregación y expulsión. Encontramos semejanzas entre los dos casos, al menos en el aspecto que hacen resaltar los llamamientos a los dirigentes yugoslavos para que detengan y pongan fin a la política que permite el pueblo kosovar expresarse libre y democráticamente en su territorio, en el caso de un Estado de República en el marco de la federación yugoslava.

Seríamos, que la prensa política de los dirigentes yugoslavos en este respecto, continúe, en adelante, invitando a los frentes para la propia Yugoslavia para Albania, para el Balcanes para Europa, y más en otros momentos, los en los que los regímenes de los Balcanes examinen de espaldas en el que las dos superpotencias, las Estados Unidos y la URSS, están hostigando y enfrentando a los pueblos en el marco de su reciente des-Estado y rivalidad.

Por estas razones, quisiera encabezar la firma de este escrito, invitando y los intelectuales y artistas, a los partidos políticos y fuerzas democráticas yugoslavas que forman de las autoridades y el gobierno yugoslavo que por parte de ellos y a la persecución contra la que se ven afligidos de Kosovo y recoger sobre los decretos que le pertenecen.



ASOCIACION DE ARTISTAS
ALBANIA
Calle de Vengues 12, Prishtine, Yugoslavia
Teléfono: 419 60 68

Ni que decir tiene que yo me guardaría muy mucho de identificarme con el contenido de dicha circular. Así que ante la invitación que me cursan a exigir nada menos "de las autoridades y el gobierno yugoslavo que ponga fin al terror", etc., etc. pues ya se imaginará el lector que sólo contesté en mi fuero interno con una sonrisa comprensiva de desestimación.

Bien. Tal era el caldo de cultivo ideológico en el que debían de debatirse las altas mentes rectoras de Albania cuando nosotros acometimos nuestro viaje; y así, no es maravilla que en todo tipo, en toda suerte de mensajes y de prédicas el poso intencional de lo sublimine apuntara siempre machaconamente a algo parecido a esto:

"Fijaos vosotros y proclamad al mundo lo buenos, lo honrados que somos nosotros los albaneses de Hoxha, y lo perversos, lo sanguinarios que son los yugoslavos". O sea, el descojone por entregas.

Ya digo que nuestra estancia en Albania tenía su base en Durres, y en segundo y alternativo lugar, en Tirana. Ni recuerdo la especificidad de los desplazamientos que hicimos, ni tampoco el orden en que los llevamos a cabo. La organización había empaquetado el mayor número de mostraciones al más puro estilo de los países en donde el tiempo, en su conjugación con el trabajo y el rendimiento no guarda el menor sentido de la proporción. Quiero decir que todo estaba basado en levantarnos tempranísimo, subirnos a un autobús desvencijado [vimos algún otro de mejor calidad, dedicado a turistas supuestamente de más categoría], y desplazarnos a una velocidad media nunca superior a los 30 kms. a la hora, debido a la inexistencia de carreteras. Las autoridades debían de pensar que prescindiendo de los coches se podía prescindir asimismo de las carreteras. Las que había eran estrechas, sinuosas, o sea, llenas de curvas como correspondía a una geografía adusta y montaraz; y además y en buena lógica la gente paseaba por ellas, siendo así que los vehículos, todos estatales (camiones, autobuses; y los turismos pertenecientes a los altos cargos del Partido, casi siempre Mercedes negros) no usaban el claxon o toque de bocina, por considerarse "socialísticamente incorrecto", sino que esperaban a que los viandantes dejasen expedita la calzada. De ahí que nosotros, dentro de Albania, y como digo, no superásemos nunca la media horaria de treinta kilómetros, justo parecido a lo que conseguiría un buen ciclista aficionado. Los asientos de plástico o material sintético, duro, de eso que llaman sky, producían el consabido y típico calor del recocimiento.

La excursión más ambiciosa, por la parte sur del país, fue la que hicimos a Butrinti. Fueron diez horas de autobús, cinco para cada tramo del viaje. El de bajada estuvo recompensado por el estupendo baño que nos dimos en pleno mar, teniendo enfrente, allí a seis o siete kilómetros la isla griega de Corfú. Lo único que turbaba el limpiísimo aspecto de todo, agua, cielo, aire, eran las lanchas motoras de soldados

albaneses armados hasta los dientes patrullando el adelgazamiento del mar entre uno y otro país. Parece que los intentos de llegar hasta Corfú se realizaban hasta a nado, a expensas de los... curiosos que querían conocer algo distinto de su paraíso albanés. Con todo, aquella excursión fue la más ambiciosa. El baño en el mar me supuso una de las experiencias más estremecedoras y más inolvidables. Nos habíamos lanzado al agua un grupo de nosotros, prácticamente las tres o cuatro personas jóvenes únicamente operativas, para alcanzar la playa de un promontorio o isleta frente a nosotros. Por el sistema de la braza, "breast stroke", o del "crawl", y hasta boca arriba, de espaldas, contando con el colchón agradable que presta la densidad del agua del mar, el conjunto nuestro, compacto siempre y sin disgregarse salvó los 500-600 metros de mar. Nos fijamos también en que una balsa neumática de milicianos nos controlaba a cierta distancia, por si acaso. Pero para regresar a la tierra firme y salvar de nuevo los 500-600 metros, los tontainas de mis compañeros no ajustaron criterio y prefirieron quedarse donde estaban, pretextando que se encontraban cansados y que esperarían a que alguien los recogiese. Yo no quise perder el tiempo y me arriesgué a volver solo, contando con la ayuda que siempre, y en su caso, me prestarían desde alguna de las lanchas vigilantes. A mitad de la travesía, la mente que de vez en cuando se entretiene en regalarse una truculencia, se engolfó en reflexionar sobre la cantidad de agua que había debajo de mí: me pareció una realidad sombría, espantosa, removedora de toda esperanza. ¿Y si me atacara algún animalito? ¿Y si me diera algún calambre; si me adviniera cualquier indisposición súbita? Una enorme imprudencia por mi parte la de lanzarme a nadar en solitario aquella manga de mar de más de medio kilómetro de anchura, con un fondo de no se sabe la de cientos de metros, sobre todo cuando la conciencia desestima las instancias de lógica incontestable y se despeña en el absurdo de atribuir mayor capacidad de propiciar el ahogamiento a una profundidad así, que a la de dos metros de una piscina, por ejemplo y sólo por ejemplo.

Comimos en una especie de casa de turismo desde la que se divisaba el ámbito marítimo. Nos sabíamos el centro de las atenciones

de toda aquella pobre gente que se esmeraba a su manera. Había algunos de entre nuestro grupo que siempre encontraban reparos con la comida: justo lo contrario que conmigo. Los productos directos de la tierra, como hortalizas y verduras, junto con alguna fruta; o los procesados a partir de otros primitivos, básicos, como el queso, el yogur, etc., también me sabían bien, me sabían ricos, además de que yo solía consumir la mitad de lo estipulado como ración individual. Creo que fue al regreso de aquella excursión bucólica, y después de visitar en Gjirokastër la casa natal del omnímodo y ubicuo padre de la patria Enver Hoxha, cuando nos llevaron a la fábrica donde, según Fahtmir, Albania había producido autónomamente, sin una sola pieza o parte importada, el primer tractor para faenas agrícolas. Bueno. Si ellos lo decían. Aquel viaje duró unas 17 horas, doce subidos en el autobús, y las cinco restantes dedicadas a las paradas en Butrinti (baño y comida), Gjirokastër, y fábrica de tractores. Una de las más monumentales palizas que yo recuerde.

Pero lo peor – que ya se había anunciado por sí mismo en dosis admonitorias – estaba por venir en toda su crudeza, en toda su intensidad. Y ello era que la apacibilidad de nuestro alojamiento en Durres quedaba perturbado por la existencia de plagas de mosquitos. Bien, pensará el lector... ¡con exterminarlos! En Albania no había insecticida en la forma habitual del envase pulverizante. Por lo visto era uno de los muchos artículos que al no producirse en el país, el Partido tampoco parecía considerar como de primera necesidad..., ni de segunda..., ni de nada de nada. Las noches se hacían insoportables, y a partir del tema de los mosquitos fue exactamente cuando yo comencé a maldecir la depauperación y la falta de consideración de aquellos prójimos. Sabido es que hay cosas que, si lesivas e inquietantes para algunos, aparecen como prácticamente inexistentes para otros. Hay personas que sólo con caer en la cama comienzan a dormir, ajenos a cualquier estrépito o accidente que pueda producirse en la vecindad. Hay otros, yo, de sueño difícil, y para los que cualquier anomalía – calor excesivo; ruido; claridad ofensiva... y no digamos patrullas de mosquitos ensayando su zumbido, amagando su ataque en

picado, y su eventual estocada – acarrea lo que se entiende por "no pegar ojo". Sí, ahí comenzó mi disensión irreconciliable con Albania y con los albaneses. ¿Por qué no advirtieron que había mosquitos? Y sobre todo, ¿por qué no advirtieron que no había ningún tipo de insecticida o similar? Los de la Recepción, en aquel momento una funcionaria, debió de verme seriamente preocupado y lúgubre. Una tarde en que había programada una charla sobre cuestiones generales, algo así como la catequesis sobre lo que nos iban enseñando..., decidí marcharme a Durres, a la ciudad propiamente dicha, como dije, a unos cuatro kilómetros de la línea de playa donde teníamos el alojamiento, aprovechando que un taxi salía del Hotel Adriático. En Durres la gente me miraba como a un bicho raro: primero, por ser turista; segundo, por ir solo; después, por ir con pantalones cortos, de verano. Aquel hato de piojosos no parecían haber visto nunca una cosa igual. Luego, el motivo de mi búsqueda pareció cundir en toda la población: Preguntaba yo que dónde vendían envases de insecticida... DDT... cualquier marca... lo que fuera, cualquier tipo de cilindro contenedor que esparciera, que pulverizara. Allí no tenían de eso; allí no tenían nada de nada. Los cuatro tienduchos cochambrosos del centro de Durres, los más abastecidos, los mejores, los más surtidos, no disponían de un artículo que debían de considerar como lujo. ¡La puta que los parió! Lo más cerca de conseguir el producto objeto de mi interés, de mi ansiedad, y de mi necesidad, me lo significó una tendera que, la pobre mujer, me vendía algo así como azufre suelto hecho piedra, para que yo lo transformara en polvo... Y luego, ¿qué? ¿Cómo usar aquello? Me parecía mucho. Doctor en Filología, pase. Doctor en Derecho, pase también; pero químico alquimista, un devenido don Illán, un experimentador de sustancias supuestamente antídotos de los mosquitos, además de demasiado me parecía entrar en los terrenos borgianos de la ficción supurante. Me tuve que pisar la polla de frustración y regresar a nuestro hotel de la playa en otro taxi desvencijado que se caía a pedazos. Llegué barbotando imprecaciones, y por primera vez supe que Mondí, Fahtmir y compañía me habían visto de mala hostia. Aquello fue mi punto de inflexión con aquella

gente y con todo el espíritu de la excursión. Llegué de Durres incurso en un ataque de frustración y de decepción. ¡Me lo podían haber dicho en su momento! Nada más fácil que haber echado en el equipaje un par de envases, o todos los envases que hubieran hecho falta, de insecticida. Aquello les alarmó a Mondi, Fahtmir y compañía. Llegué, irrumpí en mitad de la *conferencia* sobre las bondades del socialismo, echando pestes y cagándome en la puta madre que lo inventó. Se podían meter su socialismo por los cojones. Un socialismo que desprecia las necesidades simples de ciertos individualismos está programado para perecer [como, por cierto, así ha sido con todos los socialismos de semejante cuño]. Un socialismo que no mima ciertos individualismos absolutamente legítimos y constructivos, se tiene necesariamente que apoyar en el régimen de la imposición terrorista, como en Albania, donde tres millones de piojosos consentían a la fuerza en ser manejados por los listillos de turno del Partido. Cómo me vería la funcionaria de Recepción, que la mujer me prestó un cilindro o cartucho..., pequeño, casi vacío además, de insecticida "made in the DDR" (Alemania comunista). Pero tampoco se trataba de eso; no se trataba de favores especiales a mí, sino de que yo pudiera comprar todo el insecticida que me diera la gana, sobre todo ante el hecho incontestable de que había mosquitos. No se trataba, como se trataba, de que yo echara unas vaporizaciones en aquel momento, cuyo efecto desaparecería media hora..., una hora más tarde; y no digamos del día siguiente..., y del otro. Se trataba de que en aquella localidad había cantidad de mosquitos, y de que las autoridades responsables no estaban en condiciones de hacer frente a tal situación. Eché un par de ráfagas con aquel atomizador a punto de vaciarse y se lo devolví a la recepcionista. La ventana de mi habitación no recuerdo si contaba con tela metálica; si tal hubiera sido el caso, estaría rota, porque mosquitos había por todas partes, eso era incuestionable. Entrarían cuando fuere; se quedarían cobijados durante el día donde también fuere; y por la noche aprovecharían para celebrar sus incursiones sobre la carne humana. Lo que más me fastidió de todo aquello fue el aspecto de semi-incredulidad, semi-reproche que me pareció percibir en el gesto

de nuestros guías; como si yo perteneciera a otra galaxia; como si yo me estuviera quejando de vicio, o albergase en mi ánimo y en mi costumbre algún tipo de melindre extemporáneo e inoportuno. Y así, me vi forzado a patentizar el fundamento de mi disgusto. Regresé a mi habitación y divisé como a una escuadrilla de bichejos en formación en la pared, y me di maña a espachurrar a cuatro o cinco de ellos, dejando en algún caso el tiznajo negro del aplastamiento; y en otros casos el pegote sanguinoliento. Sabido es que, en este tema de los mosquitos, igual que si se tratara de un pelotón de fusilamiento, en que cinco de los fusileros no tirasen a dar, pero el sexto te atravesara el corazón, digo que con un solo mosquito, uno solo que haya y que se empeñe en darnos la noche, es suficiente.

Los días que más disfrutaba yo eran los que permanecíamos todo el tiempo, o la mayor parte de la jornada, en nuestro enclave de la playa. Haciendo abstracción de ideas y de realidades; obviando el perfil facticio de las cosas tal y tan insalvablemente irreconciliables como eran, una vacación de descanso en aquel lugar (con las debidas garantías sobre detalles como el ya comentado de los mosquitos) conjuntaba todos los ingredientes de sosiego y seguridad imaginables. Aquello, una playa libre de contaminación; unas arenas invioladas por tráfaos indiscriminados de masas de consumistas. Hay cosas que permean el ambiente, que flotan en el ámbito, que traspasan los poros de las conciencias de quienes concurren a ellas como espectadores. Y una de ellas es la envolvente y parsimoniosa certeza de que a uno no le iba a pasar nada en sitios como el Moscú de los años 70, junto con los demás países de una cuerda ideológica equivalente en estos aspectos. La Albania de 1981 era para los turistas un remanso de despreocupación en lo atinente a integridad personal. Allí, como hemos dicho más de una vez, a cuatro kilómetros de la línea de playa y del turismo, había una ciudad, Durres, de unos cincuenta mil habitantes, que en relación a nosotros, los visitantes de fuera, bien pudieran pasar por extraterrestres, alienígenas, especímenes de otra galaxia. Ellos ni pinchaban ni cortaban en las decisiones del Gran Hermano, del todopoderoso Partido rector. En él tenían encomendada

la proyección de su existencia los tres millones de desharrapados albaneses.

Mi posible encuentro con alguna mujer del país me parecía, cada vez más, tema adecuado para un argumento de ficción novelada que realidad facticia. Mujeres, mujeres..., vaya, lo que se dice mujeres locales albanesas, no había visto *ninguna*. Únicamente mujerucas, vestidas de negro, tocadas con pañuelo cubriéndoles la cabeza y parte de la cara. Tan sólo una guía turística que coincidió con nosotros en la pequeña rotonda del complejo de hoteles donde los autobuses maniobraban tanto para estacionarse como para emprender la marcha a las respectivas excursiones. Ni recuerdo su nombre. Era una chica casada, según nos dijo, que en circunstancias tales sobresalía del resto por el simple detalle de hablar con los extranjeros, ya que tal era su trabajo. Otra mañana, al ir a recoger alguna cosa a mi habitación coincidí con la camarera. Se trataba de una chica joven, pero algo esmirriada. Luego, quiero decir años más tarde, conoceríamos como una de las realidades más elementales el hecho de que las mujeres albanesas tenían casi todas el pecho deprimido debido al trabajo manual en el campo, etc., y sobre todo debido a la no compensación de un régimen alimenticio adecuado, o de un plan corrector mediante deporte. La camarera no era excepción. Bien vestida, bien estirada, bien peinada, y con unos meses de ejercicio no dudo de que podría presentar una pinta infinitamente más atractiva. Por si fuera poco, a mi proyecto de pregunta y de conato conversacional, entre sorprendida y asustada me dijo llamarse Fahtma, musulmana, cavernícola aún más si cabe. La chica pareció experimentar por primera vez en su vida el hecho de que un turista le dirigiese la palabra, y lo primero que protagonizó fue mirar azorada a todos los sitios hasta donde pudiera controlar su vista, por si alguien se hallase en el posible espectro de observación. Hizo un esfuerzo y por fin consiguió un esbozo de sonrisa. Vestía completamente de negro, hasta muy arriba del cuello, dejando sólo asomar los ribetes de un delantal interior o camisa blanca. La cosa no daba más de sí. Aquella parcela de posibilidades había quedado escudriñada, y ante la pobreza de resultados de mi sondeo

decidí dar carpetazo al ya de por sí improbableísimo y aleatorio proyecto con el personal de servicio de habitaciones del hotel.

Acaso ese mismo día, u otro cualquiera, y en alguna de aquellas mañanas en que no nos zarandeaban hacia cualquier lugar a bordo del autobús comatoso que, al parecer, nos habían asignado de fijo al grupo español; sí, acaso ese mismo día de mi tímido intento de abordaje a la chica del servicio doméstico, nos hallábamos en la playa propiamente dicha y que correspondía a la cabecera de situación del Hotel Adriático, ya que el nuestro [ya dije que no dejé registrado en ninguna parte su nombre] se hallaba a unos cincuenta metros detrás, como en una segunda línea. Allí estábamos disfrutando de un día de calor, de una tranquilidad pasmosa, de un mar quietísimo, limpísimo y clarísimo. En un momento dado me percaté de un grupo de tres, dos mujeres, chicas jóvenes, y un muchacho. Pronto, se fueron ordenando los datos, y me pareció percibir con toda claridad que se trataba de un matrimonio, con un niño pequeño incluido, y de la otra chica suelta. Hubo un rato en que la pareja se alejaron jugando con el pequeño, lo que aproveché yo para acercarme a la chica restante. Se trataba de una polaca, Marika Tomaszewska, que había ido de vacaciones con su hermana, su cuñado y el hijo de ambos. Tan sólo a la vista de mis pacíficas intenciones, de mis modales urbanos, y sobre todo del hecho de que me presenté como español y le dije que por desgracia había atravesado exclusivamente su país en tren y de noche, cuando me encaminé desde Berlín a Moscú el verano de 1978, y que me hubiera gustado..., etc., etc., por eso, la polaca accedió a hablar conmigo, no sin gran recato y como haciéndome ver que podíamos ser observados por quien fuere. Increíble, de no ser por el pequeño detalle de que era cierto. Yo le conté como pude, en un inglés rudimentario que estuviese al nivel del suyo..., le conté... lo que le podía contar: que habíamos venido un grupo de españoles, y que ella era la primera, la única mujer así, por libre, con quien me había topado; que me encantaría coincidir con ella en el hotel..., en mi cuarto, donde fuera. A todo eso, algo animado con el curso de mi atisbo de abordaje, dejé una mano mía sobre una de las suyas que sostuvo retenida con aparente placidez

durante algunos segundos, hasta que apercebida de que alguien podría haberla observado, la retiró con viva alarma en su rostro. Este detalle de supuesta nimiedad me ilustró, sin embargo, aspectos de la situación. Estaba claro que a nosotros los españoles, occidentales europeos, y que a trancas y barrancas habíamos echado a andar un sistema político moderno y democrático,... a nosotros se nos permitían cualesquiera desvíos menores que no vulnerasen frontalmente los principios del régimen. Pero lo que ya me quedó claro hasta límites insuperables de claridad fue que los turistas de países de la órbita socialista de detrás del todavía "telón de acero"... esos, estaban en precario, como expuestos a que les retirasen el sin par privilegio de visitar la república hermana de Albania, en cuanto se les detectase el menor extraño de lo aquí tenido por norma. Mi amiga la Tomaszewska tuvo que ver un horroroso peligro en el hecho de que yo la asiese por la mano, en un ademán individualista de intolerable sentimentalidad, de capitalismo prepotente. Bueno. Con todo, caímos en la cuenta de que íbamos a coincidir tal vez un par de días en el Hotel Tirana de la capital, antes de partir cada cual para su respectivo país. Quedamos en que procuraría contactarla. En eso quedamos. En todo y en nada, ya que cualquier tipo de conexión en Durres era impensable..., y hasta si se me apura, perseguible de oficio.

Ignoro si Albania cuenta con himno nacional, como también ignoro si el himno o canción, o melodía dedicada a Enver Hoxha es una y la misma cosa que el himno nacional. Pocas realidades podrían importarme menos. Ahora bien, lo que sí que estaba presente en todas las celebraciones, o acompañamientos, o desfiles de colegiales..., lo que sí que era pieza obligada de las orquestinas que tuvimos ocasión de escuchar en el complejo playero de Durres..., era la melodía dedicada a Enver. A mí me gustaba; la sentía como combinativa del típico latiguillo populachero y un tímido esbozo de empaque épico en su introducción remansada. Llegó a ser la musiquilla presente en todos los ambientes. Por las noches, sobre todo, en las veladas en la terraza del hotel, ante copazos de "raki" [tipo de aguardiente] de los más animosos bebedores, y retazos de conversación de los demás, una

banda de cuatro músicos solía amenizarnos a los turistas. Junto con las cualesquiera que contuviese el repertorio, la primera melodía que se interpretaba, así, como por costumbre hecha ley e incardinada en el menos sobornable de los deberes ciudadanos, consistía en la "Salutación a Enver Hoxha", pues tal era su título oficialmente acuñado. A mí me caía bien el soniquete pachanguero, y hasta me permitía sonsonearlo o silbarlo donde y cuando me daba la gana. Les propuse a Fahtmir y a Mondí la idea de poner en verso español la canción, y se quedaron pasmados de mi generosa iniciativa. Les hice producirme una versión literal de las palabras o "letra". Luego, y procurando adecuar y encofrar cada sílaba en el golpe o elocución musical correspondiente, conseguí el siguiente y divertido engendro:

SALUDACIÓN A ENVER HOXHA

Enver Hoxha afila la espada
cada vez que surge el peligro.
Ésa es la espada que cede por tierra
la cabeza de sus enemigos.

Enver Hoxha, te deseamos
larga vida como una montaña,
la voz del águila nos elevando,
tú serás siempre la luz de Albania.

¿Qué es lo que canta el pueblo del mundo?
Hoy en Europa brilla una estrella.
Esta es la estrella de nuestra Albania.
Feliz el que coja un rayo de ella.

Hicimos a mano unas cuantas copias para distribución entre los del grupo, y procedimos a ensayarlo ya todos en español, con música de la orquestina. Aquello era disparatadamente innovador, hermoso en su sorpresiva textura, en su improvisada ejecutoria. ¡Y salió; ya lo creo que salió! ¿Tendré que decir que en este menester yo llevaba la voz *cantante*? Bah, seguro que se lo imagina el lector. Con todo ello, de manera plenamente consciente y querida, yo hermanaba mis actividades con la poesía y con la música, haz y envés de la misma realidad. De la mano de la poesía yo hubiera ido a cualquier parte. Y

eso para que lo sepan todos aquellos tentados frívolamente de endosarme tal o cual propensión interesada respecto de algún principio organizativo de lo que entendemos por sociedad y por proyecto de vida en común.

Sospecho que fue desde Durres desde donde arrancó otra excursión para enseñarnos una planta de hilados y textiles en general, que se había montado con material, diseño y proyectiva chinos. El ruido dentro de la gran nave era tan ensordecedor, tan aniquilante, tan anihilante, que parece que el trabajo..., parece que se organizaba mediante dos medios turnos de cuatro horas con un descanso de una entre medias. La comunicación entre personas era absolutamente inviable, y todo el mundo estaba en el secreto de que una vez que se hubiera penetrado en el recinto de las máquinas, cada cual debería ceñirse a su parcelita de incumbencia. Ni siquiera hablando a voces era posible conseguir una mediana audición.

Tres o cuatro días antes de nuestro regreso definitivo a España nos trasladamos a Tirana, al hotel del mismo nombre, de tan sólo dos años de vida, único de planta moderna, digamos, un equivalente a dos estrellas con que contaba la capital del Estado y situado en la céntrica plaza de Skanderberg, El clásico Dajti, no muy lejos de allí, y construido por los italianos en la década de los años treinta seguía considerándose el "Palace" o el "Ritz" de todo el país; sin embargo las autoridades jamás mencionaron su existencia y mucho menos su operatividad con extranjeros incursos en la ocupación normal del turismo. El uso del Dajti parecía reservado exclusivamente para Jefes de Estado, y personalidades de las finanzas y del comercio con los que Albania mantuviese relaciones. Estaba claro que al turista convencional no le dejaban saber que los más de treinta y cinco años de "régimen" no habían sido capaces de producir algo ni remotamente parecido en empaque, en calidad y en buen gusto al hotel Dajti de los italianos. Quede consignado el detalle.

Probablemente al siguiente día de nuestra llegada a Tirana me apresté a contactar con Marika Tomaszewska, la polaca que según sus explicaciones se hospedaría también en el hotel Tirana. Conseguí —

cómo, no lo recuerdo – hacerme con el número de su habitación y telefoné. Se puso el que parecía ser su cuñado, y también me pareció entender que Marika ya no estaba; que había regresado a Polonia ese mismo día, o algo así; todo ello interpretado con cierta dificultad, con la penosidad de quien no entiende a quien tampoco le entiende a uno. Cosas de esas sociedades. Secretismos irrefutables. Personas desaparecidas de la virtualidad comunicativa. Acaso la vieran conmigo en la playa de Durres y la sancionaran por romper las reglas estipuladas. Una puta pena de gente. Una miseria de desarrollo convivencial. Di por cerrado el tema de Marika, que, en realidad, nunca llegó a abrirse. Conservo de su puño y letra, eso sí, en el reverso de un trocito de billete o pegatina seriada albanesa su dirección completa en Varsovia, y teléfono. Tan poco, tan volatilizable y al tiempo tan enigmáticamente representativo. Mujeres muertas, muertas antes de nacer. Hordas, cangilones de espíritu predestinado a desembocar en el océano sin límites de la desintegración sin contornos; pura gaseosidad del pensamiento.

Una de aquellas mañanas salí a comprar sellos para mis amigos coleccionistas. Me recomendaron una tiendecita en una de las calles principales que confluía en la Plaza Skanderberg, y hasta allí me encaminé. No había nadie. Eran sobre las 11:00 am. A duras penas colegí que quienquiera estuviese al cargo de aquello se lo tomaba un poco como hobby. Bueno. No hice más averiguaciones por el momento y me fui en busca de una librería que también me habían recomendado con el propósito de adquirir algún diccionario. Encontré el *Fjalor Frengjisht-Shqip* (Diccionario Francés-Albanés) de Vedat Kokona. Tirana 1966, que con una tirada inicial de 20,000 ejemplares se vendía al precio de 10 lekas unidad. Otro *Fjalori Anglisht-Shqip*. Tirana 1966, registraba una tirada de 40,000 ejemplares, y se vendía también a 10 lekas. Asimismo me hice con un *Manuel de Conversation Français-Albanais*. Tirana 1972, y producido en formato de cuadernillo sin precio visible, y por lo que parece ser el Patronato o Ministerio de Turismo albanés, si es que tales términos tienen posible correspondencia en nuestras entendederas. Lo único que se veía en los

escaparates de las dos o tres librerías con las que me crucé eran las panfletadas políticas, las típicas sandeces indigestas de todo régimen que no puede dejar ni un momento de comer el coco a sus súbditos. Las obras nunca completadas pero siempre en aumento del camarada Enver estaban indefectiblemente en primera línea de visibilidad. Así las cosas, y en congrua comparación, un diccionario me parecía contener mucha mayor cantidad de argumento, entretenimiento y emoción que todo lo demás. Hay realidades que le ponen a uno en la rampa de las representaciones lúdicas, chistosas, como aquélla del loco que, ante la petición de otro colega de que le prestase alguna buena novela, este primero le alargó la guía telefónica de Madrid, ponderando su gran interés y su magnífico tema, con el solo reparo, pequeño reparo, eso sí, de que acaso, tal vez, pecara de cierta demasia en la cantidad de personajes protagonistas que el autor había trazado. Pues así con los libros en Albania. Lo más ameno, lo más digestivo, la obra que más solaz puede contener para un lector no incurso en el fervor socialista... un diccionario!!

Regresé a la tienda de los sellos y en esta segunda ocasión sí que se hallaba ya una funcionaria. Pareció sorprendida de que yo me hubiera contrariado al encontrarme cerrado el establecimiento en primera instancia. Bueno, una vez más me la dieron de pardillo. Aquella desgraciada, sin enojarse, sin molestarse, me invitó así como a inferir que aquel negocio era, como todo, una empresa estatal, y que a ella le pagaban lo mismo, tanto si vendía como si no vendía. ¡Pues claro, hombre! ¿Cómo no haber caído en la cuenta? El juego del incentivo personal aparecía aquí con su más cruda rotundidad. Y como eso es lo que no han querido o sabido entender los regímenes comunistoides y depauperadores de la condición humana, pues así les ha ido (y les sigue yendo) al poco más de par de chalados – me refiero tanto a personajes como a sistemas políticos – que continúan aferrados por pura inercia a la plataforma que les presta la bobaliconería y falta de información de los súbditos tan estúpidamente esclavizados. Inútil es intentar trasladar al lector el concepto de baratura o carestía en lo tocante a los libros y a los sellos. Nosotros, los excursionistas, no

necesitábamos dinero nacional ya que *todos* nuestros gastos los habíamos satisfecho por adelantado en pesetas y en dólares USA. Tan sólo para compras de escasísimo monto como éstas, en sitios neutrales y fuera del grupo, necesitábamos lekas. Yo tuve necesariamente que hacerme con algunas porque conservo aún tres billetes de una leka cada uno, uno de ellos acuñado en 1963 y los otros dos en 1964. Considerando que la gran mayoría de los sueldos se acoplan en una franja que va de los 600 a los 1,000 lek al mes, los libros recibían el tratamiento de artículos de primera necesidad, recordando, de paso, que el precio de un diccionario, por su complejidad de producción y trabajo implicados, venía a ser el doble justo de cualquier otro volumen de formato que pudiéramos llamar convencional. No me es posible recordar el cambio siquiera aproximado, quiero decir ficticio, abstracto, entre peseta y lek, por no existir conversión directa entre una y otra divisa. En todo caso, el precio pagado por los libros y por los sellos, calderilla para cualquier bolsillo de turista español.

Ocurrió en el probablemente penúltimo día completo de nuestra estancia en Albania, durante las jornadas que dedicamos a la capital Tirana. Se programó para aquella tarde una visita panorámica a la ciudad, recalando sobre todo en lo que tuviera un tinte proyectivamente "formativo". La estatua ecuestre de Skanderberg, héroe nacional del siglo XV es vigorosa e impresionante. El cementerio de los caídos de la Segunda Guerra mundial es asimismo magnífico por la generosidad de sus proporciones. Ninguno de estos países que dice desconocer la propiedad individual remienda de viejo en el tema de las mediciones de las obras públicas, y acaso sea ése su mayor logro, su acierto más duradero. Las calles de Tirana, aunque destartaladas y descoloridas, son amplias, ampulosas, sobre todo sin coches. El Estado sólo tiene que tirar de escuadra y cartabón y decidir por dónde va a ir la arteria, sin dar cuentas a nadie, y sin enredarse, en el mejor de los casos, en enojosas leyes de expropiación forzosa. Desde que se constituye el Estado socialista, los pobres e indigentes (en libertad y libertades, quiero decir) administrados, lo tienen ya todo expropiado. Un problema menos del que ocuparse.

Bueno, el caso es que después de la visita panorámica de la ciudad caímos como final de programa en un museo... quiero creer que "antropológico"; o sea, de esos en donde cada gobierno se preocupa de enseñar a los visitantes la cara amable de lo que fueron sus usos y costumbres nacionales, y sus expectativas de que las cosas sean cada vez mejores. Un bodrio pobretón que se compadecía con lo que se mercaba nada más salir a la calle: gente triste, apagada, mal vestida, reprimida, y con el cerebro lavado y repasado con cepillo de raíces. Lo recuerdo como se recuerdan los flashes, los relámpagos que rasgan los velos y que entre nieblas nos permiten ver el horizonte prometedor. Se hallaba a la entrada de aquel museo y sólo cambiamos miradas, como chispazos repetidos de altísimo voltaje. La fui recorriendo, celebrando con ella, sometiéndola a todas las pruebas de calidad, inspeccionándola, deseoso por una parte de que claudicara ante la altura del listón de mis expectativas estéticas. Estoy seguro de que su mirada, las miradas que cruzamos y que sostuvimos deseaban, se esforzaban por parte de ella por dejar atrás, perforar, superar todas las consignas de partido; armonizar, cohonestar, integrar epígrafes programáticos con legítimos privilegios personales. Su mirada fue una categoría, un argumento en síntesis. Me pareció la única mujer de Albania en quien concurrieron atractivo, magia, feminidad consciente, y que, sobre todo, estaba presta a vadear los piélagos del Gran Hermano de tenebrosidad igualadora y despersonalizante, y adentrarse en mares de más redentoras comuniones, al impulso de los vientos de la aventura, de la sugestión. No nos llegamos ni siquiera a dirigir la palabra. En las circunstancias que el lector tiene necesariamente que imaginarse, todo lo que no fuese virtualidad de una dialéctica estética interiormente sentida y compartida en código de intransferible unicidad, habría desembocado en el más burdo de los descatos. No, no nos dijimos nada. Mi alma, en razón de caprichosa decisión, la puso por nombre Djela, la albanesa universal, mi particular heroína.

La última noche de nuestra estancia en Albania la pasamos en Shkodër. La mañana de dicha jornada la ocupamos en trasladarnos

desde Tirana, tomar posesión del acomodo en un hotel, y visitar el así llamado "Museo del ateísmo", probablemente una de las cosas más divertidas y de más congruente rigor, si contempladas desde la óptica de los albaneses. El Museo en sí es un conjunto o colección de "pruebas" en forma de cartas, restos, documentos, protocolos, etc., a través de los cuales – y siempre según el Partido del Trabajo – todas y cada una de las potencias extranjeras han pretendido sojuzgar y minar la mente de los albaneses. Una cosa así que se muestre a los turistas no creo que esté al alcance de todas las voluntades imaginativas, de entendimiento. Si partimos de que el concepto de Dios se torna igualmente viable o inviable, tanto se trate de pontificar sobre su pretendida "existencia", como de porfiar sobre su no demostrada inexistencia..., si partimos de esta premisa se nos hará más aparente, acaso, la poca operatividad con que la mayoría de los usuarios se acercaría al divertido "Museo del Ateísmo" albanés de Skodra. Los más decididos patrocinadores y defensores entusiastas de una cosa así probablemente pasen por alto el hecho de que hablar de algo que, según ellos, no existe; de que dar continua cancha a esa realidad es, de alguna manera, fundamentar por lo menos la tentación de poder llegar a creer que sí que existe. Por otra parte, la denostación por parte de los así tenidos por creyentes, de algo como el Museo del Ateísmo, por considerarlo demoníacamente corrosivo e imperdonablemente impío, les identifica como pertenecientes al bando precisamente de los que en nombre de una religión... pues ya sabemos de lo que son capaces de hacer.

Yo más bien creo que todo aquel conjunto escolar, aquella colección modestísimamente ordenada de dijes, botellas con mensajes dentro enviadas por el Vaticano a través del Adriático desde la todopoderosa vecina Italia; aquellos recados, aquellos complots escritos interceptados, todos supuestamente interesados por la salvación del alma de los albaneses, al tiempo que –¡oh, casualidad!– procuraban por todos los medios hacerse con la materialidad desdeñable de su país..., todo aquel muestrario irrefutable de felonías, traiciones, cabronadas, maniobras encubiertas a cargo de todas y de

cada una de las potencias invasoras de Albania, con el fin de socavar su conciencia de pueblo, con el fin de inocularles un sentimiento de sumisión y de resignación que les hiciera más vulnerables... todo eso, expuesto y explicado por el guía de manera contundente, divertida, plástica, y hasta cachonda..., todo ello, digo, lo que en última y única instancia me transmitía a mí, a mí concretamente, era que ni Albania ni país alguno debería permitir religión, fe o confesión alguna, desde la y por la que en su nombre la potencia de turno, el poder facticio político de turno se arrogase la capacidad de hacer lo que le diese la gana. Tal creo que es el único y no pequeño valor de que un país, un individuo siquiera, se proclame ateo. En momentos en que ciertos iluminados matarifes del Corán invocan el nombre de Dios para hacer irrumpir miles de tanques en un país vecino con no muy buenas intenciones; en el momento en que algunos señores del Vaticano arrecian su indigesta pesantez respecto del tema que fuere, en razón de la particular "revelación" que les asiste; en momentos en que tanto iluminado de camisa de fuerza, tanto gurú de vía estrecha, tanto jefecillo de secta, tanto médium, tanto charlatán, tanto visionario, tanto profeta, tanto hijo de la gran puta... profieren el nombre de Dios blasfemamente, se apoyan en el nombre de Dios, citan el nombre de Dios para perpetrar las mayores aberraciones, los más lacerantes disparates, las más impresentables atrocidades..., entonces, en esos momentos yo, desde mi criterio personalísimo e intransferible, desde mi atalaya de convicciones que ni vinculan ni excluyen, yo, paso un buen rato, me siento reconfortado, amenizado, entretenido cuando alguien renuncia a que le enchufen el cartel de una determinada confesión.

Y eso es, más o menos, salvadas las distancias circunstanciales y de la química psico-somática de la situación, lo que, estoy seguro, pensé cuando nos explicaba en lenguaje plástico y cazurrón el veterano de guerra, ahora convertido en guía-cicerone-ujier del "Museo del Ateísmo". Dígaseme ahora si no encontramos congruente la decisión del Partido del Trabajo de Albania de suprimir toda manifestación religiosa *pública*. Los socialistas acérrimos no estaban por la labor de consentir un "estado" dentro de otro Estado.

La mañana del día de nuestra salida de Albania, desde Skodrë, por la misma frontera por donde habíamos entrado, nos reservaron los organizadores el plato fuerte de la visita al trabajo "voluntario" de los jóvenes universitarios en el tramo del ferrocarril que uniría esta parte norte del país con la localidad de Titograd (Podgorica) en Montenegro, Yugoslavia. Parece que el seis de agosto de 1986, y una vez que se completaron los poco más de 15 kilómetros que les correspondían a los albaneses, quedó oficialmente inaugurada la conexión de dicho ferrocarril, discurriendo por el lado este del lago Escutari [Por supuesto, una obra que con el debido incentivo y la maquinaria adecuada no hubiera tardado en realizarse más de cuatro meses]. Parece que aquella empresa era una de las mimadas del régimen; la cifra y el compendio de la fervorosa aceptación que el Gobierno arrancaba, sobre todo, de los jóvenes que "voluntariamente" [imposible dejar de señalar el término, bien mediante comillas o mediante subrayado] se prestaban a trabajar gratis en días de fiesta o en días en los que sus ocupaciones normales, fijas, no les reclamasen. Aquello desde el principio, y luego a través de la empalagosa cantidad de literatura que llevaría consigo en todas las proclamas, en todas las prédicas, en todos los artículos y sueltos de prensa..., aquello se nos había dejado para el final, como el postre rebosante de exquisitez, como la demostración palpable, a lo vivo, del sistema; como el más incontestable de los refrendos de cómo el Partido del Trabajo era el partido de todos, sin fisuras, sin voces críticas; sino aplaudido, sostenido y santificado por aquellas epifanías ejemplares de solidaridad.

Yo, para entonces estaba muy tocado. La sucesión de noches, mayormente en Durres, pero también en Tirana, de no haber dormido a causa de los mosquitos me había cuarteado seriamente las fuerzas, y aquel día, después de la última noche en Shkodra... aquella mañana amanecí... enfermo, llámese como se quiera, baldado, inerte, inútil: sentía mal cuerpo y un lamentable desmadejamiento. No asistí al desayuno ni a la concentración del grupo para llevarnos al "ferrocarril". Fahtmir me fue a buscar personalmente, y a encarecerme

que aquella visita a los jóvenes trabajadores era... el sentido último de nuestro viaje a Albania, y que precisamente en mí, en mí [¡vaya, hombre, también parecía broma que me tocara a mí officiar de representante de la intelectualidad más relevante que el volumen de nuestro grupo pudiera desplazar!], sí, en mí había puesto él, Fahtmir, sus expectativas para que yo, como el más preparado de la excursión actuase de portavoz en España, de cadena de transmisión, de intérprete de aquella maravilla de simbiosis entre lo individual y lo solidario que Albania, señeramente, podía mostrar al mundo, paradigma de socialismo, paradigma de aceptación [¡y qué remedio!] de las líneas de Partido..., y un sin fin de reflexiones que sólo hicieron marearme y exasperarme. Ya digo que el esfuerzo y el cansancio no redimidos de los días anteriores me habían dejado hecho un guiñapo y no me podía tener. Muy a regañadientes, y después de comprobar que me hallaba en condiciones deplorables, Fahtmir se marchó. Yo pedí un yogur – riquísimo y abundantísimo, por cierto –, les dije que tampoco bajaría para la comida, y que me reuniría con todos a la hora de tomar el autobús para la frontera.

Ya en la cama y disponiendo de unas cinco horas de convalecencia dejé que las ideas se me fueran posando conforme a su propia dinámica, con arreglo a su entidad y a su peso. Reconozco que rocé la línea peligrosa de echarlo todo a perder, y de haber salido de Albania como "persona non grata"; mejor dicho, indeseable. Pero el caso es que estaba hasta los huevos de esas cosas, esos detalles tan pequeños, tan grandes que te arruinan, que te tiran por la borda la mejor de las excursiones y la mejor trabazón de los programas. Empecé a cagarme en todos los regímenes socialistas que además de no ser capaces de erradicar los mosquitos en sus complejos turísticos (cosa, por otra parte, asumible y que le puede ocurrir a las mejores familias de países, socialistas o no), resulta que *no* te avisan, que no te advierten; y que no contentos con todo ello, pues termina por resultar que no disponen de ningún artículo indicado como remedio. ¡Me cago una y mil veces en sus muertos! Yo creo que lo primero que haría para granjearme la amistad de alguien a quien quiero convertir a mi

credo..., lo primero que haría... sería no cargármelo. Todo socialismo de tantos o de cuántos miembros pasa por que cada uno de esos afiliados miembros, uno por uno, haya asumido los principios de dicho credo, y libre y gozosamente comulgue con ellos. A mí, como digo, en las condiciones en que me encontraba, lo más recurrente, caudaloso e inequívoco que se me ocurría era cagarme en todas las putas madres que hubieran podido parir a cualquier tipo de socialismo que no fueran capaces de resolver "mi" problema concreto, personal, del *allí* y del *entonces*. Podían dar por el culo, y taladrarles el mismísimo yeyuno-íleon a todos los ferrocarriles albaneses, y a toda la caterva de piojosos que directa o indirectamente, por sí o por no, me habían convertido en aquella piltrafa, en aquel espectro de hombre. Estaba yo, justo, como para ver ferrocarriles, ¡la puta que los parió a todos!

Llegó el momento corporal, material, de la partida. Nos subimos a un autobús y nos dirigimos hacia la frontera, no más de 15 kilómetros. Allí se siguió idéntico procedimiento al de la entrada: Nos bajamos en el puesto albanés, y proseguimos a pie salvando los aproximadamente cien o ciento cincuenta metros de tierra de nadie, hasta donde se hallaban los yugoslavos. Un oficial montenegrino joven, fornido y amable nos preguntó si llevábamos algo que en forma de propaganda escrita, o insignias, o reproducciones, significase materia o cosa albanesa. Conmigo fue muy fácil: le dije que nada, y ni me dedicó un segundo, marcándome mi único bulto de equipaje con la contraseña de O.K. Sin embargo, a los dos chicos jóvenes que habían viajado juntos, sí les intervino unos carteles con el águila albanesa, asegurándoles que ese material no podía entrar en territorio yugoslavo, ante lo cual, en un acto muy lleno de coherencia el dueño concreto de los "posters" los rompió allí mismo. Nada más lógico que la actitud del aduanero de aquella frontera de Montenegro: Si Albania estaba decidida – como realmente lo estaba – a exportar revolución, patrimonio político, claves convivenciales..., pues muy bien, que lo pusiera en la parte del mundo que creyera conveniente por los medios y las vías que también juzgara más adecuados. Ahora bien, que no se sirviera gratis del territorio de un país vecino al que, por cierto,

denostaba y atacaba de imperialista, agresor, aliado salvaje de los enemigos de Albania. Los yugoslavos sabían que los albaneses exportaban doctrina, y de la manera más natural y menos polémica del mundo intervenían todo lo que de aquella doctrina pretendiera entrar en Yugoslavia, precisamente a manos de terceras personas, para más *inri*. Como siempre, no puede faltar el boceras incontinente que clama contra cualquier cosa que vaya en contra de su apetencia concreta y momentánea, por mal que se compadezca con el diseño general y profundo de la realidad de las cosas. Uno de los dos amigos dejó traslucir el típico conato imbeciloide de denuncia de las atribuciones prepotentes de la policía, de la aduana, de todo aquello que significara salvaguarda de un orden y de un principio, a lo que el aduanero muy cortésmente y con gran despliegue de sentido común le dijo que no era él quien estaba en contra de Albania sino todo lo contrario; que si nos acordábamos – y claro que nos acordábamos, cómo no íbamos a acordarnos – cien metros atrás habíamos dejado un retén de varios hombres armados en pie de guerra (cierto) y que sin embargo él, allí, en su puesto fronterizo yugoslavo, además de encontrarse solo (cierto) el único instrumento del que se servía era un bolígrafo, y que por ningún sitio podríamos ver un arma. Fuere lo que fuere, es el caso que aquel funcionario echó un órdago que nadie pudo rebatir. Era muy cierto lo que decía de aquellos desgraciados albaneses que no dejaban un momento de portar el fusil al hombro, como si esperasen un ataque de no se sabe quién, ni tampoco se sabía cuándo. El yugoslavo jugó muy bien aquella baza, acompañándose de una sonrisa de sacrificada conmiseración y desprecio por aquellos vecinos que se habían extraviado por la senda del sinsentido y del empecatamiento. Gran tipo aquel aduanero.

Como el trámite de las pesquisas (y en caso de así estimarlo oportuno, inspección de los bultos de equipaje) se prolongaba algo más de la cuenta, el chaval de Ana, nuestra guía, empezó a impacientarse y a decir que quería comer algo, y que estaba cansado; a lo que el joven policía le sacó un magnífico racimo de uvas que nos

hizo envidiar a algunos no haber quedado incursos de nuevo, y por un rato, en la condición de niño. Hay detalles que no se olvidan.

Superado el trámite de la reentrada en Yugoslavia abordamos el autobús que nos llevaría a Dubrovnik. Era ya completamente de noche. Este segundo vehículo era bueno, moderno. Como yo iba solo me coloqué en el asiento independiente del frente, a la derecha, un lugar privilegiado para ver todo lo que los focos del ómnibus permitieran. El conductor hablaba algo de alemán y nos íbamos entendiendo. A medio camino, a uno de los excursionistas, que había hecho gala de buen sentido y de capacidad de acomodo en toda circunstancia, parece que le dio un apretón el intestino, y él y su mujer se acercaron a mí para pedirme muy serios que, puesto que se habían percatado de que mi personalidad despertaba cierta consideración por parte de... todo el mundo, y puesto que me habían visto y oído hablar con el conductor, y que parecía que yo era el único con el que podía entenderse..., pues que por favor le pidiera que se detuviese el tiempo necesario para que nuestro amigo se escapase a unos metros por allí y se quedase tranquilo. Así lo hice, y el conductor, flemático y comprensivo se detuvo en cualquier parte, mientras nuestro hombre echaba a correr y desaparecía por detrás de unas matas. Otro curioso detalle de los que no se olvidan.

Como señalé, era ya noche cerrada y aquellos parajes estaban absolutamente desiertos. Me era imposible reconocer nada del espacio por el que nos desplazábamos. Desde luego que atravesamos una vez más Titogrado, y luego tuvimos que dirigirnos, vía Budva, a través de Kotor, para ya seguir toda la ruta de la costa, teniendo el mar en este caso a la izquierda. El panorama era sobrecogedoramente intimista, recoleto y hermoso. Las más de tres horas que tardaríamos en salvar los 150 kilómetros aproximadamente desde la frontera me sirvieron para hacer un ensayo de organización de ideas. Desde luego, se trataba de una de las excursiones más originales que yo hubiera acometido en mi vida, y de la que me pondría a exponer por escrito todas las conclusiones que me parecieran de valor en cuanto regresara a España. De momento, y acogiéndome a la advocación general y socorrida de

que no hay cosa, libro, persona, pensamiento o instancia que por perversa e inútil, por siniestra e inicua que podamos considerar, que no contenga algo aprovechable..., bueno, guareciéndome bajo principio tan flexible y tan permisible traía a mi conciencia algunas de las particularidades de Albania que yo subscribía, como por ejemplo el hecho de que las autoridades no permitieran la entrada en el país a barbudos. El fundamento último de tal medida parecía radicar en el hecho de que tales apariencias correspondían por lo común a santones, a gentes palabreras dedicadas al negocio de la religión o sucedáneos, y por lo tanto desentendidas de las cosas del trabajo visible de todos los días. A mí, por simple estética, me parecía una medida muy saludable; y si además subyacía una motivación de tipo más trabadamente elaborado, mejor que mejor. Otra de las cosas que yo aplaudía de esta gente es que no se permitieran perros en las ciudades. La consigna era taxativamente que el lugar de dichos animalitos era el campo, y que en la ciudad lo único que podían hacer era conculcar los menesteres que de ellos se esperaban, ensuciar el entorno y dar trabajo innecesario. Perfecta forma de pensar y de proceder.

En otro orden de cosas, me había ido sin follar de Albania. Nunca se sabe, pero conforme a mi sistema de mediciones y de captaciones haber follado con alguna albanesa en aquellas circunstancias me hubiera parecido pertenecer al mundo atípico de las excepciones, de las carambolas que hubiesen apuntalado aún más si cabe la regla general. No, Albania, con la gente que yo vi; con la mentalidad que yo ausculté, y con la representación de individuos y de estamentos con los que a mí me fue dado tropezarme, follar era prácticamente imposible. Una pena, pero ésa era la verdad.

La Yugoslavia de Tito, a todo esto, me seguía pareciendo un emporio de modernidad, de aperturismo. El paso de Montenegro a Croacia [según el actual organigrama geopolítico], y que tuvo que realizarse un poco antes de alcanzar Pridvorje, ya cerca de Dubrovnik, por supuesto que resultaba inadvertido. En el aeropuerto de Dubrovnik nos esperaba lo peor, que no era otra cosa sino la de llegar a un

aeropuerto yugoslavo, con el fin de servirse de sus prestaciones de transporte, pero por ciudadanos procedentes inmediatamente de Albania. Ocioso decir que un viaje como el nuestro contemplaba todas las actuaciones mediante la modalidad del grupo en bloque. Yo jamás recuerdo haber visto mis billetes aéreos de entrada y salida de Yugoslavia, por ejemplo. Ana, nuestra guía, de la forma más competente y más profesional del mundo se encargaba de dichos trámites, y ya sabíamos todos desde un principio que el único método entonces de visitar Albania era acogiéndose sin reservas mentales a un programa como el nuestro y renunciando a toda acción posible de protesta o de resarcimiento. Y en honor a la verdad transcendía un ambiente de confianza y de porosidad sin límites en todo lo relativo a la proporción servicio/precio en que se fundamentaba nuestra excursión. Y de la seguridad personal, ¿qué decir? Reinaba una impresión de que en Albania no se movía nadie sin permiso del Partido, y probablemente lo menos imaginable del mundo que pudiera haber ocurrido es que un turista se hubiese visto menoscabado en lo más mínimo respecto de su integridad, protegida como estaba por unas omnímodas garantías. En cosas así los países sojuzgados por estos sistemas de la bota stalinista eran verdaderos paraísos de sosiego, aptos para curas de stress al más recalcitrante de los ejecutivos.

Sí, lo peor que nos ocurrió al llegar al aeropuerto de Dubrovnik, con el fin de salir de allí... volando, fue el hecho de que veníamos de Albania como nuestro destino *inmediatamente* anterior a poner pie en Yugoslavia; y puesto que los albaneses habían declarado la guerra a todo el mundo, pues... la modesta Yugoslavia tomaba sus medidas. Y las medidas consistieron en que para las seis horas, he dicho bien, *seis* horas que tuvimos que esperar en el aeropuerto, un oficial yugoslavo de la policía aeroportuaria nos retiró los pasaportes, así como suena. En realidad se trató sobre todo de que uno de los dos chicos que viajaban juntos, el más progre e impertinente y por lo tanto el más ignorante – y que además llevaba la cantidad máxima de barba permitida por las autoridades de Albania – se puso a protestar por no sé qué, como si los yugoslavos tuviesen algo que ver con el desarrollo

de nuestro esquema. Yo estuve durante algún rato acicalando la idea de marcharme a la ciudad de Dubrovnik en un taxi, y ocupar durante tres o cuatro horas una habitación de hotel, y descansar algo. Tenía dinero sobrado, quiero decir divisa \$ USA, pero entre la ida, la vuelta y demás gestiones las cuentas no me salían. Pero más que nada es que en las condiciones en que viajábamos cualquier cambio brusco de los horarios no por imprevisible era menos probable; y así, no era muy juicioso abandonar el puesto de guardia, por si la hora de salida se adelantaba, supuestos todos ellos difícilmente imaginables para un itinerario hecho y derecho, pero no para un viaje tan de trapillo como el nuestro. Si, fue eso: Que el boceras del chico ese de nuestro grupo se puso a vociferar y en justa correspondencia nos recogieron los pasaportes. Al menos me quitaron el peso de seguir planteándome la posibilidad de un hotel. Allí en el aeropuerto cada cual hizo lo que pudo: los viejos se quedaban dormidos sentados, como si tal cosa. Yo me tumbé todo lo largo que era en una especie de escalón ancho o plataforma elevada del suelo, como también pude. Una cabronada inmensa, de postre, de remate de fiesta. Un regalo para los que veníamos de visitar Albania; así no se nos olvidaría.

Ya en España lo único que me quedaba por hacer era ser consecuente con todo lo anterior, amarrar todas las fuentes de conocimiento sobre Albania a las que pudiera tener acceso, dejar que se sedimentaran las ideas y de momento, muy de momento, escribir un ensayito y ver de publicarlo en algún periódico de difusión crecida. Descubrí sin ir más lejos que el gran Fernando Díaz-Plaja, hermano de don Guillermo, había formado parte de la primera tanda de grupos de visita a Albania organizados por la Asociación, en 1980. Se había adelantado a mí en un año. Tenía empantanado su *Viajes por la Europa Roja*. Bruguera. Cinco Estrellas 1981, a falta de Albania, y fue por eso por lo que se esmeró en llevar la delantera con el fin de sacar a la calle su magnífico libro. Magnífico autor. Dice que viajó en "un grupo en el que predominaban la juventud y la curiosidad y nuestros anfitriones pusieron a prueba la resistencia de la primera y la amplitud de la segunda" (pg. 212). Dice muchas cosas más en su proverbial estilo

ameno, documentado y elegante. Lo mejor es leer el libro. Como verá el lector, yo he elegido la cita por la que nuestro autor nos sugiere entre líneas alguna cadena de calamidades y carencias en lo tocante a la materialidad del viaje, y que por dedicar su obra al gran público y a cargo de una editorial de cierto tiro, acaso se haya abstenido de enumerar prolijamente.

Con los coordinadores de la Asociación de Amistad sostuve una serie de intercambios de opiniones y de papeles durante los meses inmediatamente posteriores a nuestro viaje. Precisamente a dos de ellos, uno de los cuales el marido de Ana, la guía, les hice llegar un artículo acompañado de la carta que adjunto

Comitè Central
UNION DE BARRIS I LLETRES BARCELONINES
C/ de Sant Joan de Vilatorrada, 12. 11
08001 BARCELONA, CATALUNYA, SPAIN
TELÈFON 5511000, 5511001
FAX 5511002

Numèro de novembre, 1 de novembre, 1981

ASSOCIACIÓ DE AMIGOS DE ESPAÑA ALBÀNIA
c/ Carre de Xiquena, 12. 11
c/o Manjonià Padilla y/o Joan Navarrete
BARCELONA - 4

Queridos amigos :

Precedent d'acord amb l'article 10 de l'Estatut, amb efecte, quan algú
infringeix, se li regala pium que condueix el veu i se'n veu de convenga en l'E.
Lo poble citar un títol o en part, y en el s'ha de en persona més convi-
nente. Teneu el títol al lo publicat.

Quatre d'últim

Tonià Padilla

Sobran las explicaciones. En el número 4, pg. 6 de *Drita Albania (La Luz de Albania)*, correspondiente al primer trimestre de 1982 apareció mi trabajo "Albania de nuevo: Tal vez la misma pregunta", extractado. Algo era algo. Parece que lo que más les gustó fue la independencia de criterio de que hice gala. Les quedó claro que por mi parte no había detectado nada que me acarrease pérdida o ganancia por dejar de decir lo que tenía que decir de primera mano. Y en tal caso darse gusto a uno mismo se imponía como lo más preceptivo. Ese mismo 1981, siempre en la estela de nuestro viaje del verano, y por lo que se refiere a mi personalísima incumbencia, encarnó una serie de realidades que pivotaban todas sobre Albania. La primera, el nutrido manojito de prensa que vino a mi poder enviada por los amigos de la Asociación: *Asamblea Obrera*, Órgano de la Asociación Obrera Asambleaísta; *Puna* (Públicé par le Conseil Central

des Unions Professionelles d'Albanie); *Albania hoy*; más ejemplares de *Drita Albania*, etc., etc. Comprenderá el lector que yo no me estaba quieto recibiendo cosas. Un día me armé de valor y previa consulta sobre la estrategia logística a seguir, llené mi coche de libros en español, únicamente de tipo didáctico, que yo tuviera repetidos en algún caso, o simplemente en edición más moderna (diccionarios, gramáticas, etc.) y se los llevé a la Asociación para su conveniente traslado a Albania en la forma y guisa que mejor conviniera. Siempre en régimen espontáneo de reciprocidad la Asociación me regaló algunos volúmenes de las ya por entonces extensísimas y abultadísimas *Obras* in... completas de Enver Hoxha. [A su debido tiempo nos confirmarían – porque bien sospechado lo teníamos nosotros, claro – que un equipo de más de cien escritores y amanuenses estaban dedicados íntegramente a redactar, a plasmar por escrito el mobiliario de aquella ingente, de aquella sin igual cabeza del camarada Enver] Amén.

Por otra parte el brillante y maniobrero Perico Atienza que a la sazón trabajaba de locutor en Radio Nacional, Radio 3, me pidió que me pasara una mañana por Prado del Rey y que les acompañara en su programa "La Barraca". Tratándose de Perico accedí a darle gusto, gratis, y allí estuve charlando con los responsables del espacio y sobre todo contestando ocurrencias de los radio-escuchas de diversas partes de España, y que por no tener nada mejor que hacer telefoneaban a la emisora.

Me consta que con toda la mejor fe del mundo mis amigos de la Asociación habían contado conmigo para... para... no estoy seguro de para qué, pero siempre acaso para algo que se encontraba más allá de lo que mis propias e insobornables convicciones me permitían. Para finales de 1981 yo había constatado con una sensación agridulce de agrado y desagrado, que después de la figura intelectual gigantesca de Fernando Díaz-Plaja, a muchas galaxias de distancia, la Asociación me consideraba la personalidad más ...me produce sonrojo, malestar escribirlo, más destacada de todos los que habían constituido los grupos de viaje a Albania; y de ahí que mencionasen mi nombre, en

plan de reclamo, o de simple dato sobre el alcance de interés que el pequeño país había despertado. Bueno. Mi sentido de la urbanidad complaciente me consentía hasta ahí. En *Vanguardia Obrera* [subtitulado "Órgano del Comité Central del Partido Comunista de España (Marxista-Leninista)", nada menos], n° 374, Madrid, del 3 al 16 de diciembre de 1981, en su pg. 8 aparece, por ejemplo:

"El pasado día 27 se hizo una cena conmemorativa del 37 Aniversario de la Liberación de Albania Socialista a la que asistieron amigos del pueblo albanés y miembros de la Asociación de Amistad España-Albania, así como diversas personalidades que con su presencia como Fernando Díaz-Plaja o con su adhesión como Lola Gaos, Querejeta, Tomás Ramos, se unieron a los brindis por el éxito del VIII Congreso del PTA y la independencia del pueblo albanés contra las superpotencias y el imperialismo".

La cosa iba tocando techo. Me parece bien brindar por la buena marcha de un Congreso, o porque el pan de higo no rebaje nunca su calidad; pero hay cosas por las que no me parece ni bien ni mal brindar; simplemente porque no las capto; mejor, las entiendo como gaseosidades emocionales, fruto del medio ambiente geo político preponderante en una determinada situación.

A donde sí que asistí fue a la cena que organizó la Asociación el 18 de diciembre de 1981 en el restaurante "Sol y aire" de la Avda. de la Albufera 127, en el barrio de Vallecas, según rezaba en la tarjeta de menú, con motivo del "18 Aniversario del P.C. de España (Marxista Leninista)". No me arrepentí de haber ido, pero no puedo decir que lo disfrutara. No sé si me coloqué o me colocaron en una mesa de... relativa preferencia, pero el caso es que no conocía a nadie. Ana, nuestra guía, estaba atractiva y amable, yo diría que hasta preciosa, pero tanto ella como su marido se hallaban en papel de organizadores y hubiera sido mentecato por parte mía esperar cobertura. El acto fue aleccionador: supe que entre la comensalía se encontraba algún pez gordo, como un tal Raúl Marco que, sin ir más lejos, aparecía en el número citado de *Vanguardia Obrera* fotografiado en primera página, a todo glamour y sin escatimamientos de espacio, abrazándose a Enver

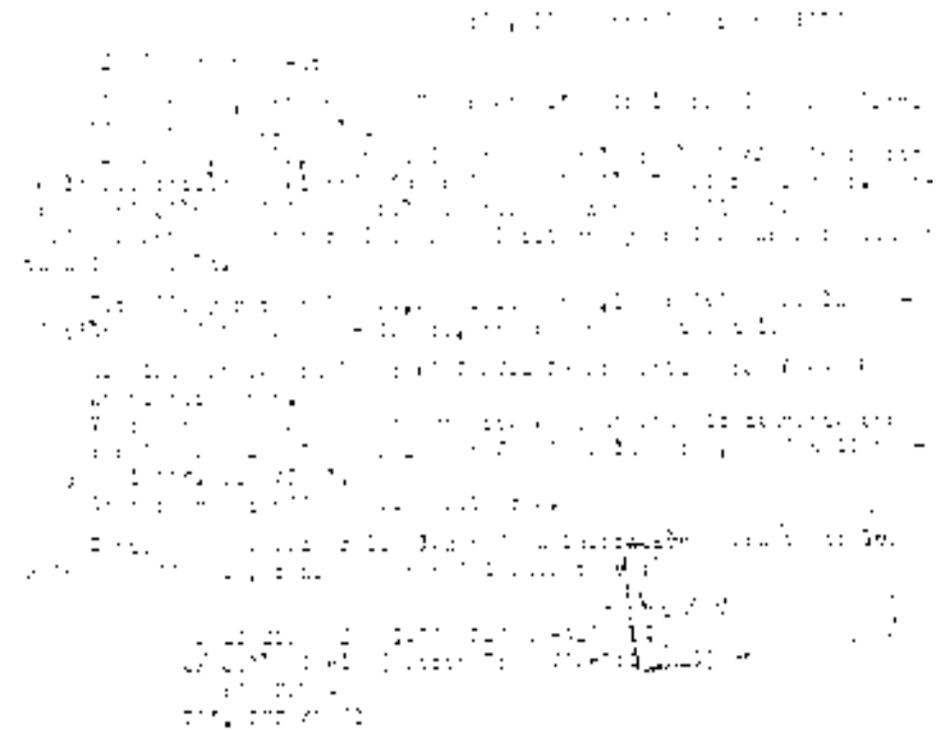
Hoxha durante la celebración del VIII Congreso del PTA. La cena discurrió por cauces de convivencia normal. Tan sólo al final, en el siempre espinoso tramo de los brindis subió de diapasón la atmósfera al levantarse la mayor parte del público y vociferar no sé qué... pollas de consignas con el puño en alto. Aquello marcó clara y providencialmente mi línea divisoria. Yo me levanté, pero ni bebí (no tenía sed) ni enarbolé el puño cerrado. Hubo alguna mirada escrutadora inteligente hacia mí como diciendo: "Hasta aquí ha llegado éste". Y hasta ahí llegué, hasta el momento presente, hoy, ahora, un día de verano de agosto de 2000 en que estoy escribiendo esto mientras mi mente se entretiene en frívola alternancia en diseñar la mejor ruta para llegar a El Escorial donde me espera un torneo de ajedrez por la tarde.

En 1982 tuve ocasión de participar en una especie de concierto bilateral para profesores entre la Universidad de Granada y la de Bristol (Inglaterra) y en dicha ciudad inglesa pasé los meses de enero y febrero. Además de las ocurrencias propias del menester de la docencia y de la investigación [que acaso justifiquen la confección de una viñeta o capítulo independiente de mis *Mujeres, lugares, fechas...*] conocí a un amigo de otros amigos míos, que precisamente trabajaba de coordinador en una sucursal de Regent Holidays (U.K.) Ltd., en Bristol. Surgió el tema, y el hombre muy cordialmente me regaló un estupendo "brochure" informativo de las excursiones a Albania que su empresa organizaba ese año de 1982 desde abril. Una vez más me tuve que rendir ante ciertas evidencias. El programa es un primor de datos, lúcidamente resumidos, pero sin dejar da mencionar nada esencial. Nos enteramos de que aquél era el año número doce que Regent Holidays había enviado turistas a Albania. Así que, que el lector eche la cuenta: ya en 1971 comenzaron las visitas. Y eso que Albania seguía teniendo pendiente el contencioso del Estrecho de Corfú [En pocas palabras: "En octubre de 1946, en el Canal de Corfú, cuatro navíos de guerra ingleses tropezaron con unas minas: 44 marineros y oficiales ingleses murieron. El Tribunal Internacional de La Haya condenó a Albania... a pagar 843,947.- libras esterlinas. Albania, que no aceptó ni acepta dicha sentencia por considerarla injusta se ha

negado y se niega a pagar dicha suma a Inglaterra que en represalia tiene bloqueados en el Banco de Inglaterra 2,454.- kgs. de oro de la antigua Banca Nacional de Albania, que fue saqueada por los nazis y recuperada por los aliados en Alemania Occidental" *Drita Albania. La luz de Albania*, nº 3. 2º semestre, 1981, pgs. 12-13)] El Reino Unido, Inglaterra concretamente, comparada con nosotros era una superpotencia en todo, y más que nada en la tradición de los viajes. Imagínese el lector qué desarrollo turístico no hubiera existido de haber tenido relaciones diplomáticas a escala completa ambos países entre sí. Como digo, una preciosidad de programa en dos hojas tamaño holandesa por una y otra cara, en tinta azul, en donde se explica prácticamente todo sobre la historia, la geografía, las costumbres de Albania [No male with long hair or full beard will be allowed into the country. A beard is permitted providing there is a large shaven area between side boards and start of the beard. Should the authorities not be satisfied in this respect, hair will be cut by the barber on arrival / No se permite la entrada a ningún varón con el pelo largo o la barba crecida. Tan sólo, si una buena parte de lo cara entre las patillas y la perilla está afeitada. Si las autoridades disintieran, el barbero llevará a efecto el corte de pelo en el momento de la llegada". Pido disculpas por esta cita larga, pero la verdad es que la doctrina que la sustenta es descojonante y desternillante]. Se nos informa también que la empresa Regent es "the only company in the U.K. running tours there [Albania]". Lo único que no decían es si algún viajero había tenido problemas serios con los mosquitos. De lo que antecede se deriva que nosotros los españoles, como en casi todo, seguíamos bastante de lejos el camino abierto por otros colectivos de europeos, y que nos limitábamos a chupar rueda de la manera menos indecorosa. Dicho sea todo esto sin pretender hurtar mérito alguno a la iniciativa pionera que en España, y para españoles, significó la Asociación de Amistad con Albania.

Ya en plan de pura curiosidad y de dejar constancia de los variados materiales venidos a mi conocimiento, y que en alguna

medida versaran sobre Albania, guardo la página de un folleto de viajes Transrutas, para 1984, y que bajo el epígrafe "Circuito de Albania y Yugoslavia" no añade nada a lo ya conocido y que, por supuesto, pudiera merecer comparación con los exhaustivos y documentadísimos esquemas anteriores de Regent. La última vez que supe de mis amigos de la Asociación fue a través de esta carta circular que acompañaba al número 2/1984 de *Albania Nueva*, una revista en formato grande y en papel cuché de artes, letras, variedades en general, pero con el denominador común del "más de lo mismo" permeando toda la realidad de su intención sociológica y convivencial.



Bien fuera porque las fechas anunciadas para las reuniones propuestas me resultasen inviables por hallarme ya en Granada enfrascado en mi curso académico; bien fuera porque el proceso de las realidades se afectó a una dinámica inexorable, el caso es que aquella comunicación fue definitivamente el último contacto que sostuve con la Asociación.

Como cifra y compendio de lo que pudiera resultar interesante sobre Albania para el público español en general, el suplemento Dominical de la Editorial Católica para *Ideal* de Granada publicó el domingo 25 de noviembre 1984 el reportaje "Albania, cuarenta años de revolución" que firma un Domingo Sánchez García, con fotos de su autoría asimismo. Las siete jugosas páginas organizan bien el material

informativo. Dentro de la inevitable cascada de lugares comunes repetidos innumerables veces sobre historia, política, religión, economía, cultura del trabajo, natalidad fomentada acuciantemente por el Estado, el periodista acierta con algunos detalles cazurronamente ciertos ("A pesar de la afición de los albaneses por la repostería, los 'gorditos' son prácticamente desconocidos en este país de gente delgada, de escasa estatura y facciones irregulares, apreciablemente curtidas por el trabajo") y verídicamente festivas ("La escasez de vehículos particulares se aprecia en que el tráfico en Tirana está regulado sólo por cuatro semáforos"). Luego ya, y como absolutamente postrer referencia sobre el tema de Albania conservo el artículo de Fernand Parizot en *Diario 16* de 7 de agosto 1986, "Viaje al país de las águilas": 'Ayer se inauguró el ferrocarril que une Albania con Yugoslavia. Ayer, Albania dejó de ser el único país de la Europa continental al que no se podía llegar en tren. La inauguración de un tramo de ferrocarril de 25 kilómetros, que une Titograd (Yugoslavia) y Shkodra (Albania) es un paso para acabar con el aislamiento del llamado país de las águilas'... Un buen trabajo que compendia con habilidad en una página los aspectos más sobresalientes, aunque reiterados, sobre Albania.

Bien porque me conocieran de la vez anterior, o sea, porque mi nombre había quedado en los registros de la emisora; bien porque alguien sugiriese mi persona; y siempre por la abultada realidad de que todavía, a la altura de 1986, el turismo español a Albania se efectuaba en dosis mínimas, es el caso que previa invitación el día 6 de agosto 1986, –fiesta de los Santos Niños en Alcalá de Henares, y mientras me hallaba en el mismo despacho desde el que estoy escribiendo esto ahora, sentado en la misma silla de brazos, y más o menos con idéntico panorama de libros y mobiliario–, hablo por teléfono para Radio Nacional de España, Radio 1, sobre Albania, aprovechando el impacto informativo que supuso para todas las agencias internacionales de noticias la inauguración del mencionado tramo de ferrocarril. No recuerdo lo que dije. Respecto de países como Albania lo que se hubiera opinado cinco años antes, cuando mi viaje; o diez, veinte años

antes..., aun sin haber viajado allí, hubiera seguido manteniendo su vigencia. Creo que tímidamente esboqué, sugerí, que puesto que el año anterior 1985 había muerto Enver Hoxha, tal vez el país considerase alguna otra opción de "proyecto de vida en común" que compartiese la hasta entonces tenida por buena y única indiscutidamente. Que había que esperar. Aquello lo dije con la boca pequeña. Para entonces, para finales de 1986, un sordo rumor de cambio, una premisa de desmoronamiento de mucho de lo que se entendía por orden constituido en los países de detrás del así llamado Telón de Acero, se estaba larvando. El Vaticano, con su obispo de Roma de nacionalidad polaca al frente, estaba sembrando de sutilísimas minas espirituales las concepciones de muchos responsables de la geopolítica europea. Las gestiones llevadas a cabo por la entonces Alemania Federal respecto de un acercamiento con la otra Alemania, la así llamada Democrática, fueron, en opinión personalísima mía, una de las consecuciones de más calado, de más entidad de toda la historia del siglo XX. Los cimientos estaban socavados. Los paraísos comunistas olían a naftalina, y las gentes, por millones, por cientos de millones no podían esperar mucho más. La invasión de los "mass media", estos medios de comunicación de masas, que la cutrería oficial llama "poder mediático", permeaba muros y paredes, aceros y ladrillos, telones y bambalinas. La caída del Muro de Berlín fue un símbolo. El sentido del cansancio de los pueblos sojuzgados hubiera sido el mismo. La increíble gesta de la absorción de los diez y ocho millones de alemanes orientales por sus hermanos de Alemania Federal hubiera sido la misma. Pero el Muro de Berlín constituía eso, un símbolo plástico, una perfecta visualización de todo el argumento soterrado, de todo el desarrollo de palabras y de decisiones llevadas a efecto.

Albania no podía quedarse fuera de este vendaval de modificaciones, aunque hubiese querido. Albania, después de 45 años de gloriosas revoluciones, y de miríficos liderazgos, y de fantásticos logros, y de todos los bla-bla-bla y zarandajas de que es capaz un totalitarismo exhaustivo..., Albania, digo, se percató de que seguía siendo, *con mucho* – obsérvese bien el detalle, *con mucho* – el país

más pobre, más encanijado, menos desarrollado, más desharrapado, más retrasado, más cavernícola, más desenganchado de las pautas de la Historia..., de Europa, que era casi como decir, del mundo. A los alemanes les habían bastado veinte años para pasar de ser un país destruido a un país que importaba cinco millones de obreros; y que veinticinco años después se permitía el lujo de absorber, como ya quedó dicho, a otros diez y ocho millones de ciudadanos acostumbrados al socialismo inmóvil de la carencia de motivaciones, de la confianza en el Padre Estado, y de la – comparativamente y en congruencia – escasa y ridícula producción (por ejemplo, el cochecito de plástico y hojalata Trabant).

Lo de Albania fue patético. Aquella pobre gente comenzó a darse cuenta de que el pico y el fusil que simbolizaran su "glorioso" sentido histórico moderno, de muy poco les servían para combatir al virus del capitalismo, y de la economía de mercado que se les estaba colando, y sin que las desgraciadas criaturas tuviesen muy claro de qué se trataba. Igual que con todo, las enfermedades hacen más daño cuando los seres en los que se alojan están bajos de defensas. Albania no es que estuviera baja; es que estaba a cero de defensas. En situaciones así, es natural, es hasta biológicamente inevitable que surjan listillos..., chalanes y maniobreros de circunstancias que hagan su agosto. La aventura aquella financiera de la Banca Piramidal fue uno de los "timos de la estampita" más sangrientos, más lacerantemente representativos de una sociedad ágrafa, analfabeta en lo tocante a andar sola, sin el paraguas omnipresente del Estado proporcionador del mínimo del mínimo, con tal de tenerlos sujetos e incapaces de pensar en la rebelión. Los signos, las deixis plásticas y a cual más estremecedoras comenzaron a salpicar en golpes continuos los campos de observación de los europeos occidentales. A mí se me ocurrió un día meterme en un cine en Granada sin saber bien de qué iba la película que proyectaban "L'America" y resultó ser un documento de primer orden sobre la desbandada de albaneses a... cualquier parte, sobre todo a Italia. La gente pretendía cruzar la manga del Adriático como fuese: en pateras, en neumáticos, a nado, como

fuese. Cuando un barco se encargaba oficial y autorizadamente de organizar algún traslado, las muchedumbres, a bordo de él producían el efecto que uno se imaginaba respecto de situaciones de extrema emergencia bélica: eran racimos y racimos de cuerpos cubriendo las cubiertas, llenando los camarotes, aprovechando cualquier centímetro de superficie que flotara y que los pudiera llevar. ¡Si el guapo y escritor de Enver hubiera levantado la cabeza, seguro que la habría vuelto a esconder bajo los geosinclinales utópicos de su propia desnortada fantasmagoría!

Un día, ya bien entrados los años noventa, me encontraba yo en mi despacho del Departamento de Filología inglesa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, y mi compañero – y sin embargo, y empero, amigo – Juan Antonio Díaz López me presentó a una señora joven que hablaba muy bien español. Se trataba de la doctora Anila Bitri-Lani, albanesa de pura cepa, especialista en Historia, y específicamente estudiosa sobre las relaciones que pudieren haber existido en el siglo XV entre los personajes políticos de nuestro Reino de Aragón y Albania, personificada en su héroe Skanderberg. En estos últimos cuatro años [escribo, no se olvide, en agosto 2000] Anila ha menudeado sus visitas a España, en régimen de intercambio, y siempre ha dado talla de mujer culta, educada y discreta. Por nuestra parte la hemos ofrecido toda la ayuda que ella haya podido considerar utilizable para sus fines. A través de ella hemos conocido cosas, detalles de antes y de después de la caída del Muro y de las "perestroikas" y las "glassnots" con que cada dirigente haya querido bautizar sus ganas – casi siempre simbólicas – de aperturismo y cambio. Anila ha sido una formidable y veraz fuente de constataciones y de comprobaciones de las ideas y creencias que uno tuviera en su momento, con el desarrollo de esas mismas realidades a lo largo de estos casi veinte años por lo que a mí respecta.

Además de Anila, otros personajes albaneses en misiones más o menos "culturizantes" se dejaron caer por la Universidad de Granada. Con todos los respetos que el tema me merece, no puedo, sin

embargo, sustraerme de recordar el típico efecto, el anticipado efecto que me produjo un señor joven, creo que de nombre Dimitri, albanés hasta las cachas, y que cualquiera que fuese la genealogía del asunto de que hablásemos: historia, cultura, modelos de convivencia nacional, etc., parecía como esforzarse en declarar, en hacer aflorar su "democracia de toda la vida". Descojonante. Y menos mal que algunos dispusieron de los suficientes reflejos para bajarse de un tren en marcha y subirse a otro. Lo del Kósovo y su contencioso con los dirigentes de la Federación Yugoslava (Serbia, sobre todo, ya sabemos) fue la herencia que el camarada Enver dejó como bomba de relojería al fanatismo indolente y desvencijado de los musulmanes albaneses. Lo de los bombardeos, y lo de salir de Málaga para entrar en Malagón es cosa que a los patentadores del invento de "La Gran Albania" no puede importarles, desde su celestial cementerio de malvas. A los que sí que les importa es a todos los desheredados que echaron a andar con el pico y el fusil y no saben ni en qué cuneta dejarlos, ni cuándo pasa el próximo tren hacia la cordura y la prosperidad.

Cecilia; Alina : Santo Domingo (República Dominicana), verano, junio 1983

Mi único conocimiento del Caribe, si es que se puede hablar de conocimiento, y así muy en general, lo configuraban mis encuentros en América del Norte con algunas de sus gentes nativas. Bueno, y también aquella preciosidad de niña de carne parda, la jamaicana Elma Shelley, que me presentara en Madrid, creo que el verano de 1960, mi amiga Anamarya Salomón. Prescindo a propósito y con toda conciencia de algún que otro elemento con el que hubiere coincidido durante mi estancia en Gran Bretaña, ya que por aquel entonces tenía yo más que suficiente con mantenerme a flote en lo tocante a mis menesteres de aprendizaje de la lengua inglesa; y solamente los arios, que recuerde, encarnaban y atesoraban cuanto de interés y de incumbencia se afectase a mí. Además, fue sólo a mi regreso del año entero académico que pasé en Market Harborough 1959-1960 cuando, de resultas de unas clases de inglés que me agenciaron en Alcalá de Henares, supe lo que era la autosuficiencia económica. Mi padre no tuvo que volver nunca más a darme dinero, excepto para los gastos que pudiéramos llamar institucionales...

Pues bien, antes de mi marcha a los USA en septiembre de 1961, y dentro de lo que pudiéramos entender como estado de autonomía económica, fue la chavalilla anteriormente citada, Elma Shelley, la que, casi con toda seguridad en el verano de 1960, ilustra mi relación con el Caribe. Precisamente por aquella época, meses arriba o abajo, y en la estela de la, llamémosla entrecorrientemente "independencia" de tantos territorios británicos, para formar parte automáticamente de la Commonwealth de naciones, fue por entonces, digo, cuando con nuestra Licenciatura de Inglés en el bolsillo, recibimos algunos compañeros de nuestro curso una oferta de trabajo como profesores de español en Chapelton Town, una pequeña ciudad del centro de Jamaica que, sin embargo, contaba con un buen Instituto, de preparación para la entrada en la Universidad, y en el que el aprendizaje del español podía codearse, en seriedad y en aceptación,

con cualquiera otra materia del Syllabus. Por lo menos a mí, no me convino la oferta. La que sí que aceptó fue Milagros, una chica de nuestra promoción de Inglés. Parece que en un momento dado descubrió que su "novio oficial" disponía de una pieza de recambio, más o menos tan "oficial" como ella; y por despecho, y por no tener nada que perder, se marchó a Jamaica. No volví a ver nunca más a esta tal Milagros. Según parece, estuvo allí dos o tres cursos, y supongo que su personalidad simplona y sería daría juego entre los nativos. Lo que sí supe en su momento es que Anamarya Salomón [recordemos: otra compañera; la que me había presentado a Elma Shelley] y su marido hicieron una visita a Jamaica, mitad por turismo, mitad por curiosidad de tantear lo que hubiera sido, o lo que todavía pudiera ser un puesto laboral allí. La mala estrella hizo que, acaso por una euforia mal digerida del ambiente de independencia..., acaso por una flojedad en las medidas de orden público..., el caso es que Anamarya y su marido fueron víctimas de un atraco a mano armada, resultando José María herido de un balazo en una pierna. Pasado algún tiempo recuerdo haber hablado con ellos del tema, y la impresión general que saqué es que aquellos pueblos debían quedarse así como estaban, solitos y administrándose como mejor pudieran y supieran sus recursos, sus miserias, sus "rastafaris" y la puta que los parió.

No, no fui a Jamaica a trabajar, entre otras cosas además de la pura sopesación de elementos objetivos laborales, porque en septiembre de 1961, ya de doctor de Universidad, me fui a la Universidad del Estado de Michigan, a profesar como hispanista por dos años. En los USA el individuo de color, lo primero, suele ser ya un ciudadano americano corriente; luego, si uno está por la indagación erudita, se escarba en los orígenes. Es curioso, pero es el caso que mi conciencia no guarda registro alguno de persona de relevancia para los menesteres de mi alma, que siendo oriunda del Caribe tuviere la relación que fuere conmigo en los USA. En los ocho siguientes cursos académicos que dejé transcurrir en Canadá sí tuve ocasión de encontrarme con variadas muestras del elemento femenino antillano. Después de la metrópolis por antonomasia del Reino Unido, Canadá

servía como primer país receptor de nacionales provenientes de territorios caribeños, en uno u otro sentido afectados a la Commonwealth. Y Jamaica era un gran suministrador, como en realidad cabía esperar que correspondiera a la mayor de las islas, con mucho, de habla inglesa, además de los "patois" autóctonos que se gastaran en cada caso. Linda, la amiga de mi colega Jean Cross Newman en London, Western Ontario, era jamaicana; mientras que Grace, conocida por mí en London también, era de Trinidad. Ya en Kingston, asimismo de Ontario, Edna Baker y Viola Kalloo eran ambas igualmente jamaicanas, mientras que la preciosidad de Patricia, de color marroncito como de barquillo tostado en su punto, la hija del cura presbiteriano, era de Barbados. Una tal Marlene Murray, Miss Jamaica, cuya fotografía contemplé en una portada de revista que me había regalado Edna, fue la destinataria de tres sonetos de amor míos enviados a ella a través de las burbujas desiderativas y de todas las gaseosidades sin límite del espíritu; es decir, sin yo saber nunca si mi carta dirigida a Jamaica, a su nombre, a algo así como lo equivalente a un Ministerio de Información y Turismo..., llegaría nunca.

De manera que, del Caribe directamente, nada. Las amigas de Jamaica, Trinidad y Barbados servían en todo caso de referente, de evitar que en mi conciencia ciertas realidades aparecieran con un blanco total. Y de la República Dominicana, algo parecido; es decir, prácticamente nada, como no fuera por aquel personajillo fabuloso, compañero de nuestros años de Facultad en Madrid en la década de los cincuenta. Ya mi memoria me lo está dibujando en relieve, destacando sus rasgos. He dicho compañero por decir algo; porque la verdad es que, según pudimos entender, se paseaba de Facultad en Facultad, haciendo la cata aquí y allá en disciplinas variadas, y no pareciendo encontrar el ambiente adecuado para el florecimiento de sus habilidades. ¡Qué gran personaje aquél! Cada vez lo veo más claro: era sensiblemente mayor que nosotros; se vestía impecablemente, cargando la mano en cosa de dijes, anillos y adornos; corbata chillona con prominente alfiler-imperdible-sujetador a la camisa. Bigote. Se llamaba, se llamaba... Anchekta, en grafía que pretende trasladar al

papel las entendederas fonéticas, porque lo cierto es que nunca vi su nombre escrito. Tenía un hablar meloso, pausado, en soniquete seseante que hacía que nosotros, por ese mero hecho, lo mirásemos con esa carga de extrañeza curiosa y distante aunque divertida. Sí, hombre, claro... Anchekta, el que se había matriculado en Medicina y lo había dejado; el que se paseaba ahora por Filosofía y Letras y... el que seguiría mojando el bizcocho de su indolencia en cuantos tazones de chocolate – como su color – encontrara. Entonces no, pero ahora comprendo que un nombre no hispano como aquel de Anchekta, y probablemente libanés, o palestino, no era nada chocante en la República Dominicana. Que sí, hombre, que sí: bigote, pelo rizado lustroso, ojos cansinos, hablar sosegado..., casi siempre sobre el tema de no encontrar campo de estudio donde sus capacidades pudieran brillar, etc., etc., aquel pintoresco Anchekta no podía pertenecer más que a la fase de historia española, no menos pintoresca y fabulosa en que, sólo como ejemplo, el Generalísimo Leónidas Trujillo, de la RD, se dejaba caer en España a departir asuntos de Estado con el otro "Generalísimo". Y aquella nómina de personajes como Porfirio Rubirosa, los Trujillo juniors, etc., etc. sostenían, justificaban una cuota del entonces incipiente consumo de papel cuché y foto-huecograbado de las revistas del corazón. Como digo, de película.

Y también con la excepción de aquel cura joven, decidor y bondadoso que nos dio una charla sobre su país, la RD, en un colegio de Segunda Enseñanza de Lansing, a primeros de 1963, coincidiendo así con los estrenos iniciales de la era post-Trujillo [ajusticiado por la mano del pueblo el 30 mayo 1961], tendría yo que esperar hasta mis años de Kinston, Ontario, en la Queen's University, para coincidir con gente de verdad influyente y portadora de características objetivas sobre la realidad de la República Dominicana, RD definitiva y exclusivamente de aquí en adelante.

Se trataba de Sergio Bencosme, un Full Professor de Anatomía Patológica de Queen's, que había vivido buena parte de su vida fuera de su país, pero que seguía vinculado y enlazado estrechamente al

cúmulo de avatares que la RD generaba. De todas maneras, estoy hablando del periodo 1965-1971, que ha quedado convenientemente reseñado en la viñeta correspondiente a la latitud que sea de estas Memorias.

Pero en 1983 todo nexo con aquellas épocas pretéritas se había volatilizado. Había dejado de saber de los Bencosme de la misma y cruel manera natural como había dejado de saber de casi todo lo canadiense, no digamos de lo USA. Ni por asomo se me ocurriría declarar que tal o cual realidad, de entre las apuntadas, hubiese servido de muelle incentivador de mi primera visita a la RD. No. Las motivaciones cambian de faz; casi nunca aparecen con un perfil inequívoco; se mezclan, se combinan, y de todas ellas, desde el plinto de la realidad llevada a término puede predicarse que ninguna de ellas es esencial respecto del todo; pero que al mismo tiempo la ausencia de una cualquiera de ellas acarrea la inesencialidad del resto. Estaban los Bencosme, de un lado. ¿Qué se habría hecho de aquella familia de dominicanos a los que conocí en el corazón helado de Canadá? ¿Cómo sería el Caribe hispánico, reducido ahora a la casi unicidad de la RD? A ver: Cuba quedaba descartada desde que las botas proboscidas de los marxistoides, barbudos o no, se habían establecido con visos de permanencia. Puerto Rico tenía más de USA que de otra cosa, y si acaso se exacerbaba la persistencia del español era precisamente por un intento de compensar la preponderancia de la idiosincrasia yanqui en todos los aspectos. Para un español de 1983, el Caribe hispánico, en plan libre y desde la óptica de poder encontrarse en un país de características propias, suficientes pero no añadidas, escandalosamente raciales y tercermundistas pero no impuestas por potencia exterior alguna... ese Caribe, digo, no podía ser sino la RD. La pregunta, el tema que desde años atrás me venía hurgando y merodeando la conciencia era: ¿Cómo sería un putiferio por entero en español? Porque Brasil ya hemos dicho que constituía por sí solo un mundo, una dimensión con cotas propias, con principio y fin; un argumento autónomo; y si bien ibérico, el sesgo histórico que tomara por el portugués hacían de Brasil una entidad aparte, otro mundo.

Conque la RD. Si le digo al lector en este preciso cruce de espacio y tiempo de estas Memorias, que he dedicado hasta el momento catorce visitas a la RD, podrá anticipar con todo el juego de suspicacias y de interesadas conjeturas que el paisillo éste se prestaba, o se prestó, a una secuencia abundante de calas. Definitivamente, a la RD, me dije. A ver qué se vende en esta haza hispánica del Caribe; a ver qué es de mis amigos los Bencosme..., a ver... a ver, simplemente y suficientemente, a ver.

Por tratarse de una primera incursión preparatoria; bueno, quiero decir, con la conciencia de que un viaje a Santo Domingo constituía una de las cosas más hacederas del mundo, subirse a un avión y desembarcar allí siete horas y media más tarde, cualquier día del año, sin escalas, de un tirón, sin visado, sin más trámite, sólo con lo puesto... A eso me refiero, que por tratarse de un viaje al que, en caso de conveniencia o necesidad podrían seguir otros muchos – como así resultó – me lo tomé en plan de prueba, muy por lo convencional, por lo organizado; muy de que me lo dieran todo hecho prácticamente. Y con ésas, contraté un típico paquete Meliá Mundicolor Iberia, de avión, alojamiento y desayuno para ocho días y para mí solo. Cuando de referirme a este primer viaje a la RD se trate, no me doy del todo maña a separarlo mentalmente de los otros muchos que siguieron, a través de los que sí que puedo decir que agoté la cantera de posibilidades turísticas que alguien como yo pudiera plantearse respecto de tal paisillo. Pero de eso precisamente se trata ahora, de aislar en su dimensión inceptiva – y por lo tanto, imperfecta e insuficiente – aquella cala inicial, de tanteo en dicha comunidad hispánica del Caribe.

Lo más obvio de estos colectivos, lo que más cala de primeras al viajero es la abundancia abigarrada de gente que lo llena todo. El aeropuerto de Las Américas de entonces seguía siendo el antiguo, el viejo, el de siempre para entendernos, en espera de la conclusión de una nueva terminal y de otras muchas nuevas instalaciones ya en proceso de realización. Para hacernos una idea, siete millones y medio de habitantes metidos en menos de la décima parte de la extensión de

España dan para bastante densidad. Lo típico de cualquier latitud superpoblada y colocada dentro de las bandas de los trópicos se traduce en... gente por racimos, esa clase de criaturas sueltas, flotantes, trasladándose de un lado a otro, sin ocupación estable, discurriendo, llenando con sus volúmenes espacios de ámbito tal y como les inspiraba el flujo momentáneo de su desocupado espíritu. Descender del avión, proceder a la terminal de recepción de viajeros, salvar el control documental de pasaportes, y encontrarse en el Hall de salida es todo lo que se requiere para zambullirse en las características que conforman la evidencia social de la RD. Masas y masas de menesterosos, ganapanes, golfillos, le asaltan a uno ofreciéndole servicios de... lo que sea; de llevarle el equipaje, de agenciarle un taxi, de cambiarle dinero... Pero sobre todo, el olor a humanidad, la pegajosidad del calor húmedo. Recuerdo que cogí un transporte, una furgoneta taxi. De una buena serie de realidades a las que me asomé en éste mi primer viaje, tendría ocasión de percatarme con cuidadosa intensidad en viajes sucesivos, como, sólo por ejemplo, el hecho de que el parque automovilístico de la RD esté compuesto en un 90 % por todo el material de desecho sobrante de los mercados de enésima mano. Lo mismo que hay cementerios de coches en muchísimos lugares del mundo sirviendo de desahogo a ciudades, lugares, etc., así también hay naciones enteras, tal la RD, que parecen encargarse de asumir la digestión, hasta el más total de los acabamientos, de miles y miles de cacharros, semovientes chatarras, ensamblajes de hierros y de plásticos rodantes, con arreglo al más precario de los esquemas. Los chasis, las carrocerías, el aspecto externo en general de la mayoría de los vehículos que duermen anclados, apilados en montones en la casi totalidad de los cementerios que podemos ver en España, listos para el desguace, y sin ir más lejos, suponen un referente de lujo, un muestrario boyante de prestaciones y de mecánica. Ya digo que en mis trece, nada menos que trece, viajes más que dedicaría a la RD tuve sobradas ocasiones de colmar mi evidencia sobre cuestiones tales como el tráfico, el estado de los vehículos desplazándose por las calzadas, etc. Por tanto quiero ahora como recomponer la impresión de

que en aquel primer viaje no me preocupé de calar más allá de la superficie en asuntos y fenómenos que rendirían el ciento por uno en mis posteriores visitas.

Recuerdo que había anochecido, y que el Hotel Meliá Dominicana quedaba situado en la Avenida Anacaona, en el sector suroeste de Santo Domingo, entre el Parque Mirador del Sur, por debajo, y la Zona Industrial de Herrera, al oeste. Distaría unos cuatro o cinco kilómetros de lo que pudiéramos considerar centro de Santo Domingo; o más propiamente, de la Avenida Máximo Gómez, lugar donde se encontraban los dos hoteles en que me acomodaría en mis trece estancias siguientes. Comienza uno a distinguir con presteza que los españoles de España, de la Península Ibérica, contábamos con cierto tipo de predicamento en la RD. España pesaba ya, sobre todo respecto de estos vice-países que, a la fuerza, se nos muestran hospitalarios. Ahora bien, es de señalar que se produce el efecto engañoso de relación precio y calidad. Oficialmente en 1983 existía una paridad de igual a igual entre el peso dominicano y el dólar USA lo cual resultaba ficticio a todas luces. En la realidad, en el mercado libre se podía conseguir algo más de peso y medio por cada dólar; es decir, un cincuenta y tantos más del valor gubernamentalmente establecido. Esto se entiende [lo mismo que en el caso de Marruecos, que venía a mi conciencia] porque muchos gobiernos no pueden preocuparse ni diseñar su política económica en razón de la ausencia de riqueza de la gran masa, que siempre y en todo caso seguirían siendo pobres. El gobierno de la RD, por ejemplo, comenzaba a crear una infra-estructura turística cara, tan sólo para las divisas de fuerza media y alta, haciéndose a la idea de que en cualquier caso, y por muy barato que pusieran el dinero del país, los desheredados de riquezas materiales seguirían siendo eso mismo, unos desheredados, como una y mil veces la experiencia nos ha enseñado.

Comienzo a hojear la prensa de la RD, y puedo asegurar que el diario *Hoy* me causa buena impresión: leo un ponderado artículo de fondo, editorial, sobre los USA y su influencia en toda la América

hispana; otro, sobre Azorín que hubiera cumplido 110 años el 8 de junio 1983. Me percató asimismo de que la RD es probablemente el país de habla hispana donde pueda uno escuchar más música moderna de los cantantes españoles actuales. Uno de aquellos días me encontré con Rocío Dúrcal despidiéndose del personal en el Hall del Hotel. Me contaron que un poco antes había estado Raphael, y que unas fechas después de mi salida tenía programada su actuación Camilo Sesto con una serie de recitales.

Ya dije que la gran mayoría de estas destacadísimas características sobre la idiosincrasia de la RD me serían familiares a escala ampliada en sucesivos viajes míos. Ahora, digamos concretamente hoy, un día cualquiera de octubre 2000 en que esto escribo, aprovecho para auscultarme el portentoso juego de la perspectiva y calibrar, siquiera para una circunstancial explicación, la suerte de vaivenes que se producen en la escala de las valoraciones. En plan muy general ahora se me patentiza que en aquel mi primer viaje de 1983 entré con demasiados miramientos en un país que rápidamente adquiriría reputación en mi conciencia como el grandísimo putiferio en clave española de todo el Caribe, dicho sea todo ello en acorde cordial, amistoso y hasta agradecido. Insisto en que la anécdota instantánea ya aludida de comprobar el estado cochambroso de la mayoría de los vehículos que rodaban por caminos y carreteras se convertiría con ocasión de mis sucesivos viajes en una de las categorías sociológicas de más fuste sobre la que asentar multitud de reflexiones y de conclusiones. De momento, las marcas japonesas tienen copado el mercado automovilístico: Toyota, Mazda, Daihatsu, Mitshubishi, etc., etc., y vuelta a empezar.

Fue en mi segundo día de estancia, por la mañana. Me hallaba yo en el espacioso hall del hotel después de haber tomado el desayuno, y me acerqué a la telefonista de Recepción a procesar una primera pesquisa sobre la familia Bencosme... ¿Bencosme? Sí, Bencosme, y a continuación, en síntesis de urgencia me apresté a proporcionar un pequeño pero suficiente elenco de particularidades y distintivos que, por concurrir en la persona de mi amigo concreto, el doctor Sergio

Bencosme, pudieran hacer del apellido una realidad fácilmente detectable. Las cosas, es curioso... las realidades, cuando así les da, se presentan en grupo, en manojos, en instancias gregarias; y si además nos muestran su lado positivo, pues es una bendición. Tal con mis averiguaciones originales, y desde los mismos comienzos, sobre Bencosme. La telefonista empezó a consultar una guía sin gran convicción, como correspondiendo a un menester añadido, y no pagado, al suyo propio... y simultaneando dicha indagación con el hecho de cumplimentar a otros clientes que se acercaban con algún tipo parecido de consultas. Tuve suerte. Acertó a aproximarse por allí un señor taxista que acababa de descargar pasajeros, y al oírme pronunciar con tan señalado interés el nombre Bencosme terció espontánea y respetuosamente en la conversación y me dijo que... de momento, un Bencosme médico tenía la clínica en tal y tal sitio... y que él podría... ¿Que podría? Pues claro que puede Vd. llevarme. Ahora mismo. Subí a mi habitación, recogí algunos adminículos o credenciales identificativas y me metí en el taxi de... creo que se llamaba Antonio.

Don José Alcides de los Ángeles Bencosme tenía una clínica de ginecología justo en la confluencia de la Avenida 27 de febrero con la de 30 de marzo, efectivamente, con un anuncio exterior todo lo visible y palmario que cabía esperar. Don José se hallaba en la clínica, y parece que dejó todo el hombre al recibir de su enfermera el recado de que un señor español se interesaba por el paradero de don Sergio Bencosme, y había comenzado su indagación por allí mismo. Aunque tío de Sergio, era un poco más joven que él, siete u ocho años, los mismos que a su vez don José me sacaba a mí. La verdad es que fue una enorme alegría. Se agolparon las preguntas y las respuestas. ¿Sergio, entonces? Jubilado por Canadá, estaba ya definitivamente establecido en Santiago de los Caballeros. Parece que a los sesenta años [nacido en 1920, en 1983 contaba con 63 sin entrar en detalles de meses] se había, como digo, jubilado de Canadá y había regresado a su tierra natal, continuando en un puesto relevante de docente y de investigador en la Universidad de Santiago de los Caballeros. ¿Y

Berta, su mujer? Berta había muerto de cáncer en Canadá hacía unos pocos años; probablemente eso le impulsara a regresar antes a su patria. ¿Los chicos? Bueno, los chicos andaban por ahí desperdigados: dos de los varones seguían en Canadá, junto con una de las niñas. Las otras dos hijas..., a ver, a ver, sí, Rosana, la mayor, a quien una vez en Kingston invité a salir..., bueno... Rosana, por lo visto estaba hecha una pena... vivía allí en Santo Domingo..., luego podría ir a saludarla, claro. La otra, la pequeña, vivía en Moca; se había casado con un primo... muy bien. Por último, el varón restante que completaba la familia, trabajaba con su padre, de médico investigador en la dicha Universidad de Santiago. Lo corriente en estos casos: el tumulto de precisiones y de datos y de comprobaciones se atropellaban..., a duras penas se ajustaban al hilo argumental. Pero el caso es que a trancas y a barrancas lo más importante quedó establecido con sobrada propiedad, y ello era que mi irrupción interruptora de los menesteres de don José no carecía de justificación... Y a todo esto..., y como disculpándonos todos por no haber tenido momento de llevarlo a cabo... don José cogió el teléfono y tras las oportunas averiguaciones y tanteos... que si este otro número, que si... ¿a ver?, espere un segundo... ya está... "Tenga Vd." – me dice. Al otro extremo del cable se encontraba Sergio. Para abreviar, le dije que tenía muchas ganas de verle y que estaba dispuesto a viajar a Santiago... ¿Cuándo? Cuando a él le conviniera, dentro de los cinco días enteros más que yo iba a permanecer en la RD. ¿Mañana, entonces? Sí, sobre tal hora; mejor, entre tal y tal hora, concediéndome media de margen por anticipación o retraso.

Con don José quedó cerrado un pacto de camaradería que mantendríamos pulcra e impecablemente en todo mi porvenir de viajero en la RD, pues quiero recordar que ni en una sola de las trece veces posteriores en que elegí a Santo Domingo como sitio de estímulo vacacional, dejé de saludarle personalmente. Como suena, así. Canje exhaustivo de direcciones, fechas, teléfonos, latitudes, etc. Hasta la vista y hasta siempre.

Probablemente fuese allí mismo donde y cuando concerté con Antonio, el taxista, mi viaje para el día siguiente a Santiago. Perfecto. Vayamos al Hotel ya, de recogida. Pero antes, pasemos por la casa de Rosana, la hija de Sergio. La capital Santo Domingo, ya por aquel entonces alojamiento de más de dos millones de seres, era la típica megápolis tercermundista y superpoblada: tráfico caótico, ruidos al por mayor, pavimentos hechos pedazos cuando no inexistentes, aceras destartaladas o también inexistentes, suciedad en cantidades industriales, detritus atascando los cursos de agua fétida que se abrían paso por las cunetas improvisadas entre los bordillos y el asfalto. Cosas así.

Rosana, por lo visto, llevaba separada varios años de una relación que ya no recuerdo si la había dejado algún hijo o no. Cuando llegamos a su casa advertí en todo aquello un toque, una impronta de abandono. Ya se sabe que el clima tropical, cuando menos, presta a los habitantes la consabida gratuidad en todo lo que se refiere a medios de lucha contra el frío. Siempre se ha dicho que, un tejado para guarecerse del sol y de la lluvia es lo que se necesita en sitios así. Esta regla, matizada al tratarse de gente pudiente que quieran esmerarse en mejorar su hábitat, se cumple a rajatabla y en toda su crudeza cuando la persona en cuestión ha perdido el interés, el incentivo por el decoro y la auto-estima. Rosana estaba desmejoradísima. No llegaría entonces a los 35 años y parecía una mujeruca de cincuenta: raída, con una dentadura estropeadísima, dos colgajos por senos. Total, un desastre. La chica sacó fuerzas de... donde fuera para dedicarme la cuota más alta de entusiasmo... creo, o mejor, estoy seguro, que sincero por mi visita, algo inesperado para ella. Charlamos vagamente de los tiempos de Canadá; de que "mañana" había programado ir a Santiago a ver a su padre, y poco más. Misión cumplida. Pensaba yo que estas gentes, después de haberse conservado más o menos naturales en ambientes fríos, al instalarse en medios tropicales, de torridez inclemente las más veces, al poco tiempo de descuidarse ofrecen este deplorable aspecto.

Al día siguiente nos pusimos de viaje. Antonio era un buen profesional. Conducía un coche amplio, americano, creo que

Chevrolet, en mediano estado de conservación, un lujo para aquellos parajes y para aquella sociedad. Los aproximadamente 160 kms. que separan Santo Domingo de Santiago [que con unos 650,000.-habitantes es la segunda ciudad del país] se salvan a lo largo de la principal vía de comunicación de todo el territorio, la así llamada "carretera Duarte" que disfruta tan sólo de unos cuantos kilómetros de autovía a la salida y entrada de Santo Domingo: el resto, una calzada de un solo carril en cada sentido, que tiene necesariamente que hacerse cargo de la mayor parte del tráfico rodado de todo el territorio nacional; en términos comparativos, lo que había en España recién terminada nuestra Guerra Civil. Un poco más allá de la mitad del camino está Bonao, ciudad aprovechada por casi todos los conductores como sitio de aprovisionamiento y refrigerio por los muchos tenderetes y puestos de comida que tienen allí montados. Tanto en los sucesivos viajes que en años subsiguientes haría yo a Santiago, como en la ocasión en que me desplazé a Jarabacoa a ver a mi amiguita Anny Peralta, el taxista de turno solía mencionarme su costumbre de detenerse en Bonao a hacer la comida correspondiente a la hora del día de que se tratase. Efectivamente, desde un poco más arriba de Bonao arrancan los ramales que conectan, hacia el oeste, con La Vega y en general con la parte más montañosa y verde del país; y hacia el este, con San Francisco de Macorís, capital de la provincia Duarte, y continúan hasta Nagua y la península de Samaná.

Mi encuentro con Sergio significó, sin duda, el argumento de más peso de aquella mi primera visita a la RD. Ya me he adelantado al decir que en otras sucesivas excursiones vacacionales, y con intervalos de algunos años, le haría dos visitas más. Vivía entonces, a sus jovencísimos 63, en una bonita y amplia casa que le había alquilado a una señora de prosapia extranjera. Habían transcurrido 12 años, justo desde 1971 en que yo había salido de Canadá definitivamente, desde cuando nos habíamos visto por última vez. Una vez aplacada por el tiempo la comezón mortificante de la pérdida de Berta, Sergio seguía siendo un hombre decidor, en cuyo discurso se engarzaban con propiedad técnica vocablos ingleses y castellanos, sin dejar de asistir a

su pensamiento maneras elegantes de explicitación. En los primeros compases de nuestra charla me hizo saber que trabajaba cómodamente como jefe de una sección de investigación para formar a futuros doctorandos, en la Universidad de Santiago; que había tenido que desprenderse de algunas propiedades, en concepto de tierras de labrantío, por ejemplo, para procurarse el *status quo* de que disfrutaba. Venía a darme a entender que lo de Canadá estaba fijo, y supongo que la pensión sería aceptable; y que se sentía satisfecho de pasar los años de vida académica que le restaran desempeñando un trabajo con el que costear sus gastos normales y complementarios. Me pareció un diseño muy, pero que muy sensato. Sergio había conseguido cohesionar lo mejor de dos mundos; su trabajo y su esfuerzo le había costado; y ahora, nada más esperable que disfrutarlo.

Sergio tenía una sirvienta de toda confianza, Cecilia, a la que seguiría yo viendo en mis otras visitas. Ante la imposibilidad de cumplimentar la invitación de Sergio a comer, porque tanto Antonio como yo íbamos bien comidos, únicamente le pedí a Cecilia que me preparase un zumo grande de frutas con los componentes que a ella mejor le parecieran; que lo dejaba a su gusto. Sergio, por otra parte, le dijo a Antonio que estacionara el coche en tal sitio; que le pidiera a Cecilia cualquier cosa de comer y de aseo que le apeteciese, y que se acomodara por allí. Estábamos Sergio y yo charlando, sorbiendo convenientemente nuestros zumos, cuando Cecilia anunció la llegada de un médico joven, amigo y colaborador de Sergio en las tareas de la Universidad, y al preguntarle que... qué quería tomar, indagó el amigo lo que nosotros dos estábamos bebiendo, le pareció bien, y dijo: "Continúo en el esquema"; o sea, que él bebía lo mismo que Sergio y yo, un zumo de frutas. Este tipo de giros idiolécticos, estas joyas expresivas del hispanismo, si desde 1978 y a lo largo y ancho de buena parte de Suramérica me había cargado de enriquecimiento, ahora ampliaban todavía más mi espectro de encuentros mágicos con las maneras de hablar de las gentes en "las Españas". Como más tarde lo harían los países de Centroamérica y Cuba, a los que también dediqué los correspondientes viajes a partir de 1984, la RD fue uno de los más

frondosos depósitos de motivos culturales y lingüísticos, en general, con los que profundicé y maticé toda mi entera cosmovisión expresiva.

Cumplimentada mi visita a Sergio; echadas las bases de nuestro futuro – más bien próximo – y ya esperado contacto; contando con la inestimable y leal alianza de su tío don José Alcides de los Ángeles... mis tres o cuatro días restantes de aquel primer viaje a la RD adoptaron los parámetros que pudiéramos entender como convencionales desde la perspectiva turística: me hice a la idea de disfrutar de la piscina del hotel, pasearme... y hacer las calas que estimara convenientes en el elemento femenino. No dejaré de referirme, como fenómeno de primera magnitud, al hecho de que en aquel viaje inicial y como de tanteo a la RD, y al que seguirían..., necesito ser contundentemente reiterativo en este extremo..., al que seguirían otros trece más, que se dice pronto,... no puedo, no, dejar de referirme a..., cómo decirlo, a la especie de comedida cautela con la que inicié mis tanteos respecto de las posibilidades de abordaje y entrada en conocimiento del elemento femenino. Es ahora, al cabo de los años, al cabo de 17 años en que estoy redactando esto cuando encuentro más misteriosas que nunca, si cabe, estas reacciones del alma, estos sistemas de refrendos y desestimaciones, este entramado valorativo que, medido en los vaivenes de la perspectiva, nos arroja uno de los saldos más sorprendentes sobre el sistema de normas, si es que hay tal cosa, por las que se rige el espíritu. La RD, en mi época de apogeo que sin duda haría coincidir con el comienzo de la década de los años 90..., la RD se había convertido, en lo que al mundo hispánico se refiere, en el mayor y más inimaginable depósito de posibilidades de enhebrar incumbencia con un número elevadísimo, talmente inagotable, de mujeres que, con arreglo al esquema americano edénico, parecían encontrar su máximo concernimiento, su más sabrosa asignatura, en descubrir lo que pudiera venirles de Europa, de España concretamente en la persona de algún turista dispuesto a la aventura del espíritu. Sin ánimo peyorativo, sino más bien lo contrario, más bien con la conciencia de que algunos términos potencian plásticamente las realidades que visualizan, la RD llegó a

constituir en un momento áureo, en una época irrepetible, uno de los más portentosos putiferios, acaso el más señalado, el más hacedero y directo, el menos sinuoso para un español : Por su relativa facilidad de acceso en un vuelo sin escalas; porque, excluida Cuba en régimen de equiparabilidad sociológica, la RD era, realmente era, en existencia y en esencia, la meca para el turista español en el que concurría un amplio espectro de exigencias de prestaciones.

Bien fuese porque el ejemplo de Brasil lo consideraba yo innegociable y único, inexistente e inimaginable fuera del mismo Brasil,... bien fuera por... no lo sé, no acierto a pillar con el alfilerazo conceptual preciso la razón de todo ello..., el caso es que en aquella mi primera visita a la RD – al menos así me lo parece ahora, acuciado por la inapelable perspectiva – actué con una formidable pantalla de miramientos, algo así como pudoroso de tomar lo que ya me habían dado; como escrupuloso de entrar en posesión de lo que ya se me había colado dentro de la cerca de mis haberes con toda naturalidad y sin violencia alguna.

Un día me hallaba yo en el centro de Santo Domingo, en el así llamado "Mercado de la pulga" que para un español, y salvadas las diferencias, guarda un inesquivable parecido con "El Rastro" madrileño. Dicho mercado dominicano se sitúa en el mismo corazón de la ciudad, cerca del Parque Independencia, a poca distancia del final del Malecón y de la desembocadura del Ozama, y consiste en un despliegue o revoltijo de artículos: ropa, juguetes, alguna pintura naïve que otra, etc.; como puede imaginar el lector, chismes y baratijas sobre las que curiosear en mi caso y absolutamente fuera de intención y valor en lo relativo a comprar.

Estaban por allí, mirando las cosas, y por lo que me pareció, con poco o nulo interés de comprar, con la típica parsimonia de quien no encuentra nada mejor que hacer. Una de ellas era taína clara, espigadita, razonablemente atractiva; la otra, tirando a rubia, completamente aria, europea. Ya se sabe que en estas culturas, donde los naturales encuentran pocas cosas mejores que ver si los de fuera les

traen algo que merezca la pena, empezar a hablar con alguna mujer es más bien fácil; y si se trata de dos mujeres, la facilidad también se dobla. La morenita espigada se llamaba Cecilia del Carmen, y su amiga, la tirando a rubia, algo más rellenita y tres o cuatro centímetros menos alta que Cecilia se llamaba Alina. Conectamos enseguida, sin que mediara más industria que el hacerlas ver que las estaba mirando a las dos, ora alternativamente, ora en bloque, y dejar caer cualquier comentario maniobrero y circunstancial sobre el mercadillo. En aquel momento quedó como pactado nuestro contacto con todas las credenciales.

Alina vivía en una casa, medianamente destartada y suficientemente espaciosa, en parámetros dominicanos, en la calle Leonardo de Vinci, no muy lejos precisamente del Hotel Meliá; y además conducía un VW escarabajo clásico, nada del otro mundo, pero sólido y andarín para el trasiego que pudiera esperarse de una mujer como ella: de acá para allá, normalmente dentro de Santo Domingo, y sin grandes desplazamientos interurbanos. Desde el primer instante, sin decir palabra, y por esos módulos tácitos que están gravitando en el éter, quedó concertado que yo me haría cargo del gasto de carburante en todo aquello que tuviese que ver con mi persona en calidad de pasajero; que prácticamente vino a querer decir que durante el tiempo que a mí me quedaba de estancia, Alina no pagaría un peso de gasolina de su bolsillo; y que, además, a mi partida el depósito de su coche se iba a quedar lleno. Nada más halagüeño para mí que colaborar como "socio capitalista" en estas empresas tan distendidas de obligaciones, tan porosas de intereses. Alina era la típica divorciada o "viudita" de muy buen ver aún, y que, como en su turno señalaremos, se sabía cortejada por más de uno. En su casa, alquilada, y ya informé que relativamente amplia, para ella y para su hijita Andrea, trabajaba una empleadilla de hogar. Alina y Cecilia "eran" peluqueras, y Alina, además, debía de recibir algún dinero en concepto de pensión por separación y cuidado de prole, en este caso su chavalilla Andreína.

Nuestros primeros ratos juntos procuré que tuvieran lugar con ocasión de las comidas: así se me hizo más aparente uno de los comedores del Hotel Meliá..., si mal no recuerdo, porque me falta el apunte, con un nombre así, como de asunto de barco de guerra, o bucanería, o piratería. Era muy agradable el sitio, decorado con elementos marinos: redes, remos, quillas, anclas y cosas por el estilo. Fue la mejor manera de comenzar a fijarme en el personal del Hotel. Hasta entonces, hasta encontrarme con Alina y Cecilia me había sentido como renuente a mirar a mi alrededor e intentar sacar lo que de más valor tuvieran las cosas. Las chicas camareras del Meliá visten blusas amarillas y faldas verdes, colores que parecen componer una de las enseñas de mayor ámbito del país en lo que a turismo se refiere. Allí, durante las comidas a las que invitaba a mis amigas tuve ocasión de mirar a las cosas y a las realidades más despacio. Había llevado a cabo mi visita, digamos, institucional a Sergio Bencosme; mi vinculación afectiva con su tío don José Alcides de los Ángeles contaba con todos los elementos de solidez, naturalidad y continuidad para que sirviera como, [por cierto, así fue] de nexo permanente, de referencia obligada siempre que me volviera a encontrar en Santo Domingo. Así que ahora lo mejor era captar la cantidad más esencial posible de particularidades de este país. Lo primero, me prometí no volver a alojarme en un lugar tan alejado del centro; y eso, que las cosas comenzaron a arrojar facetas de conveniencia y agrado hasta límites aceptables hasta para un temperamento exigente. El Hotel, descubrí, disponía de un servicio gratis de autobús en horarios abundantes y bien repartidos para ir al "down town" y regreso. La piscina era de reglamento, con todo el surtido esperable de servicios y amenidades. Por la noche abría un Casino para los propensos a tentar a la suerte, y disponiendo de "una" para ganar y "mil" para perder. Recuerdo haberme paseado por entre las mesas de juego un par de noches, durante no más de un cuarto de hora o así. Las camareras del Meliá, probablemente con sobradas razones para blasonar de un puesto de trabajo codiciado por otros muchos cientos de aspirantes, mostraban ese deferente aperturismo hacia el extranjero, hacia el español en mi

caso, que tuviera la pinta de portar entre sus haberes la facultad de ofrecerles algo de España; o simplemente de invitarlas a viajar; o a hacerles un buen regalo..., o a hacerse la idea de que cualquiera de esas virtualidades podría tomar suficiente encarnadura. Mirando así, a distancia corta, la profusión de "carne parda" aparecía relevante e inconfundible. Una de las chicas que más me sirvió como farol orientador fue precisamente la camarera que nos sirvió las dos veces que invité a Alina y Cecilia a comer al restaurante del Hotel Meliá condecorado con motivos marineros. Recuerdo el clamoroso y opulento busto – siempre en medidas de asumible propiedad y proporción – de aquella muchacha. Otra chica de allí, quiero decir, camarera, al cuidado de la cafetería, más bien bar de copas del Hall del Hotel, y que se distinguía como si se tratara de un parterre levemente elevado sobre la plataforma rectangular del gran vestíbulo, aquella chica, de la que únicamente quise saber entonces que se llamaba Ana Torres, y que pensaba seguir trabajando de camarera en el Meliá..., esta chica vestía con falda talar, y cuando se llegue a la latitud correspondiente posterior de mis andanzas en la RD se informará el lector del hecho de que aquel atavío tan pintoresco – pero al mismo tiempo tan oclusivo de dos de los atributos acaso más apremiantes femeninos, pecho y piernas – me indujo al despiste valorativo, estéticamente hablando.

Al cabo de un par de ratos de compañía Cecilia se había convertido ya en mi pareja natural. En un espacio de mis más bien enjutos apuntes sobre esta primera excursión a la RD tengo consignado: "Creo que la RD es la mejor cantera para encontrar fuerza afectiva humana femenina, y poder importarla a España". No cabe duda de que tales palabras encontraban un encofrado de propiedad y de congruencia en 1983. Aunque habrá tiempo y oportunidad de referirse a todo ello, hoy, a 17 años de desglose se nos evidenciaría a todos la inviabilidad y desarreglo de tal valoración. En 1983 era todavía fácil, por no decir ilimitadamente factible para cualquier persona que pudiera costearse el billete correspondiente, viajar a España como turista. Creo que España no había puesto barreras o

criba alguna en la admisión de nacionales de... probablemente ningún país hispano. La entrada de España en la Unión Europea, y la progresión geométrica, en volumen y casuística, en la que se han venido desarrollando desde entonces los temas de geopolítica migratoria, han hecho de ésta y de otras cuestiones similares las pruebas más abultadamente palmarias de cómo y en qué medida tienen lugar las transformaciones en dichos asuntos de las relaciones humanas. Recuerdo que en el momento de conocer a Alina y a Cecilia en el "Mercado de la pulga" no encontré buscapié conversacional más socorrido ni más autosuficiente que decirles que... que estaba yo con ganas de encontrar a alguna moza que me acompañara de vacaciones y de lo que fuera a España durante un máximo de un mes, por ejemplo, y para empezar, etc., etc. Con la fortuna de ese flash momentáneo que nos ilumina la escena recuerdo vívidamente que Alina se aprestó simplemente a decir, señalando a Cecilia... "Ésta, ésta es la mujer que quiere irse contigo". Y a partir de aquella declaración tan inequívoca como premiosa se fue consolidando todo.

Cecilia no era, en realidad, una chica exuberante, de primera,... primera. Pero disponía de unos atributos con la calificación, digamos, de un aprobado alto, holgado, que en ningún caso se hubiera visto en la cercanía, mucho menos contigüidad del suspenso. En 1983 tenía 27 años, y según sus propias palabras constituía una muestra representativa de lo que allí se entendía como "indiecita clara". Andando el tiempo, para pasmo, tal vez perplejidad divertida, y sin lugar a dudas desilusionante, respecto de la calidad de la textura de la condición humana, comprobaríamos muchos que los dominicanos – de entre quienes tan sólo alrededor de un 10 % pueden blasonar de etnia aria o europea – cuando comparándose ellos mismos con los vecinos haitianos, resultaban de un racismo supurante, en estado exponencial; y que a los que, como yo, estamos a salvo y a cubierto, por encima y por debajo, por defecto o por exceso, por activa y por pasiva de tales encrucijadas..., pues nos produce una mueca risueña, por negativa. Por el tenor de unas notas aparentes que conservo, lo que sí puedo asegurar es que, instalado en 1983 y sobre el papel, lo más conveniente para

llevarse a España a un pasajero era enviar a la RD el billete aéreo pre-pagado, ya que desde la RD los precios resultaban abusivos. La razón ya quedó enunciada. El gobierno dominicano fija un precio ficticio de 1.00 \$ USA por cada peso, pero sin que – entiéndase bien esto – nadie pueda convertir peso alguno en dólar americano. De forma que si un billete aéreo Santo Domingo-Madrid-Santo Domingo cuesta 70,000.-pts. es decir, unos 725.- pesos (a razón de 95 pts. por peso), estos 725 pesos reales quedan convertidos en \$ USA 725.-; es decir, un 55% automáticamente por encima de su valor. Considerando que el sueldo *medio* de un dominicano al mes es de unos 150.- pesos, se visualizará fácilmente que la gente de a pie está muy atada para moverse, para tomar cualquier iniciativa respecto de emigrar; o simplemente para poder concederse unas vacaciones. Consecuentemente deduje, aunque sin haberlo experimentado en la práctica, que el pago mediante tarjeta de crédito podría resultar alarmantemente oneroso y negativo, si de quedar equiparados "oficialmente" los dólares USA a los pesos dominicanos se tratara. La simple expresión que se me ocurrió espontáneamente a mí, de que el peso RD "valía poco pero costaba mucho" tuvo una inmediata fortuna en una de las conversaciones que sostuvimos mis amigas y yo con alguien más. Lo más operativo en el tema de los billetes – y si es que ello hubiera sido posible, cosa que no llegué a comprobar directa y personalmente – parecía consistir en traerse a Santo Domingo un billete abierto de fecha y de pasajero, y llevarse para España a la persona adecuada. Casi siempre, todas las especulaciones que el más despierto de los turistas haya anticipado respecto de billetes, tarifas, etc., las líneas aéreas se encargan de dinamitar con medidas de tipo general e indiscriminado, aplicando sin más y previamente a cualquier tipo de arreglo, la norma que menos favorezca al viajero. En rutas como la de Madrid - Santo Domingo - Madrid, servida prácticamente casi en exclusiva por Iberia primaba el principio omnipotente de "o lo tomas o lo dejas", sin por ello negar que determinadas épocas del año ofrecían tarifas menos gravosas que otras.

Un día en que, como de costumbre, nos hallábamos juntos Alina, Cecilia, y yo, esta última, como contestación a algo que su amiga le había participado, le dijo a su vez: "Yo no sé *dónde que tú vas*", una de las primeras expresiones, acaso la primera, que reseñé por escrito y que abriría el cupo inacabable de peculiaridades sintácticas y coloquiales del habla nativa. Me percaté de que, en general, la partícula *ya* se antepone al pronombre personal en giros como el reseñado: "ya yo; ya tú; ya vosotros" en vez de "vosotros ya... tú ya... habéis / has hecho".

Una noche salimos de sobremesa Alina y un médico que la cortejaba; Cecilia y yo. Aquel hombre, con familia con la que convivía, le tiraba los tejos a Alina y ésta se dejaba querer, ni remisa ni complaciente en extremo; sólo con la medida esperable con que las cosas se producen en ciertos ambientes. Si no completamente en aquel mi primer viaje, sí más adelante, probablemente a la altura de una o dos visitas posteriores, se me patentizó una de las características de la sociedad dominicana, tan típica del subdesarrollo y del mundismo de baja escala; y ello era la formidable mezcolanza, la promiscuidad extendida y las formas naturales de convivencia que están vigentes junto con el repertorio de instituciones de una sociedad moderna, discriminante, al menos en teoría. Un sujeto en cuestión porta con toda naturalidad su certificado de ciudadano matrimoniado con arreglo a las leyes del Estado legítimamente establecidas, pero son pocos los que no tienen descendencia "por libre", sin homologación de ley alguna o de reconocimiento estatal alguno. Se me dirá que eso es moneda corriente en multitud de lugares. Pero dudo de que haya países donde los súbditos tengan tanto empeño en ser portadores de una titularidad, la que sea, a la que acceden mediante las instrumentaciones previstas en las leyes; y al mismo tiempo, como instancia completiva sin la cual parece que su personalidad quedase falta..., al mismo tiempo, digo, ejercitar las funciones de su humanidad de la manera menos trabada y más edénica posible, de espaldas a toda norma, si es que la hubiere. El amigo de Alina, Alfredo, en su calidad de médico había estado en España cierto número de veces y miraba a la Madre Patria como a una

gran potencia. Según él, nuestra Seguridad Social era lo mejor que había conocido, y probablemente lo mejor de todo lo que pudiere conocer en el futuro. La verdad es que con un hombre así sentía uno vigorizado el flujo de orgullo de ser español. Alfredo pertenecía a la franja del 20 % superior de la sociedad dominicana. Poseía un buen "carro" y, sobre todo, como profesional que era, no tenía ninguna restricción para viajar, prácticamente, a ninguna parte. Estando nosotros cuatro juntos, les pregunté que a quién representaba la estatua del fraile del Malecón, que con una mano en la boca, y a modo de pantalla megafónica propagadora, parece vocear lo que sea hacia la expansión marítima; que si se sabía lo que decía... Alina se adelantó con presteza y me dijo, sonriente y maliciosa, que Fray Antonio Montesinos – pues tal era nuestro hombre – estaba llamando "cueros" [putas, en dominicano] a todas las mujeres. Muy edificante y muy digno de ser tomado en cuenta – pensé yo.

Otro día, creo que el penúltimo de mi estancia en Santo Domingo, volví a invitar a mis dos amigas a comer en el Meliá. Esta vez Alina no disponía de ayuda doméstica con quien dejar a su niña, y así Andreína se tuvo que venir con nosotros. Probablemente tratándose, por el momento, de mi última invitación esmerase yo mis cuidados y mis rumbosidades. Alina, sobre todo, era gastosa, y con plena seguridad de que, de haber dispuesto de medios en abundancia, su conducta hubiera merecido el calificativo de despilfarradora. Recuerdo que, hablando de todo, vinieron en conocimiento de que yo portaba para mi higiene personal un bote de crema Nivea, y ante el persuasivo interés de Alina de aplicarse dicho producto – porque, además, según ella decía, no era posible encontrarlo entonces en toda la RD –pues con todo el placer del mundo se lo regalé. Sí tengo que agradecerle, a Alina también, que fuese una contumaz, insistente y entusiasta degustadora de un vino portugués espumoso, Faisca creo que se llamaba, del tipo Matheus, pero algo mejor. Servido en mesa de un restaurante como el del Hotel Meliá se ponía en las *mil cien* pesetas de 1983, lo cual no estaba mal. Parece que disponían de una buena partida de importación, y así nosotros regábamos los churrascos y

demás viandas con aquel riquísimo vino "petillant". Aquella comida debió de ser igual, más o menos, que las demás... bueno, sólo que mejor. Tan llenos y satisfechos quedamos que la misma Alina propuso que utilizásemos mi habitación, con dos camas, para echarnos la siesta y combatir el sopor de la tarde y de la digestión. Aduje yo que..., me parecía, que daba por hecho que las normas del Hotel, que además se explicitaban en Recepción, terminantemente prohibían, o si se quiere, no permitían a ningún huésped acceder a las habitaciones de los clientes. Recuerdo la cara de ironía despreciativa de Alina. Aquélla realmente era una mujer a la que, por desgracia o por suerte no se me hubiera ocurrido abordar en vista de lo borrascoso, aleatorio y consumista de su vida de divorciada, con una niña además. Era innegable que disponía de recursos y que conocía la percalina de sus conciudadanos. ¿Que no se puede subir? ¡Venga, hombre!, pareció decirme. Y sin más ringorrangos nos encaminamos los cuatro al piso en que se encontraba mi habitación, y sin que la cara decidida, el gesto terminante de Alina permitiese el más mínimo reparo por parte de un empleado con uniforme que nos preguntó que... dónde íbamos.

Nada más entrar, Alina se tumbó en una de las camas, y con poca persuasión y con menos seguridad de que su recomendación se cumpliera, acomodó a Andreína junto a ella, rogándola que fuese una buena niña... y que no diera la lata. Cecilia y yo ocupamos la otra cama. Yo sabía que Andreína nos daría la sobremesa..., y nos la dio. Al momento de caer su madre profundamente dormida – privilegio de las almas desenfadadas y sin grandes disquisiciones que hacerse sobre temas de transcendencia o garanbainas por el estilo – ... nada más quedarse Alina absolutamente, pétreamente dormida, la niña, como un duendecillo al que hubieran dado cuerda, se tiró de la cama y comenzó a recorrer la habitación, calladita, eso sí, dejando fijos los ojillos como dos uvitas relucientes, sobre cualquiera que fuese la cosa que llamase su atención. Mi alma pedía naturalmente un cuerpo a cuerpo con Cecilia; y ella, claro, no tenía nada que objetar a mi propuesta; al contrario, se plegaba sumisa y agradecidamente a

cualquier curso que tomaran mis sugerencias. Cecilia se sentía honrada y enaltecida de estar conmigo; jamás hubiera sospechado tamaño golpe de suerte. Así que, por ella... Pero celebrar una cópula en toda regla caía fuera del escenario de la proporción. Alina dormía profundamente, pero no podíamos contar con garantía alguna de que no se desperezara,... y... No, hay cosas que no pueden ser y no son. Hay cosas que vulneran esa dimensión universal que preside los ámbitos, el aire que nos permite seguir vivos; hay quiebros que no consienten en reconstruir el camino normal y recto, y que, por eso mismo, no es razonable provocarlos. No, en aquellas circunstancias no era posible liarnos a follar, aunque a mi me sobran las ganas de hacerlo, y a Cecilia disponibilidad de complacerme. ¿Entonces? La sugerí que se hundiese un poco, que se bajase un poco hacia el centro de la cama..., que yo me empinaría hacia... arriba, de forma que su cabeza se pusiera a nivel del valle de mis ingles, y me felacionara...

Parece como si desde el momento en que urdió mi alma este segundo remedio de la felación – por inviable el primero, el del coito hecho y derecho – ..., parece como si la diabólica Andreína hubiera conectado con nuestras intenciones, porque es el caso que ya no nos quitó ojo; se quedó hurgándose en las naricillas, y tocándose el pelo, atravesándonos con su mirada escrutadora, como si no hubiera más espectáculo que aquél de allí, el que protagonizábamos Cecilia y yo. Cecilia no se atrevió. Me susurró que si la niña lo veía – y era imposible que no lo viera – ..., que quedaría traumatizada..., y que... El tiempo y la sucesión de visitas que hice a la RD me demostrarían que Cecilia, mujer que era, eligió la versión explicativa más... ¿cómo decirlo?... más literaria, más creíble, más suave y civil... o sea, la de que si Andreína se quedaba con aquella imagen grabada en su conciencia, en algún momento de su futuro inmediato podría...

Pero ¡qué va! Zarandajas bien intencionadas aunque desprovistas de fundamento. Lo único que hubiéramos propiciado con nuestro relax respecto de Andreína es que ésta, en vez de comenzar a felacionar a los seis o siete años, como yo estoy seguro de que las niñas dominicanas a dicha edad comienzan dichos menesteres..., estoy

totalmente seguro por el cúmulo de detalles, instancias indiciarias y más que indiciarias con las que tuve múltiples ocasiones de coincidir..., pues que en vez de comenzar a felacionar a los seis o siete añitos, lo hubiera empezado a hacer..., desde ya, desde entonces mismo. Con todo, no quise forzar la situación y echar a perder por un pique de incontinencia vanidosa la buena armonía que habíamos conseguido. Me levanté, pasé al cuarto de baño, cogí una toalla haciendo como que me había lavado y que ahora me estaba secando, para que la niña lo viera, la puse como distraídamente por encima de nuestros cuerpos, y... remedio del indigente, le pedí a Cecilia que me acariciase. Andreína, una vez que debió de pensar que nos había aguado la fiesta mayor, pareció desentenderse algo del asunto, nos dio la espalda momentáneamente y continuó sus paseos por la habitación. Poco después Alina despertaba, feliz, repuesta, tan campante.

Aquel mi primer viaje a la RD pecó de corto de perspectiva. Sí. Probablemente se tratara de que yo no me encontré entonces en situación de imaginar que Santo Domingo sería uno de mis destinos turísticos rutinarios por excelencia. Es como si lo hubiera abandonado todo a la memoria en la seguridad de que, en cualquier caso nunca supondría un gran esfuerzo recuperar aquello que de relevante se encerrase en la excursión. Todas las notas que conservo – y por si fuera poco, en plan algo inconexo --- están recogidas en dos hojas de correspondencia del Hotel Meliá Dominicana, de las que dejan en la mesilla de la habitación, o de las que se suministran en Recepción discrecionalmente. Es como si la latitud vacacional, de distensión y divertimento turístico del Caribe, hubieran accedido, en principio, fuera de sazón a mis disponibilidades; fuera de juego. Y ello tal vez sería la causa por la que tan escaso crédito de continuidad presté al despliegue de apegos vivenciales que pudiera comportar la RD. Menos mal que la realidad de los hechos y su propia dinámica pronto se encargarían de desmontar aquella actitud laxa que tan gratuitamente había permitido yo que prevaleciera en los resortes de mi espíritu. Sí, un par de hojas de notas es lo que conservo de aquella visita. Hoy, ahora, un día de finales del año 2000 estoy enconadamente enfrentado

a ese escueto haz de detalles, y puedo felicitar me de que las cosas se vayan aclarando; de que mi memoria, al contacto con alguno de los aspectos documental mente salvaguardados por la fijación escrita..., mi memoria vaya acicalando sus recursos y se traslade de un pasaje a otro pasaje, como por un juego de invitaciones, de instancias provocadoras. Ahora se destaca en el mural del recuerdo que Cecilia me llevó a su casa – o a lo que en aquel momento era su hospedaje – una tarde. Allí, con toda ceremonia entró a buscar un vaso, abrió una nevera, cogió una botella y me sirvió lleno de agua, sobre un plato, el vaso objeto de su búsqueda en la cámara interior. Al preguntarle yo que quién era una chavalilla que apareció por allí, con cara entre curiosa, sorprendida e indolente..., me dijo Cecilia que era una sirvientilla, a la que por unos cuantos pesos la dejaba que estuviera allí ayudándola a ella, Cecilia, en las cuatro cosas que el cuidado doméstico de la vivienda requiriese. Ese detalle banal, junto con otros muchos que tendría yo ocasión distendida y pormenorizada de constatar, constituyó uno de los comienzos de la ilustración que en todo momento se puede recibir en Santo Domingo (y supongo que por ende en todo el país) sobre la poquedad de la condición humana en lo tocante a estratos y categorías sociales, por no decir nada del gran tema del racismo. Resulta que Cecilia, que era una pobre chica; que trabajaba a ratos por un sueldo normalmente exiguo..., resulta que necesitaba corroborar, demostrar que por debajo de su status había otros; y así se permitía "el lujo" de "pagar" a una famulilla, respecto de la cual, por lo menos, Cecilia tuviera toda la legitimidad del mundo de predicar su rango social superior. Y sobre el tema del racismo, de proporciones divertidamente monstruosas, tendremos ocasiones de hablar, adelantando ahora tan sólo que el dominicano ejerce la actitud más despiadada y más inmisericordemente racista respecto de su vecino el haitiano, sin ir más lejos: "Cuentan de un sabio, que un día"..., qué acertado estuvo Calderón al plasmar en aquella inolvidable décima el juego tan relativo de valoraciones que tienen lugar dentro de la poquedad humana. Como digo: de esto y de otras muchas cuestiones tendré ocasión de tratar cuando la latitud temporal de estas Memorias me coloquen en el

correspondiente estadio, pues no menos de catorce viajes he dedicado al ambiente lúdico, vivencial, de cordial putiferio quiero decir, que me ha prestado la RD.

Una cosa sí hace destacar su singularidad: y ello es que ya a partir de aquel viaje comencé a gestar mi deseo de visitar Haití. Tengo el recuerdo agolpado y algo inconexo de ciertos detalles. Cecilia, con quien ya prácticamente había cerrado mi compromiso formal de llevarla a España, de vacación, invitada a mi casa..., Cecilia me presenta a una... prima o amiga suya, Virginia (a quien llamaban Amarilis), que trabajaba en una Agencia de Viajes Cesintur. Probablemente fuese allí donde me llamó poderosamente la atención un bonito poster de la "Citadel", fortaleza de Cabo Haitiano – la segunda ciudad de Haití – de principios del siglo XIX, edificada sobre un cerro, a casi mil metros de altitud. De todo ello habrá ocasión de tratar con más pormenores [El caso es que la visita de Haití, que a modo de larva en diseño menciono ahora, se haría realidad al año siguiente]

Mi vacación de 1983 en la RD estaba tocando a su fin. En general, el resultado global arrojaba un saldo a mi favor: las dos partes en que nítidamente se habían acomodado los aconteceres: la visita a Bencosme, y todo lo demás, me satisfacía. Poco más tengo en mis apuntes: que los cambistas de dinero por la calle abaniquean el fajo de billetes, y que todos (según me contaron, y según es costumbre inveterada) viven de escamotear malabáricamente parte del dinero que deben entregar como valor equivalente de la divisa que reciban del turista. Lo normal. Se les ve por todas partes enarbolando y chascando el mazo de billetes en señal de reclamo.

No sé si voy a tener la entereza de ponerme a inspeccionar uno a uno la multitud de papeles que conforman mis registros documentados de la RD a partir de éste mi primer viaje. Porque es el caso que lo que en este momento echo de menos es el *voucher* de Mundicolor Iberia, o simplemente el billete aéreo, para precisar las fechas de mi estancia. Contando con que no puedo encontrar nada, me aventuro a decir que aquella excursión mía tuvo lugar en la primera

mitad de julio; y que Cecilia viajó a España en la segunda mitad de agosto. Como aditamento de pachanguería al viaje, procede aquí mencionar que voló con una línea recién estrenada, la Air Florida, que conectaba Santo Domingo y Madrid, vía Miami (y por lo visto, de regreso, con una escalita añadida en Puerto Príncipe). Una chapucería de vuelo que desapareció al poco tiempo. En este mundillo de las comunicaciones, quiero recordar que los de la oficina Meliá de Granada, Fermín Ramírez y comparsa, no estuvieron del todo finos en el planteo del viaje de Cecilia. Por un lado me informan de que la exclusiva de vuelo directo, de un tirón, de Iberia significaba una carestía de más del 50 % con respecto a cualquier otra opción. Y al mismo tiempo, termino por enterarme de que esa "otra cualquier opción", atractiva sobre el papel, en la realidad es poco menos que inviable. Cosas del mundillo de las tarifas y rutas aéreas; y lo que es más, de los manejos incompetentes de algunos empleados de agencias de viaje.

Pero también es el caso que Cecilia llegó, cuando no me lo esperaba, porque la Air Florida me había pasado una lamentable desinformación. No me ausenté de Alcalá por pura y verdadera chiripa. Llegó un mediodía: se presentó en taxi a la puerta del inmueble Paseo de la Estación, 16, de Alcalá de Henares. Difícil de creer la manera como se habían producido las cosas: daba yo por sentado que la vigencia de la reserva de billete de Air Florida había finiquitado, y que Cecilia se hallaría en proceso de instrumentar otra posibilidad... la de volar con Avianca a través de Puerto Rico..., y en último término, de no haber más remedio, con Iberia. Pero... ¡qué va! Muy a deshora, muy intempestivamente, la información en sentido negativo, o sea, de que la Air Florida no era operativa, etc., etc. se había desmontado por sí sola, y la operación de llamada a Cecilia para que recogiera el billete, con embarque para el día siguiente o algo parecido, se había desarrollado en un agolpamiento de secuencias. Cecilia llegó, explicándome en una sostenida retahíla de modismos que al no verme en Barajas [¿y cómo me iba a ver, si yo ignoraba que

ella venía?] se había metido en el primer taxi que pasara junto a ella y le había dirigido a mis señas.

Recuerdo que se acostó nada más llegar, sin más trámite ni preámbulo, y que estuvo durmiendo hasta la jornada siguiente, más o menos hasta la misma altura del día; o sea, 23 horas largas. Asombroso y gratificante. Yo, pasadas las primeras diez y ocho, cada dos horas o así me permitía asomar la cabeza por entre la pared y la puerta de la habitación que le había destinado. Es decir, que desde muy temprano de la fecha siguiente a la de su llegada, yo, levantado, no tenía más incumbencia que la de procurar que cuando Cecilia despertara, me encontrara por allí, como referente, como compañía. Pensaba yo que un tipo de gente así, por pobres de quincallas materiales que fueren, desde mi atalaya valorativa eran dueños de un inmenso capital..., nada menos que el de poder dormir imperturbadamente 23 horas seguidas.

Supongo que Cecilia pasaría conmigo el periodo convencional de unos 15 días. Y se portó bien. Realmente bien. En pocas orquestaciones de estilo la palabra *buena* puede acicalarse tan propiamente de los atributos de congruencia, justeza y positiva valoración. Tal es precisamente el sentido de que yo pueda predicar con naturalidad cándida que Cecilia "era una buena chica". Ella se sentía honrada y magnificada de saberse invitada mía y de concurrir conmigo a los cualesquiera sitios – por otra parte, carentes de sofisticación – a los que yo concurriera. Algunas tardes nos acercábamos a la casa de campo de nuestros amigos Guanís y Tere. Cecilia, curiosamente, no se bañó nunca en la piscina: prefería quedarse tumbada o sentada, charlando. Su carne de "indiecita clara", como ella se autocalificaba, parecía querer reservarla en exclusiva para las expansiones espirituales que mi temperamento quisiera despacharse a sus expensas. Y solamente para mí. Y en esos menesteres, pocas criaturas he visto yo llevando a cabo sus gracias y habilidades con tanta diligencia, con tanta gozosa y consciente sumisión como Cecilia. Nos solíamos sentar frente a la televisión, ya por la noche, recogidos, y después de haber cenado y de tener la seguridad de que no íbamos a salir de casa. Cecilia se ponía un

albornoz de toalla, antiguo, comodísimo, que había pertenecido a mi madre, que es tanto como decir, de calidad probada y exento de extravagancias. Normalmente la cercanía de su cuerpo desembocaba en un esmeramiento de caricias por mi parte sobre sus calideces pardas... e indefectiblemente, ante el apercebimiento inequívoco de mis señas de identidad viriles, Cecilia se dejaba inclinar suave y diligentemente, y me practicaba una felación. Esta escena creo que se celebraba a diario. Otras veces, en justa y condescendiente correspondencia, la llevaba yo a su cama y nos despedíamos con una sesión de intimidad copulativa, por lo tradicional, mediante el sistema de solapamiento de contigüidades y de alientos, y de fiesta total del ying y del yang..., de linga y yoni.

Un día Ramón González Navarro y su mujer, Mary Ángeles Mañes, nos invitaron a su chalet de "El Robledal", cerca de Villalbilla, y nos festejaron con su proverbial munificencia y buen gusto. No olvidaré nunca la explosión femenina y lúdica que exteriorizó M^a Ángeles cuando Cecilia se refirió a mi sobrina Alicia como la "hembrita" de la familia. Expresiones así hacían las delicias de todo aquel que prestara atención a los primores sorpresivos de la lengua.

Otro día, que estábamos comiendo en Oliver's, mi sitio habitual, frente al inmueble donde se halla mi piso, me ví en el penoso deber de echarle una bronca a Cecilia. La chica, por cortedad o por flojera de criterio, enfermedad común y general de la gran mayoría de estos pueblos caribeños..., Cecilia se dejó buena parte de la comida que había pedido. Comprendió la incontestable verdad de mi argumentación, a saber: que si podía yo permitirme el pequeño lujo de invitarla a comer lo que más le gustara sin reparar en gastos, precisamente no podía avenirme al hecho de tirar la comida, dejándola en el plato. Cecilia se echó a llorar desconsoladamente y me aseguró que no se había atrevido a decirme que... creía que... pero que no volvería a ocurrir.

En la fecha señalada Cecilia regresó a Santo Domingo, y menos mal que conservo copia de la carta que yo le escribí con fecha 25 de septiembre 1983. Por ella quedo felizmente informado de

algunas cosas que constituyeron asuntos de mutuo interés y concernimiento entre ella y yo. ¡Qué bendición de carta: a través de ella reconstruyo una serie de detalles!:

"Montones de gracias por mandarme la tarjeta de Brunilda Vásquez: ahora ya sé a quién contactar para un viaje a Haití cuando vaya de nuevo a la RD"

Esta buena señora, a quien vería repetidas veces en sucesivos viajes, organizaba viajes a Haití por tierra, con una empresa de autobuses al parecer de su propiedad.

"Nunca supe nada más de Pedro. Según él va a viajar a Santo Domingo en octubre, así que entonces tendréis toda ocasión de conversar"

Pues claro! El tal Pedro trabajaba de especialista de aparatos de luz, de focos y cosas por el estilo, y en un viaje anterior había conocido a Alina, y ésta, en las veces en que estuvimos juntos ella, Cecilia y yo, me había hablado de Pedro, madrileño, con el que por lo visto había sostenido un romance intenso... Que cuando estuviéramos en Alcalá, que le contactáramos a tal y cual número... No faltaba más.

Una noche tórrida, y previo telefonazo unas horas antes, se presentaron Pedro y un amigo en mi piso, y entre todos dimos buena cuenta de unas cuantas botellas de cava Perelada que había dispuesto yo a punto de congelación, haciendo esponja con todo el correspondiente queso curado del mundo que había preparado yo también al efecto. ¡Que tipo más curioso el tal Pedro! Por lo que parece, Alina y él se habían reconocido tal para cual, y por lo que pude percibir se pasaron follando la mayor parte del tiempo, traspasándose tal cantidad mutua de placer que se habían sentido insustituibles. La loca de Alina nos había encarecido que le trasladáramos sus recuerdos; que nos encontráramos con él y le reiterásemos lo mucho que ella esperaba volver a verle, etc., etc. Y así lo hicimos. Y así celebramos aquella improvisada velada de champagne y de queso en cantidades holgadísimas, adobado todo ello con la fanfarria de una conversación carente de cortapisas. Pedro había captado con tino y delectación el

tremendo impacto que producía la presencia y, sobre todo, la operatividad de un racial hispánico con ganas, con disposición, con buena planta, con dinero... entre aquella gente dominicana. Captó con gran propiedad el tropo explosivo que se producía a expensas de muchos individuos hispánicos de España, de la "Madre Patria" cuando al referirse a nosotros, uno a uno,... nos llamaban "¡España!"

Mi carta a Alina, con la misma fecha de 25 sept. 1983, no puede ser ni más neutramente amistosa, ni más informativa. La digo entre otras cosas:

"Estuvimos con Pedro al principio de llegar Cecilia. Luego ya no le volvimos a contactar; no he vuelto a saber de él. Nos dijo que piensa ir a Santo Domingo en octubre. Me parece un gran muchacho: cordial, cariñoso, generoso. Ojalá se comporte siempre así de bien contigo, porque tú te mereces lo mejor"...

Andando el tiempo nos enteraríamos de que el tal Pedro, o no fue nunca más a Santo Domingo; o si fue, no volvió a encontrarse con la locatis de Alina: debió de pensar el hombre con inmejorable criterio, que Alina era demasiado peligrosa, con una hija encima y además, como para enredarse la vida; sobre todo, teniendo en cuenta que en el putiferio de la RD... ¿sería por mujeres?

Sigo diciéndole a Alina también en mi carta:

"Os agradezco la gestión que vais a hacer con vuestra amiga Amarilis"

Se trataba de Virginia, la niña que trabajaba supuestamente en una Agencia de Viajes, y que acabó por ir a España, asimismo invitada por mí (cosa que ocurriría en el mes de agosto de 1984).

Con Cecilia seguí comunicándome por un periodo de tiempo inusualmente largo, dada la precariedad y la provisionalidad de arraigo de domicilio y de situación personal que acompañan a la gran mayoría de estas pobres gentes. Sin embargo, ya no nos volvimos nunca más a encontrar. Yo acometí mi segundo viaje – y desde allí mi primero y único a Haití – en 1984, para llegar a 1989, antes de hacer mi tercero;

y ya a partir de entonces "machacar" turísticamente la isla caribeña con casi una docena más de visitas en cosa de seis años. No, a Cecilia no volví a verla más. Conservo una postal suya, sin fecha, que sin embargo infiero de 1985, y en la que, a resultas de que yo tuve necesariamente que informarla sobre algunos detalles de comportamiento pueril por parte de Virginia, durante su vacación en España conmigo— y que como antes dije, infiero que tuvo que producirse en agosto de 1984 — ... Cecilia, digo, se disculpa de eso, como arrogándose la cantidad de culpa responsable que fuere por el hecho de que yo hubiera conocido a Virginia a través de ella y de Alina. Una gran chica esta Cecilia.

Con fecha 11-8-87 recibí la única carta... carta propiamente como tal de Cecilia. Me informaba de que se había casado con un nativo de la isla Saint Barthelemy, territorio francés; que trabajaba en un hotel de allí, y que me instaba cordialísimamente a que "como a tí te gusta viajar mucho tú te dieras la vuelta por aquí pues es muy bonito", todo ello escrito con ortografía mínima, aunque excepcionalmente sobrada de corrección si comparada con la de la gran mayoría de sus co-nacionales. Una preciosa carta, atenta, cariñosa, informativa, en la que me hablaba de todo lo que a mí pudiera interesarme y que hubiera tenido que ver con el tiempo que yo estuve en Santo Domingo cuando nos conocimos, y también con su vacación en España, y todo lo que tuvo que ver con ello.

Y así, en mi tercer viaje, el de 1989, me hice el firme propósito de conectar con Cecilia, siquiera fuese por teléfono, considerando que yo estaba en Santo Domingo y que ella debería de estar en Saint Barthelemy. A todo esto, y aunque carezco de documentos, estoy completamente seguro de que yo escribiría a Cecilia, a raíz de recibir su anteriormente citada carta de 11-8-87. Nada. Sin respuesta. Lo típico. Correo que se gasifica. Instancias postales que trabucan su curso, que se desintegran en el vaho de los orbes...

Ahora bien, en Santo Domingo sí podía yo servirme de un conjunto simple y operativo de instrumentaciones con el fin de enterarme con exactitud, fehacientemente, de dónde se encontrara

Cecilia, y a buen seguro, en caso de que ella estuviera en su isla, un traslado desde Santo Domingo no era nada complicado. Pues no, señor. Nada. Imposible. Ningún teléfono funcionaba. El del hotel Eden Rock ya no existía, y el número que supuestamente le reemplazó no sabía nada de Cecilia ni de nadie que pudiera parecersele. Bueno, me dije. Me queda toda la cantera de Santo Domingo para extraer la piedra exacta objeto de mi búsqueda. Me pasé por la dirección que Cecilia me había dado en su tarjeta, la que digo que tuvo que datar de 1985... Allí solamente habla un solar. Efectivamente, la calle Obispo Merino existía, pero no el número donde Cecilia me dijo haberse encontrado su vivienda. Venga. Me quedaba la gente. Alina ya no estaba; se había marchado a Nueva York. Contacté a doña Brunilda Vásquez, atenta, parsimoniosamente despierta..., siempre en parámetros comparativos con los demás. No sabía nada. Conservaba un teléfono de la familia de Cecilia. Yo, en mi viaje de 1983 llegué a saludar a su mamá y a una prima, de nombre Griselda. Nadie vivía ya donde solía vivir, y los teléfonos no existían. Su padre andaba por otras latitudes. Nadie, lo que se dice nadie,... nada que pudiera darme noticias de si... Cecilia vivía aún, en caso de que así fuera... dónde... aproximadamente; y en qué condiciones... Nada. Nada de nada.

Aquella experiencia cobraría entidad de categoría formal de entonces en adelante, en el sentido de hacerme a la idea de que en ciertos climas, en ciertas culturas y maneras de subsistencia, las gentes, al no tener nada de valor, lo tienen todo: las casas sólo existen para unos pocos; el arraigo de la vivienda, la estabilidad de un domicilio base es algo prácticamente desconocido para la inmensa mayoría. Los censos oficiales son sólo aproximados... de lejos! Los habitantes se trasladan de una chabola con tejado a otra chabola, también con tejado y de parecidas características. La promiscuidad hace que las especificaciones familiares sean un puro dato teórico, una hipótesis de trabajo, pero nada sobre lo que uno pueda fundamentar una pretensión facticia concreta, como en mi caso la búsqueda y detección de una criatura específica. Las personas flotan y flotan con la ingravidez que presta la falta de apego a algo que pudiera parecerse

siquiera de lejos a la propiedad de un trocito de inmueble digno, fijo. Y así, nada quedaba que pudiera darme noticia de Cecilia: la familia, ida; la vivienda, erradicada; las amistades, en centrifugación. Así de simple y así de frustrante. Me queda el buen recuerdo de una buena chica que acaso alguna vez sepa que estas páginas están dedicadas a ella.

Oi (Bangkok); Lolita (Manila); Tryssia (Bali, Indonesia); Candy (Singapore): Diciembre 1983-enero 1984

Al gran amigo de mi familia, y mío, Julio Ganzo [recordemos: jugador internacional de ajedrez en sus años mozos para convertirse más tarde en el mayor didacta y publicista de libros y monografías sobre el dicho juego-ciencia de toda la historia de España; amén de filósofo, historiador y altísimo poeta] le había oído yo decir aquí y allá, alguna vez que otra, y siempre conforme transcurrían los años y él se iba haciendo mayor y yo iba alcanzando la sazón al doblar el recodo de los cuarenta... le había oído comentar sobre su interés en visitar la tierra de Filipinas de donde su madre era oriunda.

Hay cosas de las que uno no se apercibe durante su etapa de colegial sin que por ello, agazapadas en nuestra conciencia, no ejerzan su menester de testigos válidos, de fedatarios de las mostraciones que, al surgir mucho después, encuentran su mejor refrendo en las tímidas apreciaciones del principio. Así con la madre de Julio a quien hasta creo que conocí en un fugacísimo encuentro en Alcalá, propiciado por el propio Julio, siendo yo un chaval todavía de Bachillerato. Malvivía Julio por aquel entonces en la calle Mayor, en un par de habitaciones propiedad de su suegro, el Sr. Quer, contiguas al trozo de finca inmueble donde éste tenía su tienda de ultramarinos "La Fuencisla".

Si, muy probablemente me hallaría yo a la altura de un quinto o sexto de bachillerato. Debido a la amistad de siempre que unía a mi padre con Julio Ganzo, éste me dispensaba todo tipo de amabilidades, tanto en el campo de los estudios como en el más holgado de la conversación, de la poesía y de mis incursiones esporádicas y superficiales en el campo del ajedrez. Y un día, recuerdo con imprecisión precisa..., un día que había subido yo a la vivienda de Julio, acaso en busca, como digo, de conversación, o de refrendo, tal vez de sopesación de algún menester poético de los que ya entonces sentaban sus reales en mi voluntad y en mi conciencia..., un día casi con seguridad de mi sexto de bachillerato, o sea, de la lámina de incumbencia con los estudios que coincidía con mis quince años...,

ese día, digo, al entrar en la habitación que de las dos únicas existentes que conformaban la vivienda entera pudiéramos considerar como comedor, sala de estar, sala de visitas, de trabajo, de todo... Julio me dijo: "Mira, te presento a mi madre". ¿Qué edad podría tener entonces aquella buena señora? No sé, tal vez frisara en los setenta; tal vez más. La recuerdo – ya dije – con esa precisión imprecisa tan característica de las cosas que aun imperfectamente acopladas en nuestra memoria, continúa ofreciendo sus rasgos de distinción, igual que el primer día, pasado... más de medio siglo como es el caso. Tenía – ¡qué fácil es decirlo ahora cuando empapan mi espíritu varios viajes a Filipinas! – tenía facciones claramente tagalas; o sea, la mezcla de eso que entendemos por oriental más o menos ortodoxamente conjuntado, con el rasgo distintivo de lo malayo. Llevaba un sombrero, tipo pamelita, plano, y fumaba en boquilla, eso sí que se me ha quedado prendido con fijación. No recuerdo si me llegó a dedicar una sola palabra: me sonrió, me dio la mano y exhaló una bocanada de humo. Esto debió de inscribirse, como conjetura, en el año 1951 o por ahí. Luego, a lo largo de otra media vida completa más, tendría yo innumerables ocasiones de corroborar los rasgos hereditarios filipinos por parte de madre, tan fielmente mantenidos y constatados por las facciones de Julio: un ligerísimo orientalismo justificado en su apenas incoado achinamiento de ojos.

Julio Ganzo había viajado ya por el extranjero (algún que otro país de Europa, quiero decir) en su calidad de jugador internacional de ajedrez – y con la relativa intensidad que la restricción de medios facticios y materiales permitía – antes de nuestra Guerra Civil. Después de ésta, y por pertenecer al bando perdedor, su status personal tuvo que apegarse a la típica y no por ello menos infamante interdicción en lo relativo a libertad de movimientos. Quiero creer que sólo a finales de los años 50 el gobierno autocrático nacional-católico franquista le posibilitó la obtención de un nuevo pasaporte. A partir de ahí, bien lo recuerdo, y dentro de la secuencia que le permitía la periodicidad de vacaciones funcionariales, Julio retomó poco a poco, país a país, y aunque siempre dentro de Europa, sus salidas de España.

Un verano, y al regreso de una visita que había hecho a la Europa central, me contó que hallándose en Alemania aceptó, así como en plan espontáneo y de riguroso incógnito, tomar parte en unas rondas de ajedrez con otro grupo de ciudadanos que formaban equipo y que, al haber reparado por medio de unas partidas amistosas en la todavía no desdeñable fuerza ajedrecística de Julio, le habían invitado a jugar con ellos. En cualquier otro sitio tal vez haya dejado yo dicho con anterioridad – y de no ser así, lo digo ahora – que Julio a la sorprendentemente temprana edad de treinta y pocos años dejó de participar en torneos..., lo que se llama torneos de rango nacional e internacional, para dedicarse casi en exclusiva a la publicación de libros y a la dirección de la revista *Ajedrez Español*. Como mejor resultado suyo, creo que habría que referirse a su tercer puesto en el campeonato de España de 1942... o quizá 1943. Salvando las diferencias, acaso inviables de salvar, yo también quiero creer que su fuerza de ajedrecista de partida viva vendría a ser entonces la que hoy día concurriera en alguien con un ELO mínimo de 2,350. Lo que sí que era privativo de Julio era su enorme capacidad humanística y didáctica que hacían de cada una de sus monografías obras maestras en pequeño, aderezadas con un exquisito tino literario, amén de suculentas informaciones históricas y análisis personales sobre tales o cuales aspectos de las posiciones producidas sobre el tablero. No dispongo de datos fehacientemente finales e inconcusos, pero calculo que fueron más de sesenta, entre monografías y libros, los que Julio confeccionó a lo largo de su vida activa. Así, su sueldo de funcionario del Ayuntamiento de Alcalá de Henares quedaba suplementado por su menester de publicista en el campo de la bibliografía del ajedrez.

Muerto mi padre en 1967, así, de los amigos mayores, mayores que yo en edad, saber y gobierno..., y en una órbita de operatividad que pudiéramos llamar cercana, sólo me quedaba Julio. Y una de las experiencias que normalmente pueden compartir los amigos en quienes se alojen bandas de inquietudes equiparables, es la de un viaje. El tema de Filipinas lo habíamos hablado más de una vez, al hilo de tal o de cual acontecimiento. Ocurrió que uno de aquellos años murió

también la madre de Julio, y lo que en éste antes había sido una tendencia natural, o sea, visitar el lugar de nacimiento de su progenitora, ahora, además, cobraba entidad de tropía sentimental, de débito afectivo hacia su memoria.

Decidimos que aprovecharíamos la vacación navideña y de fin de año de 1983, y comienzo de 1984, para nuestra excursión. Y fue entonces, mejor, desde entonces, desde cuando mi alma cuenta con el último y acaso más intenso tramo vivencial de toda mi existencia. Aquella instancia inceptiva de viaje propulsó, ya digo, una secuencia de intereses y de concernimientos espirituales que durante catorce años seguidos no dejaron de atizar y de espolear los resortes de mis desasosiegos emocionales. Desde aquella primera incursión a finales de 1983, el Extremo Oriente me significó más de una docena de viajes posteriores, y mi entrada en contacto, más o menos superficial, más o menos intensa – pero siempre con voluntad de conocimiento esencial y vivo – con aquello que yo en cada caso considerase como relevante para la aventura y justificación de mi "yo"... mi entrada en contacto con Thailandia, Indonesia, Filipinas, Singapur, Japón, Corea, Hong-Kong, Taiwan, Macao, Maldivas, Viet-Nam, Kampuchea, Laos... Claro que no en todos estos sitios libró mi alma batallas igualmente intensas, ni del mismo signo, ni generadas por idéntico incentivo; ni fueron los resultados con los que el espectro de mi conciencia se enriqueciese ni siquiera equivalentes, ni siquiera comparables; tan cierto, como que la sucesión de impulsos cobró en un momento dado autonomía de dirección y auto-conocimiento de dinamicidad, suficientes como para constituirse en una poderosa razón de protagonismo independiente dentro de la proyección general que mi destino enarbolaba hacia la eternidad de mis sentires y de mis voliciones. Cuando la pauta cronológica así lo determine, dichos catorce años, en medición aproximada, serán objeto de tratamiento literario en la latitud que corresponda de mis *Mujeres, lugares, fechas...* El Oriente, si no enseñarme – porque casi siempre sólo se enseña lo que ya se sabe o lo que uno quiere aprender, y mi situación no era la de aprender sino más bien la de "aprenderme" – ..., si no enseñarme,

porque jamás me vería yo en disposición de ejercer los florecimientos de dichas enseñanzas, sí me mostró magníficos ejemplos de la conducta budhista; de la concepción de las relaciones humanas con arreglo al "código" de Confucio; la adecuación filosófica que entraña la ecuación armoniosa entre madurez encarnada por el varón y juventud protagonizada por la mujer, principio ilustrativo del más perfecto de los acoples entre el ying y el yang, la linga y el yoni. El Oriente me mostró el sexo como el mejor producto que Thailandia vende a sus visitantes; y también que las chicas-tienda que así despachan dichas prestaciones son incontaminables a los cualesquiera efectos que el varón pretenda instrumentar en interés propio. He visto lo más acomodaticio y desvirtuado del islamismo en Indonesia; la caótica multiplicación orquestada por un trasnochado sentimiento pseudo-religioso en Filipinas; el tributo de carestía y disciplinada restricción que permite a Singapore mantener su status de Ciudad-Estado; la abnegada y sufrida rebeldía del japonés que parece no tener más remedio que salir de su país, de vacaciones normalmente, para tener espacio; la pujante azarosidad de Korea del sur, teniendo como tienen encima el ridículo fósil de sus hermanos "comunistas"; la artificiosidad implacable y bulliciosa de Hong-Kong; la autonomía próspera y al mismo tiempo vicariada de Taiwan; el sentido nihilista en el pedacito de India que vi; el paraíso de turismo asexual de las islas Maldivas; la aceptación por los vencedores, y como mal menor, de las formas de vida de aquellos a quienes vencieron, en Viet-Nam; los más exóticos y lejanos ropajes castizos portugueses en Macao; la materialización de una hecatombe itinerante y siempre presta a regresar, en Kampuchea; algunos de los parajes menos hollados por la planta proboscidia de los merodeadores y frívolos turistas, en Laos, etc., etc.

Todos, o casi todos, y cada uno de estos países, paisillos y lugares se hallan destacados en el espectro de mi conciencia mediante el santo y seña de una mujer, como sonriente cabeza de proa de la barca monorreme que es el viaje de la vida. De todo se dará cuenta en

su momento. Valga, como carta de crédito momentáneo, la noticia de que una coreana Yun-Suk, y una filipina Divina conjugaron mediciones y categorías de distancia geográfica y tiempo espiritual para estar conmigo en mi casa de Alcalá de Henares.

Bangkok me ha servido de plinto desde donde, a modo de fuegos de artificio en diseño de palmera, se han disparado muchas de mis bengalas emocionales, sobre todo hacia Viet-Nam, Kampuchea, y Laos, los tres países que conforman por el lado este la gran bolsa de preñez telúrica de Indochina. También, durante todos esos años se me antojó que mi cuota de "eterno femenino" tendría más probabilidades de encapsularse en una realidad oriental que en cualquier otra realidad de otras cualesquiera latitudes. Sin atender ahora a valoración alguna sobre el éxito o el desacierto de las previsiones que en su día configurase yo respecto de dicho tema, sí puedo asegurar que después de mis calas con las mujeres del Lejano Oriente ya ni mi alma ni el mundo me han propuesto nuevas instancias de motivación en busca de aventuras; y mucho menos que acarreasen un desplazamiento geográfico dilatado.

El programa de viaje para Julio y para mí lo gestioné desde Granada a través de la todavía existente oficina de Viajes Meliá que ocupaba un cuchitril del edificio del Hotel Meliá, con un mostrador de atención al público abierto al Hall-Vestíbulo general del mismo hotel, y con la entrada por la calle Ganivet. Aquella oficinita cicateramente reducida, victimada por un aprovechamiento residual del espacio, estaba sin embargo poblada por tres esforzados de la gestión turística: Fermín Ramírez, Antonio Espejo, y Miguel Manzano. A la desaparición de tal sucursal de la empresa Meliá los dos primeros se ocuparon en otros menesteres, mientras que Miguel Manzano, después de trabajar como promotor de la empresa Cinco Continentes, parece haber consolidado sus capacidades de gestor turístico cara al público con la fundación de la agencia Viajes Tema de la que es el principal responsable, y que lleva exitosamente dirigiendo ya cerca de diez años [escribo esto en 2001] con creciente prosperidad.

Después de los consabidos tira-y-afloja, sopesación de fechas y destinos, y todas las contingencias esperables de un tipo así de viaje, quedamos en que visitaríamos los puntos de: Thailandia (Bangkok); Filipinas (Manila); Indonesia (Bali), y Singapore, por este orden y concierto. Meliá nos vendió un paquete de unos mayoristas, creo que de Barcelona, que bajo el rótulo de "Mundos insólitos" o algo parecido, habían alcanzado cierta solvencia, al menos teórica, en su andadura con los programas turísticos a dichas partes del mundo.

Estamos, como digo, a finales de 1983. España se hallaba cortejando a la Unión Europea para su aceptación como miembro, no sé si de pleno derecho o con intervalos de plena flaccidez. El caso es que Madrid no se conectaba aún, directamente, con ninguna localidad del Extremo Oriente. Había que volar con carácter previo a cualquiera de las ciudades europeas con marchamo de nudo de conexiones reconocido; daba igual, según se tratase del destino. En nuestro caso podría haber sido París, Londres, Roma, Zurich, etc. para salir ya enfilados y sin más escalas rumbo a Bangkok. Lo hicimos desde Frankfurt, ya sin cambiar de avión, claro, aunque creo que con una escala técnica en uno de los aeropuertos de los así llamados Emiratos Árabes Unidos del Golfo Pérsico.

Sobre Thailandia yo sólo poseía ese conocimiento gaseoso, desprovisto de asidero personal, de primera mano. Conocía opiniones, a su vez basadas en otras opiniones que, por turno, no se basaban en nada. Conocía ese conjunto de desfiguraciones y desdibujamientos que es la garantía más eficaz para desconocer todo; por lo menos todo lo que importa. Ni siquiera aquel médico acupunturista thailandés con el que coincidí en el avión a mi regreso a Madrid de la primera visita a Moscú y a Leningrado en 1976; ni siquiera él, que tan festivamente se expresara, acertó en canalizarme lo que de inquietantemente bello y turbador tiene la práctica de los encuentros hombre/mujer bajo la especie de relax, masajes, baños, o como cada cual quiera llamarlo. Entiendo que mi amigo de circunstancias quisiera cargar sus testimonios con rasgos de un voluntarismo volcado del lado del matiz de lo que – por el desenfado con el que hablamos de mujeres – a él

tuvo necesariamente que parecerle atractivo y estimulante para mí. Pero nada de ahondar, ni aun plantear acertadamente la categoría entitativa que imprime la oferta del sexo en Thailandia. En las... ¿doce?... ocasiones en que, comenzando mi viaje desde España, bien llegando, o bien regresando por el este (caso de Filipinas, Korea, y Japón), he permanecido en Bangkok y otros lugares con la duración que fuere, se me han ido decantando y aclarando con plena naturalidad los rasgos distintivos, las particularidades privativas, personalísimas, de la tropía del sexo como patrimonio nacional de un país que se rige por principios tan acrisoladamente asentados en el espíritu de sus gentes, como los principios que para sus propios fines fundamentan los habitantes de la Ciudad del Vaticano, por poner un *verbi gratia* de lúdica pero inequívoca validez. Pocas cosas son tan elusivamente, tan desquiciantemente tantalizadoras como la de estar dentro de la morada del sexo, y sin embargo hallarse uno abrumado de certeza de que la persuasión técnica y profesional de tal aspecto mantiene sus nítidas distancias con todo aquello en que lo demás radique. No se olvide, dicho sea de paso, que ni aun para los psicólogos más exigentes, ni aun para los sexólogos más aferrados al territorio exclusivo de su tema, ni tampoco, y mucho menos, para nadie que no haya encontrado cortapisas para pensar con autonomía y natural independendencia..., no se olvide que el acto sexual más aparentemente puro e incontaminado, más centrado en la esfera de su incumbencia, nunca deja de estar consorciado, nunca deja de estar teñido y traspasado y acompañado de una cantidad variable de presencias o realidades "espirituales" que llenan la materia de fluido inasible al cálculo, a la medición.

Thailandia existía en el mundo de mi conocimiento como una concurrencia de lugares comunes, de majaderías insustanciales despachadas por boca de los típicos españolitos frustrados; folladores de fantasía. Y lo que este – de tantas formas – portentoso país me descubrió fue lo bastante para que recalara en él una docena de veces, con mi persona, con mi bagaje de expectativas y de desazones, en el relativamente corto periodo también de... poco más de una docena de años.

Conforme el avión iba descendiendo acercándose a Bangkok, por delante y por detrás de sus alas podían verse los campos como mazas de cuadros verdes. Ya en el aeropuerto tenemos que empujar el furgón de la Agencia Orient Tours que nos traslada al Windsor Hotel, en la Sukhumvit Road. Este detalle, y sobre todo mi disposición festiva y expedita a colaborar en la superación de cualquier tipo de pequeñas incidencias [como fue lo de tener que empujar al vehículo de la Agencia, cuyo motor de arranque fallaba] fue nuestra mejor tarjeta de presentación ante la guía, de nombre Alba, que debía conducirnos a nuestro alojamiento. Tras unos coqueteos convencionales – pues no era para menos con la primera chica en cuestión con la que en realidad nos encontramos conversando en Thailandia – Alba nos informó rigurosamente de que las sesiones *completas* de masaje, sin más especificaciones, y en cualquiera de los muchos buenos sitios disponibles, costaban alrededor de USA \$ 50.00. A lo largo de las jornadas de aquel primer viaje, y no digamos en los muchos más que siguieron en años sucesivos, se me revelaría que los precios variaban tanto como los sitios; pero que sí, que era verdad que los establecimientos recomendados, visibles y céntricos operaban con tarifas de unos 50.00 \$ USA por servicio completo. Permítaseme apuntar fugazmente en este primer bosquejo de mis Memorias thailandesas algo que asimismo demandará ulterior tratamiento en las sucesivas viñetas que vaya yo acometiendo en los subsiguientes niveles cronológicos, a saber: que el sexo es, por así decirlo, el primer producto nacional que el Estado thailandés pone en su mercado de valores; y que como tal se organiza y desarrolla con la más escrupulosa profesionalidad. Afirmar que en Thailandia está prohibida la prostitución en el sentido como la entendemos en Europa, puede sonar a broma, pero es así. Los servicios de "relax" que por cientos, tal vez miles, operan en una capital como Bangkok están estipuladamente controlados. Se podrá preguntar qué son y en calidad de qué actúan las muchas chicas que pueblan los bares, surgidos sobre todo a raíz de la guerra de Viet-Nam para la tropa norteamericana. La respuesta siempre será la misma: esas chicas ejercen una actividad dentro de los

límites de un recinto reconocido por la ley como tal, y de puertas adentro todo lo que ocurra es concernimiento suyo y de la empresa. Contrario a lo que ocurre en Europa, ni en la calle ni en otros distritos o márgenes de carretera existe prostitución. Por la ciudad de Bangkok no me ha sido nunca posible catalogar a ninguna mujer como profesional del sexo; si lo son, lo dejan bien reservado para sus lugares de actuación, y a los ojos de los demás ciudadanos y viandantes se conducen como criaturas tan cívicamente discretas como Vd. y como yo. Es más, existen (o existían) una creciente variedad de Agencias que por una cantidad nada despreciable de dinero conciertan citas de chicas "normales" con todo aquel, generalmente extranjero ["farang", lo llaman en thai] que contemple la posibilidad de urdir un argumento sentimental con una thai. Y de lo que estoy seguro es de que en tales casos el protocolo es más exigente y oneroso que si se tratara del sistema de la "carabina" a la hispánica o "chaperon" a la anglosajona. Sabido es que la gente en su salutación de cortesía consuetudinaria no se llega nunca a tocar. La mujer es recatada y pudibunda normalmente; hasta tímida. Por la calle es imposible observar ningún tipo de exteriorización de erótica afectuosa a la usanza occidental. Los jóvenes pueden ir de la mano; los más, ni eso siquiera. Las costumbres, en lo que tienen de visible y cívicamente estatal, son correctas y contenidas. En uno de mis últimos viajes conocí a un alemán que se había unido a una chica viuda que ya tenía dos hijos de su marido anterior thai; y los ringorranos de protocolo que me contó que había tenido que seguir con la familia de dicha mujer me parecían de guión cinematográfico. Según entendí, la noche de la "boda" su ya consorte debía pasarla en casa de su madre, recibiendo de ésta consejos gratificantes para que su separación de ella, al acudir y atender de lleno a su nuevo estado marital, no resultara traumatizante.

El atuendo de la fémina thai suele ser una falda hasta el suelo; falda con un corte en forma de doblez o pliegue, igual que una toalla que se use para cubrirse después de salir de la ducha, y de variados colores. Su pelo suele ser negrísimo, liso, sin rizar. Sonríen con

ceremonia y aparente sumisión, y hacen el saludo con las manos juntas orantes e inclinación de cabeza. Los ojillos de algunas son como motitas alfileradas, azabachinas. Bencha se llama la camarera del piso del Hotel Windsor, donde nos alojamos. Era menudita y tenía un brazo vendado por habérselo dañado jugando al badmington – nos dijo. [Con esta niña me intercambiaría yo una carta y me volvería a encontrar en sucesivos y posteriores viajes] Otra niña, camarera esta vez de un restaurante sito frente al Hotel Windsor, pareció sorprenderse del vello de mis brazos, y hasta se permitió amicalmente repasármelo y darme dos estironcitos. Y todavía, otra camarera más, de un segundo restaurante thailandés al que Julio y yo fuimos después de una caminata, nos sonreía continuamente, pero no se atrevió, indecisa, a aceptar nuestra invitación de acompañarnos simplemente algún rato que tuviera libre, y comer o cenar con nosotros. Se llamaba Mam y creo que eso fue lo único y más relevante que supimos de ella.

Si me detengo en estos detalles de entidad baladí es porque, juntos todos y con la perspectiva completa aportada por las muchas calas que yo intenté hacer en el alma de estas gentes, me permitieron entrar en posesión de la certeza, tantas veces citada y enarbolada, de que la mujer thailandesa – salvo la que se dedica al menester nacional de la prestación de servicios de relax psicosomático – es algo inasible, inabordable. Y no sólo por la ya de por sí más que sobrada razón de que al no poseer ningún medio de comunicación común, cada cual permanece en su mundo, sin istmo posible para vadear hacia la conciencia del otro; sino porque la concepción de la vida de esta gente, las reglas de conducta por las que se rigen y por las que hacen discurrir el sentido, proyección, intención y alcance de esa misma vida, son inapelablemente incommunicables con los nuestros.

Huelga aclarar que el manejo del idioma inglés de esta colectividad – y puesto que no se me propicia una lengua franca más operativa – es paupérrimo, aunque ellos se hacen la ilusión de saber decir algo con él. Entenderse es una aventura, y las peticiones en los restaurantes – fuera de los platos inequívocamente establecidos – son

una lotería no menor, porque no sabe uno lo que le van a traer. Por cierto que la comida es, en general, cara; y las porciones son más bien pequeñas, como corresponde a un tipo de raza justificado por una textura recortadita y breve. Ya tendré ocasión de citarlo en mis viñetas posteriores, pero ahora sí quiero señalar que a mí me gusta el arroz prácticamente de cualquier manera. Así que, con eso solamente buena parte de mi repertorio queda cubierto a satisfacción. Lo mejor, con todo, son las ensaladas de frutas variadas: pomelo, sandía, papaya, naranja / mandarina, piña, plátano, etc. Cuando se pide zumo de naranja le traen a uno zumo de mandarina porque ésta es parecida a una naranja pequeña y verde. Se pela haciendo dos cortes en cruz y levantando los cuatro picos o solapas. La única restricción que Julio imponía y se imponía era que no echaran especias ni condimentos picantes en su comida, ya que estaban frontalmente contraindicados respecto de su insuficiencia pulmonar.

En Thailandia se conduce por la izquierda, y el tráfico en Bangkok es horroroso, infernal. Hay pocos semáforos, y cruzar la calle indebidamente, además de prohibido y sancionado, es jugarse la vida. Existen pasos elevados para peatones. Los giros en U para los cambios de sentido hay que hacerlos a pulso, metiendo el morro del coche poco a poco. Más de una vez he visto en alguna encrucijada de avenidas principales, y sobre todo por la noche, a algún policía dirigir el tráfico permitiendo el paso de muchos miles de vehículos en una misma dirección durante varios minutos. Encontré muy positiva tal medida, ya que al menos todo el posible tapón compacto acumulado en cualquiera de los sentidos quedaba resuelto, en vez de mantener un semáforo dirimiendo los recorridos en secuencias cortísimas de tiempo y no arreglando nada. Por cierto que la policía de tráfico motorizada impone respeto y credibilidad por el extraordinario equipo de adminículos técnicos y contundentes que llevan encima, y por los intensos efectos reflectantes en blanco que portan en sus motos. Predominan las marcas japonesas de vehículos. Los taxi-motocicletas de tres ruedas, como tartanitas veloces, son inevitables y en ocasiones pueden ser preferibles al transporte convencional, sobre todo en los

atascos. Lo primero que le asalta al turista es preguntarse cómo es que Bangkok no tiene metro. Cualquier ciudadano nos satisface la curiosidad: Bangkok es una de las capitales con uno de los niveles de agua más copiosos en el subsuelo. Ya en 1983 estaba en marcha el proyecto de construcción de trenes elevados, más que nada para hacerse cargo del tráfico desde el aeropuerto. Los miles de canales y cintas líquidas desde y hacia el río Chaophraya hacen de Bangkok una megápolis levitando milagrosamente sobre una balsa. La contaminación por los escapes de los automóviles es increíble. ¿Dije que los atascos son inenarrables? Pues lo repito. Por otra parte, los olores son algo indescriptible: sebo podrido tal vez, fritangas en aceite o grasa que se me antojaba del desecho de los vehículos de motor. Se tiene uno que ir acostumbrando: de golpe y de improviso puede ponerse hasta mal cuerpo. [Algún tiempo más tarde esbozaría yo una teoría distintiva de la idiosincrasia de ciertos países en razón de los olores que desprendía su alimentación] Los tenderetes abundan por doquier, sobre todo de cosas comestibles: chicos y grandes cocinando y preparando cosas de... masa o de pasta en las sartenes. Ví un tipo de castañas asadas, rebozadas en una especie como de picadillo de carbón. Ni que decir tiene que una de las primeras y más directas recomendaciones al turista es que, para beber, consuma agua embotellada, que resulta igual de cara que la cerveza. La leche también es cara y escasa. El pan suele sustituirse para los nativos por el arroz. Según mi gusto y mi disposición, definitivamente el arroz y la fruta, lo mejor y más aparente de la comida.

Las travesañas de las calles principales, a modo de arterias más pequeñas perpendiculares, casi nunca tienen más nombre que el genérico de Soi y el número que corresponde: pares a un lado y nones a otro. Sukhumvit Road era una de dichas vías centrales importantes, aunque en aquella época – y sólo por referirme al tramo que discurría entre el Hotel Windsor y su encuentro con la línea del ferrocarril, al comienzo de Phloenchit Road – estaba de pena: llena de hoyos fangosos, solares en obras, agujeros. Había, sobre todo, creo que entre el Soi 12 y el Soi 14 una enorme laguna, mitad basurero, mitad sentina

natural de los residuos de las lluvias, y que en años posteriores continuaría, aunque atenuada, afeando aquel lado de la gran avenida. Y así, como al socaire empático, también podían verse por muchos sitios, en cantidad variable, montones y montones de basura, alimentos en descomposición, malolientes, hediondos, fétidos, aunque la gente no parecía sobresaltarse por ello. Una vez, como contrapunto surrealista, unos hombres que estarían al cargo de un puesto de comida contiguo, jarreaban unos... como bidones de caldo o guiso que se me antojó repugnante.

Sorprendentemente hay pocos pobres, mendigos quiero decir: sólo unos cuantos tullidos que en cuclillas en la acera o en el primer recodo que forman los escalones de los pasos elevados para peatones, y mostrando los muñones descarnados te piden comedidamente mediante sacudidas que dan a un bote o taza con alguna moneda dentro ya. Hay muchas fuentes con Budhas pequeños, a modo de capillitas para el viandante, en las vías públicas. Casi no se ve policía, ni ejército, ni gente de uniforme. A muchos durmientes no parece afectarles el bullicio circundante. En la acera de Sukhumvit, entre los Soi 16 y 18 una mañana vimos Julio y yo a un hombre dormido todo lo largo que era sobre el asiento y el manillar de una moto en posición de estacionamiento, anclada sobre el estribo.

La moneda, el *baht*, ha venido manteniendo una buena paridad frente al \$ USA: hay piezas de 1 y de 5. En 1983 1 baht equivalía a unas 7 pesetas; me confirmaron que unos años atrás se podía comprar 1 baht por tres pesetas. Se me perdió el peine que normalmente llevo conmigo en algún bolsillo alto de la indumentaria, y adquirí uno nuevo por 6 bahts 42 pesetas. Se regatea prácticamente para cualquier compra, excepto en establecimientos más serios que los puestos de la calle; más inequívocos o más occidentales como, digamos, las farmacias. Bangkok, y en general todo el sudeste asiático, es el lugar ideal para hacerse ropa a medida. Hay cientos de empresas regentadas, sobre todo, por hindúes, con docenas de empleados sastres, cortadores, zurcidores, costureros, pantaloneros, camiseros, etc. La especialidad es la de poder confeccionar un par de trajes enteros en el día. La

competencia es portentosa, aunque sin llegar en ningún caso a la deslealtad de una bajada de precios que raye en el chantaje. Yo me hice confeccionar un pantalón de lana inglesa, de buena calidad, y dos camisas... de... no sé si de seda, pero sí de un tejido típico thai, entre seda y popelín, color ligerísimo azul claro ceniza: 1,500.- pts. el pantalón; y 1,000.- pts. cada camisa. Ahora, hoy, en la fecha en que esto escribo, noviembre 2001, las dichas tres prendas continúan siendo operativas dentro de mi equipo de vestimenta.

Hay zapateros y artesanos callejeros del calzado, que plantan la tienda constituida por un reducido montón de utensilios polivalentes, y arreglan el calzado del viandante sobre la marcha. Las flores es otro de los productos con el que más se comercia normalmente: abundan los mozuelos que ofrecen ramitos de rosas a los automovilistas en ruta.

Una de las mejores excursiones – que repetiría por lo menos dos veces más en mis sucesivas visitas a Bangkok – es la de los así llamados "klongs" y que consiste en recorrer en barca los canales fluviales a cuyas márgenes se levantan verdaderos palafitos que albergan a estos pobladores flotantes de tan pintorescos barrios de Bangkok. Las barcazas van impulsadas por unos motores como de camión "fuera-borda", fijos a la popa, que transmiten la fuerza a lo largo de un eje hueco que hace mover a una hélice y que además funciona como timón. Sobre una de estas barcas, y con ocasión de la excursión referida, tuve la desgracia de sufrir la presencia del típico americano USA prepotente y pedante, que tan poco favor hace al magnífico país de donde es nacional y oriundo: Ocurrió que cuando el guía Michael nos señalaba desde la barca la Casa de la Moneda thailandesa, al yanqui susodicho no se le ocurrió más que decir en tono de suficiencia y cosa sabida: "Are they busy?" [fabricando moneda inflacionaria, se entiende, por la insignificancia que, supongo, comportaría el baht respecto del todopoderoso \$ USA para el yanqui impertinente].

Las tiendas están prácticamente siempre abiertas: tienen todas una tarjeta comercial para la clientela; y además de la dirección escrita en thai, señalan gráficamente la situación sobre el planito impreso, con

la consigna que debe emplear el forastero para el taxista. El ruido por las calles es ensordecedor: las bocinas de los vehículos suenan incesantemente. Los pocos operarios que se ven dedicados a la limpieza usan unas escobas de ramaje, en forma de abanico o cola de pavo real desplegada, con las que levantan nubes de polvo. Al lado, siguen los montones de basura acumulados e intactos.

En nuestro primer día de estancia compramos Julio y yo, y escribimos y echamos al correo cinco postales: precio: 2 bahts cada una; franqueo: 7 bahts a España. Una noche fuimos a cenar al restaurante Tum Nak Thai, que los habitantes de Bangkok califican como de "the world's biggest" nada menos. Se halla en la mano izquierda de la Ratchadapisek Road, continuación del Soi 21 Asoke, y en dirección norte. En el programa de mano que nos regalaron se nos informa de que este establecimiento se asienta sobre diez acres de terreno, unos 40,000.- metros cuadrados, es decir, un cuadrado de más de doscientos metros de lado, capaz de acomodar tres mil comensales y mil coches en su aparcamiento. Y en efecto, el complejo no podía calificarse de menos que monumental. Se trataba de un conjunto de construcciones de tejados en uve invertida, y de entarimados en diversos niveles, equidistando de un estanque central en cuyo espacio operaban a intermitencias coloristas un juego de surtidores, focos y faroles reflectantes. Sin que la realidad desmejorara las expectativas de complacencia y agrado que concurrieron en nosotros, fue allí, sin embargo, donde recibí una perdurable lección de templanza y de aguante acomodaticio por parte de la cultura thai y, en general, de la manera de ser de los orientales. Ocurrió que pedimos algo, creo que especificando que lo librarian de especias o de sustancias picantes; y que, bien por negligencia, bien porque no nos dimos maña en hacernos entender – y sin que, me consta, interviniera el menor atisbo de mala fe por parte de aquellas apacibles criaturas – es el caso que nos trajeron algo que discordaba por completo de lo que habíamos pedido. Objetivamente nosotros como clientes estábamos asistidos por todos los condicionamientos para reclamar y exteriorizar nuestra queja. De lo que ya no estoy tan seguro es de si el tono directo y agrio que

esgrimí contra la camarera que nos servía fuese lo más razonable y operativo entonces. Lo que sí recuerdo es que dicha camarera, con sonrisa resignada, contigua a la sumisión, y sin alterarse externamente lo más mínimo retiró los platos objeto de repudio y continuó sus funciones como si nada hubiera pasado.

Otra noche en que Julio y yo regresábamos de la calle, al entrar en el hall del hotel un ejecutivo thailandés de la firma Toyota, sin mediar más preámbulo empático que el acaso causado por nuestra presencia oportuna allí y nuestra pinta de occidentales distendidos y cívicos, se presentó a nosotros, nos invitó a una fiesta que su compañía estaba celebrando en otro de los salones del Windsor, y se ofreció presto en aquel mismo momento, y como servicio opcional, para enseñarnos en su coche lo que quisiéramos de la ciudad. Julio declinó cordialmente y se retiró a la habitación, alegando necesidad de descanso. El Sr. Suté, pues no era otro su nombre, de unos 35 años, enérgico, decidido, organizativo aunque sin avasallar, muy en su papel de hombre de negocios en la cresta de la ola, me llevó al salón donde tenía lugar el festejo de su compañía Toyota. Allí, ufano y con carisma de ciudadano del mundo, me mostró las mesas repletas de viandas y me animó a regalarme con todo aquello, sólido y/o líquido que me pudiera apetecer. Como estaba ya cenado, renuncié a tan magnífico ofrecimiento; aunque, eso sí, en parte porque me apetecía, y en parte para que viese que tenía yo en mucho su generosidad y que no quería desairarle, le rogué si podía preguntar conmigo a los músicos de la orquesta si les importaría acompañarme con alguna de las melodías del repertorio más de urgencia que nunca dejo de llevar en mi equipaje. Los músicos, encantados. Tras unos tanteos y unos acoples tonales comencé con "Guantanamera", a la que siguieron "Perfidia" y "Strangers in the Night". Éxito aullador. La gente allí congregada me aplaudió de estruendo: ¿porque les gustó lo que interpreté? Seguro que sí; pero también porque me vieron acompañado del Sr. Suté, tal vez su jefe más cercano, y tuvo que parecerles de buen tono refrendar la iniciativa que él había tenido al invitarme.

Sin embargo, el cometido más "fehaciente", más valioso que me pareció que Mr. Suté podía hacer en favor mío era el de asesorarme debidamente, con profesionalidad de ejecutivo, sobre algún buen establecimiento de eso..., de encuentros gratificantes, de masajes. Porque desde aquellas jornadas de aquel mi primer viaje a Bangkok en las tempranísimas fechas – vistas desde el momento en que ahora escribo – de las postrimerías de 1983, se destacaría el argumento indiscutible de que el encanto más inductivamente contagioso y más insuperable de la capital tailandesa reside en sus famosas salas de masaje o baños turcos o establecimientos que ofrecen tales servicios. Parece que los hay a cientos, literalmente a cientos, razón por la que hay que extremar la cautela a la hora de elegir. Como sabía por otros viajeros y por gracia de los "mass-media", de la existencia de estos tabernáculos de ocio y relax, no puedo confesar que los descubriera entonces; pero sí que conocí de primera mano, por mí mismo, la razón y la praxis de tan característico producto tailandés; y todo venido de los designios del azar generoso, de una maniobra de la casualidad, y al final, nada menos que del tercer día de estancia en Bangkok. Mi amigo de circunstancias, el Sr. Suté, el ejecutivo, o uno de los ejecutivos de Toyota en Bangkok, obsequioso el hombre, con ganas de agradar, aunque sin mostrar ningún interés personal por el tema – pero ante la exteriorización del mío por conocer un sitio bueno, de confianza, de garantía, bajo la advocación de un nativo, de un experto – me condujo en coche a "Darling", en el Soi 12, a menos de cien metros de su arranque de Sukhumvit. Un poco adelantado del edificio y sobresaliendo por encima, en todo lo alto, el susodicho letrero identificativo; enfrente y a la misma altura, en un margen de la calle, otro luminoso en forma de rectángulo chispeante y también en tonos azules y rojos, con el emblema específico de "Turkish Baths". Llegamos allí. Suté me dio una tarjeta suya. Me deseó buena suerte; nos despedimos y me quedé solo.

Creo de cierta significación detenerme todo el tiempo que haga falta a la entrada de "Darling" con ocasión de aquella primera vez absoluta que lo visité. Ignoro si abundan los sitios de calibre y

propiedades idénticos a éste en Bangkok; porque ya dije que haberlos... es decir establecimientos de masajes y menesteres por el estilo, probablemente los haya por cientos. Pero he aquí que con "Darling" se produjo respecto de la historia de mis vivencias uno de los ejemplos típicos de sobriedad y adherencia a un principio inalienable de estética; y ello es que en todos los restantes viajes que realicé a Bangkok nunca quise conocer sitio distinto de "Darling". Y eso puede dar una idea – por lo menos a mí me la dio y me la confirmó – de que hice el mínimo uso posible, quiero decir, que otorgué la menor cantidad de relevancia, la mínima imaginable, a la inevitable apoyatura material de tener que contar con un local concreto, con una facticidad específica y tópica donde todo el aparato argumental y autónomo del espíritu pudiera acomodarse. Jamás visité otro establecimiento que no fuese el "Darling", ni mucho menos me adentré en los barrios tipo Cowboy, etc., por ejemplo; ni penetré en bar o tugurio alguno tampoco donde se ofreciera compañía heterosexual. Mis creencias y mi conducta no se han desviado ni una micra desde mi inicial concepción sobre el particular, que es tanto como decir, desde que tengo uso de razón. Según he entendido y constatado siempre – y sigo entendiendo y constatando en estos momentos presentes y actuales – el español, más que cualquier otro colectivo de ciudadanos de lo que pudiéramos entender como Occidente, de historia granada y culta,... el español, digo – no me atrevería a indicar causas taxativas – y siempre en proporciones contrastivas, sin las que no es posible medir la propia realidad, en esto del sexo ha venido padeciendo una, más que intensa, fortísima distorsión. Los más de 35 años de autocracia nacional-católica, y las secuelas de tan profunda ideología, increíblemente arraigada y sostenida por anclas pesadísimas e interesadísimas en las conciencias de todos nosotros, qué duda cabe de que pueden explicar, o por lo menos justificar, alguna de las razones por la que los españoles nos llevamos tan mal con nosotros mismos en cuestiones de sexo; de relaciones íntimas con nuestro mejor yo; con la otra orilla, con las mujeres. En ese andar sobre el filo de la navaja que es la vida, o por el alambre del funambulismo vivencial, se nos ofrece

a un lado lo sublime, y a otro lo ridículo, haciendo de nuestro caminar una sucesión de destellos y fogonazos cegadores que nos impiden la recta elección una buena parte de las veces. El español, en general, ni eso. En cuestiones de sexo, y dado que en la mayoría de los supuestos lo sublime está lejos de su alcance, ni siquiera aborda el tema con la suficiente entereza con la que caer en el ridículo: casi siempre incide en la estupidez; encalla en la payasada.

Y el asunto del sexo en Tailandia es, precisamente, una de las cuestiones que más pueden inducir a la payasada, proveniente del desconocimiento y de la chatedad mental. La oferta de sexo en Tailandia es algo que, como tal, no es ni de una ni de otra manera; ni así ni asao. El sexo es la materia prima que una concepción del mundo como la tailandesa ofrece para que cada cual se la "haga", se la confeccione según las necesidades y las alturas o bajuras de mira de su propia personalidad. El macarra incapaz de pensar por sí mismo, o de proseguir con el ejercicio del pensamiento – dada una primera y original instancia –..., el macarra españolito u hortera, digo, despachará la experiencia de los baños y de los masajes de esta gente como si se tratara de una cosa a su medida, una medida rastrera y estéril, a imagen de las inquietudes rastreras e inútiles que alberga su conciencia. El sexo tailandés es uno de los más formidables retos, una de las más inquietantes aventuras por las que uno pueda, a través de las que uno desee, dar un contenido ulterior a lo habitual. Para empezar, el sexo tailandés encarna una de las dimensiones más azarosas y turbadoras para la condición humana; y ello es la sin igual quiebra existente entre dos porciones de la misma realidad que no parecen comportarse como tales: de un lado, la prestación del servicio de relax de nuestra compañera de turno, portadora de todas las excelencias virtuales; y de otro, cualesquiera otras instancias ulteriores e imaginables separadas siquiera por el grosor de una micra, de la competencia técnica aludida. Más allá del servicio "somático" proporcionado por la chica, existe la más absoluta incomunicación, el más pavoroso vacío en la huida hacia adelante del espíritu de un

hombre normalmente motivado. Volveremos a tener ocasión de retomar estas consideraciones.

Toda la pinta desde fuera es la de un hotel con su correspondiente letrero luminoso chispeando irradiante en todo lo alto del edificio, ya dije. Se atraviesa un estacionamiento, se sigue por un pasillo, en cuyo ángulo en escuadra y parte central hay una fuente, para llegar, franqueando una puerta de muelle suelta, a lo que pudiéramos entender por recepción. Todo ello, desde la misma entrada, inundado de esa luz glauca, cómplice, drogante. Nada más dejar atrás esa única puerta aparecen uniformados los ujieres y las recepcionistas que con el típico gesto ceremonial, entre respetuoso y cómplice, le expeditan a uno con la mano, como si le ofrecieran a uno el establecimiento. En el centro de este hall está la cristalera semicircular, y dentro de ella, el gineceo. Colocadas como en gradas, por niveles o pliegues, se hallan las chicas. Esa noche el establecimiento estaba para clausurar servicios, pues eran más de las 22:30. Un poco así como para no defraudar, "Darling", que cerraba las puertas absolutamente a las 23:30, ofrecía una sesión corta, de urgencia – para el cliente que llega dentro de esa última hora de funcionamiento del local, es decir, entre las 22:30 y las 23:30 pm. – de unos 45 minutos por 240 bahts [no se olvide: 1 baht = 7 pesetas]. La sesión entera de baño y masaje dura una hora y media larga, al precio de 440.- bahts.

Decliné tal desempeño ese primer día, y no me dio tiempo más que a quedarme con la situación, dando por visto el asunto. El cristal opaco consentía tan sólo una banda transparente en su mitad superior, permitiendo de este modo ver lo de dentro iluminado y no ser visto en el ámbito de la recepción prácticamente en penumbra. Huelga decir que la tarifa de los 440.- bahts por el servicio completo de baño y masaje no implicaba ni excluía ninguna otra prestación. Lo demás, si se tiene ganas y se pacta con la chica, adelante con ello. El Estado thailandés propicia este tipo de servicios al tiempo que persigue con ahínco la prostitución, o cualquiera que sea el ilícito sexual de que se trate, si perpetrado por menores de 18 años. Aunque no es normal, una

vez vi en "Darling" a una pareja, hombre y mujer quiero decir, que por separado se disponían a señalar a la chica que en su caso les facilitara la asistencia deseada. La forma más "clásica" de organizar el tiempo de una sesión entera viene a ser la dedicación de una hora y cuarto para el baño y el masaje, más lo que se emplee en la subsiguiente fornicación o supremo y último relax.

Al otro día, a eso de las 18:00 pm. me acerqué a "Darling". La elección se hace difícil entre más de 25 jóvenes. Va uno descartando a las más chatitas; luego a las más rellenitas; luego a las que llevan un vestido menos sugestivo; luego a éstas; luego a aquéllas... Pero después de toda la criba todavía quedan siete, o seis... o si se quiere, cinco respecto de las cuales el acto de decidirse es pura frivolidad: a uno le viene a dar lo mismo. Y entonces es bueno probar el consejo del mono-sabio del recepcionista. Se le puede preguntar con gesto magnánimo y amplio... qué chica nos recomienda. Normalmente nos recomienda... dos o tres de entre las que con más claridad hemos prescindido nosotros. Al final, buscando que nos apoyen en nuestro criterio, le decimos que... qué tal es aquélla. Nos dice que muy buena, y la llama por un altavoz que sólo se oye dentro. Las chicas, a todo esto, llevan como único distintivo una chapa con un número pendiente del cuello, que es, por cierto, y a fin de garantizar su confidencialidad, el solo dato por el que se identifican.

Mi compañera de aquel día, Noi, era guapa, fina, enarcada y simpática. Después de pagar en el mostrador de recepción [yo lo hice *cash* directo, si bien se admiten todas las tarjetas de crédito reconocidas], me condujo a la suite-habitáculo de faena, compuesto de un cuarto de baño y de una sala convencional, todo en una unidad o "apartamento" de unos 35 metros², con una cama-tabla grande en el centro. Mientras llena el baño yo me desnudo y ella se medio desnuda ajustándose una toalla por encima del pecho. Me meto en el baño y ella desde fuera me lava y jabona cuidadosamente. Fuera ya del baño, comienza el masaje propiamente dicho. Desde los dedos de los pies, a las cejas y la frente, mi cuerpo es un campo de maniobras, algunas divertidas, como oírme sacar "novias" o chasquidos de cada uno de los

dedos. Otras, con visos de cierto tecnicismo: presiones, golpecitos en tal o cual músculo, restregones calculados, fricciones sostenidas, con percusiones alternadas. En uno de los números se me pone encima de mis abductores, de rodillas; me hace palanca con sus brazos y sus pies apoyados en mi muslo. Algunos de los ejercicios se parecían a los que ejecutamos con Luisito Sánchez. Con evidente profesionalidad alterna los golpecitos con las sacudidas, y hasta se permite hacer comentarios burlones y muecas como cómplices si yo exhalaba alguna boqueada de resquemor o medrosidad a los plegados de miembros a los que me sometía. A eso de la hora y cuarto de comenzar me comunica que el baño y el masaje se han acabado, y espera. Me levanto, saco mi vocabulario de urgencia y la digo: "Do you want to sleep with me"?, en thailandés! Se ríe de veras, ajustamos la cuantía del regalo y culminamos la sesión de manera ortodoxa. Era el 18 de diciembre.

Tengo que confesar al lector que lo que acabo de dejar escrito está tomado prácticamente al pie de la letra de las notas que en su momento redacté *in situ* de circunstancia estrenada. Entre el desarrollo de esta sesión inaugural y el curso de las muchísimas más que seguirían en múltiples años sucesivos de visitas a Extremo Oriente, soy el primero en reconocer que media todo un mundo de rodaje, de experiencia, de "know how". Estoy seguro de que el cara-de-mono servicial y atento del mayordomo de la entrada tuvo que pensar que... de qué galaxia distinta e inédita tenía necesariamente que provenir yo al preguntarle, entre azorado y confidencial,... al preguntarle que si las chicas, además del servicio "oficial" del baño y del masaje, único articulado y anunciado de puertas para fuera..., que si las chicas..., bueno, eso, que si hacían el amor. Recuerdo su cara y su gesto: dio como un pequeño martillazo, corto y asertivo, de inequívoca afirmación, y con ademán de sorpresa. ¡Pues claro, hombre! ¿Para qué se cree Vd. que están aquí estas muñecas sino para *todo* lo que el dinero pueda compensar, y el buen gusto y los hombres, como Vd. de guapos y caballeros, occidentales pudientes dispongan? Algo parecido debí yo de entender al explicitar y desarrollar *in extenso* el "yes" categórico y definitivo que el thailandés con faz de simio me dedicó.

Lo que quiero decir y me quiero a mí mismo decir con esto es que aquellas impecables criaturas de tan portentosa presencia incorporaban en sus personas los paradigmas de belleza y de emocionalidad, de feminidad y finalismo por los que hombres occidentales como yo consagraban sus esfuerzos y sus dedicaciones a la musa objeto de nuestro destino; que aquellas hetairas orientales, hasta en un contexto como el de referencia, de contraprestación de servicios – y no digamos en cualquiera de los alimentados por la sublimación de nuestro nacionalcatolicismo, y que queramos o no, seguían manteniendo su nunca extinto rescoldo – en aquel escenario de oferta y posesión mediante tan sólo la llamada de un número por altavoz, aquellas preciosidades me inspiraban todo un código de esmeradísimos protocolos, y de quintaesenciada aproximación. De ahí que, en los sucesivos encuentros, sin bajar en un milímetro el listón subjetivo de mis exigencias de estética religiosa, sí llevara yo preparado el espíritu para una celebración mucho más expedita, más liberada de aquellas primeras rondas de escrúpulos y melindres de ciudadano inexperto.

Cargado glotonamente con las lecciones a medio digerir de aquel mi primer "round", al día siguiente repito la suerte. Las mismas dudas a la hora de elegir. No veo a Noi, lo cual me alegra en parte. En estas cosas la sentimentalidad condescendiente o el encariñamiento gratuito sólo genera desventajas. Después del diálogo de rigor con el recepcionista maestro de ceremonias, le digo que... aquélla. Curioso: me fijo más atentamente y reparo en que su número es el 36, igual que 47 había sido el de Noi el día previo; una y otra cifra correspondían, respectivamente, a mi año de nacimiento y a mi edad. Sale la niña del fanal encristalado y empieza a propagarse por toda mi alma la nueva aventura. Se llama Oi, viste corpiño y pantalones anchos, semi-falda de color blanco y como de toalla. Preciosa, ajustada en su armonía, morenísima, con facciones de gatita, muy suave como puedo comprobar al tomarla de la mano y dirigirnos a las dependencias del servicio. De vez en cuando me mira. Llegamos y expertamente espero instrucciones. Oi abre el grifo del baño, me sigue mirando y sonriendo

con resoplidos, y comienza a desvestirse. Se queda desnuda: una muñeca ideal, una verdadera muñeca del color de la corteza del olivo. Me acerco y la acerco a mí con mucho cuidado, todavía vestido. Permite esa expansión pero me vuelve a recordar con la mirada que lo pactado hasta entonces no me da derecho a tales concesiones. En un segundo me quedo en cueros, y a su señal entro en el baño. Para sorpresa mía, y en razón del único precedente, el de Noi del día anterior, que atesoraba mi conciencia, Oi entra también en el baño, frente a mí, y se inicia el ritual. Oi parecía una figurita, no me cansaré de repetirlo, y sus gestos y sus ademanes y sus caricias, llenas de sapientísima piedad. Yo no recuerdo una piedad tan sapientísima como la que esta criatura está esgrimiendo al levantar mis piernas y frotarme con la esponja empapada en champú perfumado. Yo no recuerdo ni quiero recordar una sabiduría tan piadosa como la de Oi al mirarme y acariciarme, al acariciarme y mirarme, y sonreír, siempre con el remate de un soplido entre perpleja, conclusiva, aquiescente, pero asimismo siempre cargado de íntimas sugerencias. En un momento dado me levanta mis extremidades semi-ingrávidas por causa de la flotación, y se me coloca ella debajo, de forma que toda la parte central de mi cuerpo reposa en la cálida hondonada de su regazo y de su región venusina. No puedo ni quiero sofocar el primoroso enardecimiento que tal ejercicio de ternura me ha provocado. Le digo a Oi –y con esto inicio el acuerdo privado entre nosotros dos respecto de los servicios ulteriores al baño y al masaje – ...le digo a Oi que es encantadora: "Kun soé maa... Pom chaap kun"..., y que me conforte, primero en el baño; y luego, si encarta, al final del masaje. Hasta en eso es esta criatura discreta y acertada. La digo una cifra de compensación, y no dice nada; sólo desvía la mirada. Subo la cantidad y sonrío abiertamente, decididamente. No hay más que hablar. Aplica la corola partida, escindida de sus labios al miembro mío, y la convergencia del agua caliente, la proximidad de esta caritativa sacerdotisa, y mi estado de ánimo que progresivamente va asumiendo este anticipo de nirvana, me va prestando una calidad de levitación espiritual, de desapego hacia todas las nociones terrenas.

Oi es espléndida. A su actuación en el baño adhiero ahora mentalmente – en el hiato retrospectivo de apenas una hora – el gesto ungido de gracia del saludo que me dedicó al presentarnos: Creo haberlo dicho ya: manos juntas en actitud orante como de ofertorio, y sumisa inclinación de cabeza.

Terminado el baño, pasamos a la cama plataforma del masaje. Me lo habían advertido ya: Oi era una masajista suave. Y lo era. La sesión del día anterior se complementa estupendamente con el tono más blando de las manipulaciones de Oi. Me palpa, me pulsa, me percute, me toca prospeccionando la adecuación de mis músculos antes de llevar a cabo el remate de toda su secuencia, que suele ser, ya lo dije, un chasquido calculado de los dedos de mis manos y pies. De vez en cuando, y como para recordarme – yo, medio en letargo – que una fibra personal, incopiable de ella también estaba en juego, me regalaba un restregón de su mejilla sobre mi vientre; o un pequeño barrido de su pelo negrísimo por mi espalda cuando me tocó ponerme tumbado boca abajo. No existía el tiempo, y creo que fue mejor. Al concluir el masaje, y todo sin haber mediado entre nosotros una palabra, se quedó con medio de su cuerpecillo reclinado sobre mi zona lumbar, dejando que su pelo esparcido me cubriera la mayor superficie posible. Al cabo de uno o dos minutos, y apercebido, me volví cuidadosamente y la miré. Esta vez me correspondió con creces, dedicándome los brillos inéditos de sus ojillos, y las irisaciones que los hoyuelos de sus comisuras propiciaban. La puse encima de mí, toda, confrontada en una lámina de contigüidad que mis palabras (que no entendía) y que mi gesto (que ella procuraba indagar) se encargaban de producir y sostener. Sin darme cuenta, y ante la propagación enardeciente de las vibraciones que allí se daban cita, fui abriéndola sus muslos como de papaya tierna, y lo único que recuerdo ahora es que ella ejecutó la penetración, siempre igual y siempre distinta, en la que volví a experimentar la esperanzada ebriedad de lo ultra-telúrico, de lo liberador; del amor que redime. Era el 19 de diciembre.

La camarera Ying, de un restaurante de también cerca del Hotel Windsor, al que alguna vez fuimos Julio y yo, y del mismo Soi 20

Sainan Phung, es morena, de gesto grato, con sumisiones inéditas y acaso inaudibles encrespamientos [Me decido a mencionar este nombre por el juego que daría en los inquietantes escarceos sentimentales en los que me vería envuelto en futuras visitas a Thailandia]. En el cajón de la mesilla de nuestra habitación hay una Biblia y un ejemplar de The Teaching of Buddha (Tokyo: Kosaido Printing Co., Ltd., 1982) 237 th. ed. Aquello fue lo último en lo que reparé antes de salir camino del aeropuerto.

La guía que nos espera en el de Manila para efectuarnos el traslado al hotel, es una fondona parlanchina que sin darnos un respiro nos propone toda suerte de amenidades bobas, de ese empalagoso contenido turístico que con sólo su enunciado se le quitan a uno las ganas de todo. Nos hace recordar que "morisqueta" es una comida de arroz cocido típica de Filipinas. Nos pregunta que si incluimos en nuestro programa la visita a... uno cualquiera de esos sitios en los que se pueden ver paisajes... cascadas... ¡Estoy yo para cascadas – pienso – pero de otra magnitud, cacho pava! Sin embargo, la muy payasa de ella no nos advierte de que el cambio del \$ USA recibe un trato más conveniente en las casas de cambio de las calles, lugares públicos y autorizados, y con sus correspondientes "security guards" o "guardas de seguridad" como reza su significación contigua; o sea, un tipo de hombres uniformados, casi siempre muchachos, que desempeñan una labor equidistante tanto del hecho de no tener a nadie vigilando e imponiendo cierta garantía, como de lo que entenderíamos como un miembro de la policía hecho y derecho y con todas las de la ley. Por exceso de confianza no le disuadí a Julio de acercarse a una de las ventanillas del Banco que operaba allí en el vestíbulo del aeropuerto. Cambió, bien lo recuerdo, 50.- \$ USA, y nada más salir a la calle nos cruzamos con no menos de una docena de casas de cambio autorizadas donde se pagaba el dólar a veinte pesos, o sea, algo más de lo que consiguiera Julio en el Banco estatal. Bueno. Pues ya lo sabemos para en adelante. Y en cuanto a lo de cumplimentar ulteriores ofertas de nuestra guía, imagínese el lector! La dijimos que nos condujese al hotel sin más dilación – servicios que, como se sabe, estaban de

antemano contratados y pagados en el diseño general del viaje —, y ahí acabó la incumbencia de la guía parlanchina y fondona con nosotros.

Lo que primero impacta de ciertos sitios es la imponente muchedumbre que los puebla. Yo dedicaría a Filipinas otros seis viajes más, además de éste de 1983, y tanto el aspecto de su superpoblación como otras muchas particularidades espero que justifiquen otras muchas viñetas y pasajes que me gustaría dejar trazados sobre el tema de mis Memorias. Así que no hay premura en obsesionarse de golpe con una de los aspectos más ubicuos, más palmarios y de más incesante constatación: la gente. Gente llenándolo todo: espacios, transportes, viviendas. La ecuación es bien sabida: gente pobre en trabajo y recursos (siempre en términos aproximados y comparativos, no se olvide) / gente rica en capacidad automultiplicante, autogenerativa.

Nos llevan al hotel Midland Plaza, en la calle Adriático, en el barrio central de Malate. En el exponente más clamoroso, más universal de lo que hasta para un lego significaría Filipinas en sus resonancias de empatía acústica, constato que el ramalazo de ligerísimo achinamiento de los ojos de Julio provienen sin duda del testigo de herencia malaya que ha ido pasando a través de toda la mezcla de etnias. En efecto, uno de los componentes de la característica tipológica del filipino es el sustrato malayo.

Tal vez no esté de más recordar a esta altura del relato que el viaje diseñado y contratado por Julio y por mí incluía un total de 20 noches de hotel distribuidas a razón de seis en cada uno de los destinos de Tailandia y Filipinas, concediendo cinco a Bali y tres a Singapore. Habíamos establecido unos parámetros de importancia previos y así como por intuición para los puntos que íbamos a visitar, y consecuentemente les aplicamos el número de jornadas resultantes de tal valoración. Filipinas, es decir, Manila era uno de los dos destinos con más asignación. Así que, aun obviamente sin salir de la capital, desplegamos un diseño de urgencia en lo relativo a los sitios que visitar. Comenzamos por Intramuros, o sea, el búnker o "ciudad dentro

de la ciudad" que los españoles construyeron. Es un verdadero fortín artillado y de aspecto adusto, como muy apropiado para albergar a un colectivo de administrativos siniestros, según la moda y el talante de un Felipe II, sólo como ejemplo. Es una superficie pentagonal inmediatamente contigua a la margen del río Pasig en su desembocadura, y limitada por arriba y por abajo por las avenidas P. Burgos y A. Bonifacio, respectivamente. El barrio de Ermita y el ya citado de Malate, dos de los más céntricos y antonomásticos de Manila, donde se hallaban tanto Intramuros como nuestro hotel, por no mencionar la Embajada USA y otras sedes significativas de Gobierno y finanzas, toda esa parte de Manila, digo, tiene como cota por el sur la bahía de Manila, con el magnífico mirador del Boulevard Roxas, sobre todo. No pudimos por menos de traer a nuestra mente la apreciación muy generalizada de que las puestas de sol en dicha bahía tenían algo o mucho de especial, cuasi iniciático. Ni siquiera recuerdo ahora, en el momento en que esto escribo, si hicimos de este detalle un tema monográfico, como para colocarnos allí frente al mar, a la convocatoria del lubricán; aunque supongo que no, porque todas estas monsergas sobre las leyes incontestables de la naturaleza o realidad telúrica se producen con arreglo a unas pautas y a unas características previsiblemente, fastidiosamente equiparables en todos los lugares de la haza planetaria. Lo que sí recuerdo y no dejé de deplorar es que en aquel estupendo paseo marítimo de varios kilómetros del boulevard Roxas no hubiera bancos donde sentarse, ni terrazas, ni toldos, ni nada de nada. Aquello tenía toda la pinta de un páramo donde los responsables de cualquier posible devenir hubieran más bien previsto la utilización de tan espectacular espacio como escenario de desembarcos o maniobras militares. ¡Cualquiera sabe!

En el restaurante del vecino Hotel Mabuhai, en la calle Mabini, recomendado en la *World Guide* de Pan Am, como comprobaría más tarde, coincidimos un día con el animador de lo que pudiéramos entender como piano-bar en horas de tarde. Recuerdo que el chico, joven, era más bien feo, con cara de primate, pero buen profesional y simpático. Después de tararear por mi cuenta y desde nuestra mesa

casi todas las melodías que él interpretaba cantando, mientras se amenizaba simultáneamente con el piano, me acerqué y le dije que si le importaba acompañarme con un par de canciones o tres, que me apresté a desvelarle. Ante su beneplácito, hicimos allí un conato de ensayo, por lo bajito, mientras él conectaba con la clave pianística que se adecuaba a mi voz. Les "ejecuté" a la concurrencia las cosas punteras de mi repertorio: los boleros "Bésame mucho"; "Spanish Eyes" y "Strangers in the Night", supongo que con la ilusión de que mis oyentes se trasladaran a los intérpretes originales que, según yo, y entre otros, habían establecido la pauta: Lucho Gatica, Engelbert Humperdink, y Frank Sinatra respectivamente. Me aplaudieron a rabiar, aunque creo que más por cortesía que por otras excelencias por mi parte, ya que la falta de familiaridad con la cazoleta del micrófono suele multiplicar estruendosamente el efecto sonoro, o bien producir oscilaciones alarmantes en el mismo. La camarera del salón, Mila de Guzmán, recortadita y agradable, también sabía cantar algunas cosas en español. En una prospección de urgencia, y a través de su testimonio, constatamos que muchísima gente lleva nombres de pila españoles [Andando el tiempo, me daría cuenta de que dicha realidad correspondía, acaso, a la única concesión de los USA, cuyas directrices en lo administrativo, en lo cultural y en lo económico, monopolizaban totalmente las costumbres filipinas] Después de las melodías navideñas "made in USA" ubicuas y prepotentemente machaconas, la música de "El Tamborilero" constituía, con mucho, la mejor credencial de identidad para un español.

Con todo, las impresiones más duraderas y que más me calaron vinieron de las mujeres. Aunque en sucesivas visitas en años posteriores tendría yo ocasión de tratarlo en detalle – envuelto, como me envolvería en concernimientos de cierta complejidad emocional – en aquella fecha temprana de finales de 1983 ya me pareció observar que estos países en los que el rescoldo de algo tan señeramente establecido y conservador como es el catolicismo sigue manteniendo un poderoso arraigo, albergan los más extremosos ejemplos de realidades supuestamente difíciles de compatibilizar. Filipinas ha sido,

es y seguirá siendo uno de los más portentosos y abundantes prostíbulos de todo el Pacífico. La tiranía de compadecer dicho principio con el de la catolicidad predominante se nos aparece clara a la luz del contraste. Un país que por razón religiosa concibe la multiplicación de sus nacionales como una bendición, oscila con igual facilidad y ausencia de lógica hacia la otra cota máxima del recorrido pendular; o sea, del absurdo, poniendo en el mercado de la prostitución sin empacho alguno a un ingente número de jovencitas. En mis notas de "a pie de obra" tengo consignado: "21 diciembre: Luce (dos polvos)". ¿Cómo comenzó la cata en aquel inmenso filón?

Supongo que pregunté allí mismo, en el hotel, pero no puedo recordar a quién. En estos países la gente abunda e inunda todo con tal profusión y tal y tan compacta intensidad que a uno terminan por parecerle todos iguales. Las tiendas, hoteles y sitios públicos están llenos de guardianes, uniformados y armados, casi siempre jovencísimos, tanto chicos en su mayoría como también chicas. Se trata, como antes apunté, de los "Security Guards", agentes de vigilancia y orden intermedios entra un simple ciudadano civil y un policía de más imponente aspecto. Ferdinand Marcos no parece querer bromas, y además mediante esta medida consigue dar trabajo a unos buenos cientos de miles de súbditos. ¿A quién le pregunté por el asunto del folleto? Me es imposible precisarlo. Pero no descarto que se tratara del mismo muchacho que trabajaba de "Security Guard" en nuestro hotel Midland Plaza. Porque lo curioso del caso es que a la mesa donde se hallaba sentado a ratos, allí en el Hall, acudían gentes y más gentes, chicos y chicas, en grupo o por separado: hablaban, hablaban, parecían entenderse... y al final el "guard" hacía una anotación que parecía condicionar el buen término de la consulta del que hasta él así se llegase; porque dicha persona, chicas sobre todo, ponían rumbo a las interioridades del hotel, hacia los ascensores, pasado ya dicho control de la Recepción.

Lo que únicamente recuerdo es que me encontré en una casa, algo deslustrada, con patio o zaguán como antesala a la estancia interior, cuadrangular, donde se encontraban sentadas las chicas en

unos bancos laterales o poyatos pegados a las paredes. El tal inmueble correspondía al nombre de su titular Ernesto Arda y se hallaba, como pude comprobar, no lejos de nuestro hotel. Eché un vistazo por encima, sin atreverme, por pudor, ni a detenerme frente a ninguna de las chicas, ni a hacer otra cosa que la de sonreír y revestirme de mi expresión más conciliadora, poniendo toda mi voluntad y destreza en aprehender en la más exigua cantidad de tiempo la mayor evidencia. Apareció en esto el "manager" del negocio, supongo que el tal Ernesto, y al apercibirse de que mi preferencia había desplegado sus antenas respecto de una..., la llamó y...

Se llamaba Luce. Le dije al referido "gerente" que la quería para dos horas máximo: primero, porque tal era mi gálibo operativo para estos menesteres; y sobre todo, porque Julio estaba advertido y nos habíamos concedido ese tramo de tiempo para quedar desglosados el uno del otro. El gerente me expuso su... digamos, sorpresa y desencanto: ¿Dos horas sólo y no toda la noche? Porque de tal alternativa se trataba. Pronto aprendería yo – bueno, desde aquel momento me lo dejé aprendido – que las chicas de follar, todas, se suelen alquilar para la noche entera. Y son los encargados de los negocios respectivos los que proponen tal modalidad. La explicación supongo que es... que, como estas chicas viven en la misma casa de reclutamiento y encuentro, el responsable del garito, por una parte, cobra más al cliente, y simultáneamente se ahorra una noche de alojamiento para la chavala. Cuanto menos bulto, más claridad... parecía ser el lema de estos tugurios, y la maniobra, además de perfectamente razonable y en apariencia beneficiosa para el parroquiano, no podía resultar más halagüeña para el establecimiento. Reitero que, puesto que yo compartía habitación con Julio, no me serví más que de la modalidad del rato de un par de horas. Lo primero que hacen los taxistas y las chavalas de compañía y alterne es preguntarte en qué hotel estás y qué habitación tienes. No sólo no hay problemas, sino que los ya varias veces citados "Security Guards" cuentan con el trasiego de rigor. Entiendo que exclusivamente en casos clamorosos de arribistas no buscadas ni autorizadas, la Recepción impide el acceso

directamente a las habitaciones. Lo más elaborado que cabe esperar es que el cliente recoja a la chica, y que ante el guardián o guardiana testimonie que va a quedarse en su habitación con ella. Me produce cierta carga de perplejidad no rescatar en mi memoria de aquella chica Luce más que el detalle de que llevaba un vestido de una pieza, de color amarillo. Algo tuvimos que conectar, porque anotado quedó que fueron dos las intimidades llevadas a término.

Después de aquella cata efectuada el 21 de diciembre, me hice a la idea de "celebrar" un poco cada día, y lo que consigno en mis apuntes para el 22 es: "Weilma Abapo (polvo)". Es una pena que, acaso, desdibujadas por el gran protagonismo que arrojaría mi encuentro de un día más tarde, o sea, el 23 de diciembre, las chicas restantes apenas se dejan recordar; y si Luce no me propició ninguna explicación más allá del escueto detalle de su nombre y de los escasísimos pormenores ya declarados sobre su atuendo, en el caso de Weilma, casi ni eso. Recuerdo que cerca siempre del hotel mis ojos se fueron acostumbrando a mirar a las chicas que por allí pululaban como posibles mercenarias; las había magnificas, y no por ser portador de una virtualidad de compañía interesada carecía su chasis de rasgos femeninos, y su presencia de... por lo menos aparente sumisión y ganas de agradar. La tal Weilma, cuya silueta, cuyo semblante especificado no logro de ninguna manera resaltar ni ver claro... Weilma tuvo que tratarse de una hembra desenvuelta, maciza y atractiva con la que me crucé al azar por una de aquellas calles..., como digo, siempre dentro del barrio atravesado por las Mabini y Adriático, nunca lejos del hotel. Luego de un abordaje consistente en mirarla, decirla "hi" y poner mi ademán más pacífico y más suelto al tiempo, la pregunté si estaba "available" para acompañarme. Me sorprendió y me hizo gracia, ambas cosas simultáneamente, que con toda naturalidad me preguntara ella a mí directamente sin más preámbulos de protocolo: "How many fucks"? Si por un lado el bagaje de mi hasta lírica confidencialidad anticipada quedó tambaleándose ante tan descarnada franqueza, por el otro no cabe duda de que aquellas expectativas respecto de la capacidad de mis prestaciones

enardeció mi ego. Tan sólo se trató de un polvo lo que la eché, siempre según mis notas.

Sin embargo, fue en la fecha siguiente, día 23 de diciembre, cuando se produjo el encuentro estelar para las vivencias mías. Su nombre: Lolita, el mismo que colma de sentido la parte proporcional del título de esta viñeta. Cuando la encontré, nada más traspasar las primeras dependencias un tanto cochambrosas de la casa de niñas de Ernesto Arda, Lolita estaba sola en el patio, desglosada de todas las demás y de todo el mundo. Me empapó inmediatamente el calor que propagaba en el aire el volumen de su arquitectura. Llevaba – ¡cómo lo recuerda el alma mía! – un vestido encarnado con lunares negros. Calzaba zapatos de tacón alto y algo deslustrados. Intuí al ver a Lolita que mi propósito había encontrado su razón de perseverar. Me acerqué a ella y la pregunté: "Are you available"?, a lo que ella, en inglés también, y con un mohín de pudor muy incitativo, me contestó que sí. Lo que sigue es igual que siempre pero distinto. Cogimos un taxi hasta el hotel, en cuyo papel con membrete dejé escritas precisamente estas notas. Al haber un atasco de tráfico a unos cien metros de llegar, nos bajamos y la tomé de la mano, llevándola así por la calle hasta el vestíbulo. Ya en la habitación me regaló unos minutos de vacilación inquisidora respecto de mi curso de acción inmediato, repasándose los botones y cremallera de la ropa que habría de quitarse necesariamente. Aceptó, no sin un pequeño grado de contrariedad... bueno, no, de extrañeza, enjuagarse la boca con perborato conmigo. Acaso el aspecto del polvillo blanco la hizo pensar por un momento en cualquier intención más sinuosa por parte mía. Y ya al desabrocharse y desprenderse del sujetador, se llevó las dos manos a los senos, cubriéndolos y amasándolos en señal de ofertorio. Sólo copulé con ella una sola vez, pero esa única vez fue ciertamente hermosa porque al estar dentro de ella y atesorarme con los besos que la boca suya me participaba, experimenté una sacra plenitud. Lolita, fuiste una mujer para el encuentro, y ahora lo eres para el recuerdo.

Una sola anotación más aparece en mi diario vivencial de urgencia: "Día 24: Weilma Abapo (2 polvos)". En un puro acto de

voluntad quiero creer, quiero reconstruir más bien que aquella fecha tan señalada tuve la intención de volverme a encontrar con Lolita, pero que ésta se había ido a su casa, con su familia. Dónde y cómo encontré a mi amiga de dos días atrás, Weilma, se me ha desdibujado por completo. ¿Funcionaba el local de Ernesto Arda? ¿O fue que a raíz de nuestro primer encuentro Weilma me había hecho saber cómo dar con ella? Nada de esto tiene ya relevancia.

En una de las hojas de papel para escribir, con membrete, del Hotel Midland Plaza conservo reseñado: "Los platos de fruta que nos hemos comido señalan de manera especial este viaje: ya serán eternamente recordables las combinaciones de plátano, papaya, lychees, sandía, piña, etc.". A mi regreso a España escribiría yo para el periódico *Ideal* de Granada el siguiente artículo:

MANILA O LA DECEPCIÓN IRACUNDA

Y el caso es que lo habíamos leído, y oído, y comentado. Hasta el hartazgo. Pero cuando las cosas hacen de berbiquí en la mismísima carne del alma, la retórica quiebra. Para todo español que por falta de tiempo no pueda permitirse el lujo de sufrir decepciones espaciadas, le recomiendo viajar a Manila y ejercer allí de turista dos o tres días tan sólo: tendrá oportunidad de experimentar en dosis concentrada dos decepciones significativas.

La primera es comprobar que el constitutivo humano está en línea irreversible de secesión del continuismo histórico propiciado por la presencia y ejecutoria españolas. Según todos los indicios racionales, el cruce de lo hispánico con lo autóctono filipino ha dado un producto, a la vez que exótico, distinto y comparable en calidad a cualquiera de los ingredientes base considerados separadamente. Los ejemplos de tal amalgama se nos han hecho notorios encarnados en esas criaturas inevitables que ayudan a rellenar la vaciedad generosa de las revistas del corazón. Pues bien, el redentorismo norteamericano, mediante

el no cruce (que no disfrute) con el elemento nativo está suponiendo la desaparición de tal factor coadyuvante en la población, y que ésta quede configurada exclusivamente por las etnias indígenas: tagalos norteños; chongos e igolotes del centro, etc. Sin ánimos de catastrofismo y mucho menos de fáciles halagos o de descalificaciones impertinentes, me atrevería a asegurar que para el calibre estético de un occidental normal, acaso no se dé en todo el planeta un paradigma de facciones, de porte y de rasgos más antipódicos que los que comporta el actual poblador filipino. Las excepciones confirman la regla. Parece como si lo más irrenunciable de las razas oceánicas se hubiera mezclado con el elemento también más privativo de las etnias originales malaya o mongólica para ahogar y hacer desaparecer, erradicado, el vastagazo hispánico que – se nos antojaba ilusionadamente – habría enaltecido el parámetro filipino de armonía y belleza. Ajeno al, y a la vez respetuoso con, el esquema estético que todo pueblo guarde en los pliegues de sus ideales, nadie puede, sin embargo, recriminarme (mientras estoy sentado en una de las poquísimas terrazas callejeras de Manila) por intentar buscar al responsable de que ese elemento occidental haya dejado de actuar sobre el fondo étnico filipino. En los casi ya noventa años de ausencia española, las Filipinas, bajo el paternalismo USA (oficial hasta 1946; ahora sólo real) no han incorporado a su base racial ningún otro elemento. ¿Resultado? Nuestros tataranietos contarán con mejores elementos de juicio.

La segunda y aún mayor decepción nos la proporciona lo lingüístico. Y este sí que es un gran regalo de la munificencia norteamericana U.S.A. Parece mentira que en Manila nadie hable español; a lo más, unas palabras en la consabida sintaxis simiesca, e imposibles de insertar en discurso lógico, por elemental que fuere. Pero lo más atroz es que la política proteccionista de los amigos U.S.A. haya permitido la sustitución del español (como digo, hoy brilla por su

erradicación más concienzuda) por la miríada de idiolectos tagalos, carentes de literatura, de unidad, de universalidad, y absolutamente desconocidos, intraducibles, intraducidos e inútiles fuera de Filipinas. Lo sangrante es que el portavocerío oficial de estos prójimos blasona de ser, con sus 50 millones, la tercera comunidad angloparlante del mundo. Yo, muy a mi pesar, entiendo que esta gente han sido inducidos a desviar su atención respecto de una lengua como la castellana; reconducidos, mediante la erección de un 'ghetto' lingüístico de incalculables dimensiones, a sus lenguajes nativos; y animados (¿forzados, mejor?) mediante señuelo a aprender el inglés como materia obligatoria en los curricula escolares. Ahora bien, la bondad made in U.S.A., tan veladora de los derechos humanos, ha tenido buen cuidado de que, habiendo sitio para dos, aparezca el tagalo (y no el inglés) como el idioma oficial nacional de Filipinas. ¿Qué se logra con este teje-maneje? ¿Qué saca uno en limpio comprobando, además, hasta el aburrimiento y la exasperación, que el inglés que habla la gente en Manila – imaginemos en el campo – es un inglés pobrísimo, viciado de retazos parasitarios y semi ininteligible? Muy simple, pero al tiempo, estremecedor: que si en lo racial se ha conseguido que el elemento hispánico desaparezca, en beneficio o deterioro (eso está por ver) de las exclusivas etnias indígenas, en lo lingüístico, al tiempo de quedar borrado el español por su no exigencia en la enseñanza, el inglés ha pasado a ser reserva y patrimonio de un escasísimo número de habitantes. Las clases dirigentes saben muy bien que por muy obligatoria que sea la asignatura de inglés en las escuelas, éstas sólo son frecuentadas con total aprovechamiento por unos pocos. Y aún así, ¿qué iluso puede pensar que un pueblo, en su mayoría de extracción rústica como el filipino que colma las áreas urbanas, pueda dominar siquiera decorosamente un idioma tan complejo como el inglés? Con esta maniobra (desarrollada, recordemos, en los años que van desde la salida española hasta 1946, oficialmente; y desde entonces

realmente), los U.S.A., siempre con su habitual magnanimidad y redentorismo, precisemos, han privado a Filipinas de un idioma culto como el español; han devuelto a la mayoría de la población al localismo estéril del tagalo; y han reservado el inglés para aquellos que puedan formar parte de los mandos proteccionistas norteamericanos. Así que, cuanto menos galvanizados étnicamente y más incultos sean los filipinos, suponemos que mayor y más fácil será la influencia U.S.A.

Para todo aquel que eche de menos alguna consideración justificativa de la parte de culpa que haya podido corresponder a la ascendencia española en Filipinas, diré que la más amarga penitencia que hemos heredado es que Manila se encuentre dividida en dos mitades claras: la parte vieja de intramuros, española; y todo lo demás, en que se ven imponentes edificios cuya construcción ha corrido a cargo de japoneses, norteamericanos y australianos. Una visita turística obligada lo constituyen todos los restos de la Hispanidad: Universidad y centros docentes religiosos, catedrales, iglesias y esas cosas que simbolizan el imperio de la cruz. El imperio de la espada queda reflejado en los fuertes y defensas. En cada uno de estos dos aspectos el patronato U.S.A. ha establecido correlatos con creces superiores en contundencia a los hispánicos. En lo religioso ha sabido conservar perfidicamente los emblemas de oscurantismo y cavernicolidad hispanos que ningún norteamericano rechazaría con más energía ahora que cualquier español que se precie de razonable y culto. En lo castrense, el Tío Sam no construye bastiones de piedra ni bobadas de esas: con instalar bases atómicas y missilizar a todo país que pilla, tiene bastante.

En el patrimonio de lo literario la cosa es menos defendible y, por lo mismo, más clara. Uno puede estar de acuerdo o no sobre los valores que la lengua española dejara plasmados literariamente en Filipinas. La impronta norteamericana, por suerte, no permite dudas: simplemente no existe. En

*compensación, parece como haberse vengado puerilmente de la supremacía española en tal aspecto. ¿Cómo? Por medio de infantiles trucos: Ejemplos: la palabra filipino ha dejado de ser. O bien hay que tragarse la cargante grafía inglesa **ph**, absolutamente hostil a la ortografía española; o bien hay que reírse al pronunciar la **p** que la modalidad tagala ha impuesto: **pilipino**, como si el causante de todo ello hubiera sido un tal Felipe. A la unidad monetaria se le llama **piso**, y la hubieran denominado de cualquier manera con tal de no llamarla peso, a la española.*

¿Comprenden ahora hasta los más mansos lo de mi decepción iracunda? En vista de estos desarrollos tan desventurados, uno (que sigue sentado en la terraza callejera de Manila) llega a la tentación de sentir nostalgia de que los japoneses no ganaran la guerra. Así, a lo mejor, tendríamos ahora centros de cultura folk-lore español por todas partes de las Fi..., perdón, Filipinas. ¿O no?

*Tomás Ramos Orea
Manila, 22 de diciembre, 1983
Granada, enero, 1984*

Por el ajuste y subsiguiente recuento de fechas me inclino a pensar que salimos de Manila para Bali el 26 de diciembre.

Una de las corruptelas más frecuentes que las agencias de viaje manejan, y con las que escamotean información al cliente, es la de no especificar que "vuelo directo" no significa para ellos "vuelo sin escalas" sino vuelo en el que no se cambia de avión aunque el trayecto realice más saltos que los que pueda contener la vida de una langosta. Algo parecido a lo que ocurre con los así llamados zumos naturales, en que el calificativo *natural* no parece ilustrar más que la característica de que no se sirve ni con honda, ni en un plato sopero o algo por el estilo; porque además de eso parece que se impone la especificación acuciante de "zumo natural; o sea, fresco; recién exprimido aquí y

ahora, y que lo vea yo". De otra manera es difícil probar que un zumo de bote, de lata, de tetrabric, etc., sea "anti-natural" y que vulnere en razón de su iniquidad los parámetros cívicos de la convivencia. Por eso en los vuelos conviene percatarse de que los despachadores de billetes de las agencias tienen necesariamente y estúpidamente que entender por *directo* aquellos desplazamientos que van de punto a punto fijado, y que mientras se ejecuta la materialización de cada uno de los recorridos entre el punto de origen y el punto de llegada absolutos, al pasajero no se le aterriza en ninguna parte, ni lo abandonan a su suerte durante algún tiempo, así como de propina no solicitada, y luego lo recogen de nuevo, y vuelven a jarrearlo. Igual que con los zumos, el vuelo que desde su punto de partida hasta su punto de llegada comporte un solo despegue y un solo aterrizaje ha de especificarse perifrásticamente como "vuelo directo sin escalas intermedias; de un solo tirón" o cualquier otra explicación terminativamente inequívoca, porque todo aquél que quiera vendernos algo de cierto interés para él, a buen seguro que se servirá de algunos de estos reductos de ambigüedades que se agazapan en las sombras de todas las lenguas. Y no es que al bueno, honrado y competente de Miguel Manzano – que desde el cuchitrillo de la oficina Meliá de la calle Ganivet de Granada se encargó con gestión monográfica de nuestro viaje – le esté yo ahora imputando nada. Simplemente digo que estas cosas ocurren cuando se está incurso en el trasiego de las comunicaciones, y que cuando Julio y yo nos apercebimos de que el avión se preparaba para aterrizar... ¿dónde?... nos encaramos a la primera sorpresa con la que no contábamos. Se trataba de Kota-Kinabalu, territorio malásico de la parte norte de Borneo, isla que, como bien se sabe, se reparte entre la zona más extensa sureste, indonesia, y toda la franja norte, mucho más reducida, que pertenece a Malasia, excepto por el trocito de territorio donde se halla enclavado el conocido como sultanato de Brunei. Precisamente un poquito a la derecha, y hacia arriba, de este enclave, se encuentra Kota-Kinabalu, aeropuerto que, como nos informarían, servía de abastecimiento y repuesto para muchos vuelos que, provenientes tanto de Filipinas como de otros puntos más al norte, se

dirigiesen a Yakarta, y no digamos a Australia. Conque Kota-Kinabalu. Durante toda la aproximación se nos iba haciendo patente, cada vez con más intensidad, la formidable feracidad y colorido de estas tierras. Todo el telurismo parecía organizarse en macetas o bloques de verde, parterres como islas, grandes y pequeñas, conteniéndose en un contexto ilimitado de agua. Después de repostar de carburante, reemprendemos el vuelo. Pero tampoco esta vez pusimos rumbo a nuestro destino final, Bali, sino a la capital de la nación, Jakarta. Segundo cabreo: un aterrizaje y un despegue más que sumar al rosario de componentes de un viaje que según los planes originales debería únicamente consistir en el simple hecho de trasladarse del punto X al punto Z, sin más injerencias ni dilaciones.

Estamos en el aeropuerto de Jakarta. La primera mujer indonesia que saltó a mi conciencia fue la empleada en el control de pasaportes. Al acercarnos Julio y yo y sellárnoslos, nos preguntó si teníamos algún souvenir para ella. Dijimos espontánea y cándidamente que no, la verdad; y nos fuimos. Mas al cabo de un rato, y habiendo centrado yo el tema, volví con unas monedas españolas. [Al regreso de Bali, vía Jakarta de nuevo, la busqué y la entregué una foto de carnet y una tarjeta de visita mías. No era ni guapa, guapa... lo que se dice guapa, ni tenía una presencia arrebatadora. Pero en aquel momento sí recuerdo bien que la siguiente emisión de alma cobró carnalidad expresiva: "Si vengo alguna vez de nuevo a Jakarta te buscaré, preguntaré por tí o dejaré un recado para que me busques si te apetece, *nonná* (chica soltera) o *ibbú* (mujer casada), pero a fin de cuentas mujer primera y puerta del eterno desasosiego mío en Indonesia". La realidad de la vida se encargaría de reducir a pavesas aquella instancia tan optimista como desiderativamente inviable]

El tercer tramo de vuelo desde nuestra salida de Manila nos puso ya en el aeropuerto Tuban, de Denpasar, capital por así decirlo, o mayor concentración urbana de la isla de Bali.

Ya dije que, con excepción de Singapore, los otros tres destinos de esta primera excursión mía al Lejano Oriente seguiría repitiéndolos con cierta machaconería en los años siguientes: Thailandia (Bangkok,

específicamente; y también Korat) a partir de 1985; y por lo que se refiere a Filipinas y a Indonesia, desde 1990 en adelante. Al escribir como estoy escribiendo esto con la perspectiva final que comprende tanto las fechas más tempranas como las más tardías de todo ese periodo a partir de 1983, ésa es precisamente la razón por la que no puedo sustraerme a emulsionar consideraciones y deducciones, en orden a la explicitación más inteligible y persuasiva de las circunstancias de las que mi relato se nutre. Esta distorsión de niveles que me impulsa a hablar instalado en una plataforma de cosas que acaecerían en un plano cronológico posterior, como digo, viene impulsada por mi percepción de la coherencia y textura lógicas que deben presidir este tipo de escritos.

Si digo que a punto de terminar 1983 capté algo de rareza, como de desajuste en aquel país, en las gentes de Indonesia – escribiendo como estoy escribiendo esto en 2001 – no puedo descartar el hecho de que con toda probabilidad, y más o menos conscientemente, esté yo incorporando en esta primera valoración las numerosas constataciones del mismo signo que abundarían en las otras tres visitas más que hice a Indonesia (Jakarta y alrededores únicamente). Indonesia es un país raro, como digo; desajustado entre lo que consiente que captemos sobre él, y lo que en realidad ofrece y permite. Indonesia está poblada por más de doscientos millones de habitantes, casi todos de religión musulmana. Tan sólo una minoría, calculada en alrededor del 3%, de chinos, es la encargada de hacer que el país funcione, dentro de la desgana y la molicie que, por si fuera poco, ciertos credos propician en quienes los profesan. Indonesia es un país elusivamente cordial... de una cordialidad que más o menos, y después de varios ensayos interpretativos y expresivos, yo entendería también más o menos y aproximadamente así: "Somos cordiales porque estamos dispuestos a recibir todo lo que nos quieras dar, aunque tú a cambio no recibas nada de valor de nosotros". Sí, algo así. Y como abundando en esa ecuación de apariencias contraria a realidad, Indonesia me acarrearía, por suerte para mí, uno de los más grandes malentendidos respecto al tema de las mujeres. Un ciudadano, alguien,

a quien Julio y yo reputedamente le concedimos toda la credibilidad que se puede conceder en asuntos de esta naturaleza, nos había jurado que Jakarta, como capital del Estado que era, y como concentración de más de ocho millones de seres... podía considerarse la verdadera Meca del... puterío, y del mujerío, y del alterne, y menesteres de cariz equiparable. Nada más alejado de la realidad. [Como vamos a ver inmediatamente, mi encuentro con una bella hetaira en Bali fue la única viñeta de este tipo de vivencialidad que me llevé de Indonesia. Y eso que se nos aseguró que Bali no era terreno adecuado para tales escaramuzas porque se había convertido en un lugar de tranquilidad idílica, de turismo familiar paradisíaco, sin salpicaduras aventureras "por libre". Todo eso y otras majaderías de parecida laya es lo que habíamos oído]

Los indonesios son raros en el sentido de "palurdos" pero con pretensiones macarras de acicalamiento. Fuera del menester de ir por la calle en la más impersonal y sencilla de las indumentarias, los ropajes que ellos y ellas usan con ocasión del más mínimo protocolo, rayan en lo charro, en lo recargado. Indonesia es un remedo de Thailandia, pero muy a la baja, si pudiéramos establecer, como principio, un paralelo que no estoy seguro de poder. El budhismo predominante de los thai es mucho más coherente, más mostrativamente honesto que el mogollón del islamismo que parecen mercarse los indonesios; algo así como si hubiesen elegido adrede esta fe con el fin de apropiarse de la mejor de las excusas para holgazanear y sestear endosándoles a los demás sus propias responsabilidades.

Con estas impresiones de urgencia y faltas de desarrollo y contraste ulterior, llegamos a Bali. En virtud de las dos escalas intermedias, el trayecto en línea curva/recta que hubiera requerido tan sólo algo más de tres horas, se puso en *siete*. Para cagarse en los muertos de quien corresponda, y para que luego hable la gente a tontas y a locas sobre las "excelencias" de ciertos viajes. Pero con todo, digo que llegamos a Bali. El complejo turístico – una concentración urbana sin solución de continuidad – se halla ligeramente desglosado de la capital Denpasar. Creo que nos asignaron a Sanur, que daba nombre a

aquella urbanización general, organizada mediante la modalidad de alojamientos por bungalows. Las distintas unidades recibían una denominación específica: la nuestra se trataba de la Bali Sanur Bungalows, Unit Puri Dalem. Bali desde un principio se nos apareció como el típico conglomerado monográfico de turismo; un microcosmos dentro de las estructuras geo-socio-convivenciales de un país, Indonesia en este caso. Los que allí llegan, una de dos: o bien van ya preparados; o rápidamente se impregnan de dicha preponderante particularidad de lugares así; y ello es que el turista, el viajero debe necesariamente sentir, percibir que ha arribado *allí*, y que fuera de allí, es decir, en el resto de la superficie de la entera isla, no hay nada. Bali es monocorde. De los más de un millón novecientos mil kilómetros cuadrados que se contienen en el país de Indonesia, la diminuta extensión de la isla balinesa, en comparación, conforma un pequeño mundo autosuficiente. En ella, dentro de ella se supone que está todo. Fuera de ella, a efectos turísticos – y por lo que se refiere a abstenerse de salir volando o de embarcarse hacia islas vecinas – no hay nada. Es una localidad de ocio vacacional, de diversión forzada. Por suerte Bali no es totalmente Indonesia, que supone o equivale (sin minusvalorar la pirueta) a decir que tampoco Indonesia es Bali. Por suerte para todos.

Nos asignaron un bungalow, compuesto por una habitación principal y un pasillo amplio o tierra de nadie, a modo de entrada y de espacio de desahogo; pero no lo suficientemente espacioso como para acometer el plan que ya tenía yo esbozado en el entresijo de mis intenciones, y que no era otro sino el de haber separado la cama que yo fuese a ocupar y colocarla lo más lejos posible de la de Julio. Y eso, ¿por qué? – se preguntará el lector. Pues porque Julio era un roncadador consumado. Como servidumbre a su adicción de joven al tabaco acabó por desarrollar todo un enfisema pulmonar en regla; lo cual no le impedía disfrutar, por otra parte, de unas constantes biorrítmicas envidiables que para mí las hubiera querido. Julio era inquebrantable al mareo; quiero decir, a los efectos calamitosos que los vaivenes y los zarandeos de la locomoción generan en los así vulnerables como yo a los tales incidentes del movimiento y de la motricidad. Julio se

tumbaba a dormir y se dormía. Y a inmediata continuación se ponía a roncar cumplidamente, con ese sonido característico del aparato o ingenio que se apresta a serrar; o que ya está serrando o taladrando o esparciendo algo; o del aspirador que funciona a intermitencias, o cualquier cosa que imaginarse pueda y afectada a efectos semejantes. Tanto en Bangkok como en Manila supongo que instrumentaría yo al máximo la tropía irrenunciable de mi esperanza de que Julio dejara de roncar, así, por las buenas, y por arte de mi exhorto desiderativo. ¡Lo que puede y mueve la ilusión! Pero ante el afianzamiento de la realidad, en Bali opté por cortar por lo sano, y puesto que no había manera de trasladar la cama fuera del alcance acústico del fuelle de Julio, pedí a la dirección del complejo que me alojaran en otro bungalow separado, pagándolo también por separado y añadiendo un pellizco sensible al precio final de la excursión; aunque en todo caso [y además por lo que pasaré a relatar dentro de poco] jamás hubiera podido el dinero comprar una cuota de complacencia más adecuadamente.

Salvado del obstáculo sonoro de Julio, ahora me quedaba el más general, e imposible de evitar, de la máquina del aire acondicionado cuyo cajón de pared se suponía que debería funcionar ininterrumpidamente. Era tal el calor húmedo que imperaba, que sólo con unos cuantos minutos de no inyectar aire seco en el ambiente por medio del refrigerador, el malestar pringoso de la atmósfera se dejaba sentir.

Al día de estar allí Julio y yo nos dimos cuenta de que habíamos calculado mal en España; y que Bali lo hubiéramos podido despachar con tres, cuatro jornadas a lo más, en vez de las cinco que habíamos contratado. Pronto nos percatamos de que el capital y la gerencia para aquellas empresas turísticas emplazadas en Bali provenían de Japón y de Australia mayormente. El director "manager" o Gerente de nuestros Apartamentos o "bungalows" era un australiano, Jim, abordable, comunicativo, siempre dentro de los parámetros de contraste que imponía el material humano autóctono. Julio y yo nos dejamos llevar por la dinámica normal del ambiente, con el fin de que

transcurrieran nuestros días con una carga siquiera congrua de justificación. Una noche el complejo hotelero celebró una fiesta "comunal", como de hermandad, entre los turistas. Lo organizaba el director antedicho de los bungalows: Puesto que el origen étnico cultural predominante de los allí "veraneantes" era británico, el tipo de juegos fue el esperado: los caballeros sentados levemente sobre el borde de las rodillas de las damas – y, ¡obsérvese, no al revés – teníamos que acudir a cualquiera que fuese el menester lúdico encomendado cuandoquiera que nuestro nombre fuese llamado. Recuerdo – insisto – con toda fijación que para evitar en lo posible la más mínima alteración de la placidez hormonal éramos los caballeros quienes nos sentábamos sobre el tramo de extremidades de la dama en cuestión, que se extendía desde las rodillas hasta el regazo, muy comedidamente, muy de "tente mientras cobro", muy de refilón, como digo, prestos a incorporarnos en cualquier momento. Y no al revés. La sentada de unas posaderas de señora sobre esas mismas latitudes de los varones tal vez hubiera propiciado llamadas erógenas impropias y descontroladas. Aquello era una simpleza, tolerable tan sólo a la luz de las especiales circunstancias. Julio y yo nos negamos a seguir jugando a otra de aquellas pamemas, alegando que estábamos... algo mareados. El australiano, en buen tono pero con toda su intención delatora, se refirió a nosotros, a "los españoles", sujetos a un sistema de rigideces y de pudores muy... como heredados, como residuos de épocas oscurantistas, faltos de "joie de vivre", supongo, o algo parecido. Y lo que ocurre es que Julio era ajeno por naturaleza a ese tipo de actividades, sin que por ello desacreditase a quienes tuviesen a bien practicarlas. Y yo... bueno, pues yo había comenzado a trazar los puntos cardinales en el mapa de mis expectativas para con el tema de echar una rúbrica. Y la verdad es que no veía nada claro. Aquel reducto se me antojaba como un complejo que respondía al fin exclusivo de una vacación para gente emparejada, y para toda esa serie de actividades consecuentes con dicha organización. Había que tener paciencia, prestar atención a cualquier cosa que se moviera, y dejarse llevar. Así lo hicimos.

Una sola mañana nos sirvió a Julio y a mí para cumplimentar tres excursiones que sobre el papel justificaban una jornada completa cada una de ellas. Nos alquilamos un coche con conductor, pues se trataba de tres simplezas adobadas con la esperable cuota de fanfarria publicitaria: El bosquecillo de los monos en la localidad de Sangeh, hacia el centro de la isla en dirección norte, donde estos animalejos por lo visto han sido entrenados para perpetrar toda serie de picardías incruentas al turista, como quitarle alguna prenda de encima, distraerle las gafas, y lindezas así. Ni Julio ni yo nos acercamos a lo que pudiéramos considerar espacio o ámbito de acción propiamente dicho de nuestros primos lejanos. No digo que una profusa concentración de criaturas juguetonas y chillonas no tenga su gracia, pero yo nunca me he fiado de estos bichos; más bien he sentido como el temor gravitante de que los cables de su instinto pudiesen experimentar una reacción química inédita y pretendieran desquitarse conmigo respecto de quién sabe qué inconfesables frustraciones. No hay peor cuña que la de la misma madera – no se olvide. El segundo punto de visita lo constituyó el templo de Tanah Lot, prácticamente en la playa, al oeste de Denpasar. He visto tantos templos en mi vida [los de Angkor Wat años más tarde en Camboya valdrían por todos] que con declarar que no recuerdo ninguna particularidad en absoluto en lo tocante a éste de Tanah Lot, imagine el lector el entusiasmo que despertaría esta parte relativa a nuestra excursión. Por último, y para terminar el recorrido, aparece en mis notas el nombre de Tanjung Bungkak como la tercera de las visitas incluidas en el programa, sin que pueda asegurar qué vimos o qué hicimos allí. No tengo la menor idea. Lo cual sigue informando al lector de la escasa dosis de emotividad que contuvo aquella expansión turística nuestra. Quiero recordar que llevábamos un par de días, y lo habíamos visto todo... todo lo que sobre el papel podría considerarse materia "turística". Ahora sólo nos quedaba tirar de las propias existencias. Una mañana preguntamos en la Recepción de nuestro complejo de "bungalows" si disponían de juegos, concretamente... ajedrez. Por suerte, sí. Pedimos un tablero y nos pusimos allí, bajo los toldos, a ver alguna cosilla. Julio, de incógnito, y

dondequiera sentara sus reales normales de ciudadano, continuaba siendo un formidable jugador, repleto de ciencia y de recursos ajedrecísticos. Al vernos, se nos acercó un hombre joven, alto, peludo y raro. Nos sugirió que jugásemos con él una partida. "Déjame a mí" – le dije a Julio. No me había equivocado. Tenía una fuerza ajedrecística sensiblemente inferior a la mía, que ya lo deja dicho todo. Como la gran mayoría de los que pudiéramos entender como de clase media, o hasta alta, el tío en cuestión era un tipo raro. Nos dijo que era un "brahmín", una especie de técnico religioso, ya no recuerdo si de lo islámico o de otro credo. Un perfecto bobo. Se nos recordó que casi el 90 % de la población se consideraba islámica. Nuestro amigo se había dejado crecer varios centímetros una de las uñas del dedo meñique, no preciso ahora de qué mano. Parecía como atontado, el estado natural en que una religión pasiva como la coránica parece sumir a sus seguidores. Un petardo de tío. Le pegué dos palizas seguidas: tocaba las piezas, hacía gestos, vacilaba antes de decidirse por una jugada. Como Julio sólo miraba, por encima, en un momento dado me dijo por lo bajo, y como si no se refiriese a la partida: "Entrégale la dama". Claro: había mate fulminante. El tío entró en la trampa. Como digo: un petardo. Un pelmazo.

Según mis notas ocurrió el 29 de diciembre, la penúltima jornada entera de nuestra estancia en Bali, Y como suelen acaecer estas cosas, de la manera más fortuita, menos anunciada. Percibo algo de neblina en los detalles, aunque el conjunto se destaca vigorosamente. Estaba yo merodeando por los alrededores de nuestro bloque de bungalows. Enfrente, al otro lado de la carretera, ligeramente a mano izquierda, a unos doscientos metros, tal vez menos, resaltaba un luminoso intenso, por encima de una edificación baja, que más tenía pinta de almacén o de garaje que de otra cosa. Me acerqué, miré, indagué por mí mismo, y al comprobar que la realidad desde fuera no permitía la captación de ningún dato esencial, me introduje en el local. Se trataba de una discoteca o tugurio. A todo esto el luminoso o letrero del sitio decía FUJI. Había alguien por las mesas; también un par de parejas bailando. Sí, seguro de que se trataba de una

discoteca, una especie de camaranchón, cuyo tétrico ambiente apenas lo modificaba el apuñalamiento continuo de los estúpidos fogonazos de luces de colores chillones; embadurnado todo ello en un ruido molesto. Reparé en que en un rincón de la parte de la sala más alejado de la entrada había como un cuadrado o redil de cristales, es decir un cubo, con ocho o diez chicas en su interior. A tenor del vistazo acaparador y de urgencia que eché, colegí que tan rústico aunque bien poblado gineceo suministraría chicas para bailar, para tomar algo con ellas... y acaso también. Pregunté a una mujer que pasaba por gobernanta del establecimiento y a trancas y barrancas quedé informado. Las chicas estaban allí para alquilarlas... y alquilarlas para toda la noche, en el sentido de que una vez que salieran del FUJI no se esperaba que regresaran ya en todo el resto de jornada. Bueno. Había una cuestión previa que resolver, dado el altísimo ambiente convencional y pacato que imperaba en los bungalows. Le dije a la mujer que tenía yo que consultar; sí, que tenía que consultar prácticamente todo... y que regresaba al momento. Dicho y hecho. Volví a Recepción. Jim, el "marketing manager" australiano del complejo turístico y máxima autoridad hasta entonces con la que tanto Julio como yo nos habíamos encontrado... Jim no se hallaba. Inútil entenderse, quiero decir tratar de entenderse más bien, en cuestiones así de delicadas con algunos de los otros cafres. Hice un conato de consulta sobre el particular, o sea, sobre el particular de llevarme una chavala al bungalow a pasar la noche... sí, intenté abordar al empleado nativo de Recepción, pero por la cara que me puso nada más comenzar a explicarle, desistí. Requerí que me buscaran a Jim, que me comunicaran con él, y al menos eso sí pude conseguirlo. Lo encontraron y me alargaron un teléfono. Mis sospechas no eran infundadas. Le hablé de europeo a descendiente de europeo. Le planteé el tema, y le pedí garantía, si no formalmente y por escrito, sí mediante su palabra de caballero, de que no consintiera que nadie impidiese la entrada de la chica – fuere quien fuere – a mi habitación. Por mi parte, ¿qué se espera el lector? Lo normal. Le prometí que la operación se efectuaría de forma totalmente discreta, y que yo me haría responsable

de lo que fuere, en el improbableísimo caso de que algo ocurriese... que no iba a ocurrir nada. Jim me dio el visto bueno, no el cien por cien de garantía, ni de manera rotundamente inequívoca me pareció entender... Pero me dio su autorización.

Con semejante credencial regresé al FUJI y volví a hablar con la encargada. Por el precio competitivo, tirando al alza, de 60.- \$ USA los patrones del negocio me entregaban a una chica para toda la noche, modalidad ya conocida en Filipinas y que según mis deducciones debía de tener de positivo para la empresa de la discoteca el hecho de que se desentendían de la "empleada" hasta el día siguiente, al tiempo que justificaban por tan largo rato de prestaciones el cobrar la nada despreciable suma ya citada de USA 60.- \$. Además, huelga aclararlo, el dinero había que satisfacerlo antes de que la chica de quien se tratase abandonase el local. Me costó decidirme, y así, como pidiendo permiso, y hasta disculpándome por si mis formas no eran todo lo urbanas y corteses que el más exigente de los espíritus pudiera demandar..., así, digo, dirigí mi señalización hacia una de las muchachas, por lo bonito de su cara, lo arreglado que parecía llevar el pelo, y la altura satisfactoria que calculé que podría tener, luego de pedirle a la "encargada" que la rogara ponerse de pie.

Se llamaba Trysia, o tal entendí yo, después de hacérmelo repetir por ella y de que también ella misma asintiera, supongo que por respetuosa inercia, con el dicho nombre que escribí yo en un papel. Como no hablaba más que su lengua, la comunicación entre nosotros era prácticamente la que pudiéramos denominar jakobsoniana del tercer tipo; o sea, por medio de signos mímicos o dibujos descodificadores. Me pareció que se mostraba algo reticente a venirse conmigo. Alguna sospecha fundada tenía necesariamente que albergar respecto de que las cosas pudieran torcerse – como en parte, sólo en parte, así fue. Yo esgrimí toda la cortesía de que pudiera ser portador en tales circunstancias, y fui ganando más y más, un poco más cada vez, su confianza. ¿Y si no se quiere desnudar?, por ejemplo – pensaba yo. ¿Y si no quiere follar?, por muy 60.- USA \$ que le haya satisfecho yo a su empresa de antemano – volví a pensar.

Nada más llegar a mi cuarto y comenzar nuestro mutuo estar y acompañarnos, la eché el primer polvo. Y tengo que precisar con agrado que la categoría de Trysia era de más filigrana de lo que una despreocupada calificación de "mercenaria" hubiera permitido vaticinar. Pero tuve cuidado de acariciarla amistosamente, de recrearme blandamente en mirarla, en sonreírla, en besarla cada vez más acuciantemente antes de penetrarla. Llevaba – recuerdo – una braguita negra, negrísima como su pelo; y un sujetador, mejor dicho, corpiño o justillo de banda entera, de color carne, discreto y bien ceñido. Al tenerla desnuda, observé complacido que era bonita, proporcionada, con una piel de aceituna oscura, y limpia y delicada, que justificaba mis caricias. Me emocionó apretarla, estando dentro de ella, y comprobar que me recibía, y que me correspondía. ¿Dije antes que Jim, el "marketing manager" de los apartamentos/bungalows Sanur me había garantizado que no me molestaría nadie? Sí que lo dije. ¿Dije también que me había parecido observar un gesto como de reticencia o desconfianza – como buena conocedora de la percalina que era – por parte de Trysia antes de salir del FUJI conmigo? Sí, también lo dije. Pues bien, los malos augurios se cumplieron; y menos mal que tan sólo en una parte de la tremenda negatividad que hubieran podido arrojar.

Después de nuestra primera celebración Trysia y yo habíamos permanecido abrazados, ahormados, en una de las dos camas que había en la habitación. Y de pronto, porque estas cosas son siempre de pronto, de un mal pronto.. y sin previo aviso, llega un telefonazo de la Recepción, de alguno de los nativos, cuyo inglés era suficientemente reducido como para producir el contra-efecto de entender y no entender al mismo tiempo lo que nos decíamos, y exacerbar el malestar, por lo menos el mío. El tema con el que ahora se dejaban caer esta partida de gandules imbéciles era muy simple: que eran sabedores de que se hallaba conmigo una chica que no pertenecía a la clientela; y que era necesario que se marchara. No puedo recordar lo que argumenté para detener el golpe: que me daba por enterado; que

no se había alterado ni en una micra el orden, y que yo respondía de la chica y de todo, etc. Así quedó momentáneamente.

Después de la agresión aquella del telefonazo de despertada por parte de los simios de turno de la Recepción, Trysia y yo intentamos dormir, o al menos descansar, por separado; cada uno en una cama. Pero ¡quía! No habría transcurrido ni media hora desde la primera llamada cuando se dejan oír golpes de cierta rotundidad en la puerta. Ahora se trataba de la policía, quiero decir de dos sujetos vestidos de policía, y como correspondía a su condición, pertrechados de los atributos de contundencia y disuasión requeridos: porra, pistola, etc. ¡Me cago en su puta madre cien millones de veces! Estos pedazo de jilipollas se habían propuesto darme la noche. La misma historia: que sabían que se encontraba allí "alguien" ajeno a los residentes turistas oficiales y que... En honor a la verdad debo decir que la presencia de un occidental, turista, y con toda la cantidad, pequeña o grande, de honorabilidad que desprenda y que difunda su persona, eso, entre estas gentes "de segunda" como mucho, eso, digo, es algo que les pone muy en su sitio, y que les reduce al mínimo la pretendida severidad en el ejercicio de sus funciones, por no decir que les coloca en una posición de servil comedimiento. Con estos dos policías ocurrió algo así. Me vieron en todo momento junto a Trysia, a la que habían pedido la documentación. Trysia, sin decir palabra, pero en una valiosísima ceremonia de pudor y de lealtad – por lo menos para mi alma – se había vestido con la misma ropa con la que yo la había recogido en el FUJI. Yo la tenía abrazada, acompasando, acompañando y acreditando cada uno de sus gestos, de sus movimientos. No había dicho ni diría una sola palabra: sólo alargarles a los policías el carnet identificativo o lo que constituyera el documento oficial requerido por la autoridad. Los policías quedaron como desarmados; se les notó una dulcificación en la exigencia que les había llevado allí. Mi estar abrazado a Trysia en todo momento; su pudor impecable y elocuentísimo que dejaba entender una lección parecido a esto: "Vosotros no veréis ni un centímetro más de la piel mía que la inevitablemente necesaria, porque soy toda, en cuerpo y alma, de este caballero español que me ha traído

hasta aquí, que me está patrocinando y que está haciendo de paladín mío". Sí, algo equiparable a tan hermosa declaración me pareció que contenía la mirada, el mutismo total, la preciosa actitud de Trysia. Convine con los policías en que acompañaría a Trysia hasta fuera del recinto *antes* de que comenzaran a servirse los desayunos, ya que éste parecía ser el punto crucial de la incompatibilidad de la presencia de Trysia en el complejo: que "alguien" pudiera denunciar semejante detalle. Me guardé las ganas de llamarles... de todo a aquellos dos cara de chimpancés que, bien mirado, tampoco serían los responsables últimos de hacer cumplir una normativa tan estúpidamente puritana y rígida. Se lo prometí; y ante mi indeclinable actitud de protección hacia Trysia, y lo que pareció más definitivo... ante la ausencia de anomalía o alboroto, o desorden, ni siquiera en lo relativo a una silla mal puesta, o una prenda de vestir descolocada, un papel distraído... ante la persuasiva constatación de la realidad, los policías se marcharon no sin antes darme la mano cortésmente.

De nuevo solos. Pero al cabo de algo menos de una hora – y ahora serían las 04:00 am. – comprendimos que la noche estaba perdida en lo que a dormir tocaba. Así que me pasé a su cama y volví a comprobar con agrado que me recibía bien; a mí, a mi calor, a mi cercanía; que se comportaba con feminidad y conocimiento, como si sintiera – quién sabe en qué nivel del fondo suyo – algo de compasión hacia mí por desconocer yo las fórmulas que se gastaban los de Bali. Celebré por segunda vez y puedo asegurar que ella quedó reconocida y halagada por mi comportamiento. Acabada esta segunda cópula, comenzó a vestirse, y por su forma de mirarme me daba a entender que era lo más prudente.

La escorté a través de las terrazas y cenadores del complejo hasta la calle, donde ella cogió un "bemo" de esos, furgonetas/taxi, no sin antes besarla yo románticamente en las mejillas y en las manos. No volvió la cabeza para ningún otro último adiós. Lo cual creo que fue un acierto de recato y de sobriedad. A tí, Trysia, muchacha javanesa a la que recogí en el tugurio FUJI de enfrente de los apartamentos Sanur; a tí, querida Trysia, quiero decirte que guardo un enaltecido recuerdo

tuyo; y si las vibraciones permanecen, perduran, insisten en el ser, me ilusiona pensar que tienes vibraciones de mí en el volumen que confina la piel de tu alma y el sentimiento de tus miembros compasivos y hermosos. Gracias.

Ya a mitad de aquella jornada que sería la última entera que pararíamos Julio y yo en Bali, tuve ocasión de encontrarme con Jim. Le comenté muy por encima la "movida" de la noche y madrugada anteriores, y el hombre echó balones fuera como pudo. Me insistió en que él había dado instrucciones de que no se me molestara, pero... Ya, entiendo. Se refirió a las "Java girls", consideradas en aquel reducto idílico de Bali como hurañas y poco cívicas. Me parece que erró en su diagnóstico. De todas maneras, lo hecho... hecho estaba.

Al día siguiente, 31 de diciembre, despegamos de Bali, y una vez más nuestro vuelo ahora a Singapore incluía la inevitable escala en Jakarta. En ese primer tramo de viaje nos fuimos Julio y yo tomando la lección. Estuvimos plenamente de acuerdo en sancionar que... con tres días todo lo más de estancia en la isla hay bastante para ver lo que uno quiera. Y ya reflexionando en exclusiva asumí que el asunto "mujeres" allí es un problema lamentable; que Bali puede ser atractivo para un tipo de turismo familiar o de emparejamientos; pero que echa para atrás a quienes como yo viajamos y operamos "por libre", como verdaderos "lonely wolves" (lobos solitarios). Lo que me ocurrió con Trysia fue lo mejor que pudo ocurrirme.

Pero faltaba la dimensión voluntarista del burbujeo desiderativo e infatuante que necesariamente tenía que venir encarnado en una azafata. Además de Trysia no hubo ninguna otra mujer en Indonesia. Sólo el escapismo de la literatura a través de las azafatas, de las "peregrinas del aire"; lo cual, enunciado del revés, por ejemplo, escapismo de las azafatas a través de la literatura, suena con equiparable congruencia y justifica el agarre que su mensaje haya podido introducir en mi alma. Vi azafatas atractivas. Pero de todas ellas quiero destacar a una, de las líneas indonesias Garuda, flota de Airbus, y llamada Diah Arriana, que nos acompañó en los vuelos Denpasar-Jakarta-Singapore. Surgió como surge todo: de la nada del

mundo y de la voluntad intuitiva de cada cual. Al acercarnos el carrito de los refrescos, y sin más avisos, la espeté lo de "shanti nonna" [una de las pocas combinaciones de palabras que he aprendido: "chica guapa". A la mujer casada se la llama *ibbu*], aseverando yo mismo con aire como pesaroso y anteponiendo, ora un *mu*y en español, ora un *very* en inglés, con el fin de que se percatara de cómo lo ineluctable e incontestable de su realidad había desbancado, por inservibles, los paradigmas lingüísticos. Me quedé así, diciéndoselo, con aire triste, como de quien está convencido de los designios supra-personales. Y al tiempo que ella vertía algo de una lata a un vaso, y como prendida en la fugacísima red de mi palabra irreverente y desazonada, me preguntó: "Where are you from?" Me halagó su instancia de curiosidad porque ello significaba el refrendo de su aceptación de mi regalo de burbujas galantes. Jugué a repetir su nombre y descubrí que un sistema secreto y versátil de correspondencias me lo hacía gratisimo e inolvidable. Diah Arriana: yo quiero volver a encontrarme contigo, rescatar y promover la espiga inocentísima de nuestra primera coincidencia, y catapultarla a un esquema aún más insensato, si tú quieres. Si tú quieres... si tú quieres yo te sorprendería el resto de tus días telúricos y me sorprendería a mí mismo. ¿Cómo eras? No muy alta, de cara fugitiva a lo redondo, óvalo correctísimo, y con los consabidos sesgos de los ojos – en este caso sostenidos y elocuentes – en las aperturas de las sienes. Limpia y perfecta en la sonrisa, no existe en ti la sinuosidad mientras yo conserve la voluntad de mirarte de una manera: de la manera que conduce a querer seguir siendo y a exigirte que seas, que perseveres en hacerme querer seguir pensándote. ¿Qué pensarás o podrás pensar tú de mí? Luego, en el aeropuerto de Singapore volvimos a cruzarnos, empujando ella un carrito en una cinta transportadora o pasillo automático para personas.

Singapore. Desde luego que hay nombres y nombres. Y en la historia geo-social del mundo caben unos cuantos cuya notoriedad les viene otorgada por el hecho de constituir eso que ha dado en llamarse "Ciudad Estado". Otros ejemplos, como Gibraltar o como Hong-Kong, la primera técnicamente colonia bajo la tutela del Reino Unido; y la

segunda actualmente incorporada a China continental, podrían citarse junto a Singapore, así en una ojeada de urgencia sobre la carta telúrica. Singapore: De inconfundible localización. Cuando en el colegio nos hacían señalar Singapore sobre los mapas de pared, no había más que dejar que la vista detectara y se recorriera hacia abajo la lengüeta en forma de calzador curvo, o mejor, de basto de la baraja, de la península de Malasya. Y allí, pegada, como si se tratara de un goterón de estalactita coqueteando con dejarse caer en el mar; una concentración de melanina susceptible de ser extirpada del colgajo bajero de Indochina, la Ciudad-Estado de Singapore.

Aunque ni extirpada de parte alguna, ni caída al mar, Singapore sí que protagonizó uno de los ejemplos más aleccionadores y admonitorios de la vanidad de los deseos humanos. La colonia de Singapore, como es bien sabido, estaba considerada como una de las "Joyas de la Corona inglesa". En el curso de la Segunda Guerra mundial, los japoneses, siguiendo las recetas beligeras de sus aliados nazis en Europa, habían instrumentado una serie de conquistas tipo "blitz" que les habían llevado como dominadores a muchos puntos atractivos de Asia. Singapore era su deseo más codiciado. Con la conquista de tan estratégico enclave y el control del estrecho de Malakka..., bueno, se desprenderían una serie de consecuencias propias de las conjeturas y de las valoraciones de los profesionales de la geopolítica, etc. ¿Conquistar Singapore? "Imposible" – se había repetido hasta el empacho por los estrategas británicos. Imposible por mar, ya que la entrada al puerto y a las aguas del Estrecho estaban custodiadas por cañones de medio metro de diámetro de boca, de los más grandes del mundo. Imposible. ¿Y por tierra? Por tierra aún más imposible. El istmo de Malasya..., ensayemos un nuevo símil, en forma de esteva invertida, era impracticable, inrecorrible, impasable. Así que, con las espaldas cubiertas, y con el frente marítimo protegido a ultranza, los ingleses se dedicaron a tomar el sol y el té de las cinco, y a jugar al cricket, entre otras eutrapelias esperables. Los historiadores difieren en algún que otro detalle que, además, se presta al cachondeo; pero el fondo del argumento reviste idéntico final.

Parece que un día [no he tenido ganas de levantarme, suspender por un momento la escritura, y consultar la fecha]... se oyeron aldabonazos en la residencia del señor Gobernador militar. Apercebido el mayordomo, acudió a ver de qué se trataba. Minutos después se presentó ante el dicho señor Gobernador con el siguiente mensaje, más o menos, y que cada lector visualice la escena: "Que me dice el comandante en jefe de las fuerzas japonesas, que han llegado, que están aquí ya, y que son unos 45,000.- nipón arriba, ni... quita abajo, y que ruegan al Sr. Gobernador que tenga la bondad de rendir la plaza en evitación de males mayores". Por supuesto que esto que estoy diciendo es la versión lúdica de lo que ocurrió, pero el fondo dramático del asunto, insisto, no ha perdido ni una brizna de propiedad. La Historia guardará para siempre en el arcano de su buche la cosmovisión durante todas aquellas semanas, y aun meses, anteriores al desastre, de que hizo gala un tal general Perceval, que decidió obviar evidencias para tener que rendirse a ellas por las malas. Los japoneses se habían descolgado desde Birmania y Thailandia, y el grado indecible de penosidad que al parecer implicó la marcha de un cuerpo de ejército de... eso, unos 45,000 hombres aproximadamente había superado por amplio margen las expectativas de las mentes occidentales – las británicas, en este caso – que habían descartado que una realidad así pudiera producirse. Parece ser también que Mr. Churchill, a la sazón Primer Ministro, estuvo desgañitándose ordenando resistir a muerte durante varios días después de que Singapore hubiera sido entregado a los japoneses. Sigue pareciendo ser que Churchill como consecuencia de tan inenarrable berrenchín, enfermó con peligro de perforación de peritoneo; y que años más tarde, acabada la contienda, se referiría a la caída de Singapore como el revés más significativo, el fallo más calamitoso que la Gran Bretaña hubiese experimentado a lo largo de toda su historia. Me imagino que alguien que formule tal valoración tiene motivos para sentirse molesto, por decir lo menos...

Y es que los hechos verdaderamente significativos de la Historia son tan escasos, tan intensamente excepcionales que... la

estela de su lección, la validez de su ejemplo casi nunca llega a plasmarse en prevención de un supuesto por venir parecido, sino en una instancia nueva y engañosa de mayor entidad y proyección que, una vez ocurrida, se alinea al lado de las anteriores. Y así sucesivamente. Vaya, que no es fácil escarmentar en cabeza ajena. Ákaba: Yo ni estuve allí ni conozco detalles precisos sobre el asunto; ni tampoco ninguno de los contendientes me caía simpático. Con todo lo que de provisional y endeble pueda albergarse en la producción de un film, sin embargo creo que el guionista de "Lawrence de Arabia" se da maña en transmitirnos la plástica de una acción militar en ese registro de la sorpresa, de la confianza, de la negligencia. Los turcos nunca pensaron que nadie pudiera llegarles desde el este; y puesto que el Mar Rojo estaba defendido por enormes cañones... Pero el factor sorpresa jugó de nuevo su baza, y las fuerzas aquellas de árabes desarraigados, acompañadas del visionario y chalado del Lawrence, encontraron expedita la entrada a la ciudad ya que los pesadísimos carromatos donde se hallaban montadas las no menos pesadísimas piezas de artillería necesitaban más de una jornada para movilizarse y colocarse en posición operativa de disparo. Otro ejemplo más: el ataque a Pearl Harbour pudo producirse en función únicamente de la abultadísima dosis de duda, rayana en la certeza negativa, de que una flota de aviones pudiera acercarse desde Japón por el poniente. No contaron los yanquis con el espíritu kamikaze y enfervorizado de los hijos del Imperio del Sol Naciente que si a lo largo del istmo de Malakka transitaron más de mil kilómetros por pantanales y cenagosidades, por los cielos del Pacífico fueron abastecidos en vuelo, formando un rosario de atolones nefelibatas, estirando, alargando su autonomía hasta descargar los pasteles letales en la bahía de Pearl Harbour. Asimismo, en las operaciones bélicas de los desiertos del norte de África, y siempre en el escenario de la Segunda Guerra mundial – referido, sobre todo, a los avances relámpago de las así llamadas Divisiones Panzer del mariscal germano Rommel – la Historia se despacha una buena dosis de perplejidad respecto de cómo el general inglés Montgomery pudo hacerse con tan ingente cantidad

de re-armamento [cuatro tanques suyos por cada uno de Rommel] como para empujar a este último hacia el oeste y hasta el mismo punto, más o menos, desde el que había lanzado su ofensiva. En esto de las guerras, y fuera de los parámetros esperables de magnitudes y capacidades lógicas, la Historia, como digo, articula aconteceres en régimen de excepcionalidad. Como el de Singapore.

Caído Singapore, los japoneses pusieron a los ingleses a trabajar en el ferrocarril de Rangún a Bangkok. La también célebre película "El puente sobre el río Kwai" ilustra el tema, como igualmente lo ilustra el museo documental y fotográfico que el turismo thailandés ha montado en su excursión, rutinariamente establecida, a la dicha localidad. Allí uno puede conjeturar sobre el grado de frustración en que necesariamente hubieron de sumirse los prisioneros de Singapore, obligados a cambiar ahora los menesteres de tomar el sol frente al mar, sorber el té de las cinco, jugar al bridge y/o al cricket, etc., etc. por los trabajos forzados. ¡Sic transit gloria mundi! – desde luego.

Pasada la gran contienda, Singapore volvió a manos de sus antiguos dueños; y en su momento, en el albor y estela imparables de los independentismos, Singapore adquirió el ya mencionado status de Ciudad-Estado. Vayan por adelantado mis disculpas al lector por haber incorporado en este escrito presente mío algún que otro dato que cualquiera de los cientos de libros o guías turísticas al uso puede suministrar.

No recuerdo el hotel en que Julio y yo nos hospedamos. Ello ilustra hasta cierto punto el poco arraigo emocional que Singapore sentó en mi conciencia. Sí recuerdo que estábamos cerca de una gran plaza, aunque Singapore, su núcleo urbano quiero decir, es un conjunto de avenidas y de ensanches de las tales avenidas que adquieren forma de plaza. También recuerdo que solíamos deambular, arriba y abajo, por la Orchard Road; y ahora, entre mis papeles sobre Singapore descubro una tarjeta del Grand Central Hotel, en la confluencia de la Orchard Road y la Cavenagh Road; así que, mirando un plano que tengo delante infiero que tal vez se tratara de este hotel

citado. Llegamos el sábado 31 de diciembre de 1983, con el cupo programado de únicamente tres noches de estancia. En mis notas de escuetísima urgencia aparece escrito: "Singapore: 31 diciembre. Candy (1 polvo)" ¿Cómo fue todo aquello? De la manera más ortodoxa. Dejé a Julio en el hotel y salí a eso tan ubicuo, tan poliédrica y tan holgadamente finalístico de "dar una vuelta". Probablemente preguntara a algún taxista. Seguro. El caso es que caí en una especie de "pub" donde, según entendí, se reunía gente de alterne. Pedí una cerveza de serpentín, a granel, una jarrita, bien lo recuerdo, equivalente como mucho a un tercio, y me soplaron el equivalente justo a 500.- pesetas; he dicho *quinientas* pesetas. Tomé nota de por dónde iban los tiros. No quería salir del año 1983 sin echar una firma en Singapore porque, a tenor de lo visto, sospeché que en los dos días siguientes tal vez no dispusiera o bien de tiempo o bien de humor. Pero era el caso que el ambiente del pub no prometía: actitudes ambiguas, más de tonteo y borrachera al estilo británico que otra cosa; y sobre todo tratándose de un final de año.

No sé cómo conecté con una chica... que pertenecía a esa categoría tan batallera y resultona de no ser ni absolutamente guapa ni de ninguna manera desdeñable. Era pelirroja y descendiente de británicos. De momento, el protocolo de la comunicación, obviado con creces. Me dijo llamarse Candy. Concertamos que me llevara a unos apartamentos que ella decía conocer. Era sonriente, parlanchina y hasta chillona, tirando algo a simplicia. Mientras follábamos no encontraba ella mejor expresión aseverativa y de enardecimiento que: "You like it? You like it? Good value! Good value!" La muy payasa. Con todo, la chica se esforzó por agradar y eso es siempre de agradecer. Por 50.- \$ USA me di el gusto de estampar mi rúbrica de semen en el libro de los coños de Singapore.

Nos quedaban dos días completos y Julio y yo decidimos hacer turismo pacífico: pasear, charlar, sacar conclusiones, y prepararnos para nuestro reintegro con España. La mañana del domingo 1 de enero de 1984 allí mismo en nuestro hotel me pongo a hojear y a mirar por

encima el *Sunday Times* de Singapore, con el típico formato de las cuatro holandesas por tamaño (40 X 60 cms.), muy al estilo de la prensa británica, y en la pg. 1 de la sección "Sunday Plus" me encuentro con un sugestivo reportaje sobre el 1984 de Orwell.

Ya en la calle voy comprobando que las tres etnias juntas de lo chino, lo malayo, y lo hindú conforman los rasgos de la gente de Singapore. Mirar los rostros de las mujeres se me convirtió en algo así como un ejercicio de escudriñamiento adivinatorio; sobre cuál de las tres etnias preponderaba. La verdad es que la mezcla de los tres componentes no lucía mal de ninguna manera, y eso – bien lo constaté más tarde – alcanzaría rango de axioma estético cuando se tratase de azafatas. Recuerdo que Julio y yo paseamos más de una vez por la Orchard Road hasta el Shopping Center de Mohan's. Un poco más allá, y a la izquierda, se hallaba el hotel Mandarin, de una suntuosidad muy fuera de lo corriente; y si las amarras de la fijación no han desertado de mí estoy visualizando un enorme hall-recibidor, de altísimos techos, con repujados arquitectónicos a modo de pagodas y "stupas". Uno de los establecimientos más ostentosamente suntuosos en color encarnado. Un verdadero alarde.

Singapore es un bazar inmenso, ideal para todos los consumistas occidentales, adquirentes de los artículos que ya tienen por duplicado en sus hogares. Con todo, reparé en que no tenía despertador de viaje, de esos pequeñitos, de bolsillo y ligeros. Encontré un Casio japonés a buen precio, y hasta este momento, finales de 2001 en que escribo la presente viñeta, el aparato me ha ido de maravilla, con la particularidad añadida de que su carga de abastecimiento de energía, de una sola pila, dura la mar de tiempo.

Probablemente ocurriera en esas primeras rondas de contacto con lo turístico de la Ciudad-Estado de Singapore, en valoración global, cuando Julio y yo dimos por válido e irrefragable el corolario de que a Bali y a Singapore se les podía haber despachado con algunas jornadas menos, que, de esa manera, hubieran ido a Thailandia y a Filipinas. Pero el agua pasada ya no movía molino, y como era cosa de

un par de noches más, decidimos dedicar nuestro tiempo, como digo, a pasear, a ver cosas con la indolencia despreocupada y guarecida del que tiene todo hecho... y poco más. Esa misma tarde del día, durante cuyo merodeo matinal adquirí mi despertador en el Shopping Center Mohan's, nos dimos Julio y yo una vuelta, algo más heterodoxa, por uno de los barrios comerciales, de tenderetes ambulantes y puestos callejeros de raigambre más típicamente localista y representativa del modelo laboral y ocupacional de aquellas gentes. Reseñé dos detalles significativos: recuerdo que nos acercamos a un zapatero remendón, arregla-todo, que tenía montada su empresa allí en plena calle. Reparé en que no se me había ocurrido traerme de casa un trozo de cuero o badana que, plegado, hacía las veces de cartera para el dinero papel que llevo normalmente en el bolsillo. Como nuestro artesano tenía por allí también algunos trozos, restos, parches para su menester manual, le pregunté que cuánto me cobraba por uno de aquellos trocitos. Me dijo que 1.00 \$, un dólar de Singapore, equivalente en aquellas fechas a unas cien pesetas. Decliné la compra no sin que dicho incidente me sirviera para constatar, siempre una vez más, que los países con una moneda fuerte incorporan al alza dentro de la unidad de su divisa, multitud de artículos, cachivaches, pequeñeces y cosillas que en otros países de menor poder adquisitivo se adquieren por una cantidad de céntimos variable convenientemente entre la escala desde uno a ciento. En el caso que nos ocupa, el trocito de badana que ilustra el comentario, cualquier guarnicionero lo hubiera vendido en España por 25... todo lo más por 50.- pesetas. Y aquí, en Singapore, pedían 100.

En un kiosko o stand de una de esas galerías comerciales en que se vende de todo, y en el campo de la quincalla radio-electrónica, más... encontré y adquirí dos cintas-cassettes de Frank Sinatra, con prácticamente lo mejor de su voz, y de eso sí que estoy satisfecho, pues también hasta el momento es de los chismes que más complacencia me ha deparado.

Nuestro último día de estancia recuerdo que Julio y yo nos sentamos a comer en una pizzería, en la plaza o ensanche urbano al

que antes me referí, cercano a nuestro hotel, y que muy bien podría tratarse de la Plaza Singapura (Yahoan). Había estado yo leyendo alguna de las revistillas, mitad información, mitad propaganda, con que cumplimentan al turista en los hoteles y en los establecimientos restauraneros y del ramo. Me había fijado en un servicio de "escort girls", cuya sede estaba allí al lado. Había hecho la idea de no intentar ninguna cala ulterior en el tema de las chavalas después de mi experiencia con la pintoresca de la Candy. Pero es el hecho que disponía de una tarde libre, y que mi curiosidad en estos berenjenales no había cegado sus hontanares de aprovisionamiento. Y una vez más me dejé caer en la tentación, con la confesión plana, cándida y viril, que adelanto al lector, de que el mayor acopio de paz espiritual le llega a uno cuando no desatiende ninguna de las llamadas de sus legítimas tendencias. Quiero decir que es esperable que si las realidades existen y están no hay razón para que uno no se acerque a ellas con los adecuados pertrechos de tropía, a ver si "la cosa" resulta o no. El reproche puede venir del hecho de que uno, en presencia de algo no satisfactorio, ni legal, ni congruo, persevere en la obcecación. Tal fue, en positivo, el caso al que ahora me refiero.

Recuerdo vagamente que me personé en la *oficina* de este centro de "escort girls", con el fin de indagar sobre algo tan cívico y tan simplón en mi circunstancia, como que si la chica en cuestión podría cambiar todas sus labores supuestas de guía, cicerone, conversadora, por las de compañera de cama durante el tiempo que una operación ortodoxa de tal naturaleza pudiera llevar consigo. Fuere lo que fuere, no lo vi claro, y recuerdo que abandoné la dicha "oficina". Pero lo que sí que recuerdo con especial fijación es que exacta, precisamente bajando las escaleras del inmueble donde la mencionada agencia tenía su sede, me crucé con una chica bien parecida, occidental, entiéndase europea... y, me atrevo a conjeturar que bien por la mirada especial que debemos de portar los hombres que merodeamos por los ámbitos de la aventura sexual del espíritu, bien porque la chavala llevara algún distintivo, alguna pegatina con el nombre de la agencia, el caso es que nos detuvimos *en plena escalera*,

eso sí lo distingo bien. Por mi parte, yo le expliqué mis pretensiones, implicitando que ella podría incardinar las expectativas que yo había desplegado. Recuerdo que hasta hablamos de que los "servicios" de su función significaban una contraprestación de 60.- \$ USA. Bueno, bien. Hasta ahí, bien. Tenía yo el dinero encima. La chica me gustaba. Pero lo gracioso, lo inquietantemente ambiguo, lo terminantemente definidor se produce cuando la "funcionaria" ésta en cuestión me dice... me dice que la dé el dinero, los 60.- \$ USA; que se los lleva a la oficina... y que me espere yo allí. Me atreví a hacer la piadosísima sugerencia de que me facilitara un "voucher", un recibo o garantía de que un señor, yo, en mitad de una escalera, una tarde del día 2 de enero de 1984, en Singapore, había efectuado un pago de sesenta dólares USA... y... Nada, nada. Que no hacía falta, me dijo muy persuasivamente la gachona, con una sonrisa hechicera... porque ella vendría a continuación. ¡Uuuufffhhh... La puta que parió a estas tías! ¡Las formas de que se reviste el Maligno para asediar la pequeña fortaleza de nuestra paz espiritual!... Poco voluntarioso de percepción tenía que ser uno para quedarse anegado en la evidencia de que aquella chica había visto en mí una estupenda víctima propiciatoria. El mecanismo de la operación era de una simplicidad que deslumbraba: la cachonda ésta habría cogido el dinero... y... ¡si te he visto, no me acuerdo! Bien mirado – pensé –, si las mujeres no están para estos trajines, ¿qué nos iba a sacar a los hombres de quicio? Desde entonces acá, cuente y recuente el lector la profusión de maneras más o menos burdas de calientapollismo que han sido enarboladas por el eterno femenino. La más estúpida, y al mismo tiempo la más eficaz para los estúpidos, es la del sexo telefónico, los prefijos 906 en España y estirpe equiparable por todos conocida. Ahí es donde echo yo de menos una buena gestión feminista que pudiera poner freno a la impudicia que tanto unas como otras protagonizan y consienten. ¿Por qué podría extrañarme la pretensión directa de la "escort girl" de Singapore?

Al día siguiente cogimos el avión de regreso a casa. Lo único que tengo presente es que las Singapore Air Lines – tenidas por unas

de las más refinadas y eficientes del mundo – hicieron escala en Zurich. Era la madrugada del día 4 de enero de 1984. Las dos o tres horas de espera de la conexión, en vez de suponer la carga acostumbradamente tediosa de situaciones tan pasivamente interinas, se tornaron magníficas en una dimensión inédita de productividad. La "waiting room" que ocupamos en el mencionado aeropuerto de Zurich me pareció, acaso, una de las más cómodas, acogedoras y elegantes de entre todas las que había conocido hasta entonces, que ya eran unas cuantas. Estaba tapizada de marrón y verde, con algo de rojo, y los sillones se hallaban recubiertos de tela o fieltro (no de cuero ni de eso que se entiende por *skie*, y no estoy seguro de cómo se escribe, y que producen unas pegaduras y recocimientos insufribles, en su caso). Todo nuevo, limpio, cuidado. Las tempranas horas de la mañana aliviaban al aeropuerto del tráfico, mucho más intenso con el discurrir del día. La noche y el frío externo encapsulaban a aquella sala en una especial seclusión confidencial y recoleta. Pero lo que más acicateó mi voluntad fue la existencia, aquí y allá, distribuidos por la superficie de aquel hermosísimo e impoluto hall, de unos como pupitres o escribanías con consola, con paredes a modo de confesionarios. Me acometió el deseo de escribir y me puse a ello. Escribí frenético y vital durante un par de horas. Bastantes de las cosas que han quedado dichas en este reportaje de *Mujeres, lugares, fechas...* tuvieron su primer hilván en aquel precioso vestíbulo del aeropuerto de Zurich, la mañana del cuatro de enero de 1984, durante la espera para embarcar en el avión que nos devolvería a Julio y a mí a casa.

NOTA DE ENTRADA

Muy en contra de lo que el terrible – si bien utópico – vaticinio de la obra de Orwell *1984* nos pudiere haber deparado, debo confesar que dicho año resultó ser para mí uno de los más, si no el que más, repletos de viajes y de vivencialidad positiva, con todo lo que ello acarrea. Lo estrené en Singapur en enero, ya de regreso a España, y como final de mi primera incursión dentro de una parte significativa de eso que de manera lata (o extensa) entendemos como Extremo Oriente. En abril vacacioné por cuarta vez en Río de Janeiro. El mes de julio lo ocupé entero con un recorrido por Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Honduras (todos ellos en régimen de primicia); República Dominicana (segunda visita) y Haití, también en inicial y, hasta el momento, única instancia. En diciembre, como broche de final de año, me escaparía a Israel, donde igualmente pasaría la naciente jornada de 1985. Creo que no está nada mal.

Visto lo visto, no me ha parecido desacertado (y a falta siempre de un criterio más sugeridor) conjuntar en un solo volumen los viajes y las aventuras espirituales de los que fui protagonista a lo largo de tan frondoso año de 1984.

Sandra y Zaïlda; Carmen Nancy; hermanas libanesas; Sonia: Río de Janeiro (Brasil), abril 1984

En la estela del éxito que en el régimen compartido con mi maestro y amigo Julio Ganzo alcancé en nuestro garbeo a cuatro países del Extremo Oriente, durante los últimos días de 1983 y primeros de 1984, me pareció que nada más adecuado que una excursión a Río de Janeiro (que sería la cuarta para mí) como consolidación y acaso remate de la "sociedad viajera" que habíamos estrenado. El propio Julio había manifestado alguna que otra vez su deseo de ir a Brasil..., y yo, huelgan comentarios. Me encontré con la natural inclinación de repetir un sitio tan tentador del que – pensaba yo entonces y seguiría pensando bien – nadie que no estuviera enfermo o impecune, o con los bioritmos trastocados, podría sentirse harto de las experiencias que brindaba Río. El caso es que por un cúmulo de pequeñas incidencias que se coaligaron en su contra – aunque carentes, una a una, de transcendencia – Julio no pudo venir. Y el que sí que pudo fue Felixín Huerta, el farmacéutico, asimismo, y si bien desde otra perspectiva, buen amigo de Ganzo, y con el que éste y yo habíamos contado desde un principio para lo que me hubiera gustado llamar aventura tripartita. En un principio hice gestiones con Meliá para que nos organizaran el alojamiento. Algo tuvo que ocurrir para que yo descartara tal mediación y optara por... lo que ni siquiera debió de consentir la contemplación de ninguna otra alternativa, de tan obvio y rotundo como resultaba: reservar desde España un apartamento / suite en el Copacabana Palace Hotel. ¿Quién más adecuado que yo para semejante menester? Así tuvo que ser necesariamente, y obviando detalles de burocracia tan menuda como inevitable, aquel comienzo de abril de 1984 me encontré – ¿lo dije? – por cuarta vez en Río de Janeiro.

Ahora bien, si la primera constituyó la típica revelación para mi espectro de vivencias de viajero; la segunda... algo así como una toma de contacto con la parte más oriental de Suramérica, antes de ponerme

de espaldas al Atlántico y enfrentarme a la cornisa accidentada de Océano Pacífico que se afecta a Chile; y la tercera, la "gloriosa" de 1980, fue la más espontánea y de más improvisada armonía... esta cuarta vez tenía que venir organizada por un principio distinto y renovador: por el de servir de guía a los amigos con los que compartiera el viaje. Desde mi atalaya de conocedor y de desmenuzador del ambiente carioca, me sentía yo ahora prepotentemente magnánimo, amistosamente protector de los intereses de quienesquiera me acompañasen. Como se sabe, Felixín Huerta constituyó el cincuenta por ciento de la sociedad viajera. Jamás he dispuesto de un esquema más simple. Por mi parte se trataba de llegar a Río, estar en Río, disfrutar de Río de la manera o maneras que más atractivas se me hubieran mostrado en mis visitas anteriores... y prestar toda mi ayuda de información y sugerencias a Felixín, si éste me lo pidiera; o si, más propiamente, hubiere lugar a ello. Y espero que de la narración de los detalles que siguen el lector pueda llegar a conclusión idéntica.

Después de volar toda la noche, a las 08:00 am del 14 de abril de 1984 llegamos al Copacabana Palace Hotel, Apartamento 753. Ventajas de viajar por la noche. Se alcanza el lugar de operaciones con toda la jornada por delante, sin que esas horas de anticipo sobre el límite de desalojo de habitaciones según las normas de la hostelería signifiquen aumento en el precio final por la sobre-ocupación de ese primer día. Por cierto que la inflación es aterradora. Ahora las cosas de cierta entidad hay que relacionarlas con el pago en cientos de miles de cruzeiros. Nuestro apartamento se había puesto en 180,000.- (CIENTO OCHENTA MIL) cruzeiros que al cambio poco más o menos de unos 1,400.- por \$ USA, dejaba el precio del mencionado apartamento en unos 125.- (CIENTO VEINTICINCO) dólares diarios. Algo sensiblemente fuerte para un solo bolsillo, pero perfectamente asumible para dos.

"Río, o la continuidad" era el título que me venía proponiendo aun antes de llegar, para todo el curso de acción de mis especulaciones

y desarrollos literarios. Estaba deseoso, incontinentemente ansioso de corroborar y de atestiguar, una vez más, los olores, los volúmenes, los sonidos, los contenidos del aire, las estrías de los gestos. Y en efecto, para empezar, los conserjes del Hotel... los mismos, excepto Roberto, el simpático que me dijo aquello de que la muchacha de la agencia de viajes no estaba "esclarecida" por lo enteco y poco iluminador de sus explicaciones. Ya digo, excepto Roberto, a quien no vi a mi llegada al Anexo de los Apartamentos, todo prácticamente igual. Los mismos ascensoristas.

Aquel día 14 de abril de 1984 era sábado, un día estupendo, tan estupendo como otro cualquier día. De un lado, Río de Janeiro. De otro, mi individualidad, con su pequeño depósito de experiencia adquirida, y su inmensa disponibilidad para lo que pudiera surgir. Este previo conocimiento de la situación expeditó al máximo los detalles traumáticos de toda arribada a un sitio desconocido: Cambiamos para el taxi en el aeropuerto, y una vez en Copacabana lo mejor es prospeccionar en las oficinas de alrededor. Tengo el apunte de 1,430.- cruceiros como la cota máxima que alcanzamos en la cotización del \$ USA. Ya había yo descubierto que muchas de las joyerías de la Avda. Atlántica compraban directamente y sin más trámites, dólares a cambio de cruceiros. La única novedad en el apartamento era la instalación de una caja fuerte dentro del closet de la ropa. Con ello se evitaban las frecuentes visitas a la sala de recepción destinada a dichos menesteres, con el consiguiente importunamiento de los empleados. Salvo por algunas secuencias compartidas (hora de las comidas; recreo en la piscina, etc...) Félixín hizo de perfecto excursionista acometiendo cada día una visita a los puntos típicos e inevitables que yo había tenido ocasión de trillar en anteriores viajes. O sea, que prácticamente no nos veíamos. La relación de los hechos la abordaré, obvio es decirlo, desde mi exclusiva y particular perspectiva, y sólo me serviré de la realidad de "Huerti" cuando la naturaleza o condición de lo escrito así lo reclame en razón de coherencia literaria. Conservo convenientemente un resumen-gráfica en síntesis de mis encuentros consumados de aquel viaje. Dice así:

"Garotas 1984. Río de Janeiro, abril. Cuarta visita. 15 de abril, domingo: Eliani, morenita tipo india muy clara. 17 de abril, martes: Mariza, trigueña. Carmen: alemana, rubia. 18 de abril, miércoles: Sandra y Zailda (follo sólo con Sandra). 19 de abril, jueves: Zailda. Preciosa (ella sola). 21 de abril, sábado: Carmen (rubia), dos polvos". Hasta aquí la transcripción escueta, tipo compendio de negociado de contabilidad. Muy atrás quedaban las portentosas prestaciones de aquel tercer y fabuloso viaje de 1980. Éste de 1984, con mis buenos 47 años ya encima, me parecía una grata ocasión para la condescendencia complaciente, con los demás y conmigo mismo también. Quiero creer que me impulsaba el deseo de mostrar a "los otros" lo que había constituido para mí el polo imantado de mis curiosidades y de mis desvelos. Me satisfacía tanto ser yo protagonista, como que alguien, quien o quienes fueran, por el hecho de ser amigos míos, por el hecho de tener acceso a mi departamento de dispensación de liberalidades, pudieran ser protagonistas también de jornadas recordables y placenteras. En ciertos órdenes de cosas lo que inmediatamente sigue a la realidad de una satisfacción afectada a uno mismo, es que esa satisfacción en versión personalizada se afecte a nuestros próximos. Yo había jugado, seguía jugando, pero constaté que tenía que dar juego; que mi realidad de sentirme bien radicaba en procurar que los demás se aprovecharan de... lo que de otra manera iría a parar a la vía muerta de la desaparición; al desperdicio puro de la nada. Y resultó que Félix Huerta, "Huerti", había sido la criatura en quien recaía esa gratuita liberalidad de mi alma.

No, no era yo el de cuatro años atrás ya, sencillamente porque no había concurrido en mí una estación continuada de dosificado esfuerzo atlético, de acumulación formidable —aunque no pretendida— de recursos de resistencia y fortalecimiento. Tampoco hacía falta reproducir situaciones del pasado. Como mencioné al principio, y muy en contenido inverso al signo pesimista sugerido por el gran utópico Orwell, el año de 1984 me resultó de una variedad frondosísima, intensísimo para mis registros emocionales. Mi estancia en Río de

Janeiro no era sino un anticipo de lo que acometería en verano. Así que..., a jugar y a dar juego.

Felixin, viajero ideal, hizo gala de una portentosa capacidad de visitador de todos y cada uno de los sitios que aparecían en los folletos oficiales de turismo programados por las agencias de mayor relevancia. Echó cuentas y prácticamente salía a excursión diaria: El Corcovado; el Pan de Azúcar; la Isla Paquetá..., etc., etc. Nos solíamos ver, reitero, en la piscina y a la hora de comer, menester que acostumbrábamos celebrar en La Pérgola o restaurante exterior, protegido, junto a la piscina. Llegar un día de mañana y marcharnos otro día de tarde ...tarde – puesto que tanto uno como otro vuelo se hacían de noche – significaba el bono extra de apurar las siete jornadas completas, más el medio día de sobra por debajo y por arriba del horario convencional hotelero de las 12:00 horas. En la terraza "Bolero", los mismos camareros: El "Ramos", como yo lo interiorizaba a efectos mnemotécnicos, cara de Chita y fotocopia de Antonio Machín; el otro, al que asigné el alias de Christopher Lee, por su real o supuesto parecido que yo le creía encontrar, rijoso y parlanchín. Y en los otros aspectos el concierto de la continuidad de Río se celebraba con una pasmosa fidelidad: la mujer de la serpiente; los chicos de los cacahuetes, que dejaban uno o dos de reclamo encima de los veladores; los vendedores de animalitos, de mapas, de ropas, de juguetes, etc. El mismo rollo, apasionante, lúcidamente iluminador de las mostraciones y sensaciones y realidades pretéritas; envuelto todo en los colores, en los olores, en el siero matinal y azufrado del mar; en el inmejorable fortín turístico del Copacabana Palace Hotel. ¡Oh, sí, Río o la continuidad; la permanencia siempre cambiante y siempre esencialmente fiel a sus particularidades más insobornables, más propias! En una de las muchas veces en que mi vista se detenía en la incesante multitud que llenaba el paseo marítimo, sobre todo por las mañanas, me hice la promesa de que si se diera una próxima visita a Río, uno de los detalles más imprescindibles sería traerse las zapatillas deportivas, y engolfarse con el gentío carioca haciendo "jogging" a lo largo del arco de la línea de playa de Copacabana.

Mi primer encuentro se produce el día 15, domingo; o sea, el segundo de estancia. Tengo registrado en mis notas: "Eliani, la indita lisa pero bonita: se duchó dos veces". Ni idea de ningún detalle más, aunque no es aventurado suponer que seguiría utilizando la terraza del restaurante-cafetería-boite Bolero como centro de observación y cuartel general de operaciones. Lo que sí que fue lo primero que hicimos el lunes 16 fue acercarnos al Consulado español, todavía en la rua Duvivier, y saludar a Juan Nieto. Me llevé conmigo a Félixín para que pudiera atestiguar sobre la suprema calidad de aquel hombre. No me defraudó. Ya no recuerdo si una vez más me propició el cambio de dinero a buen precio; o si, dado que el tal servicio no fuese posible desde el Consulado, nos informara sobre la mejor manera y el sitio más conveniente donde llevar a cabo estas cuestiones. En cualquier caso, servicial y rigurosamente válido. A falta de comprobarlo con las notas que sacaría de mis aún tres visitas más a Río en los años de 1988, 1989, y 1990, creo estar seguro en afirmar que aquélla de 1984 fue la última vez que ví a Juan Nieto. De un lado, el Consulado se trasladaría a otra dirección; a Juan lo destinarían a Rosario (Argentina), y en su lugar en Río quedaría su hijo Rodolfo, a quien – voy recordando – tendría el gusto de saludar en 1988. Hasta la vista, pues, a uno de los funcionarios servidores de España más providenciales y efectivos que yo haya conocido jamás. Nos habíamos encontrado en Bulgaria en 1972, y ahora... doce tacos más de calendario, en 1984, nos veíamos por última vez en Río de Janeiro.

Cumplido el protocolo, mitad de cortesía, mitad de interés personal, de saludar a Juan Nieto, los restantes cinco días se me presentaban absolutamente en blanco para que los fuera yo llenando con los garabatos encrespados, apacibles, con los que la pluma de mi alma tuviese a bien escribir.

No lo tengo consignado, pero casi con toda seguridad debió de tratarse de ese mismo lunes 16, después de venir de saludar a Juan Nieto en el Consulado. Nos hallábamos Félixín y yo en la piscina del Hotel, un estupendo recinto al aire libre, pero protegido de la calle por

todos los lados. Precisamente nuestro Apartamento 753 estaba orientado frontalmente hacia y encima de la piscina. Nada invitaba a inferir que fuese a producirse mostración extraordinaria alguna. La placidez del medio y la especialidad de la circunstancia de estar de vacaciones en Río de Janeiro, disfrutando de las prestaciones de un hotel de cinco estrellas, ya constituía por derecho propio una plataforma con suficiente altura de miras como contexto estético. Pero ni uno solo de mis desplazamientos, ni uno tan siquiera de mis viajes ha carecido de ese quintaesenciado pináculo emocional que superase lo más acomodaticio de las uniformidades. Por eso, y entre los muchos títulos que en una primera fase barajara para presidir mis Memorias, el término *Mujeres...* me pareció tan ineluctable como acertado. Porque la lisura pareja de los aconteceres suele quebrarse por la entrada de una mujer en el campo de nuestra conciencia. Hablo de mi vida, y poco énfasis desiderativo tengo que poner para asegurar que sé de sobra lo que estoy diciendo. De sobra. Por eso entendí que el término *Mujeres...* constituía el principio definidor en el panorama de mis vivencias; el accidente que perturbaba inequívocamente la dinámica más o menos rutinaria de mi tiempo. Y aquel abril de 1984 en Río de Janeiro albergó una de las más intensas, exóticas e inquietantes experiencias.

Digo que estábamos en la piscina, en ese menester muelle de dejar que todo ocurra a nuestro alrededor; sin tomar partido por nada; sino en una especie de limbo de reserva para no se sabe nunca qué representación por venir. Charlábamos Félixín y yo y... entre otros ramales de mi reflexión, no era el menos significativo el de que Félixín, según mis entendederas, estaba oficiando como un turista concienzudo y ejemplar: había diseñado una excursión para cada día de estancia. De cuando en cuando un chapuzón. "Huerti" disponía de un estupendo chasis atlético, y precisamente la natación era el formato deportivo que mejor se adecuaba a sus preferencias y a sus habilidades. Perteneía a lo que pudiera entenderse como "nadador de fondo", elegante, modalidad "crawl". Se lanzaba a la piscina y era capaz de mantenerse más de una hora, entre flotando y surcando, incansable, tenaz. No creo que fuese entonces el caso para una

exhibición de corte tan continuado; pero sí recuerdo que dio sus vueltas impecables, sosteniendo su horizontalidad con la motricidad de su dinamismo marcando territorio y dispensando una advertencia liberal de competente poderío a los que ocupaban los veladores de alrededor. Tumbado en la hamaca, me entretenía yo mirando a los camareros que de vez en cuando aparecían, campanillazo en mano, y portando una especie de pizarra en el extremo de un palo o mango, a modo de lábaro, con el número de apartamento o habitación por cuyo ocupante preguntaran, para darle un recado, o por el hecho de ser requerido al teléfono. Era lo que en inglés se entiende por "paging", con la asombrosa economía de términos de la lengua inglesa para cada realidad. El empleado sacudía la campanilla, y con una mirada a la pizarra de mano se sabía de inmediato si la cosa iba con uno. La clientela del Copacabana, más bien madura. No encajaba de ninguna manera la ocupación de un sitio tan emblemáticamente señorial y clásico por una caterva de adolescentes. No sé. Hay cosas y cosas.

En medio de este recreo indolente por el que había dejado yo discurrir a mi alma, enfrente de donde estábamos nosotros, pero en sentido diagonal, y siempre al otro lado de la piscina, aparecieron dos chicas, espléndidas a simple vista, sin entrar en detalles y por el desplazamiento conjuntado de proporcionada armonía que comportaban sus chasis; la una, clarita, tirando a canela; la otra, más morena. La que acabo de señalar como más clarita, y en valoraciones de voluntarismo subitáneo, parecía más sosegada, más contenida; guapa de otra manera. ¡Vaya par de chavalas. De impresión, sencillamente de impresión! La más morena se zambulló con determinación y donosura en el agua, mientras que la otra se quedaba en el velador. Después de hacerse dos largos completos de piscina volvió a reunirse con su compañera. El camarero les había llevado en ese momento lo que parecían refrescos y cosas de picar. Me quedé vulnerado, acuciantemente mortificado por la presencia de aquellas criaturas que, cada cual en su estilo, ilustraban un plano esencial, aunque distinto, del turismo. Porque supusimos desde un principio que eran turistas. Pasó otro cuarto de hora y continuaron solas. La morena,

tras apurar lo que quedase de bebida en su vaso, se deshizo de una toalla o chal con lo que, a modo de pieza de pareo se cubriera las piernas, se irguió, dirigióse al borde de la piscina y volvió a zambullirse. Yo no podía más. Me obnubilaba el deseo, la curiosidad, la tropía por la aventura... me deshacía en conjeturas. Conforme la belleza morena mediante brazadas más femeninas que ortodoxas se iba aproximando al margen más cercano al lugar donde nosotros estábamos, no me dio tiempo más que a medio anunciar... “Felixín,... yo...” Me había levantado y me había plantado justo en la línea del borde donde la chica tenía, si no necesariamente, al menos, pensaba yo, lógicamente – y pensaba bien – que tocar...

Hay cosas que no se saben nunca y casi es mejor que así sea. Ella me vio..., debió suponer... yo me incliné, sonreí, dije... me imagino, algo... me aupé sobre mi espíritu como para desplegar la más inocua, la más deportiva y la más cortés de mis disposiciones... Ella, dentro del agua; y yo, semi arrodillado, semi en cuclillas, fuera del agua, en el límite de la piscina, comenzamos a hablar. ¡Oh, my God, qué precioso trance; qué edulcorada laceración, qué trauma desgarrador aun con semi anestesia! Impulsé, taladré, rompí lo que hubiera que romper, no sé si precisamente hielo o pelusa acomodaticia o costras de convencionalismo... No sé si rompí o arreglé; si demolí o edificué... pero el caso es que aquella magnificencia de morenía comenzó a hablar conmigo. ¡Oh, my God!... y nunca mejor expresado este interjectivo puesto que hablamos en inglés.

Se trataba de dos hermanas, ella y la otra, la que señalé como de tez más clarita. Eran libanesas..., libanesas de Beirut, a cual más sugestivas. Por el hecho de que mi atención se había trabado originariamente en ella..., por eso, y acaso por nada más, por eso me había abandonado yo a la aventura incierta de aquel abordaje tan por las buenas, tan a la manera clásica, tan a lo francotirador por libre, sin más señas de identidad que mi incontinencia por horadar en las dimensiones de lo desconocido. Allí, de aquella manera tan menguadamente protocolaria, en una postura de cuclillas en tijera, lo menos inarmónico de que fuera capaz el esqueleto y los músculos de

mi almacén..., allí conseguí retener a aquella inmensidad de mujer, a una de las dos hermanas, la más morena, vértice sazonado de semitismo, agarenidad y occidentalidad culta de Francia..., conseguí mantenerla sonriente adherida a las hebras quebradizas de las ocurrencias de mi conversación. La otra, su hermana, ya dije que asimismo bonita, pero de otro estilo: más rasguifina; más de la tierra de David; más de labios delgaditos; más enarcada, quizás. Estuvo un buen rato en la baranda de la terraza de la piscina, soberanamente presidiendo los destinos de los mortales de a pie, de allá abajo. ¿Líbano, Beirut?..., decía yo con una carga tanto de incredulidad pueril como de la admiración que se pueda sentir ante un raro ejemplo de intrepidez. Por aquel entonces Beirut (y el Líbano entero, en general) atravesaba su cuota de historia terrenal de maltrato a expensas de las fuerzas insidiosas... de las codicias de sus propios habitantes y de las de sus vecinos. Beirut era un campo de tiro. Beirut venía cabalgando desde hacía tiempo sobre el rocín apocalíptico de una guerra incesante, de todos contra todos. La nomenclatura de los contendientes había devenido imposible de asumir excepto para los más avezados, los más especializados, los propios que llevaban años jugando a matarse. Los medios de comunicación de masas aireaban una y otra vez la misma retahíla de atrocidades bélicas, de estupideces de fanatismos cruentos... ¡Que si los sirios, que si los fundamentalistas, que si los cristianos, que si los palestinos... que si la putísima madre que los parió a todos! Beirut, que se había considerado como la heredera de París para Oriente cercano, había roto amarras con la cordura y la civilidad, y se había engolfado en una guerra de hermanos, de vecinos, de parientes próximos y lejanos... Y aquel primor de criatura, aquel vértice sazonado de semitismo, agarenidad y occidentalismo..., me decía que ellas, su hermana y ella, vivían en Beirut, y que habían venido a Río a pasar unos días de vacación. ¡Oh, no! Cuán caedizas y endebles son las estructuras de pensamiento que los hombres nos empeñamos en construir y blasonar de ellas como monumentos sólidos que desafíen las procelosidades del futuro. Aquella declaración natural de fe de vida de la libanesa echaba por tierra muchas creencias

acomodaticias de dramatismo sensacionalista que satisfacían el consumo periodístico de los perezosos de imaginación. Todo le invita a uno a olvidar que el hecho de la vida, el vivir concreto de cada cual, la vibración ubicua que el alma de cada uno propaga se identifica con un sistema mucho más rico de recursos que el muestrario de estropicios que puedan atentar contra ese mismo acto vivo y siempre pujante y victorioso de la existencia día a día, momento por momento, contrariedad tras contrariedad. Aquella libanesa me estaba recitando una lección de historia vital, de sociología activa. Me hablaba de que uno llega a acostumbrarse a vivir en Beirut... "Pero – decía yo –, entiendo que"... "Sí – me precisaba ella – mientras caen los obuses por todo alrededor". ¡Oh, my God, my God! Algo más tuvimos que decirnos; alguna pretensión de desesperanzada galantería tuve yo que aventurar por el baluarte sin cima de aquella bellísima mujer. Sí, algo tuve yo que intentar introducir por aquella estrechísima, imposible, aduana de intimidación de... mi amiga; algo, una sugerencia, el quiebro de alguna greguería de halago, un acorde volandero e inaudible en el pentagrama infinito y sin cotas del alma y de los intereses concretos de aquella morenía paradigmática, porque más tarde en el restaurante de La Pérgola, donde "Huerti" y yo a partir de la segunda jornada hacíamos la comida..., allí volvimos a coincidir, y yo, en el trance escurridizo y quebradizo de cruzarnos con nuestras bandejas desde y hacia nuestras mesas respectivas, la dije: "I do not want to loose my hope", y así, como en una infantil demostración de voluntarismo ascético, por si en el mundo de los merecimientos pudiese contar yo con algún crédito... se lo dije en francés, su verdadera lengua culta, además de la modalidad semítica que en su caso fuere de aplicación... La dije: "Je ne vais pas perdre l'espoir". Me miró, se rió... como concediéndome todo, piadosa, sin que yo necesitase ver nada. Aquellas dos mujeres, aquellas dos hermanas, a cual más sugestivas, cuya vida se desarrollaba en Beirut, entre bombardeos y atentados, me estuvieron quemando la sangre y el alma. Eran el símbolo de la avanzada de la vida y del amor, a grupas de todas las galaxias. Yo hubiera hecho también un viaje a El Líbano, de haber tenido esperanzas de... ser

correspondido..., de ser correspondido..., ¿en qué?: En mis deseos de emborracharme, de anegarme en esencias. Esa misma tarde del día 16, lunes, mientras contemplaba desde la terraza de "Bolero" la muestra de humanidad que me deparaba una sección amplia del arco de playa de Copacabana, vi pasar a las dos hermanas, abrazadas a dos tarzanes rubios y altos, de complexura atlética, cabellos en dejadez generosa a lo nazareno. No cabía duda: habían venido invitadas..., bueno, supongo, casi con toda seguridad, por su pareja respectiva de apuestos y – necesité creer – merecedores ciudadanos brasileños, sin que por ello dejase yo de sentir celos horribles de ellos dos, celos, celos de bilis castañeteante y amarilla, retortijones, revulsivo de la inútil pregunta sin solución: ¿Por qué ellos, eh? ¿Por qué ellos y no yo? Estupidísima pregunta, producto de la insania más gratuita y más desafortadamente estéril. Pero así es el amor: estéril y estúpido y desafortado; al menos, a veces.

Creo que todos mis encuentros con las demás chicas que se sucedieron a partir de entonces, se motivaron por mi necesidad de borrar de mis gemebundos entresijos a la morena libanesa, y a la menos morena de su hermana, asimismo libanesa; magníficos ejemplares del Cercano Oriente; magníficos también por la intrepidez de sus vidas, floreciendo entre bombardeos: "Uno llega a acostumbrarse a todo"..., me decía la más morena, la más mía. ¿Me acostumbraré yo – pienso – a no verte, estrella de David mía, guerrillera mía, desconocida mía? No sé. La mies es cada vez más abundante y uno va también dejando de ser el que ha sido.

El martes 17 follo con Mariza, un encanto de trigueñita. Tuvo necesariamente que ser después de comer, pero tan sólo tengo consignados estos detalles en mis notas. Más tarde, después de echarme la siesta, me situé en la terraza del Bolero. Chiquillos limpiabotas, vendedores y vendedoras de rosas, de mapas, de juguetes, de loterías, de buenasaventuras. La gran avenida de la playa de Copacabana se me antojaba única, acaso, en el mundo: todo estaba allí, de venta, al aire libre, sin tapujos; la concentración de intereses es

asombrosa, por lo deportivamente expedita: ver pasar, contratar sin compromiso, llevarte el material a tu casa, volver a ocupar tu puesto anterior. Y todo sin las estridencias de los desplazamientos ni los desgarros ambientales. Aquella tarde bien recuerdo que me dejé halagar por un grupo de chavalas que solían tomar Bolero como sitio estratégico de encuentro. Yo charlaba con ellas, canturreaba, las invitaba y, por supuesto, si de tratarse de alguna fuera de serie se tratara, o simplemente que conectara conmigo mediante la secreción compartida de ese flujo químico especial que encandila el alma, pues, de ser así, digo, mi apartamento distaba poco más de cien metros. Aquella tarde charlé con Roberta, la de cara fina y tez de india, con pelo largo, y que me enseñó un álbum personal de fotos: Parecía tener pechos bonitos. Me enseñó su álbum, obviamente de publicidad de sus habilidades "artísticas", pues bailarina decía ser; pero lo hizo con tacto marcadamente femenino, sin procacidades (como una valoración perezosa hubiese dado por hecho). Me lo mostró así como diciéndome: "Mira, ésta que está aquí soy yo; dispones de la realidad y de la representación fotográfica de mi persona". De buena gana me hubiera ido con ella, pero tenía muy reciente, apenas hacía un par de horas, mi encuentro con Mariza, y preferí seguir dejando que la tarde discurriera por la senda de la conversación y del tonto indolente y liviano. Había otra niña, de pelo rizado y cortito, como una bolita de erizo, por nombre Francia, que me recomendó que pasara más tarde al show del Bolero, donde ella actuaba. También charlé con otra más, Marilla, de gesto dulce y labios que imaginé muy tiernos, y que se movía así como cansinamente. Asimismo rescato literalmente de mis notas tomadas en papel de avión del Copacabana: "El Hotel Trocadero está a unos 200 metros del nuestro; un poco más allá, el California; después, el Othon; y por último, en la calle Sá Ferreira, el Miramar, donde los de Meliá nos habían recomendado originalmente". ¿Por qué y a santo de qué consigné yo estos detalles tan concretos, tan intencionadamente descriptivos? Seguro que tuvo que tratarse de mi irrevocable deseo de atestiguar una vez más, por si no lo hubiese atestiguado hasta la saciedad..., de atestiguar, digo, la indiscutible primacía del

Copacabana; y en este caso, del Anexo de Apartamentos; que muy probablemente me hubiese yo aproximado a los de Meliá de Alcalá de Henares en un principio; y que visto el poco o nulo conocimiento que tenían de Copacabana, tendría yo que encargarme personalmente de la gestión del alojamiento. ¡Hotel Miramar..., Hotel Trocadero... Hotel...! Vamos, hombre, ¿a quién se le ocurre semejante propuesta estando por medio el Copacabana de Río, por sí solo comparable a los madrileños Palace y Ritz, los dos juntos? Seguro, sí; seguro que tuvo que tratarse de eso.

Me seguía haciendo gracia eso de que al jamón lo llamaran 'presunto'. El juego de palabras estaba servido. Cuando les pida *jamón* – decía yo al camarero Ramos, o al doble de Christopher Lee – sírvanme Vds. jamón real, comestible, y no "presunto". No sé si llegaron a alcanzar, o mucho menos, interesarse por el chiste. Los chavales venden también matrículas para coche de Río de Janeiro. En parte, me recordaba con regocijo el trapicheo a la carta, y legal, eso sí, que se traían los del estado norteamericano de Virginia, o que se habían traído, por lo menos, desde los tiempos de mi primer coche Mercedes en que entré en contacto con las dichas maniobras. Ya casi cuando estaba yo a punto de dar por terminada la jornada, aquella tarde del martes 17 me deparó un encuentro inusual. Estaba yo, como digo, sentado en uno de los veladores con sombrilla amplia, aunque ya sin sol, de la terraza del Bolero. Enfrente, el mundo entero y sus manifestaciones: gente pasando y pasando en una y otra dirección. A ciertas alturas de complacencia, todo aquello que atente contra nuestro estado de apacible tranquilidad tiene obviamente que encarnar quilates de entidad especial. Eso precisamente creo que fue lo que me ocurrió. Mirando hacia esa continua correa de transmisión de vida que formaban los viandantes, hacia aquel tráfago de humanidad delirantemente atractivo, en un espectro, además, que recorría todas las tonalidades, desde el negro negrísimo hasta el rubio rubísimo, sentía que todo aquello iba depositando en mi alma – por definición, impaciente e insatisfecha – la semilla inevitable de la melancolía. Me dejaba engolfar en la reflexión architransitada por mi conciencia de

que no existe la felicidad, sino un tipo sui generis de anestesia voluntariamente aceptada. La opción restante consistiría en unir uno a uno la mayor cantidad de momentos no-infelices e intentar formar una sucesión o secuencia sin solución de continuidad; algo parecido a una derivada matemática, metafísicamente asumida y explicitada por medio de la metáfora de una variable tendiendo a infinito... De pronto, la pinza de mi fijación se posó en dos chicas, mejor dicho, en una, que pasaban en dirección hacia arriba, quiero decir, hacia el hotel Othon; o si se quiere, para mejor entendernos, hacia la playa contigua de Ipanema..., o sea, hacia la derecha de donde yo me encontraba. Yo había terminado mi consumición de lo que fuese... Las dos chicas se iban alejando... Una de ellas me había parecido de notable alto, tirando a sobresaliente... Y se iban normalmente alejando; otros cuantos metros más y acaso estuvieran fuera de mi control visual. Me zarandeaba el juego de indecisiones. Lo de menos era irme sin abonar el refresco en ese instante. Yo tenía sobrado crédito en aquel establecimiento... Miré de nuevo. Las chicas habían desaparecido... Antes de concienciarme de que había terminado con el remolino de dudas y de irresoluciones, me vi disparado hacia el paseo, hacia la derecha... hacia donde... No tardé ni cinco segundos en divisarlas. Las alcancé. Bueno, para qué dar explicaciones. No me había fallado mi captación de lejos. La que había concentrado mis preferencias era rubia y se llamaba Carmen Nancy. La otra dijo ser su hermana y no tenía ni comparación en lo que a atractiva se refiere. Conservo en mis papeles: "El mismo martes 17 follo con Carmen, la brasileira alemana, rubia, bonita y dulce. Hace la número tres. Qué diferencia con los años anteriores, en que sólo en el primer día me había pasado por la piedra a cuatro garotas. Ahora los polvos tienen necesariamente que ser más espaciados, más recuperados". Aquí, como en otras instancias, advierto que es inútil pretender vertebrar valoraciones sobre realidades que en su momento se debieron al haz de condicionamientos operantes. He rescatado esta nota de mis apuntes por lo que tiene de referencia insustituible; por nada más. La encuentro algo descarnada y desprovista de humanismo estético universalmente válido. Sobre todo,

porque esta chica me volvería a propiciar un segundo encuentro, y porque resultó ser una criatura de elevadas cotas, siempre en consideración a un asunto tan volandero y tan de quita y pon como el del encuentro de nativa y turista. Recuerdo que aquella primera vez lo pasé muy bien con Carmen Nancy; todo lo bien que permite, ya digo, una situación tan precariamente provisional, tan de "si te he visto, no me acuerdo". Mientras su supuesta hermana dijo marcharse a casa, nosotros dos nos refugiamos, por supuesto, en el Apartamento del Copacabana. Después de follar con ella esa primera vez recuerdo distintamente que me dijo: "No te vayas ahora con ninguna otra chica, por favor". Si el mundo también está hecho de ilusiones y de magnetismos mágicos que son como el afrodisíaco de nuestra conciencia, yo no puedo por menos de confesar que aquella chavala, aquella brasileña alemana, rubia y preciosa, Carmen Nancy, me regaló uno de los piropos más atesorablemente intimistas que mi alma recuerda. Me dejó su teléfono, su dirección, y quedamos en vernos, en hacer yo todo lo posible por volver a verla antes de regresar a España.

Aquella misma noche, y sin que ahora, al cabo nada menos de 18 años en que me encuentro rescatando lo ocurrido... acierte yo con las motivaciones que desembocaron en la situación de referencia..., aquella misma noche es el caso que una chica, una tal Marcia, francamente, correctamente bonita, subió al apartamento y... sigo sin poder recordar ni las causas ni los finalismos, es el caso también que, con el permiso de "Huerti", la dejé que durmiera en la habitación-living. Probablemente sería la hora de recogida de la terraza del Bolero y queríamos seguir la conversación: Algo distinto de la dinámica normal y esperada para estos casos tuvo que suceder, puesto que – y me adelanto a efectos de quitar del lector cualesquiera asunciones gratuitas – ... puesto que la chica no me prestó servicio alguno y se marchó de nuestro apartamento con el regalo que la hicimos de permitirle pasar la noche. Hasta ahí, la exposición escueta de los hechos, para tranquilidad de todo aquel a quien únicamente le interese saber las cosas que ocurren, pero no el *por qué* de que podrían haber ocurrido de otra manera. El incidente con Marcia no dejó de chocarme.

Yo me encontraba muy bien servido de sexo, y el ruego de Carmen Nancy sobre que no me marchara con nadie más después de estar con ella, lo había cumplimentado yo sin violencia o sacrificio físico, y al mismo tiempo a modo de homenaje anímico a mi rubia amiga. Así que en este sentido no había problemas. Marcia, así, contaba con la seguridad taxativa de que su pernoctación en nuestro apartamento no la obligaba a ninguna, insisto, *ninguna* contraprestación. La diserté sobre el hecho de que ella pudiera no ser igual que otras, a las que se subía uno de la calle con un propósito concreto, y a las que, en valoración convencional y sin más distinguos hasta se las podría calificar de mercenarias, a diferencia de ella. Marcia, a quien yo por pura condescendencia de lo que pudiéramos entender como cortesía esperada o al uso, le había preguntado que si quería follar conmigo..., Marcia, que había asentido sobre mi disertación sobre quién era y quién no era chica de la calle, etc..., Marcia, digo, me expresó su entera disposición, su positiva disposición a follar conmigo, pero – y aquí viene lo curioso, por no entenderlo como chocante – ..., pero que a cambio de dinero. De modo que Marcia había celebrado mis puntos de vista sobre la condición de chica de alquiler, y chica no de alquiler; estaba muy de acuerdo con lo que yo había especulado; pero al mismo tiempo, y no por el hecho de estar de completo acuerdo conmigo sobre aquellas cuestiones, encontraba ni justo ni razonable dejar de cobrar dinero por follar conmigo. Recuerdo que más o menos me decía Marcia: "Así que a las prostitutas que tienen todas mucho dinero por ser prostitutas, las das dinero; y a mí que de verdad me hace falta y que no soy una prostituta, por estúpidos escrúpulos que te has sacado de la manga, no me darías ni cinco". El razonamiento no tenía lógica, pero tampoco carecía de ella. La respuesta más a mano y más incontestable hubiera sido: Desde el momento en que recibes dinero por *esto* ya estás siendo prostituta; y sanseacabó. Pero es obvio que el asunto revestía una buena carga de complejidad, y que en definitiva siempre iba uno a parar a los mismos postulados: ¿Quién es, en realidad, la mercenaria, la prostituta: la que recibe algo contable a cambio del alquiler de su intimidad, porque dice no tener otra opción; o la niña

viciosa que folla a diestro y a siniestro, aun sin recibir nada contable? Pues digo igual que antes: que cada cual especule desde su particular trinchera de criterio. Lo de "no tener otra opción" es pura retórica, porque en esencia no se trata de disponer de tal o cual opción, sino de – entre un número virtualmente infinito – abstenerse de servirse únicamente de una, una solamente, como es la de recibir dinero. En definitiva, *no* la follé, ya que mis circuitos mentales y afectivos se habían canalizado a través de unos cuadrantes irreductibles, de prejuicios de vía muerta que yo mismo hice erigir de la nada; y de reflexiones que inevitablemente maniatan el deseo. Pero aun con todo, el asunto me sirvió perfectamente para someter a repaso crítico el esquema de posiciones sobre las realidades y relaciones afectivas que tan a mal traer nos traen a los humanos. Ahora bien, como punto más extremo del recorrido pensante, me instalé en mi propio axioma, cifra y compendio de todo lo barruntado y conjeturado anteriormente – antítesis antipódica del ligón de vía estrecha que blasona de conseguir favores por su cara bonita... llena de acné o de marcas de viruela –, a saber: que acaso lo único verdaderamente sensato y coherente en este tipo de cuestiones es no permitir, obsérvese bien esto, *no* permitir que ninguna chica se acueste con uno si no es recibiendo dinero a cambio, por mucho que se negare a ello (a recibir el dinero, quiero decir). De esta forma se terminaría de raíz con los malentendidos y con las tonterías. ¿A qué conduce el absurdo de pretender sublimar una laja de piedra berroqueña?

Entre las notas que dejé escritas en el papel de avión con logograma del Copacabana Palace Hotel aparecen dos líneas henchidas de contenido: "Hice la gestión de buscar a la Sra. D^a Sonia Varella, y conocí a su hija Beatriz, bonita y graciosa". Bien. En una viñeta anterior sobre Brasil, creo que la correspondiente a mi viaje de 1979, cuento que por un cruce de esos típicamente fortuitos en el juego de las comunicaciones telefónicas, me encontré de buenas a primeras hablando con una señora por nombre Sonia Varella, y a la que en aquella ocasión no llegué a conocer, como tampoco conocería en mi

siguiente visita de 1980. El tiempo se encargaría de organizar los cuadraditos del pequeño mosaico. En su momento diremos que esta doctora, especializada en cirugía plástica, como discípula del célebre Ivo Pitanguy [creo que así se escribe] me extirpó en 1988 una concentración de melanina o "nevus piloso" en el ápice de la nariz. También ahora, conociendo lo que conozco, se me hace menos extraño el hecho de que nuestros teléfonos se enredaran, ya que una tía de Sonia vivía, y sigue viviendo, en Copacabana, no muy lejos por tanto del lugar donde se producía mi llamada. No recuerdo ya si en esta edición de 1984 llegué a encontrarme con su hija Beatriz. De cualquier forma, comprobé años más adelante que se trataba de toda una mujer preciosa, madre de dos hijos, chaval y chavala, mayorcitos ya, y casada ella en segundas nupcias. La Beatriz de 1984 tendría muy por lo menos 30 años. Lo de "bonita y graciosa" es sobremanera acertado en el primer calificativo. Lo de graciosa..., graciosa..., no estoy seguro. Se trataba de una mujer más bien reservada, consciente de que constituía un imán de imponente persuasión para los hombres. No. Sigo pensando que entonces en 1984 yo no me encontré con Beatriz; pero lo que sí que tuvo lugar fue mi comunicación por teléfono con su madre Sonia, la cual, al tiempo que quedaría nuestro encuentro personal efectuado, sabedora por nosotros de la hora en que salía nuestro vuelo el sábado 21, se ofreció a pasar por el Hotel a eso de las 19:30 y recogernos. ¡Una preciosidad de plan!

El miércoles 18 constituía justamente el punto medio de nuestra estancia. "Huerti" y yo seguíamos coincidiendo por la mañana en la piscina y más tarde a la hora de comer, en aquellos días en que él no tomaba una excursión para la jornada entera. Como dije: no he visto un turista más concienzudo y ejemplar. Ese miércoles 18 por la tarde, y como de costumbre, me bajé a un velador de la terraza del Bolero y nada más llegar me encontré con dos chicas que estaban allí sentadas, tan sólo desde hacía unos pocos minutos, como después me informarían. Eran dos primorosos encantos, cada cual en su propio estilo. La más morena se llamaba Sandra; y la otra, rubita, Zailda.

Como digo, preciosas, colmadoras, jóvenes, complementarias. Surgió la conversación de inmediato. Zaïlda, la rubia, se mostraba algo más renuente a entender mi español; pero la otra, Sandra, parecía no tener problemas, tan sólo con que yo pronunciara las cosas despacio y silabeando bien. Sandra – es curioso – traducía a su amiga lo que yo les hablaba. Mi progresión de encandilamiento con las dos fue pasmosa, fulgurante. Las encontraba, *eran*, atractivas en extremo, turbadoramente femeninas. No entraba precisamente en mis cálculos ninguna escaramuza en especial; pero aquella demostración echó por tierra mi neutralidad. Las dos, las dos me encantaban por igual. Y en buena lógica, a las dos las invité a acompañarme en el apartamento. Zaïlda, la rubita, tiene un chasis sensacional; parece una criatura de Boticelli; la otra, Sandra, una morena de Tintoretto. Mi asunción del haz de realidades que la circunstancia desprendía fue de lo más completo. Me acordaba de Sonia y de Yvette; me acordaba de Carla y de Jussa; y también de Beatriz y de Fernanda, gloriosas duplas, gratisimas parejas de amigas. Y ahora con Sandra y Zaïlda volvíamos a las andadas, pero aún con más propiedad, con más conocimiento, con más vocación de deseo. Sí, sí, me gustaba estar, estarme, con las dos, perpetuo en la fugacidad de cada tramo mínimo de instante; me gustaba anclar en la realidad de acompañarme de las dos, con la mente, con una voluntad fortísima de concordia; con una adensada solidaridad, con una conciliadora actitud. Hacía mucho tiempo que no me aventuraba con el doblete, y esta vez, como me temía, no pudo ser: mi fisiología dijo que no. Hocé líricamente con las dos en el más puro estilo de camaradería, en la más conciliadora exquisitez en la que no era posible distinguir lo de cada uno, de lo de los otros dos... Mi flujo, a todo esto, pedía libertad, pedía llegada a término, una concreción unimismadora... Por esos relámpagos de decisión que se producen en los negociados del alma y que se resisten al enjuiciamiento, recuerdo que me puse sobre Sandra y en ella descargué el mensaje de ultimidad compartida que mi semen me había exigido. Después de eso, y en lo que a recursos somáticos se refiere, quedé anestesiado, incapaz de ninguna otra prestación. Las acompañé hasta la entrada a los

Apartamentos por la piscina, no sin asegurarles que deseaba volver a verlas al día siguiente, y que seguiríamos hablando. Esa misma noche me puse a jugar dentro de la cabeza con las ideas de siempre: por un lado, me deslumbraba el futurible de invitarlas a las dos juntas a España; nada menos que a las dos juntas. Luego, al rato, me ponía a pensar en lo patente de tal disparate: tener a dos criaturas de tal entidad conmigo al mismo tiempo. Lo mejor, me avine por fin, sería sin duda invitarlas una a una; una detrás de la otra, para así poderme yo dar cuartel en verano, alternando el ocio, la práctica moderada del deporte, y el estudio. Con ese revoltijo de posibilidades dejé que el día siguiente me prestara luces.

Y el día siguiente 19 de abril, jueves, lo más destacado que me deparó fue – bien lo recuerdo – ... fue una dolorida y al mismo tiempo golosa zozobra por volver a ver a mis dos amigas del día anterior. Se me habían aclarado las cosas: quería, definitivamente, *estar* con Zaïlda a quien en nuestro encuentro previo no había podido cumplimentar. Quería asimismo, imperiosamente, conocer los detalles suficientes y fiables de ambas; es decir, dirección y un teléfono de contacto para futuros proyectos que ya me los antojaba yo próximos. Se hicieron esperar, pero llegaron al Bolero. Obviamos los introitos. Dije sencillamente que me parecía justo tener con Zaïlda una celebración; que se lo había prometido y que estábamos allí para cumplirlo. Me la subí al apartamento a ella sola y la eché un polvo cumplido, con la reverente aquiescencia de quien sabe que tiene algo pendiente y que sobran los preámbulos. Me di cuenta de dos cosas: de que era una chavala absolutamente egregia, de hechuras impecables, y de comportamiento, al menos conmigo, totalmente complaciente. Eso, por una parte. Y también me di cuenta de que, todo lo ligeramente que consintiera la más mínima diferencia, mi preferencia se inclinaba por Sandra. Era más conscientemente receptiva; podía blasonar de un chasis equiparablemente persuasivo..., y además de eso, como digo, disponía de una gracia comunicativa, de una cordialidad que no concurría, por lo menos en igual medida, en la rubia Zaïlda. Hicimos

intercambio de direcciones y de teléfonos. Ellas iban a estar fuera el fin de semana, y nosotros ya nos marchábamos dos días más tarde.

Nuestra vacación se aproximaba a su término. Tengo recogido en mis notas, y así lo traslado literalmente: "Hoy, Viernes Santo, día 20 y penúltimo de nuestra estancia en Río, se tiene que volver inexorablemente melancólico. Las criaturas se suceden, en flujo incesante, que no termina nunca de pasar, sin que ninguna suponga un asidero del todo definitivo; sin que por ello deje cada una de depositar su cuota – ya lo he dicho – de melancolía, de nostalgia de lo no vivido". Felixín y yo dedicamos parte de una tarde, tarde... o noche, a hacer turismo juntos. En mis viajes anteriores yo había presenciado las revistas típicas del "Oba, oba...", "Sambão e Sinhá" y no sé si alguna más. Ahora, para coincidir en algo que también fuese nuevo para mí decidimos asistir al espectáculo "Plataforma", algo que, pensándolo después, tenía rasgos comparativos con el "Meliá Castilla" de Madrid y el "Michelángelo" de Buenos Aires. Se trataba del típico show musical, un todo revuelto de lo más expresivo y tópicamente turístico sin por ello dejar de ser universalmente valioso. A Felixín le pareció muy bien la idea, y yo, por descontado, de acuerdo. Bueno. Fuimos a la revista... eso, claro, con toda seguridad, y tuvo que tratarse necesariamente de este Viernes Santo, en el que yo no tengo entrada en mis apuntes de ninguna chica. Ya no quedaban más fechas. Recuerdo con toda nitidez un incidente que me apresto a incorporarlo a estas Memorias generales mías, porque en el caso que nos ocupa creo que se acomoda perfectamente bien en el sistema de particularidades a través del cual se puede entender mejor la idiosincrasia de un país; una muestra de sociología, dicho de otra manera. Sucedió que Felixín y yo habíamos obtenido nuestras entradas, con derecho a una consumición... lo típico, vaya, por medio del Hotel, y que dichas entradas reflejaban impresa una asignación numerada de mesa en la gran sala. Llegamos y tras una comprobación cuidadosa constatamos que nuestra mesa... en efecto, nuestra mesa, número correcto correspondiente con el de nuestros boletos... nuestra mesa estaba ocupada por dos caballeros más o menos de nuestra

edad..., fornidos, de buena presencia, que tenían sobre el mantelillo los cascotes de varias botellas de las bebidas consumidas. Lo normal. Nos acercamos y les dijimos que si podían explicar el hecho de que, según todos los indicios, nuestros números reflejaban que aquella, *aquella* y no otra era *nuestra* mesa. Sin dejar de hablar, aunque sin poner mala cara, se hicieron los desentendidos; hicieron como que buscaban sus entradas, no las encontraron ni nada que se le parezca, se excusaron sin expresar nada concreto que yo recuerde... y siguieron conversando. Bien. Continuamos con lo normal. Nos fuimos al camarero, y el hombre, efectivamente, comprobó la numeración, avistó la mesa en cuestión, se fue hacia allá, entabló un coloquio con los parroquianos intrusos... Nosotros, a todo esto, nos manteníamos cerca, pero no pegados..., para evitar el agobio. El pobre camarero nos consta que esgrimió las mejores razones que la evidencia le permitía. Pero los otros no se movieron. Por el gesto, debieron de decirle al camarero que no perdiera el tiempo; que se trataba de un hecho consumado. Y así quedó todo. El camarero nos dijo a su manera que contra esta forma de ser no hay más que enarbolar una medida cruenta y policial... ¿Era la situación como para armar una trifulca? ¡Yo qué sé! Nos acomodó en otro sitio, igualmente bueno, y quedó todo ahí. El detalle, nimio en verdad, me ilustró, como digo, una buena parte de la idiosincrasia de este pueblo. El argumento vendría a resumirse así: Si la realidad consume un caprichoso sesgo en el orden establecido de las cosas, y no existiendo peligro real de... lo que sea, ¿es proporcionado armar un cirio con el propósito de exigir que las cosas se sucedan conforme a ese plan previsto y previo? Pues que el lector juzgue. Los dos cojonazos de los tíos estos, con buena pinta – repito – siguieron en el sitio como si tal cosa. Desde luego, es una manera como otra cualquiera de asumir una cosmovisión. Vimos a las mulatas bailaoras (que, dicho sea de paso, y con las inevitables excepciones, no me gustan lo más mínimo); escuchamos música de samba... y recibimos por añadidura una lección práctica de sociología brasileña, a lo vivo y por lo directo. ¿Se puede pedir más?

Y nos colocamos ya en el último día de estancia. Me permito de nuevo recordar lo operativo de hacer el viaje de noche, ya que de esta forma, y por un suplemento razonable sobre el precio entero del Apartamento por un día, disfrutamos prácticamente de una jornada completa más. Aquel sábado, quiero decir en su tramo de la mañana, muy probablemente lo pasara en la piscina. Creo que Félixín se dedicó a ir de compras, a tenor de las cosas que le vi echar en la bolsa de viaje. Sobre todo, pareció interesado por los pedruscos esos, o geolitos: dijo que se llevaba varios, unos para su casa; otros para Conchi, su prometida... y no sé qué más chucherías. Probablemente también celebrásemos la última comida en el restaurante de La Pérgola; y bien porque hubiese convenido con ella previamente; bien porque la telefonease esa misma tarde, el caso es que me personé en el alojamiento de Carmen Nancy, la rubia de ascendencia alemana. Se hospedaba en el piso de una señora y disponía, por las apariencias, de una habitación pasable; yo diría que tirando a buena – en régimen comparativo con otras que había visto y que vería – y en la que disponía de una cama grande, con cuarto de baño al lado, si bien en el pasillo de fuera. Me abrió la puerta, asomando la cabeza y haciéndome guiñitos. La dueña, celestinesca y festiva, pareció celebrar mi amistad con Carmen, y me preguntó si no tendría un amigo para poder solazarse ella, por lo menos con un primor equiparable al que de antemano estaba endosando a Carmen ante la simpatía y solvencia que la presencia mía le significaron. Me proporcionó una toalla grande, para lo cual había previsto yo cinco mil cruceiros de propina.

Carmen se esmeró de manera muy especial. Instaló un ventilador de esos cuadrados tipo panel que descansan en el suelo, y supongo que lo más moderno después del aire refrigerado por máquina; y puso música. Estuvimos juntos dos horas justas, eso lo tengo anotado cuidadosamente, y Carmen se lució en su papel. Confieso que no supe si fingía; y si así hubiere sido, lo hacía tan a la perfección que acabé creyéndomelo. La eché dos polvos impecables, individualizados, elaborados, distanciados. No sospeché que aquella velada estuviese aderezada por unos condimentos tan congruos de

civilidad, de prestaciones sobre el asunto de referencia, y de ambiente distendido en general. Carmen y yo empatizamos mucho más de lo que yo pudiera haber previsto. Carmen se sinceró conmigo de manera muy abierta. Me enseñó una carta en inglés de un amigo norteamericano, por lo que pude colegir, un típico turista, del estado de Nueva York, con el que se había encontrado hacía unos meses, y que ahora la escribía. Para alguien como yo, conocedor de la percalina, pocas veces he podido trazar un diagnóstico más directo y más exacto. Se trataba, sí, claro, del típico desgraciado, solitario y frustrado ciudadano norteamericano USA, que en una vacación excepcional, acaso la única que se habría podido permitir en... toda su vida, había conocido a algo tan devastadoramente bello, distinto, perturbador e irreplicable como Carmen. Me lo imaginé, me lo representé con fidelidad minuciosa. El hombre – por los detalles que daba en su carta –, madurito, divorciado, y de profesión... ¡agente de seguros! Conocer Río, conocer a Carmen, y tener que regresar a la prisión de chatedad rutinaria de su trabajo en un país donde el clima frío y la nieve le tenían determinado más de la mitad del tiempo que se contenía en cada año..., eso, digo, le había significado un revulsivo monumental. Carmen no entendía el inglés; conocía algunas palabras, pero ni tan siquiera para hacerse cargo del contenido de una carta, con la específica dificultad añadida de venir escrita a mano, con la consiguiente dosis de ambigüedad interpretativa de algunas de las grafías. La formidable empatía que Carmen y yo consolidamos hizo que ella me entregara la carta con toda naturalidad, como diciéndome: "¡Mira, aquí está esto de un chalado que me escribe!" Sufrí mucho, lo reconozco. Sufrí por aquel desventurado. ¿Que qué la decía? Pues lo que un niño puede imaginarse. Que se había enamorado de Carmen hasta la médula; que la invitaba a vivir... "in style" [¡qué bien recuerdo aquella expresión!] en su casa del estado de N.Y.,... y que si andando el tiempo las cosas iban encajando... bueno, pues que el pobre hombre no se oponía a *casarse* con ella; que le ofrecía matrimonio. Carmen, obviamente, se sinceró conmigo hasta el final, sabedora por nuestra conversación de entonces, o por lo que hubiéramos charlado la vez anterior, que yo había pasado diez años

académicos en aquella parte del mundo; sobre todo, diez inviernos. Me pidió consejo... lo que son las mujeres..., mientras jugaba conmigo, mientras nos intercambiábamos caricias, tal vez ya amainadas por haber celebrado las dos veces; o tal vez no, tal vez mientras nos repasábamos nuestras *pudendas*, mientras que ella apartaba su morrito de mi falo..., mientras que ella me devolvía mi hozar con su boca... Carmen me preguntaba cosas sobre los USA, cosas..., cómo vivía allí la gente, bueno, ese tipo de asuntos. Lo primero que la advertí es que allí había mucha nieve... "¿Mucha nieve? – me dijo asombrada. A mí me gusta la nieve". Yo la dije entonces que siendo así no tenía problema; pero que lo pensara y que no confundiera la novedad de una idea y lo bonito de una postal navideña con lo terrible de las realidades. ¡Pobre desgraciado... aquel norteamericano, que se declaraba por carta a una carioca, y que ésta, mientras follaba conmigo, y con toda la seriedad que el momento consentía, se estaba enterando del alcance de las propuestas! Todo normal. Todo cívico pero cruel; extremadamente cruel y lacerante. Jamás he tenido un retrato más a lo vivo de una situación vivencial tan patética. El pobre agente de seguros decía en su carta que dentro de no sé cuántos años, pocos, podría jubilarse, y que, contando con que para entonces habría acabado de pagar su casa, se consideraría con suficiente autonomía económica como para hacerse cargo de Carmen ¿Y qué haría una chica como Carmen Nancy en un lugar tan horripilante como la parte norte de los Estados Unidos de América? La soledad despiadada; la guadaña segadora de la individualidad de los ciudadanos USA quedaba reflejada en los acentos de la carta de aquel yanqui. No, gracias, había dicho yo muchos años antes a ese tipo de paraísos. Carmen, follando de lo lindo conmigo, y como teniendo en su conciencia y en el curso de acción de su persona la desventura de aquel paria. Desde luego, pude imaginarme lo que una chavala así puede obrar en la mente de alguien como nuestro hombre. Recordemos por última y definitiva vez: divorciado, carrozón, puteado por su mujer y por las cargas familiares, falto de calor en un clima inhóspito..., había perdido la cabeza por aquella walkyria soleada, cachonda, y

buena chica en el fondo, ¡qué duda cabe! Carmen me regaló un muñeco, más bien un osito azul pequeñito, de peluche, sostenido por un diminuto andamio o soporte de alambre, con un cartel o colgadura escrito por Carmen de su propia mano: "Gosto muito de voce, sabia?" Pues yo también gusté muchísimo de tí, por si no lo sabías; pero que estoy seguro de que sí, de que lo sabías, de que lo supiste, y muy bien.

La cosa estaba llegando a su término. Como la más directa patentización del frenesí inflacionario que atacaba, más y más, a la economía de Brasil, la factura por nuestras siete noches de apartamento ascendió a la llamativa y ya abultada suma de un millón doscientos sesenta mil cruzeiros. Y eso sin ningún tipo de extra en lo tocante a las esperables "clavadas" que hubiera supuesto haber hecho uso del mini-bar. En ese tipo de cosas, con clientes tan sobrios como Felixín y yo, las empresas hubiesen tenido que cambiar de línea de oferta, a menos de quebrar. Conservo con cuidado de coleccionista... de nada, aquel recibo. Si ha lugar para ello el lector de mis Memorias me acompañará en años sucesivos en presenciar el baile de denominaciones que adoptó la moneda brasileira y la disparatada espiral hacia arriba de precios en muchos de los servicios y de las prestaciones.

A las 19:30 llegó Sonia Varella. Se trataba de una señora, más o menos de mi edad; bueno, tal vez algunos años por arriba, de profesión cirujana plástica, conocida y discípula del divo de esa especialidad Ivo Pitanguy (vuelvo a no tener seguridad de escribir correctamente este nombre). Desde el mismísimo primer momento Sonia se destapó como una competentísima enlace para todo lo que a partir de entonces tuviera que ver con Brasil por parte de mi incumbencia. Me dijo que yo tenía una cara agradable, en el sentido de que cualquier persona que me mirase no encontraría rechazo o disuasión que le impulsara a quitar su vista de mi semblante. Sólo..., y aquí viene una explicación sensata,... sólo que la peca o pequeña concentración de melanina en el ápice de mi nariz, operaba de modo distorsionante; es decir, que por fijar la mirada en aquel botoncito

moreno o saliente atípico de la superficie de mi apéndice nasal, por eso... quien así estuviera mirándome se abstenía de percatarse de los demás accidentes graciosos y armoniosos (siempre según Sonia) de mi continente. Me insistió en que yo disponía de un rostro atractivo, y que no estaba bien que aquel *nevus* estropease el panorama... Pura estética. ¿Peligro fisiológico? No, prácticamente ninguno: tan sólo uno de aquellos pegotitos excrecientes de melanina devenían malignos entre no sé cuántos millones. La prometí que lo pensaría y que, puesto que ya no dejaríamos de estar en contacto, tendríamos ocasión de abordar el tema. Lo dicho: una gran mujer esta Sonia que desempeñó el cometido más importante respecto de mis relaciones con Brasil.

Ya en el avión, y volando hacia casa, fui pensando en aquellas mujeres, entre tantísimas, a las que – aun habiendo mediado entre nosotros abordaje conversacional – sin embargo no amé. Algunas ya han hecho su presentación en los primeros rasgos de esta viñeta: Francia, la chocolatita clara de cabecita redonda, pelito corto y rizado. Roberta, la de pelo largo y carita fina, que me enseñaba un álbum de fotos artísticas (en cueros) para enardecimiento estético mío. Marilla, de gesto dulce y color aceitunado; morena, de labios enormemente apetecibles. Cris, la de las botas, a quien conecté el primer día, y que me dio su teléfono. Carlota, la amiga de la "public relations" de la joyería, y que sabía un poquito de inglés. Marcia, la protagonista de la parábola moral. Paola, la chica a quien invité a subir y que, como al desnudarse... no encofraba dentro de mis expectativas de diseño en razón de su chasis, le dí diez mil cruceiros, y tan contentos todos. Jenny, creo que se llamaba aquella indiecita que me invitó a que la viera en su *boite*, y que, con el fin de constatar mis ganas, me permitió que la cogiera un poco los senos.

Esta temporada mayoritariamente las chicas llevaban un tipo de vestidos o blusas que desde la parte de arriba descendían sesgados, dejando un hombre al aire; o permitiendo que un tirante se deslizara negligentemente por debajo del cuello.

Ana Tato (San José, Costa Rica); Blanca Rosa (Tegucigalpa, Honduras); Clara Hernández (Guatemala); Milagros y Luz; Cordelia (Santo Domingo, República Dominicana); Jessie (Cabo Haitiano, Haití): julio 1984

Los viajes, como muchas de nuestras voliciones y de nuestros estados de ánimo, tienen su origen en una franja amplísima de realidades que se constituyen fuera de lo que pudiéramos entender como designio individual de cada uno de nosotros en un momento dado. Yo nunca había pensado en visitar Costa Rica, así, por ella misma. Nunca. Pero era el caso que este paisillo formaba parte de un complejo geográfico – Centroamérica – que había despertado mi necesaria curiosidad. Conocía los colosos con pies de acero del Norte, con excepción de Méjico; y conocía los colosos con pies de adobe del Sur, la cordialísima lista de repúblicas iberoamericanas, con Brasil, sobre todo, a la cabeza, desde que en 1978 celebré mi primera entrada en el continente, y a la que seguiría una larga continuación.

Hice acopio de motivaciones; arañé de aquí y de allá justificaciones más o menos a la medida de mi espíritu; más o menos encajadas con el calzador del voluntarismo; en aras de unas anticipaciones desiderativas de imposible verificación me prometí botines de vivencias; me constituí en hacedor del baremo por el que se calificaría el derecho a premio..., y en concursante premiado. Tomando en consideración el punto de apoyo, o mejor, la estación cabeza de playa o catapulta que había consolidado con mi viaje del año anterior a la República Dominicana, y propulsándome con mi natural inclinación a incorporar a mi conciencia más y más hazas de geografía, es el caso que para aquel verano de 1984 diseñé un formidable recorrido, no tanto por el total de kilómetros a cubrir como por la multiplicidad de vivencias producidas al contacto de los seis países que, en definitiva, terminé abarcando. Empezaría, sí, por Costa Rica, aprovechando el hecho de que Iberia volaba con una buena frecuencia desde Madrid (con una escala técnica en San Juan de Puerto Rico).

Luego, Guatemala, también servido para el regreso por Iberia y con aviones Jumbo. Desde allí, ya vería. Por ello, lo que sí tenía claro es que mi vuelta tendría que hacerse necesariamente desde Guatemala hasta Santo Domingo, ya que la isla Española significaría mi punto último de lanzamiento hacia Madrid.

Una noche del mes de julio de 1984 me encontré volando en un DC-10 de Iberia hacia Costa Rica. Allí vivía Ana María Tato, madre de familia y más o menos de mi edad, que me constaba que entonces se encontraba en su casa de la capital San José. Ana Tato había cursado en Granada los años finales de la carrera de Derecho, probablemente bajo los auspicios de algún organismo interestatal iberoamericano. Como acaso haya advertido algún lector de mis Memorias, nuestra Licenciatura de Derecho había terminado en 1977, fecha en la que Ana se había regresado a su país, ya que dicho título era lo que, en su caso, ella perseguía únicamente. Así pues, habían transcurrido siete años. En todo ese tiempo yo estuve enviándole mis trabajos jurídicos, de forma que su invitación de Granada, ya se sabe, esa invitación laxa y ecuménica de... "tienes que venir a Costa Rica y visitarme"..., y fórmulas por el estilo, seguían propagando la vigencia que les hubiera otorgado Ana en el momento de pronunciarlas. Ana trabajaba de funcionaria, de grado medio tirando a alto, en el Ministerio de Agricultura, o algo equivalente, de Costa Rica; y con su Licenciatura de una universidad española, seguro que disponía de ciertas prebendas de reconocimiento y de prioridades entre sus compatriotas de nivel técnicamente equiparable. Sí, Ana Tato me había invitado todas las veces que la dinámica de la eutrapelia comporta entre colegas... y una noche de julio de 1984 me hallaba yo volando hacia San José de Costa Rica en un DC-10 de Iberia. El hiato de siete años con esta costarricense madre de familia estaba próximo a diptongarse.

Recuerdo con especial viveza que el asiento de... junto a la ventanilla de la zona de la izquierda, hacia la cola del avión – el DC-10, al menos de entonces, mantenía la disposición de un bloque de cinco butacas en el centro, y uno de dos a cada lado – lo pasó a ocupar

un tipo mal encarado que se me atravesó materialmente en todo el espacio y apenas permitió que acomodase yo mis piernas. Se trataba de un árabe naturalizado peruano. Había subido en Madrid y se dirigía a Lima. En el brevísimo receso de comunicabilidad que se permitió ya bien entrado el amanecer, y no lejos de nuestro aterrizaje en San José, el hombre me dijo que era palestino; que trabajaba en Madrid, y que viajaba a ver a su familia en Lima. El sujeto constituyó un verdadero show para las atónitas azafatas que, a pesar de haber presenciado infinidad de particularidades homínidas, no dejaban de mostrar su perplejidad ante irresponsabilidad tan tamaña. Me dio sencillamente el viaje: patadas, gañidos, golpes, aderezado todo ello con lingotazos que se arreaba de una botella de Cointreau. Se había echado por encima la manta de viaje del avión, mimetizándose perfectamente con el atuendo palestino de Arafat, por ejemplo. Fue una escena cinematográfica de una plasticidad honda y emanada desde los cuévanos subyacentes de la personalidad de nuestro amigo. La tripulación del DC-10 hicieron encendidas alabanzas de mi paciencia y de mi comprensión. El hombre, además de la cena típica del catering aéreo, se había llevado algunas viandas, probablemente afines a sus creencias. El caso es que, nada más acabado el refectorio – repito – se atravesó en la forma total que he pretendido señalar, y no despertó hasta el momento del desayuno, antes de tomar tierra. Yo, que con el tiempo he ido mostrándome más y más refractario a la comida de plástico de los aviones – por no decir nada de los zumos sintéticos, que jamás he probado, de tan miserablemente, tan baratamente y tan en tipo droguería alimentaria como están procesados – ... digo que yo no probé bocado: creo que consentí alguna chuchería del postre, y nada más. Las azafatas que atendían aquella zona me tomaron por santo que me hallase en pleno programa de ascetismo, de tanta y tan continuada paciencia como desplegué.

Llego a San José la mañana del viernes 6 de julio de 1984. Las interventoras de pasaportes del aeropuerto internacional Tobías Bolaños son todas mujeres. Todas parecen buscar, cotejar, comprobar... cosas, nombres en gruesos repertorios impresos, con

referencia a los pasaportes que se les va entregando. Se trata de la consabida medida policial con el fin de detectar la identidad de algún ciudadano con status irregular, delincuente o no, más o menos buscado. Claro que este tipo de cosas siempre las ve uno hacer en las grandes y pujantes democracias, absorbedoras de buena parte de la emigración mundial. En mi caso, al llegar a los USA en 1961 y enfrentarme al numerito de la comprobación de pasaportes y de status cívico – no fuese a darse el caso de que se les colara algún indeseable en su paraíso terrenal –, pues digo que desde entonces ya me había familiarizado con el susodicho trámite. En ese momento, quiero decir por aquella época del verano de 1984, Costa Rica contaba con dos millones setecientos mil habitantes que, siempre en comparaciones más o menos odiosas, hubieran podido vivir como rajás. Pero la crisis también les había mordido. La neutralidad idílica del país que blasonaba de no disponer de ejército – puesto que el único cuerpo militar lo constituían según ellos, los maestros armados con plumas, lápices y cuadernos para enseñar, y zarandajas voluntaristas por el estilo – en buena parte se había venido abajo. La situación al norte, en Nicaragua, a todo lo largo del río San Juan, había deteriorado las cosas en Costa Rica. El concepto de globalización, en cada caso y con la distinta medición de que se tratara, siempre ha patentizado el inamovible principio de que "con buena picha, bien se jode" y de que "quien manda, manda", expresiones, en efecto, poco protocolarias y menos versallescas, pero que encapsulan plásticamente algunos de los principios en los que rige el sentido común. Costa Rica hasta entonces podía haberse jactado de un nivel de vida atractivo; de un modelo de convivencia a ser tenido en cuenta por... supongo, vecinos y distantes. Pero las cosas habían cambiado drásticamente. En los últimos seis años – me aseguraron taxativa y rigurosamente – la moneda nacional, el colón, se había devaluado el 600.- (SEISCIENTOS) por cien respecto del dólar americano. Así como suena. Cuando yo llegué fluctuaba entre 43'50 colones que pagan, por ejemplo, en los hoteles; y los 46'50 que podían pagar los particulares interesados en obtener

divisa estadounidense. De todo ello tendremos ocasión de facilitar datos concretos conforme vayamos avanzando en la narración.

Una vez más, tampoco soy capaz de reconstruir detalle a detalle la secuencia de mis primeras horas en San José. Me hospedé en el Hotel Irazú, que es lo que cuenta. Desde allí tuve también necesariamente que ponerme en contacto con Ana Tato, la cual me recogería, supongo, y me llevaría de nuevo al aeropuerto. Porque lo que si constituyó el acontecimiento de aquel primer día en Costa Rica fue la magnífica invitación que mi amiga me hizo a visitar el Parque Nacional Corcovado, al sureste del país. Se trataba de una fenomenal casualidad: ella, como funcionaria del Ministerio... hemos quedado que de Agricultura para abreviar, debía personarse allí junto con otros responsables del menester de que en aquel momento se tratara. Y en la avioneta que iba a llevarnos quedaba una plaza libre. No lo pensé. Aunque estaba reventado, acepté gustoso. De nuevo al aeropuerto donde embarcamos en una avioneta Cessna, cuatro plazas monomotor: Carlos Góngora, piloto; un corpulento muchachote, Hermann, Director del Parque; Ana; y yo. La experiencia no pudo ser ni más totalizadora ni más gratificante, por lo que tuvo de inmediata, de espontáneamente directa. El vuelo, de alrededor de hora y media de duración, describe una *ele*: primero, se dirige de cabeza al sur hasta alcanzar Puerto Quepos en el Pacífico; luego ya, siempre por encima del mar, pone rumbo sureste hacia la excrecencia de la península de Osa, donde se encuentra el Parque. Desde el aire el mar se ve distinto: rayas, como arañosos profundos en lo verdeoscuro, como si hubieran pasado los dedos de una mano imaginable. Y sin embargo, comprobé la incomprensible realidad de que nadie pesca; al menos en aquel tramo de mar que fuimos divisando. Al acercarnos a Puerto Quepos me percaté de unas extensiones de cultivos, en verde, que parecían tejidas sobre un mosaico de artesanía, de tan igualadas como aparecían sus líneas; de tan inmaculada y tan proporcionada la altura de los árboles, plantas o arbustos que en aquellos macizos se cultivara. La verdad es que la mayor parte del mundo vegetal que iba yo mirando desde la avioneta arrojaba unas características de cuidado y esmero que

hubieran en todo caso merecido un notable alto. Sí, aquellas superficies cultivadas, de lo que fuere, llamaron agudamente mi atención por el concienzudo cuidado, la perfecta simetría y mantenimiento con que se nos ofrecían desde arriba.

– Oye, Ana, ¿qué es eso que se ve allí... aquellos cuadrados preciosos?

– Son plantaciones de aceite de palma, americanas, en terreno cedido por el gobierno costarricense.

– Ya –. No hay solución, me dije: el control USA en estas latitudes y respecto de estos paisillos es abrumadoramente total. Lo que no vi fueron tiburones, espectáculo fuerte que se nos había anunciado en tierra. Desde la avioneta lo que sí se logra precisamente es una estupenda perspectiva de la espina dorsal de toda la parte meridional del país, desde la capital San José hasta la frontera con Panamá. Verde oscuro, verde tropical, casi bruno, rezumante, empapado en los frecuentes y seguros chubascos. Lo más chocante como espectáculo son las casitas rústicas diseminadas por esa quebrada rugosidad. A veces es posible seguir la línea de camino que como laborioso cordón de laberinto conecta cada uno de estos solitarios núcleos dentro del cuerpo reticular.

Antes de tomar tierra en la tierra de césped del cuartel general del Parque – del que, como dijimos, uno de los cuatro pasajeros de la avioneta, el muchachote Hermann, era el Director – nuestro piloto Carlos Góngora dio unas pasadas por la raya de costa para controlar los asentamientos de "oreros" o buscadores de oro, cuya existencia es de un pintoresquismo y de un precario estremecedor. Nos comentaban que esta gente carda la tierra de los pequeños ríos de la zona, con distinta fortuna. Se llevan provisiones para bastantes días, y viven bajo unos plásticos sujetos por varillas endebles pero suficientes. Me decían también que muchos de estos "oreros" ("garimpeiros" en Brasil) presentan el típico signo de las piernas maceradas y llagadas irrecuperablemente, de tanto tenerlas en el agua. No era cuestión de especular sobre si el uso de katuskas altas, de esas de pescador, estaría

contraindicado por la impedancia que supusiera para los movimientos del usuario.

Allí, en la estación del Parque Corcovado me presentaron a un zoólogo americano de la Universidad de Texas, de nombre Larry, con el que conecté natural e inmediatamente. Se trataba del típico producto "Tío Sam", de unos 45 años, gafudo, calmoso, con un equipo de estudiantes a su cargo, y cuyas supuestas investigaciones sobre el comportamiento de las mariposas y otros extremos semejantes, propias de cursos y de Tesis de doctorado, supervisaba el bueno de Larry. Una vez más, nunca la última, vino a mi conciencia la portentosa particularidad de ciertos países – USA como ejemplo, cifra y compendio de todos los demás – que pueden permitirse el lujo de emplear recursos financieros dentro del área de los estudios universitarios para que un equipo de "investigadores" se dedique a tales menesteres. Algo parecido nos contaba Ortega y Gasset de sus tiempos de estudiante en Marburgo, donde uno de sus compañeros le confesaba que, de mayor ya, y en posesión de su título universitario, se proponía dedicar toda su actividad a la investigación de... no sé qué recóndito aspecto de la cultura tibetana (!) Mencionaba esto Ortega con la oportuna finalidad de llamar la atención sobre las diferencias de nivel económico y de actitud ante la ciencia en general entre la Alemania y la España de aquella época donde, en esta última, quiero decir, fuera de las seis o siete profesiones inveteradas y básicas (cura, militar, maestro, picapleitos, médico, boticario...) no se conocían otras formas de ganarse la vida. El simplón de Larry me trajo todo esto y mucho más a mi conciencia. Allí en la estación que servía de cuartel general del Parque Corcovado el gobierno costarricense le había permitido al grandullón de Larry instalar una cabaña con todos los elementos más indispensables para el trabajo que se traía entre manos, además de una radio, de un teléfono inalámbrico, y las cosas esperables respecto de una situación que podría en algún caso devenir restringida por aislamiento, por falta de vuelos, etc. Me decía Larry que Costa Rica era un país avanzado en el tema de reservar y dedicar a espacios verdes naturales una parte considerable de su superficie.

Larry y yo, como digo, conectamos naturalmente. Mis años de estancia en USA y Canadá, y mi conocimiento de la fundamentación de criterio que presidía estos proyectos de investigación sobre temas imposibles de imaginar para una mente española, hicieron que Larry me tomara bajo los auspicios de su interés personal durante el rato que permaneciera yo en el Parque. Me invitó a acompañarle unos cientos de metros bosque adentro porque quería mostrarme... eso, la arboleda de jungla en estado propio. "Pero – le dije – mira cómo voy calzado. Así no puedo". "No te preocupes – me contestó – Pruébate esto", al tiempo que me señalaba un par de calcetines de lana gruesa y un par de botas de media caña, con base de goma gorda. ¡Estos americanos! Le pregunté si el tigre, tal vez el lince, acaso el leopardo... cuyo hábitat los libros reputaban hallarse en sitios más o menos así como aquél por el que estábamos transitando..., que si... podría, bueno, eso, aparecérsenos y darnos un susto. Me miró Larry con esa condescendencia entre socarrona, suficiente y considerada – todo al tiempo – y me dijo que aunque no imposible, la cosa era altamente improbable por una serie de razones que ahora no destaco. Conforme nos adentrábamos en la selva, un coro de chillidos se fue haciendo cada vez más penetrante... "Look over there", me dijo Larry, señalándome hacia lo alto de la bóveda trenzada de troncos y hojas donde una legión de criaturas se encargaba de mantener todo aquello en un frenético movimiento de sacudidas provocado por los saltos en parábola, impulsados por la acción de ballesta de las ramas. Se trataba de una colonia de monos titís, treinta o treinta y cinco, completamente en libertad, en su casa, en su espacio natural.

De regreso a San José, en el mismo aeropuerto Tobías Bolaños, Ana me presentó a unos amigos, a unos típicos "ticos", denominación con la que se conoce a los costarricenses, todos ellos grandes ingeridores de alcohol, al parecer uno de los deportes nacionales más arraigados. Las razones que me daba Ana para tal propensión a la bebida no podían ser ni menos convincentes, ni por otra parte más esperadas. Se bebe a placer, me decía Ana, "porque aquí el Gobierno propicia que la gente se dedique a eso con tal de que uno se olvide de

los problemas gordos que tiene el país". Ya dije que la situación por la que atravesaban las repúblicas vecinas, en especial Nicaragua, con el sandinismo al alza, salpicaba de malestar y de inseguridad a todo lo que caía dentro de su radio de acción. Siempre sin haber salido todavía del aeropuerto, también saludamos a un piloto amigo de Carlos Góngora que nos mostró dos orificios de entrada y salida de bala que habían hecho en la lona de una de las alas de su avioneta. ¿Quién? Imposible de determinar. Dicho piloto procedía de una zona próxima al río San Juan que, no se olvide, formaba frontera con Nicaragua al norte de Costa Rica, y tal vez algún francotirador, algún "sniper" incontrolado... Cualquiera sabe. Habían "baleado" la avioneta de nuestro amigo, según puntualizó Ana Tato, y de todo ello la Guardia Nacional estaba tomando buena cuenta. Y hablando de Guardia Nacional, tampoco les era ya muy fácil a los costarricenses vender la especie de que en su país no existía ejército propiamente dicho. Literal y técnicamente, acaso ello fuera cierto. Pero para una población de menos de tres millones de habitantes la cosa no difería mucho de concebir que el "ejército" de Madrid, por ejemplo, no estuviese compuesto por el número de policías, tanto municipales como nacionales, así como de elementos de la Guardia Civil asignados a la ciudad, en la calidad que fueren. Y o calculaba que ese efectivo de fuerzas del orden que operasen en una ciudad como Madrid, al menos en número, podrían darnos un equivalente no muy desvirtuado de la fuerza real que se agrupase bajo la denominación de Guardia Nacional en Costa Rica.

Al rato de estar con mis amigos me vino la segunda gran sorpresa del día. Comenzaba la tarde y con toda seguridad quedaban aún tres horas de claridad operativa al cien por cien a efectos de viajar. Y fue entonces cuando la madraza de Ana me invita de nuevo, esta vez a ir sin ella pero con dos representantes oficiales al Parque Nacional Tortuguero, al NE de San José, y a sólo 45-50 minutos de vuelo de donde nos encontrábamos. Me lo explicaron en un momento. Se trataba de una fecha que las autoridades competentes habían destinado en plan monográfico a la visita de inspección de estos dos Parques; y

Ana, en su menester de funcionaria de grado medio-alto del Ministerio, había instrumentado la capacidad de decisión que le confería su cargo para hacerme esta segunda y aún más estúpida invitación si cabe. ¡¡Uuhfff!!, qué rabia que aquello me cogiera reventado del viaje. Eran ya 47 años que seguían funcionando a la perfección, pero no era menos cierto que llevaba día y medio sin descansar y me encontraba a punto de quebrar, de doblar. ¡Qué pena que las cosas no se nos ofrezcan en el orden que conviene a nuestras fuerzas y a nuestras disposiciones y a nuestros estados de ánimo! Y qué duda cabe de que la ocasión era para lamentar doblemente puesto que aun con la mejor voluntad de los implicados, aquella oportunidad no podía repetirse: se tenía que producir allí y entonces respecto de mí; o no producirse. Eché mano de lo que en aquel momento entendí como mi mejor retórica de cortesía diplomática, y decliné la invitación. Les dije que me iba al hotel, a descansar; quedamos Ana y yo en comunicarnos... ya mismo, a partir del día siguiente. Y así terminó aquel 6 de julio, viernes de 1984.

A tenor de las notas que conservo, el día siguiente, sábado 7, tuvo necesariamente que ser el día de mi visita a la casa de Ana, por la noche, ya que me había invitado a cenar. Lo que restaba de jornada lo empleé en dejar que las realidades circundantes se fueran acomodando en mi conciencia; que la oficina conjunta de mi corazón y de mi cerebro se fuera haciendo cargo de la situación. Para empezar, y como nota común a lo que ya conocía del Caribe, por la radio no dejaban de sonar canciones de Rocío Dúrcal, de José Luis Perales, del dúo Pimpinela, de Dyango... Ahí sí, ahí es donde yo propiamente veía la dependencia que estas republiquetas mostraban respecto de España, y el papel gobernador de la Madre Patria. ¿Pues qué? No es cierto que la mayor influencia, que el más indiscutible patronato que los USA han ejercido sobre el resto del mundo haya sido por causa ni en razón de su economía, siendo ésta razón ingente; ni por su poderío material tanto en lo puramente técnico como en lo militarmente coercitivo, siendo asimismo estas realidades abrumadoramente evidentes. No es cierto, no. La característica que ha hecho de los USA la entidad geopolítica

más prepotentemente universal, más global y totalitariamente presente y decisiva en todos los designios y realizaciones del siglo XX es... ¡su producción cinematográfica! Podrán innumerables confines escondidos de la tierra ignorar, acaso, la historia de la democracia USA y su surgimiento como rama desgajada del pueblo británico; podrán no tener ni idea de las reuniones, de los foros, de los conciertos donde los USA dejan oír su voz respecto de cuestiones tan universales como el uso y abuso de la energía; como el sentido de la paz mediante la preparación para la guerra, etc. Podrán muchos millones de seres esparcidos por nuestro planeta no tener opinión formada sobre la génesis de las naciones, entre ellas los Estados Unidos de América del Norte: Pero de lo que estoy seguro es de que a lo largo de su vida no se han podido sustraer al hecho de haberse encontrado frente a alguna película yanqui en cualquier pantalla o superficie mostrativa de imágenes cinematográficas. ¿Qué forma de vida es ésta que ha permeado todos los reductos de la tierra a través y en función de algo tan artísticamente, tan embaucadoramente persuasivo como es el cine? Pues a eso o a algo parecido me refiero cuando hablo de la lengua aderezada con música, o viceversa, que tanto monta, si se habla del vicariado que España puede dispensar, y de hecho dispensa, en las repúblicas iberoamericanas mediante el potente y convocador motivo de las canciones. Esto y cosas de talante equiparable me entretenía yo en pensar mientras escuchaba, con más intensidad y más devoción que en mi propia casa, las voces y los argumentos, hechos música, vertidos a canción de los ya citados Dyango, el dúo Pimpinela, José Luis Perales, Rocío Dúrcal... y otros.

Percibo que los precios deben de estar flotando un poco hacia arriba continuamente; de ahí la dificultad, la casi imposibilidad de ver por escrito lo que cuestan muchas cosas, entre ellas la habitación del Hotel en la esperada carátula de detrás de la puerta. Además, los recargos añadidos a la factura final, por ejemplo en la factura del restaurante, son terroríficos, del orden del 20%, repartidos entre un 10 % de "servicio" y otro 10 % de "impuesto de ventas". Así que lo mejor

es no hacer cálculos vinculantes por anticipado, porque las cuestiones relativas al dinero no son de fiar.

Comienzan a quedárseme prendidas las primeras expresiones idiolécticas, esta vez venidas de la radio: un presentador de un concurso de identificación de canciones, concretamente de Julio Iglesias, les dice a los oyentes interlocutores: "A ver si me la pegan"; o sea, "a ver si aciertan Vds." En una de las dependencias del Hotel, creo que la cafetería, rezaba palmariamente el anuncio: "Se reserva de manera irrestricta el derecho de admisión". Me llamó la atención fuertemente el uso, entre forense y de autoritarismo jurídico-administrativo, de este término *irrestricto* en un contexto así.

Conocía por el libro *World Guide* de Pan Am que las direcciones en Costa Rica se calibraban en varas. Pero mi constatación personal me vino dada por las señas de mi amiga y colega Ana Tato cuando al invitarme a cenar a su casa tuvo a bien facilitarme – y para que yo se las trasladara a mi vez al taxista – las especificaciones siguientes, que más parecen un elaborado pugilato de artesanías con la Rosa de los Vientos: "Tibás. Desde la Iglesia 400 varas al este; una casa esquinera con una columna y un farol, yendo hacia Moravia, a mano izquierda". Prometo por mi honor que no he modificado ni un pedacito de letra de las instrucciones de Ana. Eso es todo una señora dirección, me vengo diciendo; lo demás son tonterías.

Ana disponía de una vivienda espaciosa, algo destartada, mostrativa del estado general de cosas en el país; de un ir tirando de las rentas acumuladas en todos los años ya muy anteriores de bonanza; y de adaptarse a las circunstancias presentes. Me preparó un arroz, tipo paella, al estilo costarricense y me presentó a sus hijas, que asomaron por allí con parsimoniosa y no muy entusiasta curiosidad. Mi amiga Ana María Tato Guillén, Licenciada en Derecho por la Universidad de Granada (España), me dice que puede agenciarme algunas conferencias sobre Derecho civil matrimonial en la Universidad de San José, la próxima vez que venga. Así que, si lo decido, ya puedo prepararme: creo que el contenido de mis artículos publicados hasta la fecha sería más que suficiente. Lo malo es que esta gente no parece

tener ni un duro para gastos extraordinarios. Ya veremos, pues. Ana me regala dos bolsas de café, de medio quilo cada una, que constituirían uno de los incordios más típicamente e inevitablemente cordiales, y que sin embargo conseguirían llegar a España sanos y salvos.

En el Hall del Hotel Irazú me siento a escribir deleitosa y morosamente la mañana del tercer día de estancia, domingo 8 de julio de 1984, y de pronto se llena todo de una negritud chocolateada, distinta. Se trata de una excursión de Curaçao, y al momento distingo que lo que hablan tiene muy poco que ver con los idiolectos hispánicos, desde la pringosidad regalona del "puertorriqueño" al propio mío que debe de sonar a *koiné* inclasificable; menos que ver aún con la jerga cargante de los gringos cuyas pobrísimas evoluciones de discurso se perciben a la legua y no me dicen nada que no tenga sabido desde hace siglos. Claro que lo que habla esta negritud chocolateada no es ni más ni menos que el papiamento.

Hasta ahora lo más atractivo en mujeres que he visto son las camareras de la cafetería-restaurante: van vestidas con falda de vuelo, con tres niveles o franjas, una por cada color de la enseña nacional: blanco, azul, y encarnado. El Hotel Irazú está lleno de puertorriqueños, que son – detrás siempre, claro, de los ciudadanos USA de pleno status de América del Norte – los verdaderos amos del Caribe y de Centroamérica. Tuve ocasión de hablar con dos de ellos, por separado, una señora y un señor; y los temas tratados sobre la posible independencia de Puerto Rico del patronato del Tío Sam, a saber: economía, identidad, lengua, futuro en general, etc., recibieron idéntico diagnóstico en los sentires y discernimientos de cada uno de nosotros tres. Parece que hay un papanatismo juvenil, irreflexivo y algo suicida que aboga por la secesión a ultranza de la isla, del poderoso Tío Sam; sentimiento al que también parece oponerse la por ahora mayoría de habitantes del país. Estábamos de acuerdo mis interlocutores y yo en que la mayor cantidad de cordura la proporcionaba el viajar tan sólo un poquito por toda la zona, tomar nota y sacar conclusiones: la isla de Santo Domingo (Haití y República

Dominicana), hecha pedazos por la miseria y el bananerismo político; los paisillos de Centroamérica, en un picado meteórico y peligrosísimo de inflación, devaluación, desempleo y aniquilación de recursos. La propia Costa Rica – apuntamos al principio de nuestra crónica – había entrado en el baile, y en este momento tenía puestas en cuarentena las características que antaño hicieron de la nación un ejemplo de estabilidad y armonía.

Hoy, nueve de julio, ya lunes, reparo en que las camareras de la cafetería-restaurante se han cambiado el vestido de trabajo, el de las tres bandas de volantes de colores, por un atuendo más sobrio, a modo de traje compuesto de falda y chaquetilla negras, y blusa blanca. Litia, la seriecita a quien invité a salir el día anterior, y que me dijo que tenía novio, hoy día 9, después de hablar conmigo en el comedor, ha dejado escurrir unas tazas de la bandeja armando un gran estrépito y poniendo todo el suelo perdido. Bien mirado, la camarerita de mi habitación, Fanny, me podría haber dado juego de haber recalado yo durante algún día más en San José. Me hace saber que se quiere ir a estudiar a los USA. La canción de siempre y la más realista.

Hay quienes dicen, y van siendo más cada vez, que eso de la neutralidad de Costa Rica es pura demagogia de cara a la galería. El precepto constitucional de inexistencia de ejército es, asimismo, una finta teórica. No hay ejército, no; pero hay una Guardia Civil, Rural, o Nacional que se va haciendo más nutrida cada vez. Y lo de que "aquí todo el mundo está escolarizado" es, igualmente, un *desideratum*. En mi recorrido en taxi por la zona que llaman León XIII, o barrios más humildes de San José, vi a bandas de chavales literalmente "apedreando perros". Desde luego, nada comparable a Santo Domingo, Colombia, España, etc. Costa Rica está ahora en el límite de la mitad superior, por debajo del cual ya se zambulle uno sin contemplaciones en la palangana de la pobreza. Desgraciadamente, para un ojo crítico desapasionado y neutral, todos los indicios parecen confirmar que las cosas tienden a ir a peor. El costarricense o "tico" parece haber vivido a la bartola, un poco o un mucho como de las rentas; y ahora que se le ha acabado el chollo contempla cómo su supuesta panacea de

cualificaciones le van a servir de casi nada a menos que se ponga a trabajar de firme y a mirar a la situación con realismo. Una vez más compruebo que España podría desempeñar un papel portentoso de liderazgo y hermandad con estas republiquillas hispanas. Un título de Doctor por Universidad de España, por ejemplo, pesa aquí lo suyo, sin discusión. Y desde luego, le llaman a uno por el consabido titulito; o lo añaden a cualquier mención por escrito que hagan de la persona; suena a simple y pueril, casi de retórica cómica, el referirse a alguien como... "el Señor, o la Señora, o la Señorita... Licenciado/a".

Cuando tres días atrás volaba en avioneta por encima de la zona de bosque iba yo recalando con fruición en la pirueta metafórica de ver / no ver árboles y bosque. Desde lo alto se captaba el bosque, en rigurosa síntesis; desde la tierra – en donde me había adentrado con calcetines y botas prestados por el zoólogo Larry – podía calibrar la entidad y corporeidad operante de cada árbol, de cada liana; pero no veía el bosque, absolutamente nada del bosque. Lo mismo – pensaba – con la literatura, con las ideas: mapa pequeño / mapa panorámico; sístole de visión compacta intuitiva, y diástole diacrónica del dato y del detalle; árboles y bosque, en una palabra. Desde la avioneta había recreado, sí, un haz válido de principios humanísticos.

Sigo anotando e incorporando curiosidades, amenidades terminológicas que veo expuestas o que oigo decir entre esta gente. El típico "parqueo" se impone al "aparcamiento". Sin embargo hay señales que rezan: "No estacionar", proporcionando un buen ejemplo de castellano. Los groseros anglicismos paráfonos están a la orden del día: "Muflas" [<mufflers, silenciadores del escape]. En vez de recauchutar, recauchutador, se dice "recauchar", "recauchador" que es a todas luces más lógico, ya que evita una sílaba inhóspita, pomposa y parasitariamente redundante [<del francés 'caoutchouc']. En Costa Rica se dice "apenas" por "en cuanto", "tan pronto como": *Apenas esté abierto*. También es muy distintivo el "correcto", como adherencia automática de asentimiento en la conversación. Y en vez de decir "de nada" como contrapartida al "muchas gracias", dicen "con mucho gusto". Este mismo lunes 9 de julio que estoy historiando, en la piscina

del hotel presencio y percibo sin querer una conversación entre dos muchachos, uno de ellos hispano-hablante total; el otro parecía puertorriqueño, a tenor del diálogo. El que podríamos llamar hispano-hablante total se expresaba con una cordura y lucidez envidiables sobre temas de cine, literatura, humana convivencia, etc. No creo que tuviera más de 15 años. Me hizo albergar esperanzas, en mi ya no muy boyante, más bien precaria, disposición de espíritu sobre el rango a ostentar dentro del concierto de los hombres, de la comunidad que siente y se expresa en castellano. Decididamente llego a la conclusión de que el puertorriqueño es zandungero, algo chapucero por el lado de lo hispánico. De no mediar la ascendencia de eficacia y disciplina pragmática de los USA, seguro que habrían corrido la suerte de deterioro y desunión de todos los demás vecinos. Y eso no parecen verlo los ilusos, entre visionarios y petulantes, que vociferan a favor de la independencia a ultranza de Puerto Rico, de los Estados Unidos de América.

Ahora mismo, de hoy martes 10 de julio de 1984 estoy sentado, desayunando en el Hall del hotel Irazú. Un enorme xilofón, mejor conocido aquí como marimba, está accionado por tres virtuosos que golpean las cuerdas con los martillitos de cabeza de fieltro redondo. Es mi última mañana en Costa Rica. A las 12:00 del mediodía salgo para el aeropuerto. Tengo enfrente de mí una pareja – él y ella – de chocolates oscuros. La chica tiene una carita mona, y cuando mueve los ojos parecen dos bolitas blancas girando dentro de su pequeño cuenco, emplazadas en el volumen entre picudo y esférico de la cabeza. Ninguno de ellos – él y ella – son hispanohablantes, sino lusoparlantes, brasileiros; o tal vez de las Antillas holandesas, de Curaçao, Bonaire..., que usan, como vimos, la simpática jerga del *papiamento*. Tampoco es manca, en cuanto a pintoresquismo para un oído castellano, la transformación en *ele* de la *erre* sencilla en "pue/torriqueño".

Costa Rica no he regresado nunca más. Tampoco regresaría nunca más a los otros puntos de Centroamérica que visité en aquella misma ocasión. Pero creo que mi falta de interés, o de propiciar una

segunda oportunidad de viaje, rezaba más con Costa Rica que con cualquiera de los demás destinos que en aquel verano de 1984 alcancé. Las razones que se irán continuando justificarán, siquiera en parte, lo que digo. El hecho de que todo el país albergue a menos de tres millones de habitantes es, en cierta medida, un factor que explica que no haya muchos nacionales dispersos "por ahí", siempre en módulos comparativos respecto de los vecinos del área. Después de Ana Tato, cuya mutua coincidencia nos tocó frecuentar en Granada por razones de estudio – y de quien hasta el momento no he vuelto a saber nunca nada más – la gente de Costa Rica con la que haya tenido yo ocasión de encontrarme es más bien contada. Recuerdo a una amabilísima señora, con quien compartí contigüidad en vuelo hacia Brasil a finales de los ochenta. Como resultado de la larga charla que nos dio tiempo a sostener, me dejó atentamente su tarjeta: Elena Isabel Alonso, de San Pedro, pequeña localidad unos kilómetros al norte de San José. Era maestra, y en todo lo que hablamos me demostró un admirable tino y un sentido muy centrado de la proporción y de la realidad. Me aseguraba el tipo de cosas que ya había yo observado en mi visita de 1984, a saber: que la "Edad de Oro" de Costa Rica se había terminado hacía bastantes años; que las turbulencias geo-políticas de la zona (sobre todo, la situación del sandinismo en la vecina norteaña Nicaragua) había salpicado a todo el mundo, y que eso de la neutralidad, y de la no existencia de ejército, etc., etc. eran quimeras muy bonitas que habían servido para que Costa Rica vendiese "imagen" hacia el exterior. No podíamos estar más de acuerdo. Nos escribimos un par de veces. Elena Isabel me envió un precioso libro sobre el Parque Nacional Tortuguero. Excepto Ana Tato y Ana Isabel Alonso, mis otros contactos con gente de Costa Rica han pertenecido al mundo de lo casualmente efímero: tres o cuatro chavalas en lugares tan acomodaticios y de "use y tire" como los clubs de alterne; sobre todo a partir de mediados de los años noventa, en que una invasión creciente de sudacas y – aunque en menor medida – de centroacas se hizo también cada vez más visible en España. Las chicas de Costa Rica no se han caracterizado por nada especial: rasgos indios casi

inexistentes; complexión correcta, más bien tirando a un ligero, ligerísimo ajamonamiento achaparrado; como digo, un equilibrado eclecticismo de atributos fisiognómicos. A la sorpresa que yo les regalaba, de saber por mi pregunta, que eran oriundas de Costa Rica, ellas, a su vez, me han correspondido con parecida cuota de curiosidad por encontrarse con alguien a quien se le haya ocurrido visitar un sitio, un país tan anodinamente, tan geopolíticamente "correcto". En esto del alterne no es posible trazar líneas valorativas rígidas porque siempre opera una variante de gusto personal, o propensión a la aventura. Las chicas de Costa Rica dedicadas al menester de la cortesanía desde luego que podían predicar cualquier cosa, excepto que su país nadara en una abundancia suficiente como para hacerles atractivo quedarse en casa empleándose en un buen trabajo.

Me voy a Guatemala. A diez y ocho años de separación en que ahora me hallo, escribiendo lo que estoy escribiendo en 2002, no me es posible apresar con una pinza de rigor incontestable las razones que me impulsaron a visitar Guatemala. Desde luego, fueren cuales fueren éstas, el diseño de viaje original incluía Guatemala desde un principio, desde España. Quiero asumir que me había propuesto ir a ver a doña Clara Hernández de Valdés, la mamá del chaval con quien había coincidido en la Queen's University, de Kingston, Ontario, Canada. Por supuesto que una razón así pertenece al formidable repertorio de las excusas. Agazapada bajo un montón informe de otras posibles instancias desiderativas, se hallaba mi intención, si el tiempo y la ocasión no lo impedían, de cruzar a Méjico por la frontera de Tapachula, en el Estado de Chiapas, algo que se me aparecía nebulosamente improbable, como una de las muestras más tipificadas de eso que dije antes y que ahora transcribiré en inglés, "wishful thinking". Si los viajes suelen quedarse en la mitad de sus expectativas en lo tocante a recorrido y a días de acción; y por otra parte, suelen duplicar, como mínimo, los gastos en que uno prevé incurrir, aquel conato de pretensión de cruzar a Méjico devino de todo punto inviable, en razón de los imponderables y situaciones que el lector irá encontrando. El caso es que a las doce del mediodía del 10 de julio de

1984, martes, estoy de nuevo en el aeropuerto Tobías Bolaños de San José, y sin previsiones sensatas de regresar a Costa Rica. De momento, la tasa de salida aeroportuaria es salvaje: 17'50. \$ USA. Ya en la zona internacional, una vez pasado el control de pasaportes y equipajes, y por esa natural predisposición de... adherencia que presentan las cosas sin rumbo concreto, me encuentro espontáneamente hablando con dos hombres que también esperaban el embarque. De aspecto conciliador, agradable, la diferencia en edad que observo entre ellos, en esa inevitable medición de urgencia de las particularidades más a la vista de alguien con quien hemos empezado a comunicarnos..., esa diferencia, digo, queda congruamente procesada cuando me dicen que son padre e hijo. Se produce entre nosotros un franco transvase de empatía que a su vez propicia una charla a todas las bandas posibles, sobre viajes, identidades, etc. Se trata de dos guatemaltecos de regreso asimismo a su país. En ese cambio de impresiones obligado, para sorpresa y al mismo tiempo complacencia mía, por lo que tiene de ratificación en todos los frentes de todos mis puntos de vista, me dicen que se vuelven a Guatemala porque en Costa Rica no les conviene quedarse por más tiempo, de lo caro que está todo. Yo no daba crédito a mis oídos. Aquellos ciudadanos de un país, digamos, de la misma área geopolítica centroamericana; con un conocimiento de primera mano de todo lo que afectara a las republiquititas vecinas..., resulta que estos dos caballeros no podían estar más de acuerdo conmigo respecto del diagnóstico de urgencia que me atreví a esbozar sobre Costa Rica. Repitieron más de una vez lo de que... el coste de vida allí se había disparado; que todo estaba muy caro... ¿Caro?, añadí yo, espoleado por la entrada temática que me ofrecían. Hablamos de la tasa salvaje de salida de aeropuerto, signo típicamente e inequívocamente indicativo de que cuando la economía no va bien en el país que sea, el gobierno de turno grava escandalosamente los servicios más inevitables. ¿Caro?, seguía diciendo yo, animado por el perfecto encofrado de asentimiento que me prestaban mis interlocutores. Rebusqué en el dossier de papeles y documentos que llevaba en el bolso y extraje la factura de 228 (doscientos veintiocho) colones por

un refresco convencional y un sandwich de jamón y queso blanco (sandwich mixto, que entendemos en España) que me habían cobrado esa misma mañana en la Cafetería del Hotel Irazú. Tan abultada me había parecido la cantidad, que conservaba [y conservo aún] el ticket del precio: ¡5'50.- \$ USA por algo tan simple y tan escaso! ¡Que sí, que sí! ... parecían decirme ellos; que tenía razón yo en todo; que Costa Rica se había puesto imposible para vivir, y que ambos se volvían a Guatemala. El joven resulta que estaba casado con una costarricense, y que había intentado establecerse allí; pero que le había sido inviable, y que regresaba a su país... me pareció colegir, tan harto de todo, que se había dejado a la mujer sin ganas de querer saber más. ¡Cómo estaría el muchacho! Les conté mis planes; les conté que llevaba un billete abierto desde Guatemala para regresar a España vía República Dominicana; que pensaba estarme en la capital algunos días, intentando visitar a la señora que dije antes; y que en una panorámica mucho más aleatoria vería la posibilidad de pasar a Méjico. Me dejaron sus nombres, Ricardo Jacob y José David Jacob, y teléfono, que cuidadosamente conservo. A mi consulta sobre un hotel céntrico y conveniente para alojarme de momento, hasta ver lo que pudiera hacer más adelante, me recomendaron el Plaza; que me hiciera llevar por el taxi desde el aeropuerto..., etc.

El vuelo de San José a la ciudad de Guatemala, capital, no debió de durar más de dos horas, pero lo puedo calificar de recordable e inusual. La compañía LACSA – acrónimo de Líneas Aéreas Centro Sur Americanas, creo – se sirvió en esta ocasión de un pequeño y precioso jet, de no más de 50-60 asientos de capacidad, y cuyo modelo por desgracia no se me ocurrió anotar. Según se va uno aproximando a Guatemala City se divisan los picachos de cerros volcanes que, ya en la última parte del vuelo, podrían tratarse, por ejemplo, del Cerro El Pital, de 2,730 metros, en la misma línea de frontera entre El Salvador y Honduras; y si la ruta se hubiera realizado a lo largo de un pasillo más al Sur, entonces las probabilidades de avistar un buen número de crestas volcánicas tanto en territorio salvadoreño como de la propia Guatemala, eran mucho más altas. Pero aun en el caso de haberse

producido el vuelo en su mayor tramo por encima del mar, con el fin de evitar el espacio aéreo de las repúblicas vecinas anteriormente citadas, además de Nicaragua, también sin salirnos de territorio guatemalteco la profusión de cucuruchos invertidos en tono marrón suave se hubiera hecho patente, destacándose el que acaso se tratara del Volcán de Pacaya, de 2,750 metros. En todo caso, y ateniéndome a cualquier modalidad de ruta de navegación que pudiera concurrir, la transparencia del aire y una perfecta visión nos acompañó durante todo el viaje, y recuerdo que uno de los muchos embudos boca abajo se arropaba en su cima con una bufanda de fumarolas o bocanadas suaves y permanentes de humo. Desde el aire la capital Guatemala se muestra como un conjunto de enormes lengüetas planas de edificios monoviviendas. Se empieza a percibir el efecto de los más de ocho millones de habitantes del país. Aterrizar de la forma en que lo hizo el avión de LACSA (y no dudo de que no fuese la correcta) es escalofriante. Hay que dar un abrazo, un rodeo a las alturas vecinas, a los cerretes circundantes de la capital de tal manera que parece que se va uno a estrellar irremisiblemente ya que el avión, al tiempo de girar más y más hacia la izquierda también descende más y más, y el efecto desde el asiento de la ventanilla es, como me permito recalcar, el de que nos vamos a pegar contra una de las laderas; mejor dicho, el de que vamos a hacer un corte o arañazo en la falda del último de los montículos circundado. El aeropuerto de la capital Guatemala que yo conocí se hallaba emplazado en el mismo cinturón habitado de la ciudad.

Decir que Guatemala me pareció mejor de lo que previamente me había forjado, y que habría que rebajar el "mala" e instrumentar una lítote y dejarlo en "Guate... notanmala"..., decir eso a estas alturas podría relevarme de dar más explicaciones. Pero tengo el compromiso y el placer de explicitar con detalles y con pormenores esta valoración de síntesis. El Hotel Plaza en realidad tenía calificación de Motel y se encontraba en la calle o vía 7, de la Zona 4. Se trataba de un edificio poco vistoso por la configuración de hotel para personas... y hotel

para vehículos. Lo recuerdo con un gran patio, de acceso para coches, y con la entrada de peatones propiamente dicha en un rincón algo camuflado bajo una torreta que contenía una escalera conducente a las habitaciones. Pocos sitios en mi vida que a simple vista me despertaran menos entusiasmo me resultaron tan agradables. Pero no adelantemos el orden de las cosas. El resto de ese primer día supongo que lo dediqué a pasear. Me hallaba muy cerca del centro..., centro de la ciudad bullidor de gente dedicada a la transacción de cualquier tipo de cualquier cosa. Allí se respiraba el aire comercial de Guatemala. Ni comparación con Costa Rica en cuanto a precios. Los primeros ajustes que hice mentalmente con la moneda nacional "quetzal" me ilustraron un sistema de cosas más asequibles, mucho más económicas, y en mayor afluencia – obsérvese bien esto –, en mucha mayor afluencia que en Costa Rica. Parecía como si en Guatemala, su pujante condición demográfica se tradujera en una multiplicación asimismo de recursos y de posibilidades, pero no ya en el plano teórico de los principios de ciencia económica, etc., sino en la plasmación de esos mil detalles con los que uno se encuentra en medio de la calle, en medio de las innumerables circunstancias que acarrea el hecho de ser turista y de tener necesidad de curiosear y de indagar. Claro que el abigarramiento de una ciudad ya entonces de más de un millón de habitantes propiciaba respecto de San José, que es el ejemplo que nos ocupa, una densidad de gestión y de tráforo operativo muchísimo más apreciable. Menos modernidad y más rusticidad, pero más vida; menos apariencia, pero más pujanza; menos complacencia en lo ya sido, pero más aspiración respecto del porvenir. En estos apotegmas de urgencia podría yo acomodar mi visión de ambos países. Porque es el caso, no menos elocuente, que en el mapa "Central America: Past and Present" publicado por la *National Geographic Magazine* en 1986 y enviado a los subscriptores, reparo en que la renta per cápita asignada a Costa Rica es de \$ 1,020.- y la de Guatemala \$ 1,120.-, la segunda mayor de las repúblicas centroamericanas, y tan sólo ligeramente por detrás de Panamá y de Belize. Como digo, el aire comercial de Guatemala se respiraba intensamente allí en aquella zona central donde se hallaba el

Motel Plaza. Vi un carromato de esos que se apoyan en dos palos a modo de ejes transversales, alzados a su vez cada uno de ellos sobre dos ruedas de bolas de rodamiento de acero, como los que usábamos en España después de la guerra. Me encantó encontrarme de pronto con una cosa tan práctica como económica y limpia. Recuerdo la palanca o barra de dirección colocada en el eje delantero, y la ilusión argonáutica de vía estrecha que proporcionaba el hecho de conducir un ingenio así, subido uno encima, y empujado por el compañero. "El aseo es salud. Limpiemos la ciudad", rezaba la consigna estampada en un camión de recogida de basuras del mismo centro de Guatemala. En la 10ª Avenida, a la que daba el Motel Plaza, vi a un obrero cortar con un machete el filo de la hierba de un macizo de césped.

Probablemente aquel día no hiciera más. Me recogí en el motel al anochecer y me puse a ver la T. V. en mi cuarto. Allí, es curioso, me enteré de lo que era la prueba "Iron Man" de Triatlón, celebrada en Hawái. Se podían captar muchos canales, y lo que más primaba eran las tele-novelas: "Bianca Vidal", "La Fiera", "La Pasión de Isabela", todas embadurnadas en melodías romanticonas, humanizadas, identificadas con la sintonía del espectador; plagadas de los lugares comunes más apabullantes: celos, permiso de los padres de él para que las relaciones pudieran funcionar, etc. Y sin embargo tonto sería negar que no tienen garra. El aspecto siempre más acuciante para un humanista normal como entiendo que soy yo es el lingüístico, el expresivo. He observado en estas tele-películas que al coger el teléfono se dice "bueno" en vez de "dígame", "sí", "hola", "hullo", etc. Hay un portentoso anuncio del detergente "Audaz" en el que un tío socarrón – que regala cubos de plástico como premio a quienes concursan y ganen de entre los que comprenden la citada marca – dice paternalmente: "Y calmadita, Goyita; que Vd. también recibirá su baldecito". Doy por terminado el día dejando que en mi conciencia se vaya acomodando con rango de exclusividad mi deseo de visitar en Tegucigalpa a mis amigos los chilenos Gonzalo Retamal y su mujer Pilar que se hallaban allí trabajando para el ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados). Dedicaría

todo el día siguiente a indagar posibilidades de acercarme por tierra hasta Tegucigalpa; también, aunque siempre en régimen supletorio, y más que nada por pura curiosidad voluntarista, llegar hasta Méjico por la ya varias veces citada frontera de Tapachula.

11 de julio. Me decido a zambullirme en una jornada de gestión total. Pregunto en el hotel por compañías de autobuses. Me he forjado el esquema mental de intentar Tegucigalpa, en primer lugar. Me oriento sobre un mapa de la región, y con la inocente y esperada asepsia que proporciona cierto tipo de ignorancia me trazo una ruta en razón de lo que en el mapa veo. Cábalas y cálculos; cálculos y cábalas para intentar ir por tierra desde Guatemala a Tegucigalpa. Todas las conexiones y comunicaciones pasaban por San Pedro Sula, segunda ciudad en importancia de Honduras y situada al Noreste, siempre mirando desde Guatemala. Con el mapa delante era como recorrer los dos catetos de un triángulo rectángulo. Tiempo mínimo que empleaban los servicios express: 14 horas. Ya. ¿Y por el sur? Por todo el sur, me refiero, atravesando El Salvador. Ah, no; eso es imposible porque no hay líneas que cubran ese recorrido, debido a la inseguridad de fronteras, debido a los todavía numerosos y cruentos focos de guerra civil... – me informaron más o menos. Un poco así por cabezonería, pero más que nada por no dejarme en la conciencia ni siguiera un mínimo rescoldo de reproche por negligencia o por falta de perseverancia, indagué sobre las posibilidades de llegarme hasta Méjico por la frontera más cercana de Tecún (Guatemala) y Ciudad Hidalgo (Méjico), a la izquierda y derecha respectivamente del río Suchiate; o unos kilómetros más arriba del mismo río, la más importante y repetidamente citada entre Malacatán (Guatemala) y Tapachula (Méjico). ¡Qué va! Exactamente igual. El número de horas que me dijeron que había que emplear – y que de cuyo detalle preciso he preferido que mi recuerdo no se haya hecho cargo – resultaba una enormidad que más tenía de grotesco o de chistoso. Así que nada de ir a Méjico. Lo que en aquella ocasión de 1961 – encontrándome yo en los USA y no necesitando más que subirme a un avión en Detroit y desembarcar cinco horas más tarde en la Ciudad de Méjico – no pudo

ser por la realidad geopolítica del momento de no existir relaciones diplomáticas entre España y el país de Pancho Villa... eso se había convertido en una especie de maldición que ejercería ya un veto indefinido o perpetuo en el tiempo. Tan es así lo que estoy diciendo, que hoy, ahora, en 2002 en que esto escribo Méjico sigue siendo el único país iberoamericano donde no he puesto los pies, y donde, cada vez con más transparente certidumbre percibo que no los pondré ya nunca. He perdido el interés, lo que se dice absolutamente, de raíz.

Descartado definitivamente Méjico, parece como si me hubiese quitado un penosísimo peso sin habérmelo echado jamás encima; eso es lo curioso. Entonces, vuelta otra vez a Tegucigalpa... ¿Por qué no se va Vd. en avión? – sugirió alguien. ¿Cómo avión? Pues sí, avión; avión de los que vuelan, y de los que le llevan a uno de un lugar a otro. Como en tantos y tan diversos supuestos, la solución más evidente me había estado haciendo regates hasta que tuvo el magnánimo acierto de poner ante mis ojos el fácil balón de la clave. Volví a preguntar; me recomendaron una buena agencia, y hasta allí me encaminé. La empleada que me atendió, y que me reservó billete a Tegucigalpa para el día siguiente, con escala técnica en San Salvador, era un encanto: hablaba en una cascada continua de diminutivos: *ahorita*, *favorcito*, *molestandito*, etc. Desde luego, lo que hasta el momento he visto de esta gente guatemalteca es que son simpáticos, serviciales, atentos, solícitos. Así pues, el esquema ha quedado diseñado y fijado: pasaría un par de días en Tegucigalpa con mis amigos los Retamal y regresaría a Guatemala (llevaba el billete abierto para la vuelta) desde donde, y una vez que hubiera llevado a cabo las cosillas que tenía planteadas, cogería el Jumbo de Iberia rumbo a Santo Domingo. Mi estancia en Guatemala se iba a dividir, pues, en dos mitades, separadas por este breve hiato de mi visita a Honduras.

Esa misma noche y de retirada en el Motel me ocurrió uno de esos detalles, de entre cualquier número de detalles que uno decida que constituyen un momento o una eternidad en la vida..., un detalle, nimio en su objetividad aunque gloriosamente, felizmente significativo, sin embargo, por el hecho de haberse erigido en el referente cimero, con

mucho, de la realidad a la que aludió y a la que, más propiamente, encarnó. Había estado yo trajinando mucho por las calles de Guatemala y sentí una acusada propensión a saborear algo, alguna comida ligera donde la fruta formase el componente central. ¿Y una buena ensalada de frutas? – pensé. Por preguntar que no quede. Me pasé por Recepción y alguien de la cocina se vino personalmente a hacerse cargo del pedido. No creo que en mis explicaciones hubiera sitio para mucha literatura. Yo, y cualquiera que así lo haya deseado, he encargado multitud de veces ese plato, cuyo nombre genérico en la carta que fuere suele rezar: "Ensalada de fruta", o el de "Macedonia", afectado también al postre. Estoy seguro de que di las mismas explicaciones que en tantos otros casos, cuando se tratare de pedir una cosa tan socorrida. Me dijeron que me fuese a mi habitación, que "ahorita" me la llevaban; pero que conste, todo ello sin que por parte del personal culinario del Motel Plaza se me mostrase ningún alarde, ni ninguna anticipación de que conmigo pensaban esgrimir ninguna instancia mostrativa de ningún servicio especial. Albergué mis dudas, pero no podía hacer nada. ¿Qué puntualizaciones complementarias se pueden dar cuando de pedir algo tan natural y simple se trata? Ninguna puntualización complementaria. Simplemente les dije que era un buen comedor de fruta, y que por las calles de Guatemala había visto variedad de tiendas, sobre todo puestos, tenderetes sobre el suelo, ofreciendo frutas variadas. El único detalle que creo de interés reseñar es que este Hotel-Motel, en su identificación de categoría como de dos estrellas, disponía de una carta limitada, y desde luego no rezaba por ningún lado un plato o entrada con la titulación "Ensalada de frutas variadas". Me retiré a mi cuarto, como me pidieron, y lo que al cabo de tan sólo un ratito de tiempo me llegó fue la ensalada de frutas más abundante, más... variada y más sabrosa que jamás yo haya comido en mi vida. Se trataba de una fuente sopera grande con copete, al que acompañaba otro plato pequeño para que fuese sirviéndome de la una al otro si así lo requiriese la maniobra. Hurgué con los cubiertos levantando y haciendo calas identificativas en el tipo de fruta que componían aquel monumento: Había de todo: Recuerdo, sí,... recuerdo

que el revestimiento exterior lo constituían secciones de manzana en rodajas; y ya por dentro, de todo: gajos de naranja, pomelos, ciruelas, banana, mango, uva sin pepita, melocotón, pera (o parecido) y creo que hasta melón y sandía. Una suculenta fiesta para el paladar, un exquisito dato para la memoria. Me pregunto, ¿tiene importancia que un sitio del planeta haya conseguido carta de naturaleza en la conciencia nuestra en razón de una ensalada de frutas?

El día 12 de julio vuelo a Tegucigalpa, vía escala técnica en San Salvador. [Lo referente a este país quedó recogido en su momento en la viñeta dedicada a María Eugenia]. En el aeropuerto de Guatemala accedieron a guardarme en consigna el café que me había regalado Ana Tato. Aunque el vuelo de TACA (Transportes Aéreos Centro Americanos) para Tegucigalpa salió a buena hora de Guatemala, las cuatro horas de escala en San Salvador hicieron con todo que nuestra llegada a la capital hondureña se registrase ya bien encaminada la tarde de ese doce de julio. Se hablan cosas graciosas sobre su aeropuerto: que una vez un avión rasero colisionó contra un autobús que rodaba normalmente por la carretera vecina. En nuestro caso el piloto de TACA pegó un golpazo en el momento de aterrizar, como si hubiera dejado caer a plomada el pequeño jet manejero en el que volábamos. La alarma se nos quedó servida. Me reafirman (porque confirmado ya lo llevaba yo) que el Hotel Honduras Maya es el mejor de Tegucigalpa, y de todo el país. Allí me hospedo para mis tres noches. Desde el noveno piso en que me encuentro se ofrece una panorámica de montaña, verdor, color terroso, casuchas y amplios espacios. El ajuste/cerrojo de seguridad de la habitación está puesto al revés; o sea, que el agujero redondo de la chapa blindada por donde se introduce la cabeza del pasador del extremo de la cadena está situado en la posición más cercana a la abertura de la puerta, con lo cual resulta inservible. No sería ésta la única chapuza en la que yo repararía: También desde mi habitación, ya con el crepúsculo avecinándose, divisó un cartelón, algo tapado por una casa, en el que se anuncia: "Restaurante Quijote in town down", supongo que queriendo decir "in down town". No sé. En Honduras, nada más poner

pie en el aeropuerto, respiré algo raro, como un tufillo de desconfianza. ¡Qué cosas tienen los países, y qué – fundadas o infundadas – percepciones nos despiertan! Me pareció que esta gente estaba empezando a despegar, y que manifestaban recelo de casi todo. Les auguré un camino largo. Una vez instalado todo lo bien que puede uno instalarse en el reputado como mejor hotel del país, me pongo en contacto con Gonzalo Retamal y Pilar...

– "¿Dónde estás? ¿Estás en el aeropuerto? Voy a recogerte ahí ahora mismo. Aquí tenemos sitio de sobra para tí"...

Toda esa catarata de lindezas provenientes de unas personalidades como las de mis amigos chilenos tuve que escuchar conmovido y emocionado. Otra cosa muy distinta era el *modus operandi* que desde siempre, tanto mi padre, como mi propia experiencia, como el sentido común envolvente, me habían dictado, a saber: lo primero de todo cuando se llega a un sitio extraño donde residen amigos, es acomodarse por todo lo alto; y luego ponerse uno en contacto con quien sea. Así se lo hice saber a Gonzalo, el cual, al tiempo que me regalaba y me contrarreplicaba a mi iniciativa de habérmelas apañado por mí mismo, dejaba traslucir su tranquilidad por constatar que conmigo tan sólo tendría que preocuparse de las cosas del espíritu, y siempre en la medida en que a él le pareciera conveniente. Me dice que se pasa por mí al Hotel para llevarme a cenar a su casa. Perfecto. Le espero en el Hall.

En este rato de espera hasta que llega Gonzalo me procuro una zambullida de urgencia, por medio de todos mis sentidos, en la situación hondureña en razón de las cosas, de las realidades que tengo a mano. El *lempira*, moneda oficial, se cotiza a 50 céntimos de dólar USA. Por lo menos el cálculo se hace fácil. Parece que en el mercado libre flotante se puede obtener hasta un máximo de 2'60.- lempiras por \$ [Por cierto, y antes de que se me escabulla de la atención, Lempira fue un caudillo indio que destacó en su lucha contra los primeros españoles]. Percibo que la vida está cara, igual o más que en Costa Rica; y eso en razón de los primeros precios de productos de

restaurante, de carreras de taxi que mi curiosidad se encargó de indagar, etc.

Llega Gonzalo. Un gran tipo. Desde que dos años y medio atrás nos habíamos conocido en Bristol, adonde había ido él para recoger a su mujer, Pilar, la empatía que entonces nos habíamos transvasado del uno al otro parecía conservar todos los grados de lozanía garantizada, de frescor y de novedad a estreno. Como representante oficial de ACNUR "de Trabajo Social y Educación", de rango alto, Gonzalo tenía derecho a vivienda independiente, tipo chalet, en una buena sección de la ciudad. No obstante, le asignaban las 24 horas del día servicio de vigilancia. Cuando llegamos, un "huasito", como rezaba la terminología chilena más representativa, estaba recostado en la fachada principal de entrada a la vivienda. Me dieron una suculenta cena casera preparada por Pilar, y tuvimos ocasión de hablar, si no de todas, de bastantes cosas. Me contaron que después de Bristol habían regresado a Chile, con la promesa de un puesto de trabajo en la Universidad de La Serena; pero que la cosa no prosperó. En efecto, habían trabajado en Honduras; les habían trasladado a Costa Rica, y de nuevo les habían requerido sus servicios en Honduras. Ellos me tenían aprecio, porque, entre otras cosas, cuando Gonzalo estuvo en Bristol yo le permití con mucho gusto que efectuasen algunas llamadas telefónicas a Chile desde el apartamento que la Universidad me había asignado; y aunque me consta que hicieron lo posible por satisfacer el importe de las tales llamadas, el hecho es que, por bien de todos y en evitación de recibos y papeles, la factura me vino a mí y yo me hice cargo..., con gusto, repito, del coste de las conferencias. Si traigo esta nimiedad cuantificable a colación es, justa y precisamente, para señalar el hecho — absolutamente gratuito pero mucho más valioso — de haber puesto a su disposición la cobertura privilegiada de mi apartamento "oficial" para todos los servicios que tuvieran a bien implementar. Pues tal era el grado de honestidad y confianza que reinaba entre nosotros. Definitivamente, aquel matrimonio de chilenos era buena gente: de eso estoy y seguiré estando seguro.

Gonzalo y yo coincidimos en que Honduras se encontraba atrasada en cuanto a la liberalización de ciertos menesteres convivenciales. Prevalecía un... como clima de desconfianza y adustez, como de después de una guerra, o como de un periodo durante el cual se espera la declaración de una guerra de un momento a otro. En el Hotel Honduras Maya hay vigilancia continua y, en teoría al menos, no se permite el acceso de invitados a las habitaciones de los clientes. Me recordaba la España de después de nuestra contienda civil, y hasta finales de los años sesenta, cuando le pedían a uno el Libro de Familia omnímodo, si de subir acompañado a una habitación de hotel se tratará. Hablamos y hablamos de muchas más cosas: de lo "gitanos" que eran los ecuatorianos [cosa que ya había yo constatado, y la volvería a constatar en mi viaje a Quito en los años noventa] en lo relativo a pretender cobrar de más, o de escatimar los descuentos preceptivos por norma expuesta por los propios centros turísticos, por ejemplo. El cambio de la divisa en Honduras no consentía grandes oscilaciones: el gobierno parecía ejercer un duro control sobre el tema. La variación ya mencionada de hasta 50 céntimos de lempira por dólar no era destacable en comparación a, pongamos por caso, un sistema socialista como el de la entonces URSS. Es más, se entendía que dicho margen de 50 céntimos de lempira por dólar estaba consentido y pautado por el propio gobierno con el fin de obtener divisa estadounidense. Precisamente me comunicó Gonzalo que un conocido suyo estaba en la circunstancia de proporcionarse dólares USA a toda costa, y que muy probablemente me los pagaría a 2'60.- lempiras. A tenor de como fueron las cosas el tal amigo no exteriorizó intención alguna de comprar dólares; así que todo quedó como estaba.

El día siguiente, viernes 13 de julio, Gonzalo me acompañó a cerrar mi billete de regreso a Guatemala para el domingo 15; y además me llevó a recorrer los alrededores de Tegucigalpa. Se destacan las casas y la tierra de color ocre, marrón oscuro, contra el intenso verdor de la vegetación. Honduras, lo que se dice por espacio, es una reserva de campo y de terrenos urbanizables. Salimos de la capital y nos dirigimos en coche hacia lo que creí entender como Villa de los

Ángeles, y que por desgracia dejé de trasladar con el debido rigor a mis notas. En esa dirección se encuentra la sede del Hispanismo de Tegucigalpa: Junto a la carretera hay un poste con las tres franjas de colores de la enseña nacional española; luego una vereda; y después un chalet grande y rústico. Reparo en que hay mucho jubilado, retirado, o pensionista americano que se viene a vivir aquí el resto de sus días. Por la carretera se ven letreros indicadores muy curiosos: "Doña Peggy... [no sé qué adjetivo] Pastry". Como suena. Pequeños tolditos, medio chamizos que llevan por una sendita a la supuesta mansión del gringo de turno. "Sleepy Hollow" es otro cartel. Sin embargo, lo más emotivo que voy percibiendo en este pequeño recorrido de no menos pequeños países del volcán centroamericano (y que sería tema a desarrollar más *in extenso* en algún escrito posterior) es la formidable fuerza unidora del idioma español. Cuando parece que la forma de vida adopta unos estilos irrecuperablemente desviados de los que para su misma existencia entendería como propios un espíritu castellano, por ejemplo; cuando el juego de las instituciones devenidas o impuestas parece disociarse si aplicado con perspectiva contrastada entre cualquier república hispana y España; cuando la turbulencia de particularidades facticias parece haber borrado definitivamente toda posibilidad de concierto y empatía..., entonces, precisamente entonces es cuando la lengua española actúa de maravilloso factor de conciliación y reconocimiento, rasando diferencias y reduciendo a particularismos irrelevantes los grados de individualidad irrenunciable que cada comunidad atesora. La labor cohesionante de la lengua produce pasmo. Entre las dos cotas máximas donde se asienta el espacio de lo inteligible tienen cabida los innumerables términos idiolécticos mediante y a través de los cuales estos colectivos hispanohablantes se entienden, si de referirse a una específica y misma realidad se trate. Mirífica, exclusiva, taumatúrgica función del lenguaje: suelda, coordina y lima diferencias entre individuos cuyas demás actividades existenciales bien pudieran discurrir por caminos inencontrables. Es pasmoso observar cómo el extrañamiento inicialmente posible entre dos hispanohablantes se ensambla

finalmente en una medida superior de sentido tan pronto como la palabra se enseñorea del ámbito de la realidad. La palabra es la argamasa que se encarga de atemperar y conjuntar las demás diferencias vitales.

Al término de aquel medio día que nos concedimos para departir y conocer alrededores de Tegucigalpa, nos sentamos a comer en una terraza, bajo unos toldos. Recuerdo que de entre los platos a elegir en el menú, el arroz a la cubana era el que más se acercaba a mi estado de ánimo. Comprobé una vez más que las cosas estaban caras, considerando el nivel de vida de los 670.- \$ USA de renta per cápita según la misma fuente del mapa de la *National Geographic Magazine*, de 1986, anteriormente citado. Nos despedimos Gonzalo y yo hasta el domingo en que me trasladaría al aeropuerto.

Buena parte de la mañana del sábado 14 la pasé en la piscina del Hotel. Quería hacer acopio de conciencia para asumir lo que aquella visita a Honduras me estaba significando. Me encontraba, aunque algo raro, satisfecho conmigo mismo por el golpe de iniciativa que había imprimido a mi voluntad, y el pequeño botín de satisfacción que hasta el momento me había supuesto. Me complace ahora, en los momentos en que estoy escribiendo esto, mirar una bonita postal que tengo delante de mí, con una buena perspectiva en primera línea, y en profundidad, de la piscina del Hotel y de los montes circundantes respectivamente. La postal reza: "View from a guest room window overlooking Cabaña Club and skyline of Tegucigalpa". Sin dejar de ser cierto, lo de la "skyline" en realidad se reducía a tres únicos bloques altos sobresaliendo sobre una comparsa de edificios de color entre verduzco y terroso, muy mimetizados con la tonalidad de los cerros del fondo. De todas las capitales centroamericanas, Tegucigalpa permanecerá en mi fijación como la más... rural; mejor dicho, la más llena de... campo, la más llena de espacios agrestes, en estado natural. En la piscina del mejor alojamiento del país, con esa formidable impunidad, con esa irrenunciable prepotencia que le prestan a uno las realidades contextuales, la vida ofrece rasgos y signos de muy diverso matiz. Un hombre vestido de calle no es igual que en traje de baño; y

así el discurso, el ademán, y hasta la forma de trasladarse de un sitio a otro, aunque se trate de una piscina, cuando se está en esta guisa íntima, adoptan unas dimensiones, unos alcances sencillamente distintos. En un primer golpe de orientación visual me pareció distinguir que la población se acomodaba en uno o en otro de estos dos grandes apartados: los de etnia europea total; y los que en la gradación que fuere constituían el mestizaje. Pero contrario a la mezcla que, por ejemplo, en la República Dominicana la formaban un componente blanco y un componente taíno (arawak), con el resultado de un producto de indio desde casi lo oscuro fuerte, al color del café ligerísimamente cortado, aquí en Honduras el factor autóctono indio procedía de más arriba del continente, de lo maya, de facciones algo más achatadas. Mientras tumbado en una de las hamacas del así llamado Cabaña Club de la piscina tomaba el sol, me entretenía con las dichas conjeturas sin impedir que mis ojos se aprestasen a avistar cualquier accidente que acertase a pasar por allí. Únicamente una chica de corte europeo, de color clarito, y vestida de calle, propició que la abordara mediante esas palabras neutras de salutación universal, imposibles de dejar traslucir proyectos. En aquel bío-topo creo que la dije que no había derecho a que un chasis como el suyo estuviera vedado a la celebración de nuestra vista, en tanto que nosotros, yo mismo sin ir más lejos, de manufactura infinitamente menos atractiva, nos exponíamos, nos arriesgábamos a la desaprobación suya. No pareció desagradarla esta finta tan socorrida como inocente de entrar en conversación. Pero algo debió de deslizarse en mi discurso, por el lado tal vez de lo innecesariamente obsequioso o retórico, porque la chica – cuyo nombre ni siquiera me hizo saber, de tan volandero como fue nuestro contacto – ... y una vez que me presenté a ella así, muy genéricamente, como turista español que se hallaba de paso visitando a unos amigos en Tegucigalpa..., es el caso, digo, que la chica por toda curiosidad me preguntó que si yo era periodista. Así pues, al menos, mi interlocutora me ilustró con la sospecha de que el más significado contingente de ciudadanos españoles que se expresaran tal vez de manera algo adulatora, pues eso, que fuesen periodistas. A través del

somero testimonio de esta joven se me volvió a evidenciar ese ligero toque de adustez y de desconfianza que propagaba, en general, el ambiente de Honduras. Por cierto que a la piscina allí la llaman *alberca*; y en las puertas de las dependencias del Hotel y de otros edificios se lee junto a "pull"., "hale", del verbo *halar*, tirar, estirar hacia sí, atraer; término que ya había visto en la República Dominicana. La TV del Honduras Maya tiene a diario programas de vídeo en inglés; la yanquización del país es atosigante. Y el caso es que también por TV se ven anuncios muy bien hechos, y en perfecto castellano: sobre la seguridad en la conducción de vehículos; sobre la cultura y la economía; sobre la salud, etc. No resulta violento inferir que tales recomendaciones de orden público y de progreso civil se inspiran en los designios programáticos de los USA, en la práctica los verdaderos dueños del cotarro, pues americanas son la mayoría de las empresas que poseen y controlan las plantaciones y explotaciones plataneras y fruteras de las zonas bajas de Honduras, mientras que los sucesivos gobiernos parecen desentenderse de la posibilidad de ir creando, poco a poco, una industria casera y un desarrollo capaz en algún futuro a medio plazo de hacerse cargo de las necesidades de la nación.

Con todo, y por el lado de lo lírico por libre, mi verdadera *highlight* en Honduras lo constituyó Blanca Rosa. ¿Quién era, quién fue esta mujer? Ese sábado 14 de julio, última noche de estancia en Honduras, había bajado yo a la terraza. Desde allí, sentado en uno de los veladores con sombrilla fija, se controlaba tanto una parte del hall principal del Hotel como el espacio ocupado por la piscina y zonas de recreo. Era, según digo, mi última noche en Honduras. Acaso me hubiese pertrechado de bolígrafo y de algún papel para escribir. Resulta que la totalidad de las notas que tomé sobre Honduras en este viaje están plasmadas en el reverso de folios timbrados del Hotel Salvador Sheraton (que recogería durante mi escala técnica desde Guatemala con destino a Tegucigalpa) y del propio Honduras Maya, pero que acaso redactara sobre estos mismos papeles durante mis dos

últimos días en Guatemala, antes de poner rumbo a Santo Domingo. Fuere lo que fuere, ahora, en un día del mes de octubre de 2002 me estoy ayudando de lo que en su momento, y en el reverso de una carátula de servicio de télex del Hotel Honduras Maya dejé fijado por medio de la bienaventurada y todopoderosa palabra.

Al verme así, presa fácil, boya flotante de los cualesquiera piélagos del contacto enconradizo, se me acercaron dos chicas; o mejor, dos mujeres, pidiéndome anuencia para sentarse en el mismo velador que yo ocupaba. ¡Claro, no faltaba más! Mi percepción de la hembra hondureña había sido muy escueta, tanto por el exiguo número de ellas que mis escasos desplazamientos me habían deparado contemplar, como por el hecho de que el resultado del mestizaje había escorado, acaso con más intensidad de la requerida, hacia un patrón menos atractivo que en otras combinaciones de ingredientes equiparables. Una de ellas se llamaba Norma, y era morenita, tirando a indiecita oscura, además de rechoncha (y por lo que inmediatamente se evidenciaría, habladora). Su compañera, Blanca Rosa, también de entre 30-35 años, absolutamente blanca, en vía hacia lo rubio, de facciones correctas que iban pasando el poco optimista escrutinio de mi examen. Norma, con bastante la menos atractiva de las dos, llevaba la voz cantante, algo así como la celestina y socia capitalista e industrial al mismo tiempo de la sociedad que en aquella circunstancia, al menos desde mi incumbencia, formaba con Blanca Rosa. Me preguntaron, bueno, me preguntó Norma que si podían pedir un refresco a mi cargo, y yo les dije que podían pedir algo de más entidad, como pudiera ser un plato en regla que les sirviera de cena. ¡Sería por dinero! Norma aceptó encantada. Blanca Rosa sólo se apuntó al refresco sugerido en principio por su amiga. Charlamos sobre las cosas esperables en situaciones así; lo suficiente para que yo me decantara por Blanca Rosa y desplegasen deseos, muy genéricos de entrada, y mejor y más dibujados conforme discurría la conversación, de celebrar con ella un encuentro íntimo. Las cosas se fueron precipitando en una pequeña cascada de informaciones, de razones y de deducciones. Al comentarles yo que iba de regreso a Guatemala, y de allí a Santo

Domingo, y unos días más tarde a casa, a España, surgió el tema de los viajes, de los transportes, de los billetes, de las restricciones documentales y financieras..., de las particularidades que cada país imponía. ¿Que qué moneda empleaba yo? Pues la mía propia; o sea, las pesetas para España y Europa occidental, y los \$ USA para el resto del mundo, en el que se encontraba naturalmente Honduras.

Al oírme hablar de dólares y cerciorarse de que era lo que había llevado y todavía llevaba encima para todo el recorrido de mi viaje por Centroamérica y el Caribe, el semblante de Blanca Rosa se conmovió; pero entiéndase bien, no de codicia vulgar ni de oportunismo chalanero, sino de un gesto entre admirativo y resignado, al tiempo que lleno como de nostálgica impotencia. Aquella mujer poseía cantidades de feminidad. Mi interés por ella se acrecentó. No había yo prefijado nada en plan monográfico respecto de nadie. Se trataba de esa espontánea derivada que me había deparado el puro azar, que ni siquiera había propiciado yo sino la parlanchina de la feíta de Norma. Porque Norma – me fijé ya con más voluntad crítica – era más bien chaparra y algo zamba, aunque sin negarle los puntos de desenvoltura que desde el primer momento mostró. Pero la temperatura de nuestras conciencias, por lo menos de la mía, iba subiendo rayitas. Me fijé en que Blanca Rosa tenía labios bonitos, y en una ojeada ulterior reparé en que su dentadura parecía buena; proporcionada asimismo de altura y de anchura cuando la vi levantada...

Yo le comuniqué lo mucho que me encantaría que compartiera conmigo un rato de intimidad... y ella me dijo que estaba casada. ¿Casada? Sí, casada; y al parecer su situación ilustraba con largueza el grado de vacilación y la falta de rodaje de las costumbres hondureñas en este tipo de liberalidades. Como seguimos hablando de viajes, me dijo que su marido se hallaba trabajando normalmente en San Pedro Sula, que ya por entonces era el primer centro de desarrollo comercial y de creación de empleo del país. Blanca Rosa quería ir a Panamá y, como ya indiqué, cuando se percató, a consideraciones y preguntas que ella sola se iba formulando, que yo llevaba dólares encima, su expresión y su fluido interno se fueron modificando. La hice ver que

fuera de Europa no quedaba más alternativa que servirse de la divisa intermediaria de los USA, y que no había que ver en ello sino algo de virtud producto de la necesidad. En Honduras hay un trapicheo subterráneo de gran entidad del cambio del dólar USA, porque todos o casi todos los taxistas lo cambian a un 25% más del valor asignado ficticiamente por el gobierno; paridad que, ya sabemos, estaba establecida en dos lempiras por dólar. Pero es también el caso que aparentemente deben de ser unos pocos privilegiados los que controlan el acaparamiento de dólares comprados a dos lempiras y media, o más; y que fuera de esos negociantes la gente normal no puede adquirir dinero yanqui a ningún precio. Esa era la conclusión a la que yo llegaba ante las explicaciones de Blanca Rosa, la cual me confesaba que para su pretendido viaje a Panamá tenía necesariamente que agenciarse dólares, al tiempo que su gobierno le ponía toda suerte de dificultades para la obtención de esos mismos dólares: la típica ley del embudo del bananerismo y del sub-desarrollo.

El asunto se había centrado y no eran necesarios más merodeos. A mí me habría gustado hacerme acompañar de Blanca Rosa, pero confieso que no insistí. Puse eso sí, mi mejor retórica conciliadora al servicio de la idea, no por consabida menos cierta, de que los regalos que en estos casos se efectúan con lo que entendemos por... eso, dinero, no son dinero; no pueden ser dinero, porque mediante un acto de fe, de voluntarismo, transformamos mentalmente, lo dejamos transformado ya a ese dinero que recibimos, por la cosa, por el servicio que pretendemos; por el bien, en una palabra, al que aspiramos. En una mujer como Blanca Rosa podía mucho el hecho de estar casada. Y yo, por si fuera poco, no insistí. Al cabo de los años, y siempre desde la óptica ideal como contemplamos las cosas a pitón pasado, se me ocurre ahora que lo mejor hubiera sido regalarla sin más, y como un acto de pura liberalidad previo a cualquier desarrollo, un billete, digamos, de 10.- \$ USA, con la garantizada promesa de que si subía conmigo a mi habitación la haría receptora de otros 30.-, de otros 40.- tal vez, o de los que hubieran hecho falta. ¿Hasta dónde

llega la persuasión y a partir de dónde empieza la persistencia insistente? Nunca lo sabré. Ahora veo claramente que no insistí. Hasta yo mismo aduje estúpidamente la desautorización que existía respecto de que subieran a las habitaciones personas que no fuesen los propios huéspedes. Norma se apresuró a desmontar tales escrúpulos, diciendo que eran puras bobadas que no se daban en la práctica. ¿Y por qué no lo iba a saber ella, nativa como era? Norma me instaba a continuar en mi asedio emocional de Blanca Rosa; a que no me rindiera tan pronto. La verdad es que todo lo que esta chavala tenía de poco atractiva, lo tenía con creces de aguda, de maniobrero, de dispuesta, de celestina. Me consta que quería lo mejor para su amiga, y estoy seguro de que al final del programa hubiera reclamado un trozo del turrón con el que yo me proponía endulzar a Blanca Rosa. Pero ésta estaba casada, casada: y ésa era la realidad que se interponía entre el castillo de su intimidad y mi ariete. Me dijo que le gustaría tener tiempo para consolidar más la empatía nuestra; para conocernos. Y aunque se trataba del típico aparato de artificiosidades femeninas, percibí que lo decía sentidamente. Volví a mirarla, y ahora me gustaba francamente. La única sorpresa que esta mujer hubiera podido depararme habría sido en el lecho; o tal vez antes, cuando se hubiera despojado de su ropa de calle. Yo le recordé el poema de Andrew Marvell, "To His Coy Mistress", pero no hice demasiados intentos, ahora lo veo claro. Sus escrúpulos se transformaron en mis escrúpulos. Quedará siempre en la historia de mi conciencia el acertijo de si... a más persuasión mía se hubiese desmoronado el dique de inhibición de Blanca Rosa, o no; porque se trataba de una mujer muy femenina, que vibraba de anhelo y de indecisión. Blanca Rosa no subió a mi cuarto. Acaso se comportara así porque no quería aparecer culpable a los ojos de Norma, quien, por otra parte, no cejaba en animarme, no dejaba de instarme a que continuase con mi dialéctica; y no me diese por vencido. Y tenía su buena cuota de razón. Pero ni yo estuve posiblemente a la altura de las circunstancias; ni Blanca Rosa, aunque entendió mis razones, pudo asumir la carga de aventura que llevaba consigo la situación. Su naturaleza inequívocamente insegura predominó. Sus ataduras

institucionales estaban ancladas en una férrea tradición y... primaban. Generosa, me daba la explicación de que en su caso tendría primero que divorciarse para poder avenirse a la intimidad que yo la estaba ofertando. Indudablemente esta mujer tenía algo que atesorar, lo que fuere, y respecto de ello conservaba un estuche donde bajo llave se guardaba el código de sus creencias. Ante la frustración de Norma, que había desmontado por pacata mí salvedad de que los vigilantes nocturnos del hotel significaran un obstáculo... Norma deploró que yo no venciese la irresolución de Blanca Rosa. El caso es que me retiré a mi cuarto, con una despedida encubierta; y allí arriba, en el noveno piso del Hotel Honduras Maya mi alma sufrió una vez más el efecto de la mordida de las fauces de la incertidumbre; de la sorpresa inesperadamente posible que yo había generado pero que no me había dado maña en encaminar. Blanca Rosa no subió.

Mi contacto con hembras hondureñas ha sido llamativamente escaso. Al menos respecto de España y en perspectiva contrastada con el colectivo femenino originario de otros países equiparables tanto en contingente humano como en localización geográfica, no acierto a diagnosticar el por qué de esta realidad. Obviando los escalones del tiempo por mor de lo que aquí relato, tuve que esperar hasta 1994, o sea una década más tarde para encontrarme con una mujer de Honduras. Se trataba de Gilda Patricia Crespo, atractiva y madura, de unos 40 años, de muy buen ver. Formaba parte de la remesa de estudiosas iberoamericanas que, becas por el Gobierno español, perfeccionaban estudios de Derecho Administrativo; y debido al hecho de que el Archivo General de la Administración Pública de España se encuentra en Alcalá de Henares, allí tuve ocasión de encontrarme con las representantes de algunos países tanto centro como suramericanos. El nexa originario lo constituyó la becada nicaragüense, que venía recomendada muy especialmente a mí por el eminente erudito dariano don José Jirón Terán a quien tuve el placer de conocer en su propia Nicaragua en 1987. Patricia, la hondureña, estaba emparejada con un alemán y residía normalmente en Alemania. Dedicada a la

investigación histórica, compaginaba los viajes que por cuestiones de trabajo realizaba su marido (a Suráfrica, por ejemplo) con el que ella hizo, también por ejemplo, a España en la ocasión que comento, y los sucesivos que haría a la misma Honduras y a otros puntos de la América del Sur donde, según me hizo saber en su última comunicación del año 1996, podría sentar las futuras bases para una eventual residencia y un cuartel general de trabajo. Patricia encarnaba a una mujer de chasis persuasivo, culta e interesante en muchos sentidos. Mi propensión emocional por ella tenía irremediablemente las cotas disuasorias de su vida estable en pareja (que, al parecer, funcionaba) y la propia precariedad de las dos o tres veces que coincidimos con sus colegas en las comidas a las que yo frecuentemente las invitaba en el restaurante Oliver's de enfrente de mi casa en Alcalá de Henares. Junto con una peruana, Patricia ocupaba un piso de una de las calles, digamos, de entre la Ronda de la Pescadería y el llamado Barrio de Venecia, asimismo de Alcalá de Henares. Su relación con las otras compañeras era muy de circunstancia, y puedo afirmar que acaso las veces que con más intensidad departiera con ella coincidió con las ocasiones en que todas recalaban primero a comer conmigo y luego a una sobremesa en mi piso que, ya dije, se encuentra enfrente del restaurante frecuentado. Patricia iba por libre. Es el caso que después de que las otras amigas y yo durante un par de semanas hubiésemos amenizado nuestra confraternización sentados a una buena mesa, Patricia se presentaría en mi casa, como rezagada, como cerrando la nómina de estudiosas a las que – bien lo sabía ella ya – estaba yo patrocinando en el aspecto del entretenimiento, y de prestaciones tan esperables como, digamos, permitirles que telefoneasen desde mi casa y a mi costa a sus respectivas familias en América. Y así, un día que estaba yo con todas en mi piso, se presentó Patricia. Como se trataba de nuestro primer contacto, la mujer encontró cortés excusarse de llegar rezagada, y además, con la única cobertura de la palabra de sus compañeras que ya le habían dicho a ella que yo me había erigido en algo así como el benefactor de aquel colectivo iberoamericano – pues se daba una brasileña entre ellas – en

razón de mi espontánea liberalidad; en razón también de que la nicaragüense vivía en un piso con otras dos compañeras más, y éstas, por el inevitable principio de que "los amigos de mis amigos"... se acomodaban naturalmente bajo el toldo de patrocinio y protección que el bueno de don José Jirón había previsto respecto de su compatriota a costa mía. Patricia se presentó rezagada y excusándose de lo que, nada más terminar de oír mis argumentos de impugnación, se le tornaron motivos de autoestima y de asegurada confianza.

Se trataba del mes de julio y Patricia llevaba una blusa verdecita clara, una falda ligera color hueso, y unas zapatillas de piso como de esparto fino y de medio tacón, con cintas de ajuste que subían cruzándose hasta la mitad de la espinilla. Creo que congeniamos nada más vernos. Pero, como apunté, ella protagonizaba una dinámica de actividades más variada y... acaso más descompensada que la de sus compañeras, lo que se traducía en una mayor improbabilidad en nuestras coincidencias. Patricia era, por supuesto y ante todo,... mujer, pero su propio status de "emparejada" limitaba decididamente la medida de la intensidad con que yo hubiera estado dispuesto a explorar su personalidad emocionalmente. Con todo, sí puedo destacar dos momentos en los que, cada uno bajo un signo distinto, Patricia y yo confirmamos que en cualquier otra estación de espacio, de tiempo y de circunstancias intransferibles, quizá nos hubiéramos detenido a auscultar la manera de hacernos más mayores juntos. Una noche me hallaba yo en casa. Suena el telefonillo del portal y era Patricia. Que había llegado a Alcalá en tren y que se encontraba allí mismo, abajo. Quería servirse de las cosas, de las prestaciones que un amigo como yo podía ofrecerle de manera natural: Se lavó, hizo unas llamadas telefónicas y se vino a mi despacho a charlar. Estaba guapa. Sin embargo, el final de su estancia en España se acercaba, y con él... el agolpamiento de cosas que hay que ordenar, controlar y dejar cerradas para que nunca constituyan un falso aliado, no ya un enemigo, por la retaguardia. En un momento dado me levanté, la así de un brazo, la atraje a mí y al tiempo que reconocía y merodeaba con mi tacto la invitante moldura de su seno izquierdo, inicié el abordaje del beso

acercando mi valva a su ranura trémula. Patricia lo rechazó con esa maniobra elocuentemente inspirada de hacerte saber, de hacerme saber que no era por mí, sino que era por ella; que no estaba a la altura de desinhibición que el trance requería. Tal vez su negativa frustró la expansión espiritual que se había abierto a mis sentidos; a la tropía de mi alma; pero la verdad fue que en el fondo, y a pesar de todos los pesares, acicaló mi ego.

El segundo contacto en exclusiva entre Patricia y yo sucedió el día de su partida. Estaba previsto que su vuelo..., un vuelo de las Aerolíneas Argentinas que proveniente de Buenos Aires tenía prevista su llegada a Madrid... a la hora que fuere para proseguir a continuación su ruta a Alemania. Ese mismo día se celebraba en Madrid en no sé qué centro cercano a Cibeles... la ceremonia oficial de despedida a las participantes en los cursos de perfeccionamiento en cuestiones administrativas e históricas. Las demás amigas mías habían hecho idea de asistir ya que sus estancias se iban a prolongar algún día más y no existía incompatibilidad alguna en la realización de tal menester. Con Patricia la cosa revestía el pequeño tropiezo de que su salida de Barajas la impedía estar en cualquier otro sitio, y mucho menos a esa misma hora. Patricia me pidió que la llevara al aeropuerto desde su piso de Alcalá, a donde fui a recogerla por la mañana. Pero lo que no me dijo es que había atiborrado de materiales pesados una enorme maleta que era prácticamente inmanejable. Pasé por alto la vergüenza teórica que me producía confesarme incapaz de cargar con desenvoltura con aquel bulto monstruoso, y a duras penas pude meterlo en el maletero de mi coche que quedó totalmente ocupado. Ya en el aeropuerto, y con el barullo consiguiente, tras de esperar lo que correspondiera en la cola de Aerolíneas, llegamos al pesaje y nos dice la báscula que la maleta arroja un exceso de... *diez* kilos; sí, diez kilos, porque el máximo estipulado son *veinte*, y la maleta pesa *treinta justos*. Treinta kilos de maleta – y por si alguien no lo sabe – es una de las realidades más seriamente incómodas que imaginarse puedan. Yo había sufrido una ciática unos años antes, y lo que en condiciones normales me hubiera propiciado decir con toda propiedad que lo

habría levantado con la palanca de mi polla, entonces, en aquella ocasión, insisto, no me dolían prendas, y me había parecido de atraco; tan de atraco como para haber desistido del empeño de acarrear dicho bulto inmoderado de no haber sido por la situación de extrema necesidad en que Patricia se hallaba inmersa. ¡Ya decía yo que este cabrón de fardo pesaba lo suyo! Treinta kilos de maleta eran muchos kilos. Bueno. Confirmadas mis sospechas sobre el hecho de que Patricia se había excedido y había abusado de mí en lo referente a transportar dicho *muerto*, ahora venía otro detalle desagradable, y es que había que pagar un pequeño dineral en concepto de exceso de peso. ¡Bah... ya puestos! – dije yo. Y me apresté a invitar a Patricia a aquel gasto resultante de la desmesura de su equipaje. Pero algo debió de funcionar en las oficinas secretas del éter, porque sin aún acabarse de poner las etiquetas en las asas de la maleta, y sin que el empleado expidiera el recibo del exceso de peso, ni mucho menos aún tuviera lugar la ejecución de su cobro, de una latitud algo alejada del mostrador vino pasándose una consigna, una información de última hora. Sí. Una información importante y que no era otra sino que el vuelo de Aerolíneas traía un retraso de más de cuatro horas garantizadas; y que en casos así, por la molestia irrogada a los pasajeros, se les condonaba la deuda en que pudieran haber incurrido por exageración de equipaje. Doble alegría para Patricia por hacerla sentirse menos culpable; y para mí porque me acababa de ahorrar... si mal no recuerdo, la bonita y estúpida suma de 15,000.- (quince mil) pesetas. ¿Qué hacer ahora, ya con el equipaje facturado y con cuatro horas de expansión? Las cosas parecían cohesionarse como por encanto.

– ¿A qué hora era vuestra reunión en Madrid – le pregunto a Patricia?

–

– ¿Quieres ir? Todavía tienes tiempo de sobra.

– Sí, pero...

– Venga, vámonos al coche, que te llevo.

Y así la buena de Patricia asistió al refectorio de despedida oficial; se salió con la suya de hacer pasar como "normal" una maleta gigante; y de paso me evitó tirar 15,000.- pts. La llevé a Madrid con la convicción asegurada de que los responsables de la reunión de despedida habían puesto transporte conveniente para los que quisieran trasladarse al aeropuerto. Como así fue. Y en efecto, estando ya en mi piso esa misma tarde, en Alcalá de Henares, a eso de las 16:00 pm. Patricia me llamó desde Barajas enviándome mil bendiciones por mi ayuda. Su avión había llegado y se preparaba ella a embarcar en breve.

Después, nuestras comunicaciones epistolares a las que he hecho referencia. La acción devastadora del huracán Mitch en 1998 parece que interrumpió gravemente el curso de la vida nacional hondureña en todos los órdenes, y probablemente influyera negativamente en la financiación, a cargo de los organismos competentes, de los programas de investigación histórica que Patricia se traía entre manos. No he vuelto nunca más a saber de ella. El régimen de convivencia efímera que prestan los servicios de urgencia de los puntos de alterne (bien se trate de locales de carretera o de pisos de ciudad) una sola vez, una única y exclusiva vez me coincidió con una chica hondureña. Provenía de La Ceiba, primer puerto del país en la vertiente atlántica; era agraciada de chasis, algo chatunga, y de un moreno tirando a verdoso virtual. Se hacía llamar Sahara.

De vuelta a Tegucigalpa, el domingo 15, como se había acordado, Gonzalo Retamal me acompañó al aeropuerto, y no me abandonó hasta que procedí al espacio internacional de embarque, y aun así siguió sin quitarme ojo. El funcionario que cobraba la tasa de salida puso mala cara cuando le satisface en lempiras la cantidad señalada, y además en moneda de denominación menuda, hasta quedarme limpio de aquella divisa tan singularmente cara de obtener por los nacionales de a pie en el país, como inservible fuera de él. Le agradecí sobremanera a Gonzalo la observación que sostuvo mientras duró el recuento de las piezas por parte del funcionario quien, a buen seguro, hubiera preferido cobrar la tasa en el número exacto de dólares americanos. Lo que más importó entonces es que dicho funcionario,

con cara de pocos amigos, se supiera observado y vigilado por alguien con capacidad para desautorizarle y sacarle las vergüenzas en caso necesario.

Mis dos últimos días en Guatemala los quise pasar hospedado a lo grande, y a tal fin elegí el Hotel Camino Real, uno de los cinco estrellas punteros de todo el país, emplazado entre Avenida La Reforma y la calle 14, de la Zona 10, no muy lejos del anterior Motel Plaza, de tan grato recuerdo por la espectacular ensalada de frutas que me sirvieron. Lo que tenía que hacer en Centroamérica básicamente estaba hecho. Se trataba de intentar llevar a cabo ahora una última gestión, la visita a la Señora de Valdés, a la que, como mamá del chaval que estudiaba en la Queen's University de Kingston, Ontario, Canada, había conocido allí, hacía ya catorce años; luego, descansar, ordenar ideas y prepararme para abordar la segunda gran fase de mi viaje, la destinada a la isla de Santo Domingo con sus dos mitades implicadas, la República Dominicana y Haití. Aquel domingo el personal del Hotel Camino Real celebraban un acto de hermandad con algo parecido a una pieza de teatro, mitad "reality show", mitad función de variedades a cargo de las habilidades de los mismos empleados. Aquella ocasión tan impensadamente espontánea me sirvió, de nuevo, para cerciorarme de lo agradables, serviciales y campechanos que me habían parecido estas gentes guatemaltecas en mis tres días anteriores, y la grata corroboración que ahora tenía lugar en mi conciencia. Nada más lejano que atribuir a aquellas buenas personas la condición de pertenecer a una sociedad en la que el asesinato, la guerra civil, la extorsión se anunciaban – supongo que por los interesados de turno – como la nota sobresaliente y constitutiva de la modalidad convivencial guatemalteca. Y además, por mucha incumbencia que uno pudiera desplegar sobre este tipo siempre terrible y siempre lamentable de cosas, bastante tenía yo con mantenerme a flote en el sistema concreto de complejidades que la realidad me deparaba. Asistir a aquella celebración de hermandad del personal del Hotel Camino Real me resultó iluminador, amenísimo, y a través de ello comprendí algo más de la forma de vida de aquel pueblo.

Recuerdo que me senté en una de las butacas del centro, y a mi lado ocuparon también su sitio unas empleadas de la cocina del Hotel; una de ellas, de unos 45 años, bien parecida, vaya, francamente atractiva, al decirle que yo era español, y que estaba allí de paso, etc., se tomó la innecesaria pero conmovedora cortesía de "explicitarme" uno de los inocentísimos retruécanos de doble sentido con que los protagonistas aficionados hacían las delicias del respetable. Era, sólo como ejemplo, algo así como el equivalente, en español, de jugar con las acepciones del verbo "echar", y ante la pregunta de "¿cuántos me echaría Vd.?" dirigida por una señora al vendedor de productos cosméticos, éste, desviándose del sentido esperado y normal de "años" sobre los que basar la elección del producto de belleza en cuestión, pusiera cara de sátiro y retrasara ponderativamente la respuesta con el fin de dar tiempo al público a captar la "gracia". Pues digo que algo así, pero mucho más rebajado de picardía; mucho más fácil de coger. Y sin embargo aquella estupenda mujer se echó sobre su conciencia la responsabilidad de "desintrincarme" el chiste al tiempo que aclaraba a los de su alrededor que yo, por ser español, muy probablemente no lo habría entendido. Estupenda mujer; extraordinaria gente.

El siguiente día, lunes 16, último de estancia completa en Guatemala, por la mañana me lancé a la calle, sin prisa, con todo el tiempo por delante y con el propósito de acercarme hasta las señas de doña Clara Valdés. Hoy, en el momento en que esto escribo, tengo delante de mí un mapa del país y plano de la ciudad de Guatemala, obsequio del Hotel Camino Real y fechado en 1974. Diez años son mucho tiempo para estas cosas y así, sobre el papel, hoy, ahora, un día de octubre de 2002 en que esto escribo no me es posible encontrar sobre el plano la dirección de doña Clara. Deduzco por los seguros indicios de los nombres de los distritos, que tendría que tratarse de una localización contigua al Boulevard Raúl Aguilar Batres, para lo que tendría que seguir, a pie, la Diagonal 12 hasta su encuentro con la Diagonal 1, y continuar en dirección este. Es un detalle de probidad documental, sin ninguna otra pretensión. Me puse a andar, a andar hasta llegar a un sitio que – entonces y con la capacidad de orientación

identificativa que en mí concurriera – coincidía con la dirección que de la Sra. Valdés conservaba. No pasaba nadie. Era un barrio de clase media, pero espacioso y más despejado de lo que era el centro de la capital. No veía número ni signo identificativo palmario. Esperé. Me podía permitir dedicar a aquello todo el tiempo que hiciese falta. Al cabo de un rato ocurrió que una señora abrió un portón como de garaje o almacén y se aprestó a encaminarse a... donde fuere. Como me encontraba a una prudente distancia de sólo unos metros, al otro lado de la calle, fueron un par de segundos, tres o cuatro segundos los que empleé en acercarme a ella, y con el tono más conciliador y más deportivo que se pueda esgrimir en tales circunstancias...

Se trataba de una hermana de doña Clara. Sin petulancia estéril me pareció que el semblante de las dos señoras mantenía un sello de parecido, de un genético del mejor cuño. Doña Clara no se encontraba en la capital. Aquella señora, su hermana, resultó ser amable y receptiva. Se enteró muy bien de quién era yo y pareció estar – al menos, no obstrusivamente – al tanto de que su sobrino y su hermana me habían conocido en Canadá en aquellos remotos tiempos de 1970-1971. Carlos, el chaval, ahora todo un hombre y todo un ingeniero, se hallaba trabajando con éxito... no recuerdo donde me dijo; pero que tampoco se encontraba en Guatemala. Bueno; pues misión cumplida. No registro ningún dato por el que pueda atestiguar algún contacto inmediato con doña Clara; inmediato, quiero decir respecto de 1984. Tenemos que llegar al 5 de enero de 1986 para recibir una tarjeta navideña con un cordialísimo texto firmado por Clara Hernández [de Valdés]. Idéntica la dirección de su domicilio a la primera y única que operaba conmigo desde siempre. Como la imaginación es libre y no creo que existan territorios en propiedad en los vastos campos del espíritu, me hizo ilusión interpretar como más le convino a mí *ego* en ese momento, que doña Clara me había firmado su texto con su nombre de soltera, para que ninguna porción de flujo personal, de su propio flujo anímico a mí dirigido, pudiera derivar y distraerse a través del apellido de su consorte.

Probablemente el resto del día me lo pasara escribiendo en las dependencias del Camino Real. El 17 de julio, martes, partía de Guatemala para Santo Domingo, en el Jumbo que Iberia destinaba a esta conexión, vía Panamá, y teniendo a Madrid como final de trayecto. Los señores del aeropuerto de Guatemala habían custodiado mis dos paquetes de café que Ana Tato, la costarricense, me regalara. Ni en Guatemala ni en ningún otro punto de la América Central he vuelto a poner pie. Una de las componentes de la avanzadilla de estudiantas becadas por el Gobierno español y que estuvieron aquel verano de 1994 en Alcalá de Henares, y bajo el patrocinio expreso o tácito del Archivo General de la Administración Pública, una de ellas, digo, fue doña Thelma Porres de Monteagudo, mujer de menos de 40 años, casada y con una niña de nueve, según me contó; historiadora de profesión y colaboradora en la *Historia General de Guatemala*, auspiciada por la "Asociación de Amigos del País. Fundación para la Cultura y el Desarrollo". Seis volúmenes. 1994. Thelma era una hembra en extremo atractiva que se sintió desde un principio la diana de mis preferencias respecto del grupo de amigas, sobre todo de aquéllas con las que compartía piso, que eran, la una, salvadoreña; y la otra, la nicaragüense, la recomendada por don José Jirón. La última comunicación de Thelma a mí data de mayo 1996. Me dice muchas cosas y muy halagadoras en su carta: "Me es grato comunicarme con una persona a la que le tomé mucho cariño y aprecio durante mi corta estadía en España". El muro tremendo de las instituciones; mi propia edad, que me hace percatarme simultáneamente de la edad de los demás, y la gran expansión acuosa de todo un océano han constituido las razones para que las contigüidades cómplices de nuestras pieles ni se plantearan entonces ni se hayan planteado darse una oportunidad.

Conservo aún dos billetes de medio quetzal (50 céntimos) cada uno. La vibración emocional que Guatemala antaño me despertara sigue propiciando, empero, su soldadura, sus instancias de renovación y puesta al día por medio de los repetidores del espíritu situados en los mitos cordiales de Clara y Thelma.

Mi visita de 1983 a la República Dominicana adoleció de conservadurismo a ultranza; quiero decir que mi excursión quedó trazada desde España dentro de esos cauces, al menos en teoría, de asegurada anticipación que suponía acogerse a un programa como el de Mundicolor de Iberia. Antes de salir quedaba satisfecho el grueso de las prestaciones (alojamiento y régimen de pensión elegido), y lo que restaba de gastos lo constituían las actividades de relleno en que uno pudiese incurrir por libre, pero siempre, como digo, en plan comparsa dentro del esquema esencial que se pagaba de antemano a la Agencia en España. Recuerdo que de aquel primer viaje me quedaron unos cuantos flecos desdibujados sobre el país y sobre sus gentes, etc., y que, no obstante, y por el irrenunciable principio del "error" y del "volver a intentarlo", fundamentaron sólidamente mis desarrollos ulteriores. En 1983 me había alojado en el Meliá Dominicana, que luego se llamaría Plaza, más tarde Loewe, y finalmente y hasta donde alcanza mi seguimiento, Concorde. Primer error. El emplazamiento de aquel Hotel se hallaba algo alejado de la "acción", sin que por ello sea lícito negarle alguna faceta positiva en razón de ese mismo alejamiento. Ni siquiera llegué a enterarme de que el hotel ponía a disposición de sus clientes un minibús para el centro de Santo Domingo, porque salvo un par de veces que cogí un taxi por libre, las restantes salidas que realicé, una, la que me llevó a Santiago a encontrarme con Sergio Bencosme, arrancó también en taxi del mismo hotel; y luego, las veces que me paseaba con mis amigas Lina y Cecilia, en que la primera de ellas estaba encantada de que yo le dejara siempre lleno el depósito de su voluntarioso VW. Eso, muy a grandes rasgos, respecto al tema del alojamiento. En lo tocante a compañía femenina, y aunque Lina y Cecilia en Santo Domingo me justificaran mis naturales disposiciones de varón capaz (y no digamos la buena de Cecilia cuando estuvo conmigo en mi casa de España)... en lo tocante a ese tema, digo, mi desorientación había alcanzado los niveles más altos de candidez y de credulidad. Por anticiparme en parte a lo que el subsiguiente relato pondrá de manifiesto, digamos que yo sufrí el inocente, el fácil contagio de pensar que en un país donde miles de

mujeres se ofrecían a un proyecto de aventura, una cualquiera de ellas, prácticamente la primera con la que me topé incorporaría en su persona la totalidad de virtualidades que con igual o mayor intensidad obraban asimismo en muchos miles de compatriotas. En los catorce viajes que hasta 1994 instrumenté a la República Dominicana, o sea, otros doce además de este segundo del que ahora nos ocupamos, pocos aspectos de la vida y costumbres de esta comunidad dejarían de ser explorados concienzudamente por mi curiosidad acaparadora.

Así muy en principio, muy en plan de concederme una excusa a partir de la cual soltar amarras, me dije que esta segunda visita a la República Dominicana estaba motivada por mi intención de consolidar mi inyección emocional con Ana Torres; y en segundo lugar, en régimen de simultaneidad, mi deseo de visitar Haití. La primera de las motivaciones no tenía enredos; carecía de complejidad. Había conocido a esta chica que trabajaba de camarera en el Bar-Salón del Hall del hotel Meliá Dominicana. Curioso: en aquella primerísima ocasión llevaba falda larga y en consecuencia no pude verle las piernas. Pero no adelantemos demasiado los acontecimientos.

El asunto de Haití desplegaba ramificaciones de incumbencia más variada, más intrincadamente interdisciplinar que, ora apuntaban a la literatura, ora a la historia, ora a la antropología, etc. Literariamente considerado, había caído en mis manos *El reino de este mundo*, la novela de Alejo Carpentier que, ilustrando una característica esencial de la ficción, es decir, su poder de representatividad... en justicia estricta la obra como tal no me había convencido. Esa maraña de argumentos barrocos se zafaba de mi gusto, pero al mismo tiempo conseguía ponerme sobre aviso. La "Citadelle", monumento militar de principios del siglo XIX, decretado construir por un rey megalómano e inicuo, el así llamado Henry Christophe, además originaba "posters" de indudable atracción turística. La historia de Haití – que, por otra parte, en muchos aspectos se uncía al mismo yugo que el de la República Dominicana, y de los acontecimientos que uno y otro país protagonizaron sobre todo en la época de la autocracia de Trujillo –

también arrojaba una dosis de interesado concernimiento; y por último, y sin agotar la nómina de áreas de apasionamiento para un estudioso, antropológicamente hablando, pocos países como Haití ilustraban el tremendo juego de perspectivas y de relatividades de que está colmada la condición humana. Resulta, en pocas palabras, para resumirlo en una fórmula directa y bronca... resulta que el dominicano desprecia al haitiano por negro !! "¡Cuentan de un sabio, que un día!"

Esta segunda vez me hospedé en el Hotel Continental, un tres estrellas en la parte baja de la Avda. Máximo Gómez, ya cerca de su encuentro con la Avda. Independencia. Acaso interviniera en mi decisión el hecho de su buen emplazamiento y de que pertenecía al club de IAPA (International Air Passenger Association), cosa que, al menos sobre el papel, constituía una instancia de presentación. Desde aquella vez, siempre ya para lo sucesivo, procuré que me diesen el séptimo piso, mirando hacia el Caribe, a unos 500-600 metros. Entre medias, entre mi cuarto y el agua, una panorámica de árboles y casas. Santo Domingo, la capital, no tiene playas sino una línea rompiente de mar, "El Malecón". Las primeras playas en condiciones se encuentran al este, en Boca Chica, a unos 30 kms. Por cierto que, hablando de guarismos, quede desde ahora mismo dicho que el cambio del \$ USA se efectuaba a 2'75 pesos más o menos.

La RD es la tierra del merengue, la música y el baile de un bandazo a un lado y un bandazo al otro, y tira hacia adelante. Precisamente me ha tocado llegar esta vez en la semana del merengue. Siempre parece ocurrir lo mismo, y es que le cogen a uno entre dos fuegos cuando de cobrarle lo máximo permitido se trata. Cuando no es "high season" en el punto de partida lo es en el de llegada; a veces no siéndolo en ninguna de ambas señalizaciones, lo es en las dos por prestidigitación de los fenicios del turismo.

El juego de la búsqueda del tiempo perdido nos va dejando de atraer en la misma proporción en que nos depara sorpresas. Sorpresas a destiempo, a desazón. El ejemplo de Ana Torres lo prueba sobradamente. La escribo dos cartas desde España, sin respuesta. No es extraño. En estos sitios no tiene resonancia inculpatoria, mucho

menos punitiva, el hecho maximalista de reventar, vulnerar, violar el "so called" secreto de correspondencia; por otra parte, secreto a voces las más veces. El caso es que se fiscan en la intimidad, en la confidencialidad que se atrinchera en el estuche frágil de un sobrecito. Por supuesto que esto no quiere decir que dicha dimensión tuviera que aplicarse con Ana. Pero resulta que Ana no recibió; o recibió y no contestó, mis cartas. En todo supuesto, no tuve respuesta. Y al llegar a Santo Domingo, el consabido rastreo de las direcciones que si otrora fueron, aunque efímeras, correctas, ahora aparecen definitivamente extintas. Primero, a la que me facilitó ella misma: Buenos Aires de Herrera. Aquí es donde los taxistas se hacen de oro debido a la munificencia de los oficios míos. Daniel, que a la sazón trabaja desde el Hotel Continental, es uno, uno más, si bien el más cualificado, en la lista de mis esforzados co-argonautas. Las calles están llenas de zanjas en su mismo centro. De "calles" sólo tienen eso, el nombre. El coche de Daniel tiene refrigeración y por lo mismo cobra más que los otros. Merece la pena. Primera dirección, fallida: que Ana ya no está; que se marchó, sí, hace meses; meses o un año; hace tiempo. Unos muchachos se acuerdan de ella y me dicen que se ha trasladado, más allá, por la calle México, "junto al tanque" [luego se aclaró: era de agua para uso doméstico]. El más avisado accede a subirse al coche y conducirnos: gran chaval, despierto y comprensivo, riguroso. Llegamos: más chabolas; más pucheros, más perolos en las puertas, más lobregueces joviales de habitáculos realmente depauperados, misérrimos. La gente, de una vez por todas, *parecen* carecer de problemas. La imaginación se plantea narcisismos y los refuta: yo podría vivir ahí, claro que podría. A lo que no me avendría, acaso, es a quedarme con los brazos cruzados si ello comportara continuidad irredenta de pobreza. ¿Aquí? No. ¿Aquí? Tampoco. ¡Aquí! "¿Vive aquí Ana Torres?" Tengo enfrente de mí a una señora, más anciana de asperezas vitales tal vez que de años. Es la madre de Ana, y me tiende la mano que por tener agarrado no sé qué utensilio la sujeto como puedo del puño y de la muñeca. Ella tiene el pelo crespo, canoso; amable el rostro, sosegado; se expresa con claridad simple. Parece

saber de mí, porque me pregunta si soy el español que... algo así como... que si soy el señor español que quiere *ayudar* a su hija. [A todo esto me seguía fijando en que la vivienda era un chamizo de rasilla y de chapa de uralita superpuesta]. Bueno. Le digo que sí; que la he escrito y que la he sugerido que pasara conmigo en España, en mi casa, unas vacaciones. Lo normal, tanto en lo que respecta al fondo como a la forma de un discurso en circunstancias tales. En fin, me dice la buena señora que su hija no vive ahí con ella; que se ven infrecuentemente, pero que Ana sigue trabajando donde el año pasado, pero que ahora el Hotel se llama Plaza. ¡Ah, vaya! Es un alivio saber que al menos trabaja. Además, la mujer, a su manera entre imprecisa y plástica, me da la dirección nueva de Ana: carretera de tal, enfrente de cual, tirando por el callejón tal, y sin dejar la mano, etc., etc. ¿Que si tiene teléfono? No, hombre, no; claro que no; ¡qué estupidez la mía! Adiós, señora, que Vd. siga bien...

¡Al Plaza! Y al Plaza nos dirigimos: Aires conocidos, avenidas familiares, contornos propicios. Entré en el Hotel como si se tratara de mi casa. Miro por cortesía al panel de Recepción y me dirijo automáticamente hacia la parte izquierda del lobby. No espero milagros. Eran las 12: 00 del mediodía, minuto arriba o abajo, y no bien llego a la altura de la mitad de la extensión del cuadrilátero-bar del vestíbulo, cuando se me evidencia Ana, que llevaba aproximándose ya unas fracciones de segundo. Es Ana. Viste de una forma distinta de la que vestía el año pasado, ahora de falda negra, permitiendo ver las piernas de rodillas para abajo. No son tan bonitas, ni mucho menos, como me las había yo anticipado por las buenas. La temporada anterior llevaban las camareras unas sayas de color verde hasta los pies. Ana sigue con su voz ronca, hecha como de afectos a retazos. Habla con entrecortamientos emotivos. No me gusta tanto como me había figurado, pero mi cometido de cortesía y de auto-mortificación lo he llevado a término. Hago el consabido esfuerzo para evitar preguntarme por qué estoy allí. Pero el caso es que me percibo como en una casa habitada que sin dejar de ser propia tampoco me proporciona familiaridad. Conforme voy saliendo, me permito

enhebrar una pequeña charla con uno de los recepcionistas trajeados que por allí andan, para de esa forma justificar a conciencia mi abordaje a Ana en el lugar de trabajo. Le digo que yo estaba allí el año pasado, cuando el reventón de una tubería y el encharcamiento de esa parte del lobby. Verdad. El hombre se queda tocado de evidencia. Y yo pongo cara como de decir cosas de peso. Ana me perfila la dirección de su domicilio y me dice que trabaja de 12:00 a 20:00 pm. y no de 12:00 a 19:00 pm. como su mamá me había informado. Que no sabe si al día siguiente, es decir jueves, libra o no; que la llame más tarde para quedar.

He trasladado casi literalmente a este formato de redacción las notas que escribí sobre el tema "Ana" necesariamente a pie de vivencia, porque las conservo aún en papel timbrado del Hotel Continental. Hay un detalle, empero, no incorporado en dichas notas, y que además de significarme un vívido recuerdo, sí lo tengo consignado en otra sección de apuntes de apoyo. Se trata de la visita que hice al domicilio de Ana; me refiero al supuesto domicilio tenido por cierto, bien la llevara a cabo a continuación inmediata de conocer a la madre, bien en algún momento posterior a mi encuentro con Ana en el Hotel Plaza, y a sus teóricamente inequívocas especificaciones. Lo tengo desdibujado. Lo tengo sin atar. Ahora, con la perspectiva de los años, acaso predomine mi deseo de que lo que de valor literario pueda haber en todo esto no lo menoscabe ningún detalle facticio de ingrata rememoración. Porque ello mismo – me doy cuenta – por desagradable que pueda resultar, amputaría la virtualidad siquiera de un resorte válido en literatura. El caso es que, cuando acompañado por el que sería ya mi taxista preferencial, Daniel, me persono en la supuesta vivienda de Ana, sale un tío, un hombre moreno y joven, a la puerta. Yo creo que ya no hizo falta ni siquiera decir una palabra más. En la cara de aquel ciudadano se reflejó una perplejidad como estrenada, de que pudieran existir hombres tan insólitamente locos o cándidos como yo. El hecho de que aquel prójimo se apareciese en el umbral de la casucha tenida por residencia de Ana, constituyó el punto máximo de revulsivo, la perfecta crisis de mi alma. Mi capacidad de quijotismo

pueril había tocado fondo después de una inmersión por increíbles parajes. Que en un país como la RD, uno de los más portentosos putiferios del planeta alguien como yo hubiese articulado sus desvelos en razón de alguien como Ana, parecía – y era – sencillamente... de literatura. Aquel día, se tratare de cuando se tratare, seguiría prodigando sus desgranamientos sutiles de teclados y de vivencias. Ni Ana me contactó durante mi estancia en Santo Domingo ni jamás he vuelto a saber de ella.

Jueves 19 de julio.- Mi decisión de ir a Haití ha quedado del todo asentada. A partir de ahora comienza una de las secuencias más grotescas y más lamentables conducentes a la materialización de dicho propósito. Lo primero de todo, un visado. Por fortuna, la Embajada de Haití se encuentra en la calle Aristides Fiallo Cabral, perpendicular a la Ava. Máximo Gómez y unos 300 metros más arriba. Se trata de un hotelito boyante, con un guardia "metralletado" a la puerta, y ese elenco de tipejos característicos: bigotito de una tirita estrecha, cabecita redonda con un revestimiento como de crepé oscuro. No se portaron mal: entregué los \$ USA 8.00 y la fotografía a las 09:00 y a las 13:00 pm. ya lo tenía listo. El visado me ocupó una página entera del pasaporte. Recuerdo que poco antes de que nos dieran paso al local propiamente dicho a los usuarios visitantes de la Embajada, estábamos allí en la calle. En la acera opuesta al sitio donde yo me encontraba, un grupo de gente "parda" hablaba y se movía. Había un bulto precioso entre ellos, vuelto de espaldas, bulto de chica o mujer, piernas largas, entubadas en un tipo de "vaqueros", y el tronco asimismo confinado en una blusa ceñidísima que dejaba destacar con naturalidad rotunda las formas proporcionadas y armónicas del animalito al que me estoy refiriendo. Preciosa era en verdad la coordinación cubicada de esta criatura: lo alto, lo ancho, y la profundidad. Tallo de platanero, o tal vez de guineo, como creo que aquí lo llaman. Ensimismado estaba yo con esos cálculos intraducibles en que nos puede sumir una realidad tan espontánea..., cuando veo que se vuelve, felinamente, y deja caer un burbujón de saliva inmenso, blancuzco, deshilachadamente chorreante. Fin del carisma.

Sin haber asumido aún la cuota de encanallamiento y chalanería que ciertas instituciones de un país como la RD llevan consigo, mi mente elaboraba proyectos en términos de normalidad. Alguien en el Hotel Continental me había hablado de una señora, doña Brunilda Vásquez, que regentaba la empresa más fiable, al parecer, de viajes a Haití por tierra hasta Puerto Príncipe, vía frontera de Jimani. Pero aun sin detenernos en la penitencialidad de tales viajes en autobuses más bien cochambrosos, por carreteras infames, y la consecuente duración de dicho recorrido heroico..., obviando todo ello, digo, por la muy convincente razón de que tales excursiones se habían suspendido, al cerrarse también *sine die* no sé si todas, pero al menos aquella frontera con Haití, debido a un estado de crisis en las relaciones entre los dos países..., dejando a un lado todo eso, bien conocía yo que la manera más civilizada era volar con Dominicana de Aviación, que hacía el trayecto todos los días y no sé si con más de una frecuencia. Efectuadas las pertinentes gestiones a través de la Agencia Amasiris [lugar donde supuestamente había trabajado una amiga de Cecilia, Virginia, quien asimismo pasó días en mi casa de Alcalá de Henares, invitada por mí], y hasta si mal no recuerdo directamente por teléfono con el mostrador permanente de Dominicana de Aviación en el aeropuerto "Las Américas", me aseguran que los vuelos están completos para muchos días por venir, y que hay más de doscientas personas en lista de espera. La cosa estaba clara: al hallarse cerrado el paso de superficie por excelencia para acceder a Haití desde Santo Domingo, la comunicación aérea no daba materialmente abasto. Son cosas que pasan. ¡Llegar cuando el país celebra la semana del "merengue" y querer visitar el vecino Haití cuando los dos países han clausurado sus fronteras terrestres! ¿Qué hacer?

Inútil escarbar en la retentiva ni en ningún papel o registro para sancionar con certeza la manera como apareció en pantalla Ramonita [y no Ramoncita, como en un principio capté yo], una chica elegante, madura, que se dedica a la compra y venta de ropa de mujer, pero que sobre todo, y de eso es de lo que aquí se trata, es amiga de doña Brunilda Vásquez; ha sabido de mí; le han llegado noticias de que

tengo deseos de ir a Haití... y la mujer, bueno, en un acceso de solidaridad espontánea ha estimado razonable ponerse al habla con este caballero español que soy yo. Ramonita Rodríguez es interesante. Desde luego, no pertenece al espectro de mujeres que entonces conformaron, y conformarían durante muchos más años por venir, mis abordajes de emociones aventureras. No. Ramonita era una mujer enjuta, de más de 40 años, pero que encerraba con armónica propiedad en todo su chasis una proporción de carisma interior y de envoltura visible de incuestionable congruencia. Como digo, se había enterado – ¡cómo, no lo sé! – de los apuros de un español, y se había presentado a mí, acaso recomendada, tal vez introducida por los oficios de... alguien.

Nos encontramos en el hall del Continental, y me dice que respecto de la obtención de pasaje aéreo para Haití, hagamos un intento en una Agencia que está cerquita de allí, a unos doscientos metros del mismo Hotel. Bien. No se pierde nada. Allá vamos, en la tarde del jueves 19 de julio. La agencia se llama Comercial Josefina, nombre de la propietaria, donde, además, hay montado un establecimiento de masaje, un saloncito de belleza (o sea, peluquería de señoras, y acaso también para caballeros) y una tiendecita de trapos, ... trapos de vestir, me refiero; todo revuelto. La tal Josefina es una rubia, todavía de buen ver, cuarentona, habladora, activa, manejanta. Con el mayor de los desparpajos, y ante la mayor de mis perplejidades incrédulas, me expide un billete para Puerto Príncipe, y me dice que no hay problema; que para el día siguiente puedo contar con el viaje. ¿Entonces? ¿Todo eso de los doscientos en lista de espera; todas las prioridades de los numerosísimos viajeros que también quieren ir a Haití y no tienen pasaje? ¿Supongo que tendrán que esperarse? ¡Ah, pues nada! – parece decirme Josefina.

Bueno. En 1984 el bananerismo tercermundista que orquestaba la mayor parte de las actividades de la vida corriente en la RD era sencillamente pasmoso. No se confunda esto con la muy reputada competencia de ciertas instituciones, y de ciertas ramas dentro de las ciencias de la salud, por ejemplo, y sólo como ejemplo, el grado de

aceptación que la especialidad de odontología había merecido de España, tanto como para establecer un sistema de homologación por el que los títulos obtenidos en la RD tenían plena e idéntica validez en la Madre Patria. No. No hablamos de la obra y del significado de ciertos prohombres, ni del magnífico funcionamiento de ciertos aspectos científicos e institucionales, como podrían ser y de hecho eran – lo acabo de decir – los estudios y la práctica de la estomatología como parcela específica dentro del menester de la medicina. No. Obviamente no me refiero a eso, porque no puedo referirme a eso. Me refiero a la laxitud imperante en las relaciones convivenciales; laxitud que hacía posible que el 25% de la población no estuviera censada; que las responsabilidades de las paternidades estuvieran arropadas por una espesa capa de nebulosidad infranqueable en los casos en que el padre o los padres de las criaturas en cuestión no tuviesen mucho interés en ser portadores de semejante titularidad. La RD en 1984 era un ejemplo de subdesarrollo altamente pintoresco. El parque automovilístico parecía estar formado por los desechos rescatados de los cementerios de coches de... donde fuere. En realidad, muchos de los vehículos que normalmente se ven en los cementerios de los países también normalmente desarrollados ocuparían en la RD la parte superior de la franja de calidad. Se trataba de una chocante e inacabable galería de chatarras semovientes, rodantes: a veces, sin puertas traseras; o con los parabrisas estrellados; o con el maletero abierto, abollado; carentes de adminículos de seguridad como cinturón, luces de posición en parpadeo, etc. etc., asientos desvencijados..., lo que he dicho, un ensamblaje de chapa que en tanto pudiera desplazarse sobre ruedas por la fuerza de un motor recibía el nombre de "carro".

Tal era el fondo competencial de esta sociedad dominicana en 1984 cuando doña Josefina, la flamante dueña o regente de "Comercial Josefina", subtitulada 'Boutique o Agencia de Viajes o Salón', con sede en Avda. Independencia 518 (frente a Bellas Artes)... me expidió alegremente, así, con todas las bendiciones de legitimidad, competencia y garantía..., me expidió, digo, un billete para volar a Puerto Príncipe, Haití, al día siguiente. Junto con el billete me da

Josefina (o Señora de Belkys de Villamón) una serie de instrucciones: que un señor, un hombre joven, José (de sobrenombre o mote familiar "Chino"), colaborador de su boutique, y que se encuentra allí precisamente en ese momento gestionando asuntos..., que debo ir al aeropuerto con él y con otros parientes suyos que también viajan a Haití, vendedores, chalanes como él; que a tal hora me persone en su casa, y que me llevarán con ellos; que así iré arropado..., que no me costará el traslado y... Bueno, bueno. Enterado. Invito a Ramonita a tomar conmigo un refrigerio en el Continental. Más tarde, ya solo, hago acopio de lucidez calmada para poner en orden y tratar de digerir los ingredientes que el día me ha deparado.

El Hotel Continental es un tres estrellas, pero más bien de tipo medio en cuanto a sus prestaciones. Dispone de una piscina pequeña, situada en el patio-jardín del inmueble, entre la gran cristalera del Hall y la tapia que da a la calle propiamente dicha. Tiene servicio de restaurante y cafetería-bar, y cuenta asimismo con una suerte como de discoteca que, por lo que empiezo a ver, tiene una afianzada concurrencia. Comienzo a captar, a quedarme con los detalles de más relieve que conforman la realidad del entorno. Me fijo en que el tipo standard del dominicano es: carita pelada; color chocolate claro; cabeza redondita de pelo cortito y crespo; camisa deportiva ajustada; pantalón claro, y zapatos o botines acharolados, brillantes, en negro o en marrón tirando a anaranjado. También me fijo en que algunos giros idiolécticos han formado ya un poso de referencia en mi conciencia: "Yo no sé dónde que tú vas", "Yo no sé cuál es que tu nombre es"..., graciosas perífrasis distorsionantes de lo que un sentido académico castellano entendería como esperable y correcto.

Pasé al comedor y pedí un plato de frutas. No estaba mal, simplemente discreto, pero ni comparación con el del Hotel Plaza de Guatemala. Me fijo en un negrazo que está comiendo a brazo partido, y aumentando el volumen de sus bíceps cada vez que se lleva el tenedor a la boca. Al salir del comedor entablo conversación con dos chicas que estaban merodeando por el hall, en ese juego de entrar a la discoteca y volver a salir. Se trataba de Doris y de María Altagracia

[Altagracia es el nombre emblema de la RD]. Doris me resulta simpática. Me pareció de buen talante estrenarme ese viaje con alguien que tuviera de conversacional y distendido más que de otra cosa. Doris era algo rechonchita, agradable en extremo, y cuando en la fase inmediatamente anterior a la consumación me vio encapucharme el miembro, me confesó que ella... que ya tenía cuatro hijos, nunca había exigido a su pareja el uso de preservativo. ¡Así, cualquiera! Le dí 50 pesos, y pocas veces he recibido la evidencia de alguien tan agradecido. Doris me dijo que le había resuelto la intendencia básica de una semana para su prole y para ella.

El día 20, viernes, a duras penas puedo contener tanta frustración, tanto disparate, tantas realidades acordes con el medio en que se producían. Pero vayamos con todo ello ordenadamente. Para empezar, y hallándome yo haciendo tiempo en mi habitación, recibo por teléfono el recado de José "Chino" de que me vaya a su domicilio "de una vez" (*inmediatamente*). Resulta que, por esas cosas que pasan, parece que me dijeron o que me quisieron decir las 12:00 horas (las doce) y que yo entendí las dos, las 14:00 horas. Venga, cojo los bártulos y me planto en un taxi en el domicilio de José. A quien primero saludo es a una hermana suya, Alma, madurita pero atractiva, con hechuras de chica mayor, de mujer de su casa. Estaba allí, en la puerta, vestida con una bata blanca, como supervisando todo el trasiego de bultos. Bastó una sección de segundo para hacerla saber que entre ella y yo tendrían que dilucidarse cosas de contenido muy distinto al de irme al aeropuerto con su familia de vendedores viajantes. Porque me percaté del hecho de que yo, entre aquel grupo de fenicios constituyo un caso, que se sepa, sin precedentes. Soy un turista español, propulsado por una legítima, si bien dudosa, aleatoria expectativa de volar a Haití, en razón de las gestiones que Ramonita hizo ante doña Josefina. Así podría enunciarse, ni más ni menos, el argumento de la cuestión. Juan Mejía es el dueño del taxi, un Volvo de enésima mano, desvencijado, pero que en comparación puede catalogarse como de primera categoría, y que se hace cargo de todos nosotros, equipajes, fardos y paquetes incluidos. Acomodado en el

asiento delantero junto con una prima de José, delgaducha y poco favorecida, pero amable y educada, y al lado de Juan Mejía, éste nos informa rápidamente de que la refrigeración no funciona; de que el marcador de velocidad no funciona; y de que el reloj que se empotra en el salpicadero tampoco funciona: está clavado indiferentemente en una hora cualquiera porque Juan Mejía me dice que él se guía por el sol; que colige que no hay sol cuando se hace de noche... Reflexiones todas que me dieron a mí que pensar, de tan profundos raigones de sabiduría surta como entrañaban... La radio del coche sí que funcionaba, y al escuchar una canción que por allí salía, dije yo, obviamente equivocado: "José-José" [Uno de los cantantes mejicanos más notorios del momento]. "No – me sancionó Juan Mejía –, Raphael de España". Y es que aquí a ciertos españoles nos identifican como España. En vez de decir: "Ahí viene el español tal o cual"... *ahí viene España*, lo cual no deja de ser un acierto, acaso fortuito e inintencionado, pero pleno. Unos minutos más tarde sonaba algo de José Luis Perales, y el bueno de Juan Mejía casi lloraba de la emoción, confesando a su manera que pocas cosas podían encaramarse ni siquiera a media altura de la cima de belleza que constituía aquella forma de cantar, aquello que se cantaba por boca de José Luis... supongo que también "de España".

La marcha al aeropuerto en estas condiciones acarreo un calor horroroso, de pegajosidad típicamente húmeda, "molestoso", como me había dicho el día anterior un técnico de mantenimiento del hotel sobre el ruido que producía la caja del aire de acondicionamiento de mi habitación. La primera grasilla que forma el calor sobre la piel es la más desagradable. Luego, lo va tomando uno como mal necesario y se auto-sugestiona. El sol es engañoso porque quema y sólo parece que templá. La substanciación supuesta de nuestro proceso de acercarnos al mostrador de la Dominicana de Aviación lo entreveía yo como... cualquier cosa, cualquier ocurrencia que pudiera darse en el mundo, si ficticio, si real, de estas situaciones. El abigarramiento de gente y los bultos de los vendedores, José "Chino" entre ellos, que transportan a Haití chicle, jabones, cepillos de dientes y otras chucherías... es

indescriptible para una nómina de urgencia. Yo me dejo llevar, qué remedio, como parte de esa marea de humanidad tan asombrosamente llamativa. Me fijo en que hay chicas, mujeres haitianas que parecen brujas, con pelos como de escoba, puntiagudos, hacia arriba, tiesos, como hierbajos de color oscuro, de color café marrón. Tras de abrirnos camino entre fardos, sacos y equipajes de la más variada laya, y acceder al apoyo del mostrador, resulta que nos vienen a informar, con todas las de la ley, de lo que ya estábamos bien informados, a saber: que no había sitio ni aun para la casi totalidad de la lista de espera; mucho menos para los *stand by*, por libre, como parecía ser nuestro caso. En honor a la verdad, toda la reata de mis compañeros, llamémosles así para no dislocar la orientación del trance, parecían estar acostumbrados a este tipo de desarrollos; o sea, allí se va al aeropuerto con una vaga garantía, sólo una vaga garantía de lo que normalmente se tiene como seguro: por ejemplo, que los aviones vuelan por el aire; que Haití está lleno de haitianos, e instancias equiparables. De lo demás, no se puede dar razón alguna porque pertenece a la contingencialidad del momento. ¿Reservar por adelantado? – parecen querer significar estos prójimos –, ¿para qué, si los vuelos se originan desde donde se originan y no desde ningún otro sitio; y lo que importa es estar ahí, en el punto donde se origina el vuelo, y que el *aquí* y el *ahora* se armonicen respecto de los intereses de alguien y le permitan volar?

Una interpretación de parecido tenor creí yo ver enarbolada en los gestos, en los ademanes y en las expresiones de estos fulanos, de vida a salto de mata. Debo confesar que tanto "Chino" como sus compañeros se erigieron en mis... representantes, y se dirigieron al empleado de Dominicana de Aviación presionándole para que comprobase lo relativo a mi caso. El hombre, que estaría harto de lidiar situaciones como la que nos ocupa, tomó mi billete, lo miró y remiró, tecléo y tecléo, comprobó y volvió a comprobar la pantalla del ordenador, y me lo devolvió asegurándome que yo no tenía reserva; que el mío era un billete emitido tan por las buenas como si se tratara de que ese mismo empleado emitiera desde allí una entrada para... ¡yo

qué sé!, la ópera de Milán. ¡Vaya, que la expedición del ticket por parte de la señora de Belkys había sido un total y absoluto brindis al sol! La solución en casos así – alguien me llegó a apuntar *sotto voce* – es bien sencilla: sobornar al más pintado; recomprar el pasaje... por el doble, triple o cuádruple de su valor a algún viajero que encontrase interesante dicha propuesta; vulnerar toda noción de orden y salirse uno con la suya... como fuere. No, gracias. He llegado a descubrir que eso, además de todo, es aburrido y degradante, de tan cómodo como pudiera resultar para quienes como yo, viajamos con dinero "abundoso".

Hay que regresar a Santo Domingo, por el mismo sitio por donde hemos venido. Y ya de paso, les ayudo yo a los viajeros con la manipulación y traslado de las maletas, cajas y bolsos, algunos de ellos notablemente pesados. "Chino" tenía que permanecer en el aeropuerto durante un rato, con el fin de coordinar intereses y gestionar con otros viajeros que también se habían quedado en tierra. Y no encontré mejor cosa que invitarles, a él y a su hermana Alma, a cenar conmigo esa misma noche en el hotel Continental, a lo que aceptó encantado. A fin de cuentas el hombre me había llevado con toda su tropa; se había portado bien, en una palabra. Y en la responsabilidad sobre mi billete no había tenido intervención alguna.

En el viaje de regreso nos detiene la policía de carretera: parece que la maleta del coche, al ir atestada de bultos y, por lo tanto, con la tapa levantada, vulneraba algún principio de seguridad vial. El taxista rezongó el resto del camino, y como si se tratara de una represalia contra la policía, arrojó por la ventanilla el papel de la supuesta denuncia, junto con alguna broza más que encontró a mano.

El hotel ya me ha alquilado la habitación que ocupaba, y ahora me dan otra; y menos mal, porque los precios en pesos del Continental, con la reducción teórica del 10% de IAPA que dicen aplicarme, siguen siendo moderadamente satisfactorios. Dejo las cosas colocadas en mi nuevo aposento y cruzo a la polifacética Comercial Josefina. Allí me encuentro a la Sra. Belkys, acompañada por su hija mayor, también rubia, vivísimo retrato de la madre. Me escuchan mi relato del intento

fallido de viaje como si tal cosa; no le dan importancia; como si todo el mundo disfrutara de una disposición endémica a la altura de las realidades tercermundistas. Pero lo más grande es que me consta que no han obrado de mala fe. La empresa Comercial Josefina, en su papel de Agencia de Viajes me vendió un pasaje por si colaba; no ha colado, y aquí no ha pasado nada. Me devuelven el importe del pasaje, y hasta me hacen sentir... desagradecido por no haber sabido valorar la voluntad que pusieron en servirme. ¡Sorprendentes los caminos por donde pueden derivar los sentires y los pareceres de la condición humana! Josefina madre, además, me ofrece las prestaciones de su empresa para cambio del \$ USA más favorable de lo que normalmente se obtiene en las casas de cambio, o en el mismo Hall del Continental donde el Banco de Reservas de la RD tiene instalada una sucursalita oficial. Muy bien. Tomo nota de todo y me regreso al hotel porque José y su hermana no deben de tardar mucho en llegar. Allí en el hall, y mientras espero, despliego mis antenas para la captación de todo lo que pueda resultar pintoresco. Las conversaciones entre el personal del mostrador de Recepción y la clientela son las más propicias para una buena cosecha de expresiones. Ponerse "prieto" es, desde luego, ponerse moreno del sol. La gente también dice "vaina" como en Venezuela; y "chévere" como en Cuba. Aquí impera la "reservación" y el "chequeo" y por lo tanto se "reservaciona" todo y se "chequea" todo aún más. Aquí los José son José y no Pepe. Y siempre, de vez en cuando algún "¿Cuál es que tu nombre es?" o "La maleta grande, ¿dónde es que tú la llevaste?" Cruzan mi conciencia asertos del tipo de que como Río de Janeiro no hay nada. Río de Janeiro es otra dimensión, es otra cosmovisión; pero por lo mismo, porque ahora estamos en Santo Domingo, no conduce a nada espolear una posible exacerbación de las expectativas en razón de comparaciones faltas de operatividad.

Se presentan mis invitados, y me pareció oportuno darle a la cena un toque ceremonioso, calculado y querido. Alma me dijo que había venido porque su hermano – "el hermano mío", según sus palabras – había aprobado que aceptara ella mi invitación. Me gustó el

principio de autoridad familiar ostentado por el hermano en ausencia de nadie con mayores atribuciones. José venía acompañado de su novia, Yolanda, avispada, dientoncita, macicita, oscurita – entre cacao, negro y gris – y que como correspondía a la más distante de las motivaciones de todos nosotros, los implicados, a quienes el fallido vuelo a Haití nos había hecho cómplices..., pues sólo comía y sonreía. Alma vestía con el atuendo de salir, de calle, típico de la isla: zapatos de medio tacón, diríamos semi-altos; vestido negro con mucho de transparente, permitiendo, por notorias, perforar hasta más adentro y aperibirse de las dos piezas íntimas : bra y slip (bragueta). Lo llevaba con compostura y talante. Guardamos ambos las distancias: ella, por no poder hacer otra cosa; yo, por convencimiento reflexivo. La única expansión que me autoricé fue, mediante caricia, tomarle las manos a Alma, caricia que ella me devolvió en una ocasión mediante unos golpecitos y unas presiones como de percusión; y jugar con lo de "alma mía", cosa que ella pareció asumir sólo en principio. Bastante era. Recuerdo vivamente que cuando mis invitados salieron del hotel, me apresté yo a recomendarles algunos de los taxis – probablemente Daniel – para que a mi cargo les llevaran a casa; ofrecimiento que "Chino", con conocimiento de causa declinó, al tiempo que hacía detener a uno de los muchos vehículos de transporte público que por allí, hacia arriba y hacia abajo, hacían la carrera. Éste y otros muchos detalles de la vida dominicana me irían siendo progresivamente más y más familiares en mis... hasta 14 viajes que dediqué a tan singular país. El síndrome del turista pudiente y primerizo que utiliza para sus desplazamientos el parque de taxis de un hotel fue dejando paso paulatinamente al turista que, en mi caso, continuaba siendo pudiente, pero que no encontraba ya necesario, ni siquiera estético, servirse de dichos vehículos, sino que hacía muchos de los recados... andando; o bien, se subía en los autobuses de rutas fijas y frecuentadas; o en los coches-cascajos hechos pedazos las más veces, eso sí, de transporte público, llamados "conchos", y que por una tarifa más o menos fija según las distancias, le llevaban a uno a cualquier parte. Por eso, José, sin entrar en explicaciones, ni gestos, que tanto pudieran parecer de

reproche a mi bisoñez en dichos temas de consumo interno de los dominicanos; ni mucho menos de despecho ofensivo a un servicio, el de los taxistas del hotel, que hubiera supuesto pagar diez veces más, o sea, un mil por cien de lo que estoy seguro que le significaría el coche callejero que mandó parar,... de esta forma tan airosa, digo, José "Chino" se alejó del "Continental" después de la cena que les ofrecí.

Me quedé solo, por allí, por el acceso principal del Hotel, frontal a la Avda. de Máximo Gómez. Me llenaban la cabeza el encadenamiento de incompetencias y de reveses que se habían coaligado en contra de mi pretendido viaje a Haití; como si el azar negativo se hubiera abstenido durante bastantes años, y ahora de manera concentrada y concienzuda me lo cobrase todo de golpe. Los taxistas que, más o menos, tenían su base de operación en mi Hotel, o bien se solían sentar a un lado del propio aparcamiento; o bien estaban como yo, deambulando por el exterior del vestíbulo general, para, de esa manera, tener más facilidad de contacto respecto de los clientes que entraran o salieran. Uno de los taxistas (distinto de Daniel), en quien asimismo había yo reparado los dos días anteriores, se llamaba Gandules, y era un gran conversador, sentencioso y ameno. Nos vimos los dos en una actitud como de... no importarnos un rato de compañía, e inmediatamente nos encontramos soldados en una conversación espontánea, de esas en las que nadie tiene nada que perder, y que en lo referente a mí fue bastante lo que gané...

Le conté, un poco así a grandes rasgos, mi fallido intento de volar a Haití, y con ello daba entrada en la conversación al estamento del transporte, de los taxistas; de Juan Mejías, que me había llevado al aeropuerto, etc., etc. Se trataba de hacerle ver que mi estancia en Santo Domingo era dinámica; que, si una vez me había servido del taxi de Juan Mejía, podría haber otras ocasiones en que requiriese los servicios suyos, de Gandules. ¿Que no había podido volar con Dominicana de Aviación? ¿Que no había comunicaciones por tierra con Haití? ¿Por qué no vuela Vd. desde el aeropuerto Herrera, para vuelos internos? Pues claro. Se coge Vd. su "fletecito", me dice el hombre. No lo había pensado; ni se me había ocurrido. Aquella noche

era ya muy tarde, pero al día siguiente, sábado, me personaría por allí, por el aeropuerto Herrera y me pondría al habla con... ¿con quién?... Con un tal Jimmy Butler, me pareció entender. Muy bien. Así lo haría. Era una idea. Una idea muy fuera de lo normal, pero que servía a mis propósitos. [Luego, más tarde, quiero decir, sobre todo en años sucesivos, comprobaría que en los países subdesarrollados en transporte convencional por vía de superficie, sea carretera, sea tren, y aún más, cuando la R.D. carece de ferrocarril..., en países así, digo, el transporte por avioneta ocupa un lugar destacado en las comunicaciones]. Tomé buena nota de todo. Gandules se destapó como un tío amenísimo, que rezumaba dichos y giros de una especiosidad elocuente. Le hablé de mi amistad con Alma y con Ana, y me preguntó si no las había "castigado" aún. Precioso giro. De una chica sola, que con aire distraídamente tibio acertó a pasar frente a nosotros, hacia abajo, en dirección al Malecón, dijo Gandules: "Ésa es un avioncito", expresión que puede recibir una chavala de alterne. En general, el uso de los diminutivos entre esta gente es una categoría endémica, bajo la cual se cobija una forma de ser aduladora y consentidora de la parsimonia negligente, y una complacencia en dejar que la naturaleza inmediata les dirija, les arrastre,... y en definitiva, les determine.

Estamos en el sábado 21 de julio. Debo dejar resuelto, de una vez por todas, y sin más dilación, el tema de mi viaje a Haití. En este punto de desarrollo las cosas se han estilizado al máximo. Ahora hay que descartar naturalmente el viaje a Puerto Príncipe. Para la obtención del visado fue preceptiva la consignación de un hotel donde tuviese pensado alojarme, y allí y entonces, a la vista de la información proporcionada por la *World's Guide* de Pan-Am, puse el Ibo-Lelé de Pétionville, un "elegant suburb of Port-au-Prince... set in beautifully shaded hills". Hay que centrarse ahora en Cap Haïtien, en la visita de La Citadelle, "an awe-inspiring sight not to be missed by anyone who visits Haiti".

Quiero creer que la mañana de aquel día lo pasé en la piscina, y que después de comer me dirigí al aeropuerto Herrera, en la zona oeste de la ciudad de Santo Domingo. Tras los pertinentes brujuleos me conducen ante un inglés, Jimmy Butler. Hasta tienen que ser nombres ingleses los que de verdad se encarguen de que ciertas cosas funcionen. Este Jimmy es un buen achicador (de alcohol, se entiende), pero profesional y riguroso. Si por un lado él tiene que estar donde esté para defender su negocio, por otro no es menos cierto que conectamos fácilmente, a través de su percepción de que, si bien los dos nos encontramos en Santo Domingo, los dos también podemos establecer concomitancias de empatía común respecto de "lo anglosajón"; cosa que siempre ayuda. Queda el plan trazado. Al día siguiente, domingo, debo presentarme en la terminal tal y tal. Dos pilotos profesionales serán los encargados de la navegación de la avioneta y de acompañarme. Me informa del coste básico y general del viaje de ida y vuelta, pero *no* me exige – obsérvese bien esto – que le deje depositada cantidad alguna en concepto de fianza. Definitivamente, entre Jimmy y yo se ha consolidado un nexo de confianza y respeto profesionales que me hace sentir cómodo.

Apalabrado el viaje a Haití, con todos los visos de garantía que en asuntos tales caber pueden, me dejo llevar ya para todo lo que queda de aquella tarde-noche del sábado 21 de julio de 1984. Es muy probable que coincidiese con Gandules, el taxista, en el exterior de la entrada principal al Hotel; y casi puedo asegurar que así fuera porque el giro de coger... o en su caso, tomar "mi fletecito" resuena como familiar en mi memoria en más de una ocasión. Sí recuerdo que estando por allí yo, de ojeo, pasaron dos chavalas de buena pinta, quiero decir, propicias para el abordaje, porque caminaban, de paseo, entre remolonas y confiadas. Aquélla fue una de las veces en que, de nuevo, se me evidenció que siempre se puede hacer mucho con la instrumentalidad de la palabra. Se llamaban Milagros y Luz, respectivamente, y decían ser primas hermanas, pero lo que saltaba a la vista es que eran ambas muy jovencitas. Sí, estoy seguro de que allí se abrió paso y triunfó la dialéctica; ese conato de pasmo y de sorpresa

que les entrara a las chicas al oír mis razones, originó una puja entre ellas por concederme el beneficio de la duda, porque ninguna pudiera decir de la otra que hubiera estropeado el programa. Claro que la reacción podría haber sido doblemente negativa, pero por suerte para las posiciones que yo defendía, tanto Milagros como Luz consorciaron sus disposiciones y, como apunté, me concedieron el "benefit of the doubt", y lo que es más, se concedieron un preguntarse a ellas mismas... "¿qué perdemos?".

Las invité a estar conmigo un rato, las dos, sin inhibiciones; les dije que las acompañaba luego también a cenar, allí en el restaurante del Hotel, y que, además,... les haría un regalo para que siempre guardasen un buen recuerdo de nuestro encuentro. Todo esto lo parlamentamos en la calle. Al entrar con ellas en el Hotel, me encontré con el Jefe de Seguridad que estaba junto al ascensor. Algo tuve que significarle con el gesto; acaso sobrecargué mis cualesquiera ademanes con alguna innecesaria puntualización. El hombre me vio algo azorado..., y, entre comprensivo y alentador, me dijo sonriente..., bueno, no me dijo nada; simplemente me terminó de abrir la puerta del ascensor y me expeditó el camino. Desde luego, la dimensión que yo había experimentado en Río de Janeiro, cuando de estar acompañado por más de una chavala se tratase... eso, seguiría y seguiría siendo insuperable; o más propiamente, sencillamente distinto. Lo de Río de Janeiro – harto estaba de repetírselo a mi alma – era algo único, exclusivo, monográficamente señero. Pero dicho esto, tengo necesariamente que reseñar a continuación que aquel *menage* con las dominicanas del relato, Milagros y Luz, arrojó una de las más significativas cuotas de morbo y de exacerbación sexo-vivencial de toda mi vida. Era otra cosa, sí, claro, otra cosa distinta de la de Río; pero el hecho es que estas dos putitas – y dentro de unas cuantas líneas se entenderá mejor esta acepción que jamás suelo emplear respecto de mujer de alterne alguna –..., que estas dos putitas, digo, supieron coordinar, o meramente acertaron a coordinar sus dengues, sus irresoluciones femeninas con el juego de rijosidad que su presencia allí

conmigo me habían despertado y continuaban propiciándome, más y más engolosinadamente...

Propuse un conato de organización. Tal vez el trance de penetrarlas a las dos, es decir, picotearlas alternativamente a las dos y eclosionar dentro de una..., aunque tentador, me pareció arriesgado porque las veleidades de mimo y de irracionalidad que me estaban mostrando me hicieron sospechar que, una vez que estuvieran las dos encueradas, y aunque mi resolución tuviera necesariamente que consumarse tan sólo con una de ellas..., temía que las dos diesen una espantada, así como por simpatía inducida, y se terminara la fiesta. No. Aquellas chicas, porque eran pueriles y montaraces al tiempo, me proponían toda una variedad en la instrumentación de la dialéctica estética. Yo tenía la conciencia nublada por el deseo, y el depósito de semen a punto de desparramarse. Comencé a desnudar a Milagros, la más morena. Tenía dos pechos como dos botijos de barro negro, y unos labios gordos, atravesados por estrías carnosas y marcadas. Me desnudé yo rápidamente, y sin pedirla que se quitara las bragas la bajé la cabeza haciéndola ver que lo que quería yo era que me la chupara. Entre mi exacerbación, con el semen ya en movimiento, y el portentoso estímulo que me suponía amasarla las tetas produjo que se me escapara el reguero de pringue. Al percibir que le iba llegando con abundancia a la boca, sin poder evitar tragarse parte de él, hizo unas arcadas y dejó allí mismo en la alfombra dos estupendos escupitajos, uno del propio semen; y otro de saliva aliviadora. Tenía, ya digo, dos pechos abundosos, morenos; labios gruesos, que al besarla parecía uno besar una tela gorda de crepé con ranuras. Unos veinte minutos más tarde a Luz sí la follé bien. Luz era más granada. Con Milagros la felación puso fin a su protagonismo. A Luz se la metí reglamentariamente, consiguiendo correrme a bastante menos de media hora de separación de la primera suelta de esperma. Según habíamos quedado les di cien pesos para las dos y las invité a cenar abajo, en el restaurante del Hotel Continental. Cuando se marcharon, y al hacer una primera supervisión de las cosas que necesitaría para el día siguiente... ¡hhhgrrrr! eché en falta el pequeño envase de champú

del cuarto de baño..., y lo que era mucho peor... mis gafas de sol. Y eso que parecían agradecidas... las muy putas!! Claro, aquel rebujo de plásticos que llevaba una bajo el brazo y que yo tomé como de alguna prenda interior que se hubiese quitado y que la llevasen a casa a lavar..., sí, aquel envoltorio... las muy zorras. Y eso que parecían agradecidas. Se llevaron lo que se llevaron y me quedó la fatídica evidencia de que se habrían llevado todo lo que se les hubiese puesto al alcance de las manos. Eran dos busconcillas, primas hermanas entre sí – me habían dicho. También decían haber estado casadas y divorciadas recientemente. ¡Y a mí, qué! Me lo habían dicho con algo así como de sorna recelosa, cuando yo – por pura retórica banal, claro – me dirigí a ellas como señoritas. Lo de las gafas de sol, las que había comprado en Bangkok medio año antes, en la calle Sukhumvit... sí que tenía mala pata, porque al día siguiente las iba a necesitar, y no tenía manera de reponerlas, siendo como era en aquel momento sábado por la noche. ¡Las muy putas! Y el caso es que, tal vez no lo hicieran por hacer mal, por maldad en sí, sino por no distinguir las cosas indiferentes, de las cosas entusiastas, de las cosas que fastidian. Eran atractivas pero ciertamente peligrosas. Lo debí prevenir, pero no lo previne.

Y llegamos por fin al día de la verdad, domingo 22 de julio de 1984. Después de tantas dilaciones e incertidumbres, ahora me interesaba que todo transcurriese mediante una cadena de transmisión de secuencias operativas y consumadas. Me personé por la mañana temprano, antes de la hora requerida, en la terminal fijada del aeropuerto Herrera. Inmediatamente entré en contacto con los dos pilotos responsables del vuelo, Héctor y Sócrates. Desde el principio nos transvasamos confianza mutua y un espíritu de comprensión y de simpatía compaginada. Héctor vestía de paisano, pero Sócrates lucía uniforme en toda regla, color azul marino, con gorra de complemento técnico asimismo y el logograma sobre galones y gualdrapas de Servicios Aéreos Turísticos: AVI'D TRAVEL, S.A., y también Alas Dominicanas, S.A. Unos últimos pormenores de inspección a la avionata, y ya nos encontramos volando. Héctor es el que lleva los

mandos y no ha puesto objeción a que ocupe yo junto a él la otra plaza delantera, concretamente la de co-piloto, con el fin de proporcionarme una visión más completa del panorama. El espacio destinado para dos pasajeros de asientos de detrás la ocupó Sócrates, quien, por cierto, calzaba un alza en su bota derecha, resultado de... ya no recuerdo si me dijo de un accidente cuando era pequeño, o de una secuela causada por la poliomielitis. Aunque cojeaba visiblemente, ello no le impedía moverse con soltura en situaciones normales.

Hay que hacer una escala en Puerto Plata, como corresponde a un vuelo en toda regla para el que se necesita la autorización de salida del país, expedida en la localidad nacional desde la cual se arranca para volar ya al extranjero. Y este punto no es otro que el de Puerto Plata [En mis viajes sucesivos a la R.D. realizaría yo nada menos que tres excursiones aéreas más, con las perspectivas y las finalidades que en su momento se manifestarán]. Allí se llevan a cabo las formalidades protocolarias relativas a una salida en avión al extranjero. Los pilotos cumplimentan un impreso con carátula oficial de Aeroclub Dominicano 74 - General Declaration (Outward/Inward) Agriculture, Customs, Immigration, and Public Health. El formato, todo en inglés excepto en lo referido al nombre titulado de la empresa, como hemos visto, queda relleno y dispuesto para que a su vez las autoridades de Haití nos lo visen. En mis notas de urgencia constato ahora que no dejé reseñado nada sobre las impresiones que me pudo deparar este primer tramo de vuelo de Santo Domingo a Puerto Plata. Recuerdo, eso sí, que mis amigos, y siempre a preguntas mías, me iban facilitando el nombre de tal o cual accidente geográfico, de tal o cual población que desde el aire, y por principio, adquiriría una dimensión identificativa... irreal a veces, absolutamente distinta.

Desde Puerto Plata a la frontera con Haití no hay gran trecho, prácticamente el mismo que desde allí a Cabo Haitiano, acaso algo más. Ahora bien, lo que sí se hace destacadamente visible es el cambio de color de la tierra, del suelo, cuando se entra en el espacio aéreo de Haití. Estábamos enterados de que al lado de quienes son pobres, los hay aún más pobres, etc. Ya lo dijo Calderón: "Cuentan de un sabio,

que un día..." y sería obsceno intentar mejorarle la plana. Se nos había dicho que el pueblo haitiano, en su necesidad de hacerse con suelo teóricamente cultivable, se daba a la práctica conocida internacionalmente como "slash and burn", o sea, poda y limpieza indiscriminada de todo árbol o matorral que se tenga en pie, uso de dicha madera como combustible doméstico, y calcinación a renglón seguido de los restos de esa misma vegetación, con el fin de dejar el suelo expedito para el cultivo que sea. La tierra, además de presentar su superficie rapada, sometida a estas violencias de procedimientos, va cambiando su color natural de... fronda más o menos verde, por una tonalidad cenicienta, parduzca.

Pero hemos llegado a Cabo Haitiano. Igual que si se tratara de un vuelo de los grandes, Héctor, que, como digo, se ha hecho cargo de los mandos durante todo el trayecto, se comunica con quien ahora sea, y a tenor de lo estipulado inicia el descenso. La pista de aterrizaje de este aeropuerto no creo que pase de los mil metros que, para nuestra avioneta, son más que sobrados. Estamos en Haití, ya sin más. Hemos puesto pie en Haití, física, materialmente, con todas las de la ley. Y yo sin gafas de sol, por la truhanería de las busconcillas de Milagros y Luz, y sobre todo por mi propia confianza crédula. Y lo que es peor, no parece que en domingo pueda pensarse en tienda alguna, o puesto, donde vendan adminículos como éste. Me hago a lo peor y me preparo para pasar la jornada sin protección para los ojos. Así, por lo menos, veré las cosas no sé si con más detalle, pero al menos en su desnuda realidad.

Cualquier arribada a un país nuevo convoca un hacecillo de sobresaltos emocionales, y Haití no se zafó de este principio. Yo, con la carga de literatura y de capacidad de fabulación presidiendo mi conciencia, di pábulo a lo que acaso sólo fuera un producto de mi imaginación. Así, me pareció descubrir en las primeras caras que vimos una negrura más negra que la negrura que, en otros ámbitos, hubiera prevalecido; y desde el primer momento en que aterrizamos, se me antojó que toda una orquestación de vudú y prácticas de brujería se iba a cebar con nosotros. Y lo grande del caso es que ninguno de

mis amigos había estado antes en Haití tampoco. Acaso porque en el espectro de los servicios que se esperaban de ellos nunca había aparecido el de transportar a pasajero alguno a un sitio como Haití, y más específicamente a Cabo Haitiano; acaso, porque, tal vez inconscientemente, participaban de la repulsión que el pueblo dominicano sentía, en parámetros étnicos, por la "imperdonable" negritud de sus vecinos, distinta de la suya propia no sabemos respecto de qué grados de excelencia o de execrabilidad.

El tramo de unos cincuenta metros, aproximadamente, que tuvimos que cubrir desde el punto en que dejamos estacionada la avioneta hasta la "terminal" fueron de los más grávidos en especulaciones y anticipaciones emocionales. De momento, percibimos que el aeropuerto está emplazado entre la ciudad propiamente dicha de Cabo Haitiano y "La Citadelle". En la "terminal", un chamizo con un mostrador, un camaranchón pequeño a guisa de sala de espera, y unos cuantos negrazos con aspecto de eso... de negrazos, producto típico del Dahomey, nos dan la bienvenida. El que lleva la voz cantante nos recibe, y una vez enterado de nuestros propósitos turísticos, nos dice que cuando acabemos la excursión, y antes de despegar, cumplimentaríamos los requisitos formales de nuestra entrada y salida de Haití; que el aeropuerto tiene tales y tales horas de operatividad, y que... ¡buena estancia en Haití!

Nada más desglosarnos del área... bueno, digamos propiamente aeroportuaria, comienza la fiesta. Desde luego, se trata de algo singular: un vuelo de la R.D, pilotado por dos profesionales, y teniendo como único pasajero a un súbdito español en el que, al parecer, se ha localizado el capricho de un viaje de tal envergadura. Creo que cuanta mayor es la carencia de posibilidades, en el medio que sea, y se trate de lo que se trate, mayor desarrollo de sus propensiones y mañas depredadoras muestran los habitantes de dicho medio. Nosotros tres ya formábamos una piña de intereses; a nosotros tres nos hermanaba un... como código secreto de entendimiento y ética, de simple teleología. Héctor, Sócrates y yo éramos, a ojos de aquellos nativos, si no el enemigo a batir... sí, desde luego, el turista a

desplumar, con la muy curiosa particularidad de que el centro donde se condensaba lo que de *turístico* concurríese en los tres era yo, únicamente yo, precisamente en lo relativo a tener que pagar todos y cada uno de los servicios. Vernos a nosotros tres, oírnos – claro, lógico, ¿cómo podría haber sido de otra manera? – decir que veníamos exclusivamente a visitar "La Citadelle" y quedar presos de incumbencia todos los prójimos que por allí haraganeaban, fue todo uno.

Pero no se me malentienda. La incumbencia a la que me refiero suele revestir un disfraz de perversión taimada. Nada más. Porque lo que fluye por el fondo de las conciencias de estos fulanos podría formularse más o menos con este aderezo: "He aquí unos viajeros que tienen *necesariamente* que servirse de nuestras prestaciones; así que, a esperar a que nos aborden". Los que así pensarán, llevaban las de perder. Para nuestro caso específico ya nos habíamos enterado de que la ascensión a "La Citadelle" constaba de dos tramos básicos y netamente diferenciados: uno, el más largo pero más practicable, se podía..., se debía hacer motorizadamente, en cualquier tipo de automóvil todoterreno destinado al efecto. A partir de un espacio afectado al estacionamiento de los vehículos de motor, el resto de la ascensión, sólo posible por trochas y senderos más empinados y de más difícil negociación, había que efectuarlo, o bien a pie, o bien a lomos de caballería. Por supuesto, nosotros ni siquiera mencionamos esta segunda parte del trayecto, sino la más convencional, por ser la más larga y a la vez la más fácil. Se trataba en nuestro caso de ver lo más en la menor cantidad posible de tiempo. Sabedores aquellos nativos de nuestras intenciones, a uno que por allí andaba junto a un coche al que alguien llamó "taxi"... le preguntó otro – intermediario oficioso – que si estaba disponible para llevarnos hasta la pequeña explanada de estacionamiento, esperar allí... digamos, un máximo de una hora y media... y volver a traernos al aeropuerto...

– 75.00 \$ USA --- fue toda su respuesta.

– Y una mierda para tu cara de chimpancé feo – le dije yo, para risa, aunque con reservada prevención, de mis compañeros los pilotos.

Así hubiéramos podido continuar un buen rato, en el *impasse* de no poder nosotros conseguir nuestro propósito, y de que ningún haitiano de aquellos se aprovechara de una magnífica ocasión de ganar un buen dinero, mucho más que el señalado para una tarifa normal, aunque sin llegar al punto del bandolerismo más descarado. Tras unos subsiguientes tanteos de disposición generosa y abierta por nuestra parte, pero al mismo tiempo de negación a dejarnos desvalijar, alguien debió de correr la voz de que se hallaba varado allí un turista pudiente (puesto que había fletado una avioneta para él solo), español, junto con dos pilotos dominicanos, a la salida del aeropuerto, en espera de que alguien les prestara sus servicios....

Contrario al negrazo indolente y corrompido del "taxi", para lo que acaso se considerasen allí trabajos en exclusiva para el aeropuerto, aparece el negrito Jack que ha tenido noticias de todo. Jack es el dueño de un Toyota todoterreno, un poco baqueteado ya pero en estado aceptable, tipo jeep, sin techo, para prestar más visibilidad expansiva y porosa al recorrido, a la aventura. Por desgracia ni yo puedo conseguirme unas gafas de sol, ni la cámara de Sócrates que ha partido vacía de Santo Domingo, puede proveerse de carrete adecuado; y conste que esta gente parecen estar a la última en cuanto a la venta de productos turísticos; es sólo que hoy, domingo, la mayor parte de las tiendas están cerradas, y en un chiringuito donde hemos preguntado no tienen la medida de carrete Kodak requerido, aunque les era familiar. Por otra parte, y al paso de estos ensayos de transacciones pequeñas, de compra de adminículos, nos cercioramos de que la moneda nacional, el *gourde* mantiene una paridad estable con el \$ USA, lo que vuelve a prestarnos la, no por sabida, menos chocante realidad de que algunos países con renta per cápita bajísima, como es el caso de Haití, pueden permitirse el lujo de mantener una moneda fuerte y estable. Dado que en ciertas latitudes el 90% de la población vive y va a seguir viviendo al borde del límite de la indigencia, supongo que hay también gobiernos que prefieren que las cosas marchen bastante bien al menos para el diez por ciento restante.

Jack habla un patois o creole graciosísimo y endiablado, muy rico, muy plástico. Hemos conectado los cuatro. La química de la desentortadura y de la desinhibición está haciendo sus efectos. Los dos pilotos dominicanos, un poco así en su papel de vecinos condescendientes de los haitianos, exteriorizan su incapacidad de entender lo que Jack dice. No me extraña. Como que su discurso es para lingüistas, y por lo mismo, aunque desde mi estrado de principiante, supone para mí un interesante y complaciente beneplácito. Jack conduce su Toyota a estilo... selva: con calculada violencia. Fuera de los tramos de asfalto adyacentes al aeropuerto, el resto del camino es una ruta de tierra y hoyos, y los zarandeos constantes a que nos somete la marcha del vehículo nos recuerdan que estamos en trance de aventura. Los dos dominicanos miran a todo con una sorpresa resultante en disgusto, porque para eso son dominicanos. Yo, al contrario, me siento engolfado en todo aquel ambiente de negritud caribeña, en todo aquel vudú emocional que esta gente me está propiciando, y me apresto más y mejor para que nada se me escape; para que me perfore la mayor cantidad de vivencialidad que está a mi alrededor. Jack y yo ocupamos la parte delantera del "jeep", y quiero creer que desde el principio queda enterado de que yo, y sólo yo, soy el motor, la causa, los accidentes y sobre todo... el pagano de aquella excursión, y es a mí, por lo tanto, a quien refiere y dedica su curso de acción. Algo tuvimos que intercambiar, por vía de comentario, sobre viajes, y sobre el hecho de que un español como yo estuviese allí, etc. El caso es que el bueno de Jack, siempre de camino hacia "La Citadelle" nos dice que se va a detener a saludar a una amiga suya, y que me la va a presentar...

Se trata de Jessie, una haitiana pulida, cultivada y bonita que reside en New York. Mi alma piensa que hasta en ese infierno negro hay lugar para la gran peripecia recreada del espíritu. Salió como de unos chamizos, y al presentarme Jack a ella, me comenzó a hablar en un inglés bastante correcto. Naturalmente, me dijo – acaso por creerlo más "socialmente" ortodoxo respecto de mí – ..., me dijo que prefería regresar a New York. Su piel era como de chocolate oscuro, o de café,

con sólo unas gotas de leche. Jessie era bonita, de chasis muy atractivo, y también, al menos allí y entonces, se le notaba en el gesto, en el ademán, el desgarrar de su prosapia; le transcendía la vocación de librarse de la atmósfera y de la condición de aquel medio ambiental. La dinámica de nuestra marcha no permitía muchos explayamientos. De buena gana, la hubiese llevado conmigo, a Jessie me refiero, a Santo Domingo, y más tarde a España, desde donde se podría haber marchado de nuevo a los USA. Algo de mi persona quedó con ella, una avanzadilla de interés, un promontorio de concernimiento que, estoy seguro, su alma tuvo necesariamente que recibir, interpretar y asumir como positivo. Por lo menos, en todo lo que le dure la vibración ubicua de su memoria.

El "jeep" se detiene finalmente en una pequeña explanada, a modo de *parking*, a un kilómetro y medio de la cima, donde se emplaza propiamente "La Citadelle". A partir de ahora hay que ir, ya lo dijimos, o bien a lomos de caballería, o a pie. Héctor y yo decidimos ir a pie, mientras que Sócrates, por la tremenda rémora que constituiría el taco de alza de su bota, prefiere esperarnos allí. A partir de ese momento, de la bajada de nosotros cuatro del "jeep", y de la conciencia que toman la gente allí reunida, de nuestra pretendida ascensión al monumento..., a partir de ese instante, digo, comienza el verdadero show. Todos pugnan por ser nuestros guías, por acompañarnos, por servirnos de informadores, de protectores, de rastreadores, ... de... lo que sea. De entre toda la chavalería, uno, que dice llamarse Philippe, se destaca como un encanto de chico despierto que chapurrea con enorme intuición, y hasta con corrección, frases en español, alemán, inglés y, por supuesto, francés. Se trata de ganarse la preeminencia de acompañar al turista, y Philippe de verdad que se la ha ganado. Mi ascensión es buena. Estoy inflamado en ardor, y aunque no creo que baje de los 45 grados al sol, siento que el enfibrecimiento me pone alas, me empuja decididamente y me proporciona fuerzas, una "stamina" inédita. Estoy pensando en Luisito Sánchez y en lo ufano que se pondría al ver que dejó atrás a la mayoría de los que suben. Héctor, bastante más joven que yo, bueno..., muchísimo más

joven que yo, me planta cara y a duras penas se mantiene a mis espaldas. En alguno de los muchos quiebro de las trochas veo su rostro enrojecido, sudoroso, y el juego de manos y pies, de agarradas y resbalones con el que se debate para no despegarse de mí. Estoy exaltado, ebrio, incontenible. Cada paso hacia arriba es un hachazo de deterioro, de reto y de sufrimiento que envío a los de detrás. Sólo los chavales aguantan mi ritmo; los chavales que parecen liebres céleres, animalitos ligeros, casi ingravidos que se impulsan con la tremenda facilidad de sus cuerpecillos hechos de carencia, pero de conocimiento exhaustivo de cada terrón, de cada palmo de suelo que pisan. Voy pensando también en Alejo Carpentier, y en la figura del viejo que emplea un día entero en llevar un ladrillo a la cima; y cuando la culmina y descarga el ladrillo, muere desfallecido del esfuerzo. Toda la ascensión está jalonada por un rimerero de gentes que, paradas a la vera del camino, venden baratijas, o piden algo, lo que sea; para eso somos turistas. También hay gente que baja, con la que nos cruzamos, en grupos: hombres y mujeres, algunas de éstas ciertamente atractivas que aceptan las cuchufletas espontáneas que yo les digo. La gente vende collares, flautas como canutos gigantes que hacen un sonido no muy bien determinado ya que son los viejos quienes las soplan, y no parecen poner gran entusiasmo. La gente de pelo crespo, tipo negroide, usan unos peines de púa, altos, como rastrillos, que manipulan de afuera hacia dentro, hincándolo en la felpa hirsuta y como espulgándose. Casi todos los peines que he visto son de color chillón, encarnado. De entre las cosas que con más carga plástica recuerdo de Haití, y en lo relativo al ambiente humano, es la proliferación de gentío que surge de las covachas de al lado de cualquier camino o carretera. Al subir a "La Citadelle" lo pude comprobar: eran núcleos y núcleos de chiquillos y grandes que brotaban como por encanto de las interioridades de la maleza más o menos domesticada; de detrás de las matas de café; de detrás de los plataneros, de las casas, de los árboles. Así se explica la población de casi siete millones que está metida en un puño.

En el mismísimo final del ascenso hay un chico que vende botellas de algo, en un cajón, se supone que ya no muy refrigeradas. Fascinante e intensísimo tapiz humano, y también paupérrimo, pero real como pocas cosas que yo conozca. Hay un cartel en algún sitio de la entrada que dice algo sobre un proyecto de conservación, propiciado por la UNESCO. La ciudadela-fuerte recuerda, por la proa avanzada, el Alcázar de Segovia, y el espectáculo desde dentro y desde las terrazas es asombroso: una alfombra extensísima de montículos y pliegues por todo alrededor, por los que no se concibe que nadie pudiera progresar sin antes ser demolido a cañonazos. Las balas de artillería se ven a cientos: por el suelo. Los cañones creo que llegan a 175. Y el caso es que allí arriba, en "La Citadelle", no hay guardas ni vigilantes. Entiende uno esta laxitud en el sentido de que las autoridades deben de suponer que bastante trabajo ha tenido en subir quien sea, como para ponerle ahora cortapisas. Como lo digo: una vez arriba, no existen guías, ni tickets, ni acompañantes, ni nada de nada. Se puede pasar, entrar y merodear por donde se quiera...

Siempre acompañado por Philippe trisé todo lo que pude por allí arriba, como si de la intensidad de mi mirada y de mi curiosidad dependiera – y en buena parte era así – la congruencia de mi encontrarme en tan singular lugar; como afectando la mayor cantidad de captación, la mayor intención escrutadora a todos los pormenores y particularidades de dicha fortaleza. Los detalles obran en cualquier sitio, pero aquí van los imprescindibles: El rey Christophe, proveniente de una condición personal de esclavo, se autoproclamó rey en 1811, y con la excusa de temer ser invadido nada menos que por Napoleón, sometió a trabajos forzados durante diez años prácticamente a la totalidad de la isla con el fin de construir la fortaleza. El rey Christophe, "rey de reyes", como nos lo había mencionado Jack, el dueño del Toyota, parece que fue un hombre temido y admirado. Hay una lápida en uno de los patios altos del búnker, con sus fechas de... ya no sé si de nacimiento o comienzo de "reinado"; y muerte en 1829, y sus restos parece que se enterraron bajo un túmulo adyacente y *no* debajo de la lápida en cuestión. El fortín (que nunca fue atacado por

nadie) estaba diseñado para albergar hasta 15,000.- personas con provisiones para un máximo de un año, en caso de asedio. Habría que estudiar más a fondo toda esta cuestión. Me planteo regresar a Haití, tal vez desde, o vía, Miami con alguna línea aérea de garantía. Yo quiero recrear desde otra óptica espacio-temporal la cochambrez de este aeropuerto de Cap Haitien, en donde los letreros de las distintas "dependencias" (aduana, equipaje, etc.) son rótulos de madera rústicos y pintados a mano con la mínima entidad de arte y decoro, aunque con la suficiente funcionalidad que tales casos exigen. Yo quiero volver a mirar los establecimientos así llamados BANK consistentes en una tienducha, con un mostrador y un hueco como de gatera, pequeño, a modo de dispositivo para la transacción.

Nos consultamos Héctor y yo y decidimos iniciar la bajada, de regreso al Toyota, de regreso a Jack, y de regreso a Sócrates. Conforme descendíamos de "La Citadelle", una negra vieja que se cruzó con nosotros lucía un "brassiere" como única prenda del torso, de color negro, calado: una verdadera impresión de pintoresquismo. Por contra, recordé que las bragas de Doris habían sido de color rosado, con bordecitos y franjitas prominentes, a modo de adorno; y del mismo color el *bra*. Sin embargo, las bragas y el sostén de Milagros habían sido negrísimos. Doris, mi primera mujer en Santo Domingo 1984, me confesó que no sabía lo que era un condom: no me extraña que a sus 24 años tuviese ya cuatro chaveas!

Los salivazos blancuzcos de estos negros haitianos están a la orden del día. Las casuchas miserables que continuamos viendo según bajamos parece que apenas puedan mantenerse en pie después de que las azoten unos cuantos chubascos. Ya reunidos todos en la zona de estacionamiento se produce el esperado, y no por ello menos temido, protocolo de las propinas, de las compensaciones y de los... simples regalos a los chiquillos, que esperan de mí una catarata de liberalidades. Había hecho provisión de billetes de 1.00 \$ USA, pero pronto me quedé sin ninguno. A falta de dinero norteamericano buenos eran los pesos de la RD. Siempre la eterna canción de que ninguna situación es lo suficientemente mala como para que no pueda

empeorar. A Philippe le hice un buen regalo, con mucho el mejor de todos. Estupendo, despierto chaval que, una vez más, nunca la última, asedió a mi alma con el tema de la adopción. ¿Qué valor, qué sentido tiene ahora, aquí, sobre el papel confesar que de buena gana, en pura congruencia, me hubiese llevado conmigo a aquel mozalbete? ¿Que para qué? Para adoptarle, para proponerle otra oportunidad, la de cambiar de ambiente; y siempre, claro, que a él le hubiese parecido bien. Yo creo que si se lo propongo le hubiera parecido de perlas. Su expresión era toda disposición de supervivencia, de contenida y respetuosa argucia. ¡Claro que hubiera aceptado! Estoy seguro de ello. Nos dimos la mano ceremoniosamente, al tiempo que me decía "Au revoir. I hope to see you again some time!"

De nuevo los cuatro de nosotros en el Toyota, camino de vuelta al aeropuerto. Sócrates nos cuenta que, a su manera, también ha experimentado una personal catarsis mientras hablaba con aquella gente. Sócrates es un gran tipo, con ribetes de creyente ascético. En la terminal aeroportuaria llevamos a cabo..., quiero decir, llevo a cabo los pagos de muy variada naturaleza. A Jack le satisfago el resto de sus servicios, ya que le entregué la mitad al comienzo, en el momento de cerrar el trato, y el hombre se va lleno de satisfacción, despidiéndose con una andanada en patois, inteligible desde la perspectiva voluntariosa de cualquier hablante de español, o de inglés, o de francés. El jefe administrativo de la Aduana, y de todo lo que en aquel instante funcionaba, el mismo que unas horas antes nos diera la bienvenida, armado de un cabás como aquéllos de cartón piedra de los años cuarenta en España..., pertrechado de tampón, sello y útiles de ejecutivo, me cobra 30.00 \$ USA por derechos de peaje, parking, servicios de Aduana, "red tape procedures" en domingo, etc., todo junto, y me extiende el siguiente recibó profesional en inglés. "Received from. Mr. Thomas Ramos for H1-389 [número e identificación del vuelo] thirty (30) dollars as overtime fees for immigration and custom for arrival in the morning at 11 hours 30 and departure forty-five past three. Sunday 22, 1984". Dicho recibo, con tan sólo una pequeña tachadura en la plasmación de la palabra *three*,

donde nuestro hombre vaciló ligeramente respecto de la ortografía..., dicho recibo, digo, con el sello oficial de *Sortie. Cap Haitien*, fecha, etc. lo tengo conservado como un documento de excepcional interés. El hecho de que una buena parte de los haitianos son cultos e instruidos, es algo que tendría ocasión de comprobar repetidas veces en la República Dominicana, en mis estancias en Santo Domingo. Al nivel personal de exigencia que a cada cual le parezca más oportuno, yo desde aquí sostengo que no era esperable que alguien como aquel sujeto extendiera un recibo tan correcto y tan profesional en una lengua distinta de la suya, y que por muy universal que se considerase en todo este tipo de menesteres, no dejaba de ser un vehículo expresivo ajeno al suyo propio, y al que habría tenido que acceder mediante el estudio y la aplicación. Nunca había yo presenciado una desproporción tan acusada entre lo paupérrimo y pedestre del medio ambiental y la prestación profesional que emanara de tan pintoresco y singular paraje donde, eso sí, y para que las cosas estuviesen completamente a tono, a nuestro amigo el negro factótum jefe de aduana, director de aeropuerto, inspector de peaje, y cobrador de tasas, etc. etc., se le cayó un mocarrón encima de los papeles, y que a duras penas se dio maña a desviar de un manotazo. Concernido con mi presencia de turista prócer, se aprestó a decirme: "¿Sabe? Es que he estado en la playa y me ha quedado..." "Sí, un poco de arenilla y agua" – le digo yo caritativamente, ayudándole a salir del escollo.

Nos dirigimos a la avioneta, nos subimos, nos colocamos en cabecera de pista, calentamos, aceleramos motor, tomamos carrerilla y... de nuevo en el aire, semi tumbados y semi mecidos por el balanceo inicial de la máquina hasta tomar la altura de crucero. Han sido casi cuatro horas y media de tener los pies sobre el suelo de este país; horas mágicas, recordables, inolvidables; ubre fecunda de la que me propuse – y ahora estoy en ello – extraer toda la consecuencia literaria que encartara a mi disposición y a mi acierto. Y estoy en ello. Desde el aire, el mar vuelve a ofrecer detalles insólitos: bandas verdosas y prístinas, que uno no sabe si son bancos formados en mitad de las aguas, o si se trata del mismo fondo que se deja taladrar de pura

transparencia. Rumbo a Puerto Plata [donde, vaya por adelantado, seguiría yo soltando dinero en concepto de tasas y de servicios aeroportuarios...]... rumbo a Puerto Plata, y a tenor del quebranto en los colores de la vegetación que dejábamos atrás, y del advenimiento de un cromatismo menos inhumano, colegí que habíamos entrado en el espacio aéreo de la RD.

No he vuelto nunca a poner pie en tan sugestivo país, conocido como el Dahomey del Caribe. El conocimiento de las leyes habituales de la vida le enseña a uno que hay realizaciones que, producidas en esa coincidencia cósmicamente improbable de espacio y de tiempo, no vuelven a surgir. Haití no se ha zafado de esa regla. Haití no se ha convertido en excepción. En subsiguientes visitas a Santo Domingo en años posteriores tuve oportunidad de conocer a gente haitiana, por supuesto pertenecientes a esa minoría acaso privilegiada por haber accedido a la cultura y al refinamiento: en estos casos lo mejor de Francia rezumaba a través de dichas personas; era la "finesse" de Francia; era lo más sazonado del patrimonio francés lo que brillantaba el toque y las maneras de estos prójimos. En el lugar que corresponda de mis Memorias se intentará dar cumplida cuenta de todo. Por lo que respecta a esta fase actual de mi vida, quiero decir, la que deja atrás en varios años a mi época viajera, he tenido ocasión de encontrarme con varias chicas jóvenes, más o menos directamente emparentadas con la vivencia étnica, y con la determinación colorista y geográfica de Haití: Magaly Labady, ciudadana francesa que, nacida en Haití, y después de haber residido en su Guayana, vive actualmente en París. La conocí en Granada, en su calidad de alumna de uno de esos programas de intercambio y transvase de estudiantes en Europa. Perfeccionaba su castellano y tenía más bien pocos recuerdos de su país natal. Se extrañó de que alguien hubiese estado en Cabo Haitiano. La cara de esta chica, agraciada y acompasada por todo un concierto de modernidad, dejaba traslucir para quien supiese mirar y leer más abajo de la línea de flotación del gesto simple..., dejaba interpretar un resto como de ademán de resignada aceptación de una prosapia y de un color de piel específicos. Y en los tantas veces citados lugares de

encuentro espontáneo, o de "sociabilidad remedio", i.e., los así llamados clubs de alterne, que tanto han proliferado en España, he tenido ocasión de entretenerme con chicas que, al menos, a la inevitable sonda de cortesía y de rotura del hielo de un "¿De dónde eres?", me han contestado que...de Haití. Las dos que recuerdo, una en "Private" y otra en "Lovely", realmente atractivas, en tamaño más bien grande pero muy bien encajado en una conjunción de armonía y atributos. Recuerdo haber conectado perfectamente con ellas. En ambos casos, la tonalidad de ese marrón chocolate tan "sui generis" actuó de señas de identidad.

Ya digo que en nuestro control aéreo, de regreso, y de nuevo en Puerto Plata, supongo que soltaría algún dinero en concepto de lo que fuese. El resto del trayecto, puro trámite. Llegamos a Herrera con luz del día aún. Saldamos allí mismo lo que restaba del pago. Héctor, que fue quien tomó materialmente mi dinero "cash", se comportó profesionalmente, redondeando a la baja la cifra inicialmente estipulada con Jimmy Butler. Les constaba la evidencia de que pocos clientes tan "fáciles" y tan buenos pagadores como yo les habían entrado a lo largo de su menester de pilotos. Y les constaba que durante todo nuestro viaje yo me había hecho cargo de las variadas gabelas que en forma de tasas había generado el uso de la avioneta. No hizo falta ni recibo ni documento alguno de ningún tipo. El viaje había sido un éxito; yo había sido la causa de que ellos visitasen una localidad, un país que, aunque vecino, les era, al parecer, desconocido. No, como digo, no hubo ningún tipo de documento: la palabra de Jimmy Butler, que yo a mi vez pasé a mis amigos al principio de nuestro negocio, seguía teniendo plena validez. Y ahora, con la satisfacción de lo que quedaba pendiente, todos aquellos cabos adquirirían la congruencia esperable entre personas que tienen muy claro, al menos, lo que hay que evitar en este tipo de cosas. Cada uno de ellos me dio su tarjeta que cuidadosamente conservo. Héctor se dirigió a su coche, un BMW de tipo medio, que denotaba a las claras la posición preeminente de solvencia que su trabajo le permitía ocupar dentro de los estamentos sociales dominicanos. Simplemente, sin

concesiones de amabilidad que pudiere parecer edulcorante, me ofreció acercarme hasta el Continental. Acepté agradecido, al tiempo que me despedía de Sócrates, que tomaba otra dirección.

Estaba empezando a anochecer. Al llegar al Hall del Hotel un grupo de dos o tres chicas se hacen notar. Llevan una copa en la mano, y parece que se han levantado un rato de la mesa que ocupan en el bar contiguo al restaurante-cafetería. Yo me encuentro desamorado y algo desalmado literalmente, quiero decir, falto de alma. Por un lado, el recuerdo de Jessie, como una quimera geográfica centrifugada va en los ámbitos de la literatura; y por otro, mi vacuidad de contexto por regresar, quiérase o no, de un país extranjero y tomar contacto de nuevo con el ambiente dominicano. Fue como si me cobrase mi frustración de no haber podido estar con ninguna de aquellas mujeres haitianas que, capitaneadas por la estela de Jessie, conformaban el fundamento de mi más inmediato recuerdo. El caso es que me acerqué a una de las chicas del Hall del Continental. Reina creo que me dijo que se llamaba, y mi experiencia con ella no fue ni buena ni mala. Me llamó charlatán y me dijo que no le gustaba follar con condom. La verdad es que ni ella, ni las otras tres chicas con las que hasta el momento había socializado, me pidieron nada, ni un céntimo, antes de celebrar. A Doris le dí 50.00 pesos; a Milagros y a Luz, cien para las dos; a ésta, que dijo llamarse Reina, le dí \$ USA 40.00, que venían a ser unos 110.00 pesos dominicanos, cantidad demasiado abultada, y que en mi desmazalamiento de indiferencia tuve entonces que regalarla en razón de unas anticipaciones que no se produjeron; y acaso asimismo en virtud de que eran los restos de los cambios de los dólares USA que aún obraban conmigo como pertrechos del viaje a Haití. Reina fue la más profesional, la menos satisfactoria tal vez, pero al mismo tiempo también la menos problemática.

Volví a tomar el ritmo de las cosas en Santo Domingo. Duchado nuevamente y arreglado, después de estar con la golfa de Reina, me bajé al Hall. Solía sentarme allí a mirar a la gente, a entretenerme con las idas y venidas del botones, de los empleados de

recepción; y sobre todo ponía atención especial a las cosas que se decían entre ellos, y que decían a los demás. La sorpresa que me deparaban las expresiones idiolécticas de esta gente eran mi particularidad preferida. Alguien dijo "sape" cuando oyó estornudar, exclamación que creo haber leído recogida tan sólo en las gramáticas que usábamos en la escuela primaria, y que me llenó de perplejidad complacida, ya que nunca hasta entonces la había oído usar. Parece un vestigio, acaso, de nuestro castellano del Siglo de Oro, atestiguado todo lo más como ejemplo ilustrativo en los libros de texto antiguos. También me seguí fijando en que cuando los interlocutores quieren asentir o recabar del otro conversador el asentimiento, intercalan frecuentemente en el curso de la conversación "¿Veldá?" ("¿Verdad?") Un grupo de mujeres que hablaban allí, en el lobby del hotel, y no muy lejos de donde yo me encontraba, al reparar una de ellas en que yo – ora a una, ora a otra – las estaba mirando fijamente, dijo: "Hay una cara enfrente", por mi presencia.

Salgo a la calle y me encuentro con el taxista Gandules que está hablando con una chica. Me saluda, le informo resumidamente del éxito de mi viaje a Haití, y él, a su vez, como deferencia agradecida por el hecho de haberle comentado mis planes y la realización de los mismos, y supongo que pretextando que tenía una llamada de servicio, me deja con la chica después de presentármela. Cordelia, que así se llamaba la joven, es una indiecita clara que luce un estupendo chasis: senos generosos y proporcionados. Lleva pañuelo a la cabeza y me dice que está trabajando de doméstica en casa de un matrimonio de médicos de por allí cerca; que la habían encargado consultar en el Hotel algo sobre precios, y que había aprovechado también para preguntar a Gandules cosas relativas a las tarifas del taxi. Cordelia me gustó nada más verla. Me gustó su expresión; me gustó su busto y todos los atributos que, aun vestida, su cuerpo dejaba traslucir. Como tenía un tiempo limitado, ya que había salido de la casa donde trabajaba, con el fin exclusivo de cumplimentar esos encargos, quedamos para el día siguiente que, además, iba a ser mi última jornada entera en la RD. Quedamos para por la tarde; quedamos en

encontrarnos en el vestíbulo del Hotel; que la invitaba a cenar, y que en cualquier caso podríamos charlar con mucha más expansión. En eso quedamos. Y como ya el día me había deparado suficientes vivencias, me retiré a intentar descansar, rendido pero satisfecho.

Hoy, lunes 23 de julio, va a ser, como ya indiqué, mi última jornada entera en la RD. Las claves de mi viaje ya las he alcanzado. Me quedan varios detalles; y me queda el gran argumento del día, que espero que sea mi encuentro con Cordelia. Dispongo de la mañana para realizar algunas diligencias, y me pongo a ello. Doy un telefonazo a Alma, la hermana de "Chino", para despedirme de ella. Alguien me dice: "Alma no se encuentra en casa; se encuentra en el salón". Ya sabemos que *peluquería* (de señoras, por lo menos) se llama aquí "salón". Y hablando de "salón" y de todo lo que tenga que ver con el trabajo de peluquería, un día en el hall del hotel ví al peluquero paseando, muy arregladito, portando colgadas a la izquierda de la banda de su cintura, un juego de herramientas propias de su profesión: tijeras, peine, etc. Todo un personajillo. Me encuentro al taxista Daniel, el dueño del Chevrolet antiguo, pero que el hombre conserva, y hace muy bien, como oro en paño. Lleva el parabrisas fracturado con una de esas fisuras en el cristal que puede durar toda la vida, y eso es lo que parece que se propone hacer, ya que la sustitución de la pieza entera dice costarle una fortuna allí en Santo Domingo. Dispone de aire acondicionado que asimismo administra con reservadísima discriminación. Pero es lo cierto que Daniel va siempre aseado, y que mantiene limpio su coche. Por eso le dije que si me podía hacer el servicio... de una hora, tal vez de dos; que iríamos a dar una vuelta por el centro comercial, todo el conjunto urbanístico que equidista de manera más o menos lata, de la calle El Conde y se organiza a su alrededor. Me fijo en que, después de los coches japoneses y americanos, que copan el mercado, la marca rusa Lada es la más importada de entre los europeos poco conocidos. También me fijo en que muchas mujeres, cuyos atuendos normales les comportan llevar al descubierto parte de la espalda, parecen tener una propensión y una facilidad inusual en juntar los homoplatos como si se tratara de juntar

las hojas de una visagra. Me compré unas gafas de sol para reponer las que me habían hurtado las putitas de Milagritos y Luz. Luego nos dimos, andando, una vuelta por el Mercado Central, con mi vago deseo de encontrar tal vez mamparas o tulipas redondas para las bombillas de mi piso de Alcalá de Henares que pendían aún peladas del cable, salvo por algún cucurucho de cartón negro que hubiese yo confeccionado para algunas de ellas. No encontré nada parecido. Lo cierto es que hay verdaderas curiosidades y menudencias hechas de mimbre y de enea: sillas, adminículos domésticos, cestos, mesitas; pero nada que me pudiera servir a mí. Constaté una vez más lo inútil que es, y la pérdida de tiempo que supone, no intentar adquirir lo que a cada cual le haga falta, allí donde se vive, o al menos lo más cerca posible. Andando el tiempo, eso que tanto echaba en falta lo encontraría en... mi propia casa, en Alcalá de Henares, así como unos soportes de plástico duro que resistían el calor de los casquillos de las bombillas. Con todo, y aunque bastante caro, me resultó agradable el servicio de dos horas con Daniel. En el plan del que estoy hablando, o sea, del transporte con sede en un hotel exclusivo, por aquella época, bien lo recuerdo, las tarifas de taxi encajaban en un tipo normal de presupuesto para un turista como yo: el ejemplo al que me refiero lo ilustra: un par de horas, dando vueltas acompañado por un buen guía como Daniel, y dado que el coche estuvo estacionado la mitad de ese tiempo... era un pequeño lujo que uno se podía permitir: bien para el dueño del taxi y proveedor del servicio; y bien para el cliente, yo en este caso. Años más tarde, unos pocos tan sólo, este tipo de prestaciones adquirirían precios prohibitivos, que había que contratar matizadamente por adelantado antes de subirse al coche.

Regresamos al Hotel. Serían poco antes de las 13:00. Pensando en los gastos en que tendría que incurrir hasta el momento de marcharme, cogí un billete de... supongo que de \$ USA 50.00 de la caja fuerte de Recepción y crucé a la boutique de Josefina a cambiar. Me despedí de ella, y con la nueva remesa de pesos en el bolsillo, me decidí a hacer una íntima visita "social". Se trataba de una prima de

Cecilia, mi amiga del año anterior. Siempre en razón de la experiencia tan graciosa y munificente que había tenido al viajar a España por invitación mía, Cecilia me había enviado una foto de su prima con la encomienda de que era una buena chica, que acaso me conviniese tomar por compañera, etc., o que, al menos, considerase invitarla de la misma manera que yo la había invitado a ella. Se trataba de un acto de cortesía y de curiosidad por el que, en principio, a nada podría yo comprometerme; así que, desde la acera de la Avenida Independencia, a donde daba la Boutique Josefina, acerté a parar un coche de los muchísimos que trabajan de taxi, bien por libre, o bien para algunas de las innumerables compañías. Casi todos estos vehículos eran trastos baqueteados y vapuleados por el tiempo y por el trato, que tan sólo cumplían con su menester de transportarle a uno de un sitio a otro, sin entrar en ninguna otra consideración. Durante mis sucesivas visitas a la RD yo llegué a reunir más de una docena de tarjetas con el nombre de la correspondiente compañía de servicio de taxi. En eso, como en algunos otros asuntos a los que me referí al comienzo del relato de esta reseña, los dominicanos, aun dentro de su penuria pintoresca y llamativa de medios, son altamente profesionales; se ciñen al manual de los usos y costumbres que imperan en los USA y los transplantan al pie de la letra, al pie de la ejecución, pudiéramos decir, a la RD. Muchos de estos cacharros desvencijados, verdaderas chatarras rodantes, se comunicaban por radio con sus respectivas centrales y en ese respecto no se les podía exigir más. En la terminología usual y aceptada institucionalmente por la RD, existe la denominación "Dominican - York" para todo aquel dominicano que reside en Nueva York. En 1984 se hablaba de cerca de medio millón de ellos allí.

El conductor de mi medio de transporte resultó ser un chico autónomo y muy servicial. Le oí emplear el giro "de un vez" que es en dominicano parecido al de "al tiro" chileno, en el sentido de "ahora mismo, sin dilación, de inmediato"... más bien con este último valor en Santo Domingo. Mi amigo, del que guardo su tarjeta comercial, me proporcionó un buen ejemplo de cómo algunas *erres* suenan *eles*, estilo Puerto Rico; me dio el número de su teléfono, y al ir

especificándome la cifra mientras yo la apuntaba, a dos sietes seguidos que tenía los llamó *pal* (par) de sietes; pero soldó de tal manera ambos vocablos, que yo pensé que "palde" era... algo así como "guión" (hyphen, en inglés) o barra, u otro cualquier signo de separación, en su idiolecto, y le pregunté, perplejo, que... qué significaba "palde" (<par de).

Llegamos a casa de Iluminada, pues tal era el nombre de la prima de Cecilia: Una chabola típica como la mayoría de las que formaban el barrio. Antes de que saliera nadie a contestar la tímida llamada que, a guisa de exploración, había yo efectuado en la puerta, apareció corriendo enteramente en cueros vivos, a saludarme, un chavalillo de tres o cuatro años, al que siguió, solícita, y en actitud de moderado y maternal reproche, una chica. Se trataba de la propia Iluminada. Está claro que Cecilia no me había mencionado que su prima tuviese descendencia. Allí, en la RD, la gente, las mujeres y los hombres núbiles tienen hijos como si tal cosa, los unos por colaboración activa, y las otras por consentimiento también activo. Se tienen hijos con la típica alegría irresponsable del subdesarrollo. Pero para el caso, daba igual. No creo que la pobre Iluminada estuviese en situación de viajar. Aunque amable en extremo, presentaba un aspecto algo encanijado, con signos de depauperación. La chica casi no pudo ni hablar. Me invitó a quedarme..., como queriéndome decir que estaba sorprendida y halagada... y que... ¡qué pena no haber podido saber que iba yo a visitarla! Bueno, esas cosas que se dicen y que se piensan.

Al regresar al Hotel, ya cerca de la hora de comer, tenía un mensaje de don José Alcides de los Angeles Bencosme, el tío de mi amigo Sergio, el catedrático de Patología a quien había conocido en Canadá 19 años antes y que ahora, ya jubilado de Queen's University, residía de nuevo en la RD, en Santiago de los Caballeros, trabajando para la Universidad Católica Madre y Maestra. Una alegría. Don José había recibido el recado que le dejara yo un par de días antes, y el hombre quería despedirse de mí..., que si no le llamaba en contrario,

que se pasaría por mi hotel por la tarde, una vez que terminase su consulta. Muy bien. Una alegría, porque, además, la hora propuesta caía lo suficientemente previa como para no coincidir con mi cita con Cordelia.

Comí en el restaurante del Hotel y me eché la siesta. Un poco después de la hora tentativamente anunciada se presentó don José Alcides. Yo me hallaba en el Hall, esperándole, y la conversación de nuestro encuentro discurrió por cauces cordiales, de una amistad en alza que con el paso de los años y de mis sucesivas visitas a Santo Domingo tendría oportunidades de plasmarse en una variedad de detalles y de realizaciones. Me habló de un proyecto, de un principio de oferta de contrato que había recibido para ir a trabajar a Irán, algo que me sonó un tanto exóticamente aleatorio, y que don José no desmintió. Andando el tiempo, y por la lectura sistemática que acometería yo de la prensa de Santo Domingo, también descubriría yo que en la RD había arraigado una buena colonia de árabes, libaneses y sirios en su mayoría, como si la virtualidad tentacular del Islam no consintiese siquiera descartar un lugar como la Isla Española. En armonía con mi criterio, y se tratase de lo que se tratase, el tiempo demostraría que dicha oferta recibida por don José no resultó ser lo bastante atrayente para hacerlo mover de Santo Domingo.

Charlamos de muchas cosas: de la amistad entre su sobrino Sergio y yo, tan desde antiguo, desde los años fríos, distantes y distintos de Canadá. Sergio ilustraba a las mil maravillas el amplísimo espectro de posibilidades de natalidad y de paternidad que se concedían los dominicanos, ya que, como sobrino de don José era, sin embargo, mayor que éste en varios años... Ya habíamos repasado con suficiencia el temario de cortesía y de amistad compartida... cuando se presentó Cordelia. Los últimos minutos que dedicó don José a nuestra cita fueron allí mismo, en el hall del hotel, y en presencia de Cordelia, para escuchar con paciencia gustosa las explicaciones de presentación que proporcioné a cada uno respecto del otro.

Cordelia, de color "indiecita" muy clara, volvió a parecerme amable, femenina, recatada, sin por ello perder de vista en el espectro

de su horizonte vital que había subido conmigo a la habitación para consumir una sesión de intimidad. Llevaba una falda rosa, con una banda a la cintura en forma de lazo de tono más encarnado. A mis avances esperables del principio ella me rechazaba sin violencia, separándome los brazos de alrededor de su tronco, porque, si estando normalmente sentada, yo la pedía ponerse de pie para verla alzada, para tenerla más completa, más humanamente, más alcanzablemente mía. Cordelia se hacía rogar, propiciaba con feminidad el juego del cortejo, apartándose con delicadeza. Sin embargo, la entidad en escorzo de sus caricias alcanzaba cotas más y más intensas de intimidad, de dedicación cuando yo la tomaba las manos; y ello me daba pábulo para albergar esperanzas de seguir adelante con buen rumbo. Así estuvimos una hora y media, charlando, distendidos, sueltos; ora arreciando yo por medio de un acercamiento entre tierno y súbito mis atribuciones de concernimiento; ora replegándome en un calculado desplante como de desentendimiento, de cesación, de inmediato desinterés. Cordelia se fue cobrando su tiempo, animal sensible, en fin; regalándome, además, como de propina, la mortificación de preguntarme que... qué hora era; que se tenía que ir temprano y cosas así; al tiempo que sopesaba mis palabras y mis mansas ejecuciones que nunca traspasaron las caricias por sus brazos, o un beso juguetón en sus rodillas, o un cariñoso hozar con mi cara dentro de la desdoblada artesa de sus manos. Al cabo de un rato se levantó al baño. Oí distintamente el *flush* del inodoro y los grifos del bidet y del lavabo. Interpreté tales indicios como detalles inequívocos de progreso en la liberalización, quiero decir, en la disponibilidad de Cordelia. Al salir del cuarto de baño, y ya carente de preámbulos, me devolvió los besos con participación convencida y luego se sentó en el borde de la cama. Era la señal. Cordelia llevaba el juego de ropa interior esperado y que hay que entenderlo como acto de cortesía cuando de habérselas con un hombre se trata: combinación tipo *slip* rajada en su lateral y más bien cortita; braguita sucinta, más sucinta por delante que por detrás; brassiere de color rosa con algo de florituras, sin exageración. Como quien ha cruzado ya todos los

Rubicones de la conciencia, se abrió mansamente y permitió que la penetrara. Cordelia, femeninamente, había necesitado tiempo. Luego de la eclosión, su comportamiento fue ya un indetenido derrame de ternura. Sin contradecir en ningún momento mis asunciones, Cordelia me confesó que se había dado cuenta de haberme visto sufrir de premura y de la urgencia sintomática de quien está deseoso de amar y de ser amado.

Hoy, 24 de julio, día de mi partida, desde el Hall y a través de su cristalera frontal, diviso a un camión cruzando por la Avenida de Máximo Gómez, rodando como si dijéramos desde el mar hacia la parte de arriba de la ciudad, cargado de sillas como de velador de terraza, con varios hombres subidos en la caja y haciendo como que sujetan las sillas, en un impresionante revoltijo. Estampa directa y rudimentaria, de la pugna entre el progreso y la zapatiesta tercermundista.

Mrs. Kennedy: Jerusalén, Israel **(Navidad-Noche Vieja 1984 / Año Nuevo 1985)**

La viñeta que me dispongo a esbozar habrá de convertirse en el reportaje escrito de algo que, habiendo nacido como proyecto de aventura para dos países, tuvo que conformarse con serlo para sólo uno de ellos. Me refiero a Israel y a Jordania. He razonado en más de un lugar que la combustión de la que se sirve el alma para sus impulsos con frecuencia se autogenera en razón de ingredientes impensados. Ya desde los últimos años cincuenta, hasta bien entrada la década de los sesenta, mi voluntad se dejó alimentar por los formidables resortes míticos que me prestaban los países del norte de Europa; de ahí que colocara una media docena de incursiones en Escandinavia, haciendo calas y razzias espirituales en parajes, entonces tan poco convencionales, como Islandia y el Cabo Norte noruego, amén de Suecia y Finlandia. El final de esa década de los sesenta alumbró mi gran viaje al centro del Africa occidental, a través de la ruta Tanezrouft del desierto del Sahara, aventura que había ocupado las cavilaciones de mi conciencia buena parte de los años anteriores. Los setenta se hicieron cargo de una intensa actividad viajera mía por los países europeos del Este, así llamados "de detrás del Telón de Acero", además de una visita a Egipto, que era por aquellas fechas de mi particular calendario vital, el país más oriental de la cuenca mediterránea por mí visitado; y dando entrada a finales de ese periodo a mis emotivas peregrinaciones a Iberoamérica, iniciadas algunas de ellas siempre desde la puerta de Río de Janeiro. En los ochenta, más Río de Janeiro, más Unión Soviética, y mi arrancada hacia el Extremo Oriente con aquellas primeras cotas de Tailandia, Filipinas, Bali, y Singapur como referencias. ¿Y la parte de geografía conocida como "cercano oriente"? Con mis visitas a Marruecos, Argelia y Egipto, de un lado; y a la práctica totalidad de los países europeos (incluida Albania), de otro, los flancos sur y norte del Mediterráneo, respectivamente, quedaban justificados.

Pero la región que sirve de contrafuerte al Mediterráneo por el este constituía para mí, con la excepción de Turquía, una "terra incognita". Descontadas Siria y Líbano por su situación de guerra endémica, al menos desde la perspectiva de un extranjero – y sin por ello descartar que los nacionales de este segundo país, otrora conocido como la "Francia del cercano oriente", estuviesen aclimatados a tan inquietante realidad, como me refería la bellísima libanesa a quien había saludado en Río de Janeiro en abril de ese mismo 1984 – ..., pues digo que tan sólo restaba la nación de Israel sobre suelo palestino como destino a tener en cuenta. Claro está que yo nunca planeé un viaje a la zona con el propósito de preocuparme con ese solo país. La geografía bíblica, los "santos lugares" y acaso alguna denominación más, denotaban en cualquier caso que en aquella parte del planeta habían tenido lugar acontecimientos que, desde el maximalismo vinculante y sin par del nacimiento de Jesucristo, pasando por el desarrollo de las así llamadas Cruzadas, y de otras particularidades históricas, habían lucido desde siempre un especial emblema de interés y desazón, tanto para creyentes como para los de pensamiento por libre. Así pues, con el mapa en la mano y mediante una medición a ojo de las distancias, se llegaba fácilmente a la conclusión de que, una vez establecida una base, digamos Tel-Aviv, como centro de operaciones, tanto el discurrir naturalmente por el espacio de Israel, como pasarse a la vecina Jordania y dedicar una o dos jornadas a la visita de Petra, por ejemplo..., era perfectamente posible.

Así lo diseñé. Sobre el papel todo quedaba dentro de las virtualidades que yo bien sabía que concurrían en mí. Contraté una excursión básica con Viajes Meliá para siete noches, concretamente desde el 26 de diciembre 1984 hasta el 2 de enero 1985, y en la primera de dichas fechas embarqué en un avión de Iberia rumbo a Tel-Aviv, nombre que en realidad aparece anexionado al de Jaffa, formando ambos un compuesto, por ser esta segunda localidad una prolongación de la primera. Al llegar al aeropuerto Ben Gurión los pilotos de Iberia dan una pasada en falso a... pocos metros del *tarmac* de la pista, para remontar el vuelo y aterrizar en un segundo intento.

Susto servido. Las esperas para el control de pasaportes son impresionantes. Es posible que yo me hubiera anticipado menos aglomeración. El caso es que ahora, al consultar mis 'notas de viaje', traslado literalmente: "Parece mentira que una gente tan operativa como ésta no despliegue más efectivos a la hora de recibir una oleada de viajeros". Hacemos cola, qué remedio, en compañía yo, para más señas, de un chico joven, al parecer bastante retrasado mental, que no acierta a hablar ni siquiera español bien, que portaba un *voucher* de Turavia, y que había caído a mi lado, por pura chiripa o por la impresión de abordable y servicial en casos así que debí de transmitirle. Al final de 40 minutos de paciencia nos dicen que hay que sacar un visado, convencional, sin problemas y gratis, en otro compartimiento de intervención. Menos mal que en este segundo trámite parecen tomárselo con más diligencia. A todo esto, y desde la otra parte del Hall, sólo para viajeros ya procesados de documentos, o para todos aquellos que se propongan acceder al área internacional donde estamos nosotros aún..., digo que desde allí los empleados de las Agencias, enarbolando los típicos carteles [en inglés se dice *to page*] con los nombres requeridos de los clientes a su cargo, venga a llamarnos como si no supiéramos que tenemos que ir a ellos, y como si nos pudiéramos saltar la barrera de trámites. La mayoría de los puestos de intervención, aduanas, expedición de visados, etc., están cubiertos por mujeres. Por fin, y ya cumplimentados todos los protocolos de control de documentos y de identidades, me encuentro con el empleado de la agencia filial de Meliá en Tel-Aviv, que debe llevarme al Hotel Florida, el que me han asignado, que resulta ser un tres estrellas regularcito, aunque magníficamente situado, en la calle Hayarkon, paralelo a la línea de playa, y muy cerca del gran shopping-center Dizengoff, que en forma de plaza levantada como sobre una plataforma arquitectónica, demarca el final de dicha calle Hayarkon, así como también el extremo de la playa.

Comienzo a absorber las pequeñas realidades que van a formar el acolchamiento tanto material como psíquico de mis días en Tierra

Santa, me digo con un dejo de sorna. Las camas de mi habitación las considero como las más pequeñas que he visto en mi vida. Las tuve que juntar, una de ellas sin deshacer, para no rodar al suelo, al menos al cambiar de posición: apenas consentía medio giro del cuerpo. Como colofón del desajuste inicial, falta poco para que arranque el soporte de la ducha-teléfono del baño, por pensar que su fijación seguía el sentido de toda la pieza adosada en la pared. De ese primer día de llegada tengo anotadas algunas puntualizaciones tan sólo y que voy a trasladar a mi versión de ahora. Algunos toldos de terraza tienen por basamento a una llanta de automóvil vaciada, lo cual permite llevar rodando todo el conjunto en cuestión. En el hotel me fijo en una pareja de viejos, hablando alemán, pero israelitas: ella, importunándole a él con naderías; y él, atendiéndola a regañadientes, sin dejar de leer un periódico. Me fijé también, y además lo hice con especial cuidado, en que a un tipo de cartera de mano, como las dos de plástico que yo había tenido, y hechas de un solo doblez de ese material, la había adosado un par de asas, a estilo casero, para hacerla más funcional. Veo a otra pareja, al parecer de recién casados, cruzando la shopping-plaza Dizengoff: ella, muy atractiva, de blanco historiado, sosteniendo un ramito de algo; él, tocado de gorrito, rodeándola el talle con la mano derecha, y sujetando y elevando un poco el vestido de ella con la izquierda. Cuando deja de dar el sol en la Plaza, es cuestión de media hora para notar que la temperatura baja cinco grados. Pasan bandadas de chiquitas vestidas militarmente.

Para el 27 de diciembre tan sólo cuento con una cuantas líneas de notas a pie de operación, que incorporo literalmente: "Mi encuentro con Ornela deja mucho que desear: demasiado profesional y demasiado cara para los servicios prestados. Ocurría que le tocó a ella ser la pieza de recambio en la ya dilatada estación de abstinencia, y se topó con un golpe de suerte que no estaba al nivel de sus credenciales". Hasta aquí la literalidad de mis apuntes. ¿Quién era la tal Ornela? Hay algo que tengo bien claro y es que, cuandoquiera me hallase en Tel-Aviv, y ya fuera del hotel, solía sentarme en alguno de los veladores de la Shopping-Plaza, que me servía de una portentosa

atalaya de entretenimiento y observación. Allí rumiaba todo lo que yo creía conocer de aquel pueblo tan singular, el judío, y especulaba con lo que podría aprender durante aquella vacación que yo me estaba administrando. La mujer judía contenía muchas resonancias literarias y míticas dentro de mi conciencia. Albergaba yo nociones sobre la personalidad bíblicamente despiadada; y maternalmente, femeninamente dulce de estas criaturas. En el momento de referencia, Israel anunciaba por todas partes que, debido a la paz alcanzada con Egipto, se podía viajar a este país con el que poco tiempo antes había intercambiado disparos y lanzamientos de missiles. La devolución de la península de Sinaí por parte de Israel a Egipto había ilustrado la política de "territorio por paz". Muchas chicas en ropa militarizada y marchando en parejas portaban fusiles ametralladores. La situación de perpetuo estado de emergencia que parecía ser la condición endémica de Israel transvasaba esa doble virtualidad de ferocidad posible y de implícita ternura al rostro de muchas de estas mujeres que se paseaban dentro del radio de captación de mi vista si me hallaba sentado en la Plaza Dizengoff. Ornela tuvo que tratarse, quiero recordar, de una chica a la que vi merodeando en uno de los veladores y con la que trabé conversación. Me constaba – y esta chica me lo refrendó – que los hoteles eran permisivos al extremo con el tema de llevar compañía a ellos. Me informan también de que se alquilan habitáculos por horas para las expansiones circunstanciales de alguna pareja. Las chicas piden el número del cuarto al compañero, y con el fin primordial de salvaguardar la confidencialidad de éste, le siguen a los pocos minutos: una solución práctica, cómoda, discreta y respetuosa con cualquier tipo de *establishment*. Y además, así le dan a uno tiempo de ordenar el posible desarreglo de la habitación que pudiese desentonar el encuentro. Ornela apareció en el instante en que la abscisa de espacio y la ordenada de tiempo de mi conciencia se conjugaron. No descarté la virtualidad de no poder servirme de ninguna otra ocasión como la que entonces representó Ornela, porque mi intención seguía siendo la de salir lo más posible de Tel-Aviv, en las cualesquiera excursiones que acertara a realizar; y en dicho sentido, aquel día y

medio de toma de contacto con la realidad de un país nuevo era lógico que se hiciese cargo de algo tan vivencialmente simbólico, tan literariamente personal como tener ayuntamiento con una judía.

Las chicas llevan un pantalón tubo, ni largo del todo ni tampoco bombacho, y que les llega a las espinillas. También me apercibo de que la inflación dineraria de esta gente es indetenible: cada dos o tres días, como mucho, el cambio del *shekel*, la moneda oficial de Israel, con el \$ USA sufría un retoque, siempre en deterioro del primero. Aquí la única religión que aglutina razas, pueblos, credos personales y cualquier otra minucia anecdótica es la religión del dinero y del poder económico, lo cual – y siempre en comparación con otras chaladuras de entidad equiparable – me parece bien.

El día 28, el de los Santos Inocentes, me voy a Jerusalén por el sistema del taxi compartido. En realidad se trata de un coche grande, lo más parecido a los cacharros que existían en España: tres asientos traseros; dos trasportines, y un pasajero más en la sección delantera junto con el chófer, sólo que aquí los vehículos son algo más grandes. Barato, únicamente 1,000.- shekels. Reparo en que los precios de las agencias para viajes en grupo han dejado de ser preferibles en muchos casos. Estando en Tel-Aviv, lo mejor para ir a Jerusalén es coger el autobús desde el hotel hasta la terminal de los taxis colectivos: 140.- Sh., más 2,000.- Sh. del viaje, siempre en términos de ida y vuelta; más 7,000.- Sh. de taxi por una hora de recorrido ya en la propia ciudad de Jerusalén. Total, menos de 10,000.- Sh. El precio de las agencias para la excursión de un día en Jerusalén, desde Tel-Aviv, y en autobús, es de USA \$ 29.- que al cambio de casi 700.- Sh. por dólar, arrojan una suma de unos 20,000.- Sh., o sea, justo el doble de la modalidad individual.

Jerusalén es bonita, atestada de gente por doquier. Los israelitas construyen. Desde el taxi, además, se podía observar que más de la mitad de las casas disponen en sus tejados del sistema de los paneles para recoger el sol, montados junto a un depósito de agua, por debajo de él. Me dicen que únicamente sirve para el verano, pero algo es algo. La instalación parece sencillísima: dos pantallas o rectángulos,

repletos de canales serpenteantes bajo los cristales de aumento, por los que discurre el agua que al contacto con el metal a gran temperatura, alcanza las habitaciones de la casa a no menos de 50 grados. Una cisterna de unos 400 litros según calculé, está siempre llena, o bien por efecto de la gravedad que se encarga de hacer llegar el agua desde otros depósitos generales, o bien porque ésta se bombea desde la misma vivienda. Los campos están cuidados, y no queda prácticamente nada por cultivar: todo explotado y limpio. Los más estrafalarios, los rabí: su vestimenta se resiste con uñas y dientes a la descripción: de negro, con coletitas y con sombrero; barbados, con gafas; unos verdaderos bichos raros. Sin que tenga el ejemplo régimen equiparativo, me acuerdo del casi negro con barbitas que vino de Tel-Aviv a Jerusalén en el taxi para siete plazas, más el chófer: no dejaba de leer un momento; pero es que, además de leer, van silabeando labialmente, como para que la cosa no tenga desperdicio. Los libros parecen masas, mazacotes de signos gráficos en hebreo, como palítroques en ángulos y en tirabuzón, negrísimos, sin concesión alguna a la más leve distracción. Lo que más me cabrea es el gorrito coronilla que me usan estos prójimos; puede ser más o menos pequeño, y de un color azulado, marrón; supongo que también blanco. La razón de llevar semejante conato de alifafe es que, según parece, se dice en la Biblia que hay que estar cubierto en la presencia de Dios. Sólo los creyentes y religiosos deben ponerse el tapacubos que únicamente se lo quitan para acostarse. Pero el caso es que los israelitas son mediterráneos y... en el fondo algo vaguetes; creo que hacen la guerra por obligación imparable, y que sobreviven porque sus prójimos son una calamidad de gente. Como todo país pequeño, más bien aislado, su euforia se traduce ahora en propagar las posibilidades de viaje dentro de sus propias fronteras y también a cualquier otro sitio que las circunstancias permitan: tal es el caso de Egipto, con el que – como antes indiqué – desde época reciente mantienen una relación de paz, vecindad y cercanía que anuncian dinámicamente mediante una cantidad agobiante de agencias turísticas.

Cuando el taxi nos suelta en el punto acordado de Jerusalén, me quedo rodeado por un bullicioso contexto de humanidad, pero absolutamente solo en todo lo que concierne a mi plan de buscar la manera de entrar en Jordania. Comienzo por uno de los muchos principios posibles, y es el de contactar con la Agencia NET, Near East Tourist Agency, que, según dispongo como referencia inmediata, había arreglado las excursiones de mi querido amigo Julio Ganzo un año antes. No tengo otra cosa que hacer, sino zambullirme en la gestión... en la gestión de procurarme a alguien, a algo que me traslade, que me proporcione el servicio de pasarme a Jordania, llevarme a Petra, y devolverme a Israel al final del día. Las cosas se pueden hacer. Calculo distancias y posibles resultados. Llevo más de 600.00 \$ USA cash en el bolsillo interior del pantalón. No será por dinero. Cuando se tienen ganas, se va solo, y no se escatiman medios, se pueden hacer muchas cosas. Ahí es donde he pisado yo fuerte: en llevar encima de mí el centro de decisiones; en hacer que la correa de transmisión desde la voluntad a la realización se efectúe de la forma más directa y menos desvirtuada posible. Estaba en Jerusalén; contaba con todo un día por delante y comencé la lucha por la gestión. Lo que me dicen en esta agencia NET, sita en la Azzahra Street 18 me resulta insuficiente y por entero inútil. Se dibujan los primeros impasses en el propósito que quiero llevar a cabo. Me hablan de visados, de nuevas regulaciones para el paso de frontera hacia Jordania. Todo apunta a que en esta parte del mundo, con el intenso batiburrillo de intereses y de situaciones geopolíticas como se barajan a diario, nada tiene visos de permanencia; nada parece extender su vigencia de un día para otro...

Yo sigo haciendo esfuerzos de memoria y quiero recordar que Julio Ganzo me había comentado que cuando él estuvo por allí, las entradas a Jordania eran posibles... Pero, ¿qué seguridad; qué garantía de veracidad tenía entonces para mí todo aquello, en mi concreto *aquí* y *ahora*? Con todo, qué remedio, me dejo llevar; no tengo alternativa. Me recomiendan otro centro de turismo, la Jordan Tourist Agency JTA, y hasta allí me voy. Nuevas contradicciones, excepto en una

cuestión que parece clara, y es que en Jerusalén, mejor dicho, en Israel todo lo que tenga que ver con la realidad... como dije antes, *geopolítica*, se substancia por el día a día de los acontecimientos. Contrario a Egipto, con el que ahora blasona Israel de mantener una cordialísima relación, aun después de haber sostenido ambos países violentísimas guerras, con Jordania, sin embargo, las cosas siempre parecen haber estado, y parecen que seguirán estando, tensas, sobre todo desde la anexión definitiva de la totalidad de la ciudad de Jerusalén por Israel después de la así llamada Guerra de los Seis Días. Sea lo que sea, el caso es que el régimen de contradicciones es lo único que saco en limpio. En un golpe repentino de decisión surrealista, de efectos cinematográficos aun para mi propia conciencia, decido telefonar a Julio Ganzo, a Alcalá de Henares. Acaso todavía se encuentre en su casa, antes de salir para el trabajo. Me dirijo a una central de comunicaciones, y al disponerme a ocupar mi locutorio y efectuar la llamada propuesta, me encuentro con un sistema sorprendente de gestión que ponen en práctica estos israelitas, y es el de preguntarte que cuánto tiempo, cuántos minutos vas a hablar, para así cobrarte ellos por adelantado lo que corresponda...

– "¿Cómo que cuanto tiempo voy a estar hablando? ¡Y yo qué sé! Lo sabremos Vd. y yo, y todo el mundo cuando termine mi conferencia".

En todo país desarrollado y puntero respecto de ciertas cosas no dejan de existir borrones de inconcebible cavernicolidad, como el caso en cuestión. Pero lo grande es que, al hacer yo delación de lo absurdo que me parece el sistema, y de lo incómodo, y más que nada, inoperativo que resulta a todas luces... por lo improbable de que coincidiera lo que se hubiera previsto hablar con el tiempo realmente necesitado y que durase la conferencia, pues digo que, menos mal que otro señor europeo que se encontraba en el local aireó su protesta ante semejante sandez, alegando que él tampoco sabía, ni podía saber lo que en el curso de una conversación comenzada podía surgir y hacer que dicha conversación se prolongase durante el tiempo que fuere. Ante la clamorosa protesta de dos extranjeros, los encargados del

citado locutorio se avinieron a cobrarnos lo que hubiera menester al final de nuestra llamada, durase ésta medio minuto o una hora entera...

Julio Ganzo, sí, se hallaba en casa, pero no se acordaba del nombre de la empresa turística de la que él, viajero en grupo, quiero decir, de excursión organizada, se había servido. Ahora bien, lo que sí me dejó claro mi breve intercambio de pareceres y de datos con Julio es que lo que él había experimentado no era de aplicación en mi caso. Como le había pillado casi saliendo de casa para el trabajo, me despedí de él y le dije que seguiría brujuleando. Y eso fue lo que hice: seguir brujuleando. Los de la JTA (Jordan Travel Agency), un poco por quitarme de en medio, un poco, supongo que también, por demostrarme su profesionalidad, me dicen que me puedo poner en contacto con el Consulado español, que está en la calle Rambán, no lejos de la Gran Sinagoga. ¿Pero es que aquí hay alguna representación diplomática española? Lo de menos es que no tuviera yo la más remota idea de que en Jerusalén el gobierno español mantuviera una representación nacional, quiero decir del Estado español, como Estado, en la medida que fuere. Probablemente se debiera a la actitud del entonces gobierno *socialista* nuestro, en su determinación de ampliar los lazos de correspondencia con colectivos anteriormente vetados en el panorama de relaciones internacionales. ¿Un Consulado español en Jerusalén? Pues sí, parecía que sí. Y hasta allí me encaminé...

Las cargas vivenciales que se producen con semejantes peripecias del espíritu le alcanzan a uno de lleno; se trata de no perecer ante la magnificencia de la sorpresa; al contrario, se trata de que, por hallarse uno por libre, lo que normalmente iría a parar a una comunidad de varios, queda recogido glotonamente, avaramente por uno solo, haciendo de dicho botín algo memorable. Tal con mis viajes. Si los fracasos me daban de lleno, sin poderme servir de parapeto aledaño ni resorte amortiguador alojado en quienes pudieren acolchar mi compañía, los aciertos, por otra parte, me correspondían también a mí de lleno; y las sorpresas, y los descubrimientos, y los hallazgos inusuales. Algo de eso tuvo aquel Consulado de España en la ciudad de Jerusalén. El edificio estaba un tanto destartado: lo recuerdo muy

vagamente, con una entrada en forma de pasillo, y unas verjas en algún sitio de aquel espacio. Me costó esperar algunos minutos hasta toparme con alguien. Por fin, una bandera española me certificó que me encontraba donde debía encontrarme. Pregunté a una especie de portero o encargado del acceso. Me hizo pasar a una estancia muy sobria donde también se mostraba en un rincón la bandera de España. Aguardé unos minutos hasta que una señora joven, amable y algo sorprendida, me atendió. Le conté mi caso, mis planes, lo que me antecedía, o sea, mis dos días en Tel-Aviv, y la proyección de mis deseos. No me dijo gran cosa, aunque se tratara de todo lo que me pudiera decir; me informó de que las comunicaciones entre Israel y Jordania obedecían a circunstancias muy variables y muy concretas en cada caso; que el gobierno español no tenía competencia alguna para intervenir en el proceso de conceder visados o pases, o autorizaciones, para trasladarse de uno a otro de esos dos países; que la política más usual era considerar como factible que alguien procedente de Jordania entrara en Israel, pero no lo contrario; o que si saliendo de Israel se entraba en Jordania, las autoridades israelíes no permitían el regreso del que así hubiese abandonado su país; que en cualquier supuesto el cruce de frontera se efectuaba por el Allenby Bridge, y que lo único que podía hacer era acercarme yo hasta allí, si tan definitiva era mi intención de enterarme por mí mismo y de primera mano; pero que no creían que en mi condición, es decir, viajero a Jordania para volver a entrar en Israel... me fuese posible. La señora joven amablemente descolgó un teléfono, de esos mazacotes sólidos y antiguos, de color negro, e hizo una consulta con alguien, al parecer, de la misma legación, sólo para reiterarme los puntos de vista que me había facilitado. Sí, desde el conocimiento que ellos me podían transvasar no existían más especulaciones ni más líneas de procedimiento.

Me quedé otra vez solo, cargado con el mismo fardo de incumbencia con el que había comenzado el día tres horas antes. Eran ya las 11:30 y, en efecto, había llevado a cabo una función de desbrozamiento a todas luces necesaria e inevitable. Me hallaba en el punto de partida pero con ciertos saberes respecto de lo que conducía a

una vía muerta; respecto de lo que no podía prosperar, y en tal sentido estaba satisfecho de mis progresos. En este tiempo que había dedicado yo a brujulear las posibilidades de acceder normalmente a Jordania, para regresar a Israel de nuevo, también había hecho acopio de información y de datos de interés relevante, a saber: que todo el desierto del Negev se consideraba zona restringida. Yo, siempre con un mapa en la mano, tampoco había descartado la posibilidad de viajar a Elat, el punto meridional más importante del pico del cucurucho en que termina Israel al tocar en el Mar Rojo; y desde allí, pasarme a Ákaba, en Jordania, y un poco más arriba ya, Petra. Con 15 horas de operatividad, un transporte con chófer me hubiera dado tiempo a efectuar la visita a Petra viajando hacia el sur de Israel y entrando en Jordania por Ákaba. Considerando los 354 kms. de Tel-Aviv a Elat, y un máximo de otros 350 que hubiese que realizar en territorio jordano, hasta llegar a Allenby Bridge, más los 120 aproximados desde esa frontera hasta Tel-Aviv, los 820 resultantes se hubieran hecho cargo de la totalidad del kilometraje de la excursión, saliendo de Israel por Elat y entrando de nuevo por Allenby Bridge. Y en el peor de los casos, el de tener que regresar por el Negev, el trayecto se incrementaría en menos de 100 kms. Todo ello sobre el papel y contando con mis prácticamente inagotables disponibilidades. Se trataría de comenzar el viaje muy de madrugada para cruzar la frontera, tanto a la ida como a la vuelta, en buena hora; y dejar, si acaso, que todo el recorrido de regreso se efectuase en horas ya no muy servibles para ningún otro fin. A mí me encantaba enfrentarme a este tipo de retos; llegar a una compañía de taxis y comenzar a negociar con ellos... eficazmente, medio enseñando en la mano, ya como dispuesto, un fajo de billetes de \$ USA de alta denominación, para hacerles ver que se trataba de un buen negocio para ellos; que nada más alejado de pagos con tarjeta, o con limitación de gasto, o con impugnación de condiciones. Nada de eso. En casos así me recomiendo actuar directamente, haciendo saber que viajo solo, que puedo ponerme en marcha en cualquier momento, y que estoy dispuesto a pagar al contado los servicios que me presten, y como ningún otro cliente pueda hacerlo en ese instante; y así, la

mostración, entre inconsciente e interesada, de un fajo de billetes de \$ USA, y el acto de barajarlos como en abanico, para que se vea que mis intenciones van en serio, mientras hablo y expongo lo que me gustaría hacer..., pues digo que es más elocuente que cualquier otra disertación. Pero, claro, con lo que no se cuenta es con las restricciones geopolíticas. El Negev, ya comenté, se consideraba zona estratégicamente restringida, y sólo en caso de obtener un permiso por adelantado, y todo ese tipo oneroso de cortapisas, obstáculos y pegas... le sería a uno posible viajar. Lo más opuesto a mi situación.

Pudo ser, indistintamente, por alguna de entre varias calles, porque mis notas no registran el punto concreto. Pero probablemente se tratara de la Sederot Ben Maimón. Efectuadas las diligencias en la sede del Consulado español, me dejaba llevar yo de mi propio impulso motriz, quién sabe, con el propósito de dar algo de tiempo al tiempo; discurrir sobre alguna otra vía de operación; hacer turismo simple y puro en la ciudad de Jerusalén; sentarme en alguna terraza y ponerme a escribir por ejemplo. Un hombre joven, así, caminando suelto, y con un mensaje tanto de indiferente irresolución como de frustración desazonada reflejados en su continente..., un hombre joven, europeo, solo... claro que puede pasar perfectamente desapercibido; pero puede también interesar la atención de alguien que en casos equiparables pasaría de largo, sin percibir que un parpadeo de contacto, siquiera mínimo, ha aparecido en la pantalla del radar de su conciencia...

Efectivamente, pudo tratarse de la calle Ben Maimón; o de la Binyamin Mitudela. Iba yo, discurría yo, me dejaba yo llevar por alguna de aquellas calles, después de mi visita al Consulado de España, cuando... por la otra acera, enfrente de mí, me fijo en que viene una señora y que, además, por encontrarse ella con un pequeño montículo de arena y de materiales de construcción tiene necesariamente que apartarse del curso normal de su mano derecha y... En el momento en que los dos, cada cual en su sentido, nos pusimos en línea..., también quedamos mucho más cercanos el uno del otro, en razón del desvío que la señora tuvo que dar momentáneamente a su

andadura. Fue todo como un impulso suave, una adherencia espontánea, inédita, lo que nos hizo detener, ya casi la una junto al otro, antes de emitir la primera palabra de saludo. Algo había en aquella mujer de invitante, de expedito en su ademán, de desembarazado de prejuicios, para que una conexión así, por libre, se produjera con la más total de las ausencias de protocolo alguno. Fue, en lo que a mí respecta, como si, tan mayor para ciertos menesteres, estrenara benevolencia, me sintiera tocado por un premio de improvisada y limpiísima gratuidad. Me presenté. Nos presentamos. Ella me dijo ser la Sra. Kennedy..., ¿Kennedy? ... Sí, igual que el malogrado presidente USA.

Imperfectamente, estoy seguro, le conté... mi caso, espoleado porque el argumento del tema no le pareciese demasiado baladí y decidiese dar por terminado el encuentro. Me escuchó con interés, con atención piadosa. Claro, claro, las relaciones de Israel con Jordania eran muy especiales y se sujetaban a compromisos y a particularidades de difícil encaje en el Derecho internacional por el que todos, más o menos, nos regimos. *¿Cómo podría yo pasar a Jordania, hacer lo que tuviera que hacer allí que no era otra cosa sino visitar Petra, y regresar a Israel..., y todo ello en el curso de una día?* Ah, sí, ¿cómo podríamos encararnos con el asunto, con alguna posibilidad, con alguna probabilidad realista de resolverlo mediante su llevada a término?

Me siguió comentando que era irlandesa y que llevaba en Jerusalén ya 25 años. Colegí que era algo parecido a una religiosa laica. Se quedó pensando unos instantes y me dijo que íbamos a saludar a un personaje de Jerusalén, conocido suyo, una especie de "Johannes factotum", agenciador. Y así lo hicimos. Pero por desgracia aquel sabelotodo, aquel "hombre de la calle", conocedor de los más intrincados intríngulis de la gestión viva, no tenía receta para mi problema. No pudo resolverme nada. Pero lo intentamos. A continuación, la Sra. Kennedy me dijo que si quería acompañarla; que se dirigía a pie hacia el monasterio de la Santa Cruz, en la Sederot Hayyim Hazar. Por el camino las mujeres y los niños la iban

saludando, y ella tenía algo personalizado para todos y cada uno de ellos, amabilísima y exquisitamente jovial. La recité, bien lo recuerdo, el poema de Yeats "Down by the Salley Gardens", con el propósito, no necesario pero tampoco inoportuno, de conciliar, de sazonar aún más la espontánea armonía del encuentro. Una dama perfecta. Mientras caminaba a su lado, también se recitaban en mi conciencia los versos de Amado Nervo...

"Era llena de gracia, como el Ave María:
quien la vió, no la pudo ya jamás olvidar"

Llegamos a la iglesia, donde ella me pareció que trabajaba en obras piadosas y de catequesis. Había quedado allí con su marido que, en efecto, se presentó a los pocos minutos. La Sra. Kennedy saludaba a todo el mundo en todos los acentos imaginables, idiomas y partituras expresivas del mundo. Su marido me pareció un irlandés típico, corpulento, de rasgos geométricos, de cabeza rectangularizada, seco pero amistoso. Sobre mi búsqueda de consejo sobre si presentarme o no por las buenas en la frontera con Jordania me dijo lo único que podía decirme: que ir a, y regresar de, Jordania desde Israel era problemático; pero que no veía ni problema ni peligro en que yo explorase cualesquiera posibilidades que se me ofrecieran; que lo más negativo que podía ocurrirme es que no me lo permitieran... La Sra. Kennedy me presentó a un fraile que se disponía a decir misa, supongo que católica, pero que no obstante tuvo tiempo de subir apresuradamente a sus dependencias y bajarme una página del *International Herald Tribune* del viernes 21 de diciembre de ese mismo año de 1984, con un magnífico reportaje periodístico "Penetrating Petra's Hidden Valley", firmado por un R.W. Apple Jr. El dicho fraile nos había oído hablar a los Sres. Kennedy y a mí sobre mi deseo de visitar Petra, en caso de poder ir a Jordania, y el hombre había tomado la generosa iniciativa de recortarme dicho reportaje del ejemplar del periódico que probablemente obraba en su propiedad, con el ruego de que se lo devolviera desde España o desde donde me

encontrase [cosa que prometí y que eventualmente cumplí con toda puntualidad desde Alcalá de Henares, una vez fotocopiado dicho artículo; fotocopia que hoy, ahora, un día de noviembre de 2002 tengo aquí mismo, delante de mí] Me invitó a oír misa, a lo que decliné con pesadumbre ya que en vista de mi experiencia nefasta con mis deseos de ir a Jordania en aquel día, había hecho idea de regresar a Tel-Aviv lo antes posible, y mi esquema ya lo había retrasado en más de dos horas. Las únicas señas identificativas que me dejó fueron: B.T. Viviano, O.P., y el número de un apartado de Correos. ¡Que su buena estrella se lo premie!

Recuerdo la circunstancia de la iglesia aquella y del ambiente que allí se respiraba, como una de las experiencias más penetrantes y balsámicas de mi memoria entera. De haber estado yo más propicio a las crisis espirituales, aquél habría sido sin duda el lugar más ajustado a perfección para escenario de la crisis. Mientras la Sra. Kennedy conversaba dentro de una especie de ampulosa sacristía, yo me permití merodear un poco: abrí una puerta y me encontré con un grupo de misaoidoras: mujeres jóvenes, con tocados más o menos monjiles, y con ese gesto tan característico de mansa firmeza de quien está de vuelta de las mezquindades con que se enredan los espíritus de consumo diario. Estas almas – pensaba yo – defienden gallardamente, estéticamente la vanguardia representativa del cristianismo en esta ciudad mítica, mercenaria y actualmente tri-regentada en los negocios del espíritu por las tres confesiones de rigor: islamismo, judaísmo, y cristianismo. Me hubiera quedado allí de buena gana, de religioso a mi manera, a ir dejando discurrir los días en contemplación militante y en beneplácito conmigo mismo. Esta Sra. Kennedy, de unos 55-60 años cuando me encontré con ella en Jerusalén, me dijo que iba a rezar por mí en lo sucesivo. Desde mis depósitos más pertrechados de solidaridad y de desprendimiento se lo agradecí y se lo continuó agradeciendo porque, entre otras cosas, volvió a ilustrarme el principio de que lo eterno femenino no tiene por qué afectarse a una muestra de criatura joven, cinematográficamente deseable; sino que puede

encarnarse con trascendente congruencia en el señorío paradigmático de una incalculable dama como ella.

Regresé a Tel-Aviv en un taxi colectivo de ocho plazas conducido por un marroquí. El paisaje es bello y sobrio: sólo la piedra, la pelada piedra queda a salvo de obligaciones de rendimiento comunal en cuanto a suelo se refiere. Todo lo demás está prácticamente cultivado. Es sugestivo ver la ondulación de los alcores llenando el horizonte, señalizados por cipreses de diferente altura y grosor, pero todos esbeltos, perfectos, como llamas delgadísimas, "ejemplo de delirios verticales". El color blanquecino de la piedra y el verde oscuro de los cipreses se encarga del cromatismo del espectro visual.

Ya al caer de la tarde me senté en la Plaza Dizengoff a reflexionar y a compaginar ideas. Estando allí avisté a unos 25 metros a un par de chavalas que me dedicaron una mirada de curiosidad inquisitiva. Vestían "casual" obviamente, con el pantalón hasta la mitad de la espinilla, y unas zamarras tipo "heavy duty". Dejando todas mis cosas sobre el velador momentáneamente, me tuve que levantar a toda prisa a abordarlas porque ya se me iban. Se trataba de dos preciosidades de chicas marroquíes Rachel, la más morenita; y su hermana María. Regresé con ellas a mi sitio, para mayor tranquilidad del *barman*, y las invité a un vaso de zumo, que fue lo único que pidieron. Chapurreaban bastante mal todo, excepto su propia lengua bereber. Y aunque Rachel insistía en que yo les hablara en castellano, no creo que se enterara del extremo histórico conyugal de aquella otra Rachel, la judía, y Alfonso... creo que el VIII, de Castilla. Rachel era una convergencia en color moreno de agarena y sulamita, siendo como era marroquí. Lo malo es que no nos entendíamos en lo esencial, en los términos conectivos, de enlace de los tramos verbales, activos y substantivos. La conversación con ellas, mis originales deseos de propiciar un argumento cómplice, de mutuo interés para ellas y para mí, devino impracticable... tan impracticable como querer perforar la cámara acorazada del islamismo de sus conciencias, y por si fuera poco, bajo un revestimiento alienígena de judaísmo postizo y tal vez no asimilado.

El día 29, sábado, y en vista de la falta de progreso a priori tocante a mi proyectada entrada en Jordania desde Israel, decido coger el toro de frente y por los cuernos, y acercarme física, materialmente... hasta donde pueda, hasta donde me dejen. Lo único que ya sabemos es que, como Jordania e Israel no mantienen relaciones "oficiales", desde este último país no hay forma de hacerse con un visado, y sobre todo individual, de manera que pudiéramos entender como normalmente aceptable. En la ida a Jerusalén desde Tel-Aviv compartí el taxi con un puñado de filipinos. Con ellos aprendí que la palabra *chongo*, que yo creía aplicable a una de las variadas etnias y pueblos de las islas, significa *mono*, y lo curioso del caso es que me lo decía la chica que viajaba justamente a mi lado, el espécimen de simio oceánico más pronunciado que imaginarse pueda; sencillamente todo lo que tenía de simpática lo tenía de horrorosa; además, ella misma decía que había nacido "en los montes"; y lo decía riendo simiescamente. Se llamaba todo el grupo Rivas y Morales. El hombre que iba con las cuatro mujeres era culto, conocía algo de Shakespeare y estaba persuadido de lo importante que era leerle; tenía predilección por algunos parlamentos de *Julius Caesar*.

Llegamos a Jerusalén y me informo sobre el mejor punto de partida para alquilar un transporte que me lleve a la frontera con Jordania en Allenby Bridge. Me dice nuestro taxista que pruebe en la Herod's Gate, una de las puertas de entrada a la Ciudad Vieja. Hasta allí me voy ya sin más contemplaciones, dispuesto a todo. Pregunto, inquiero, explico mi plan: se trata de que alguien me traslade a la frontera y que me espere allí: si puedo pasar a Jordania, le pago la ida; si no, regreso con él a Jerusalén y continúo con sus servicios. Se me destaca un hombrón, un árabe con barba de varios días; comunicativo, abordable, que se hace a sí mismo la presentación de persona idónea para el plan que pretendo llevar a cabo: los términos de la tarjeta comercial que me alarga están expresados en inglés, en hebreo y en árabe: Express Taxi & Travel. Daily from Jerusalem-Allenby Bridge & Return back. Pues bueno. Concierto con él el precio, muy en principio, y el hombre tiene el acierto de percatarse de que conmigo no va a

remendar de viejo. Dispone de un coche grande y en regulares condiciones, suficientes...

Subimos y partimos. El primer punto por el que hay que pasar obligatoriamente es Jericó, a unos 40 kms. de Jerusalén. Hay que hacerse uno a la idea de por dónde se va rodando. Excepto por el istmo urbano que por su parte occidental constituía la parte de capital correspondiente al Estado de Israel, la ciudad de Jerusalén se enclava en territorio tradicionalmente jordano conocido como West Bank, es decir, lo que queda al oeste del río Jordán. Ahora todo dicho West Bank está bajo control israelita pero... con ciertos cuidados. Lo que se quiere decir es que cuando uno sale del perímetro total de Jerusalén y comienza a discurrir por el así conocido como desierto de Judea, camino de Jericó, sin duda que se respira una cargazón de especial naturaleza en el ambiente. Mi mejor garantía, obvio es decirlo, es ir acompañado por alguien que hace de dicho menester, viajar por los parajes a que me refiero, su trabajo de todos los días. Se arranca de la calle Sultán Suleiman, donde se encuentra la Puerta de Herodes; se toma la carretera de Jericó, y hasta Mishor Adummim no se ven señales de vida; algún convoy militar; desierto puro. Estamos rodando sobre la Biblia. Llegamos a Jericó, que ofrece desde la carretera un lienzo ocre de casas no sé si de adobe o de piedra, más bien creo que lo primero. Alucinante por su sobrecogedora desnudez. Uno no puede por menos de pensar en todas esas historias de los muros derrumbados por las trompetas; del retraso en ponerse el sol para que los combatientes tuviesen más y mejores oportunidades de instrumentar sus salvajadas. Como digo, alucinante. Demasiados relatos sagrados para un poblacho donde hasta los escorpiones sentirían la carencia de algo. Ahora bien, los dos o tres minutos que dura la travesía de Jericó en coche, y acaso por eso del paso obligado de convoyes militares y de algún turista como yo, lo más sugestivo es la cantidad de tenderetes de frutas que dan a la vía pública. Por cierto, que ya me había llamado la atención el hecho de que en todos los sitios, cafeterías, etc. donde se expenden dichos productos del ramo, como zumos, como frutas, etc. disponen de una máquina prensadora o exprimidora en el

establecimiento. Los pomelos están al por mayor, y lo mismo las naranjas, lo cual no quiere decir que haya nada barato.

Jericó ya está cerca de Jordania, a uno 10 kms. Se adensa el tráfico de camiones militares. Por allí no parece haber más que concernimiento bélico, de situación de territorio ocupado; de provisionalidad duradera... indefinidamente. Se ven zanjas, alambradas, pasillos de sacos de arena, y por fin unos barracones. Esto es Allenby-Bridge, el Puente de Allenby [por el general inglés que tanta incumbencia desplegó en los asuntos militares de esta zona]. Le digo al taxista, de nuevo, que me espere en todo caso; que si puedo pasar, vengo a pagarle; y que si no puedo pasar regreso con él a Jerusalén. Lo que ocurrió fue algo parecido a lo que me ocurriera en 1973 cuando, así por las buenas, pretendí acceder a Albania desde Druma, el entonces punto de frontera más cercano de Montenegro con el "país de las águilas". Menos mal que en aquella ocasión ni siquiera el control de salida de Yugoslavia me permitió proceder más adelante. Probablemente pensarían que... qué sentido tenía dejarme llegar hasta los albaneses para que éstos me rechazaran hacia atrás, y encima encontrasen un motivo más de fricción contra los yugoeslavos por hacerles entretenerse con un intruso por libre. Algo así debieron de pensar las autoridades israelitas del Allenby-Bridge. Al principio no me hicieron ni caso: crucé algunos espacios más o menos de tierra de nadie, con la mirada furtiva de algún que otro soldado o policía militar que tuvieron que suponer que ya sabría yo lo que hacía en todo caso. Hasta que llegué a un control, un pasillo semejante al de Charlie Check Point en el antiguo Berlín, y un soldadito, con mirada algo aburrida por la rutina diaria me pidió papeles. Antes de darle o enseñarle nada me puse a explicarle con toda la candidez de mi capacidad de convicción... me puse a explicarle que pretendía ir a Jordania y regresar de nuevo a Israel. Simplemente me negó con la cabeza. Más: me dio a entender que si quería me podía marchar; pero que no podía regresar. Así estaban las cosas. Como seguí porfiando, con la vana esperanza de que el detallado de mi propósito turístico modificara la situación, creí advertir que el soldadito comenzó a

cansarse de un tío pelma que no se conformaba con una primera respuesta suficiente... y así me pareció percibir que el fusil ametrallador que hasta el momento había portado un poco así en plan laxo... me pareció percibir que lo colocaba un poco más en disposición operativa; que afianzaba las correas, y que daba una pasada como de comprobación del tacto por el gatillo y la culata, al tiempo que me regalaba una expresión de fastidio por su cara. Adiós. Salom o como cojones lo queráis decir.

A la salida me reencontré con mi taxista "moro", mi amigo corpulento y viejo que me había traído desde Jerusalén y ahora se disponía a volverme a llevar allí: Le conté lo que pasaba; le conté que no era posible en mis singulares circunstancias entrar en Jordania para regresar en el día, o después de un día, a Israel. Y el bueno de él, haciéndose cargo de tanto trasiego mío, material y mental, sopesando la diagnosis del asunto, ablandó el gesto y me dijo por todo comentario, en un inglés macarrónico, carente de gramática pero maravillosamente expresivo: "God not let happen" [Dios no lo permitió que ocurriera], mientras repasaba mediante el típico sobo las cuentas anaranjadas de una camándula cortita y gordezuela. Si perdí un viaje puedo decir que gané una frase, un ademán y una actitud. Esa sentencia, tan típica del inmovilismo supuestamente transcendente del Islam compensó, sin embargo, todos mis sinsabores y todas mis penalidades.

En mis notas de urgencia, sobre el terreno y conforme la marcha, recogidas en papel timbrado del Hotel Florida – con eso está dicho todo – tengo apuntado lo siguiente que prefiero trasladar a mi redacción de ahora: "En el viaje de vuelta de Allenby-Bridge coincidimos en el taxi la bibliotecaria palestina (cuyo nombre no recuerdo) y yo. Le di una tarjeta mía al despedirnos en Jerusalén. Me dijo que yo cantaba bien y que tenía una 'nice voice'. [Claro que en el trayecto previo a Jerusalén desde Tel-Aviv, la familia de filipinos me había preguntado si era cantante, ante el despliegue de melodías con que los impacté de entrada]. La palestina me puntualizó que no era lo mismo ser 'jordano' que 'palestino'. Desde luego, por lo poco que

discurrimos sobre temas sociales y geopolíticos, la chica estaba profundamente permeada por la causa de su gente". Hasta aquí, la literalidad de mis notas que, naturalmente y a su convocatoria, me han propiciado la recuperación de algunos otros detalles. Probablemente se tratara de Jericó – estoy ahora casi seguro de ello – donde el taxi de mi amigo "moro", y mediando mi aprobación, recogió a más pasajeros, entre ellos a esta chica joven con la que, dentro de las circunstancias, fui hablando un rato. Lo que sí recuerdo ahora vívidamente es que, tal vez como natural compensación por mi falta de éxito en mi pretendido pase a Jordania, tal vez por lo que fuere, simplemente en la línea de los vasos comunicantes de los estados de ánimo, no se me ocurrió nada más exóticamente inoportuno que ponerme a cantar en el interior del taxi, con mi claro objetivo de trasladar a la chica una característica, la más maniobrero y operativa entonces, de mi personalidad. También recuerdo que otro de los dos o tres viajeros que recogimos en Jericó era un árabe viejo y cejijunto, que no se estremeció en todo el camino, que no se movió ni aun mediante la concesión oscilante de un milímetro de la postura que adoptara en su asiento inmediatamente después de subirse al coche, y que mostraba en su manera de mirar fija, hacia adelante, pero indiferentemente, toda la inmovilidad del carácter de estos prójimos, todo el pasivo fatalismo, toda la desgana que se puede alojar en su concepto de transcendencia; en una palabra, una pena de tío. Vaya por adelantado que yo acaso pecara de incontinencia expansiva, porque en un momento en que el moro, sin despegar los labios, me dedicó un esbozo de mirada sombría, o mejor, de miserable tristeza, la chica se atrevió a decirme, siempre en inglés, que tal vez nuestro compañero no aprobara mi *show*. Me reprimí y volví a pensar en el desastre que supone la convivencia de mentalidades, en la que una de ellas pueda ser como la del sujeto de este cuento. La chica bibliotecaria era muy bonita. Ya dije que le di una tarjeta mía al llegar a Jerusalén. Creo recordar que ella hacía todos los días el trayecto desde Jericó, y vuelta, a trabajar en algún sitio oficial. Un poco así bajo cuerda, y en vista de que durante el corto tramo de conversación, yo parecía haberle demostrado mi neutralidad

en todo lo que no fuese materia... emocional, me dijo que era terrible lo que tenía que soportar el pueblo palestino, y subrayó lo de *palestino*; de ahí su interés de que yo, como extranjero, no confundiera lo jordano con lo palestino. No supe de ella nunca jamás. Demasiadas dificultades en el camino del corazón.

Le pedí al moraco reza-rosarios que me dejara junto al Huerto de Getsemaní, por donde él tenía que pasar para regresarse a su lugar de acuartelamiento, que ya dijimos que era la Puerta de Herodes, en la fachada norte de la Ciudad Vieja. Saldamos cuentas y el hombre me dijo que contara con él siempre que lo necesitara; que preguntase por... [nombre olvidado] en el teléfono de la tarjeta. Hasta la vista, amigo.

Me paseé por el Huerto de Getsemani, entre olivos; y si no lágrimas de sangre, sí que derramé mi pensamiento sobre muchos motivos de la Historia, y del alma de los humanos, tan diminuta y tan inabarcable. Pensaba en la Sra. Kennedy que probablemente estaría rezando por mí, y eso porque necesariamente tuvo que ver en mí materia de metal noble, respecto de la que, tanto convendría galvanizar sus posibles bondades, como no contaminarla con aleaciones espurias. ¡Bendita mujer y bendita la ocasión de conocerla! Si había Teresas de Calcuta, también había señoras Kennedy de Jerusalén.

Me quedaban dos horas y decidí emplearlas... a lo bestia, andándome lo más posible de la Ciudad Vieja. Después de mi visita a Getsemaní no recuerdo a través de qué puerta penetré en ella, si por la Golden o por la de San Esteban, naturalmente conectada con la Sha'ar Ha-Arayot, un desvío de carretera desde la principal de Jericó. Una vez dentro continué los tramos de las 14 estaciones de la Vía Dolorosa, para torcer a la izquierda por Suq El Attarin, y de nuevo a la izquierda a lo largo de Ha-Shalshélet, que separa los barrios musulmán y judío, hasta llegar al Muro de las Lamentaciones. Confieso que me fue muy difícil mantener la compostura ante aquella camada de estrafalarios. Había quienes parecían estar a punto de darse de calamochozos contra la pared, pero era como de mentirijillas, como de amago. Algunos de los llorones del Muro se balanceaban a un lado y a otro, erguidos;

otros se sostenían ora sobre un pie, ora sobre el otro, como si se estuvieran escaldando. Lo más corriente era lo de los meneos de cabeza, como asintiendo y reafirmando cosas ciertamente de peso. Yo contemplaba el despliegue circense de ambas secciones: hombres a la izquierda; mujeres a la derecha, y me sorprendí con ganas de dar suelta a un pedo de bonachón estrépito. Sin consecuencias. Es probable que durante mis aproximadamente dos horas de deambular por allí patease calles y parajes de los cuatro barrios: musulmán, cristiano, judío, y armenio. En términos turísticos me gusta hacer andando lo equivalente a lo que haga cuando alquilo los servicios de un taxi: detenerme en contadísimas ocasiones; y dejar, por otra parte que el roce y la contigüidad de tanta vivencia y de tanta gente me vaya colmando mi receptáculo de impresiones. A grandes rasgos, las idiosincrasias de la población mayoritaria de cada barrio podían advertirse. El barrio del Islam era un bazar continuado, con fulanos de cara indolente, sentados a la entrada de los *stands* o de las tiendecitas, con los faldones y el mantel de cuadros encarnados y blancos por la cabeza. De trecho en trecho soldados tocados de fusil ametrallador largo, vigilaban. Pasó un ciego, un ciego muy ciego, de esos de guión cinematográfico plástico, tanteando el pavimento con golpes sonoros de bastón. En una de las callejuelas un moro, vendedor de objetos artesanales, me pedía 1,000.- Sh. por un bolsillito de piel; al ver que me iba lo rebajó a 500.- No compré nada en absoluto, excepto tres camisetas deportivas, una para cada uno de mis sobrinos.

Recuerdo que entré en varias iglesias, pertenecientes a distintos credos. Jerusalén es una ciudad-mito, posea de motivos de transcendencia, cuyas rivalidades se encarnan en la tierra mediante estas mostraciones de principios irreconciliables que a su vez se manifiestan mediante la identificación específica de cada credo, de cada convicción! Un portentoso absurdo y un desvirtuamiento de las posibles y supuestas bondades del concepto de monoteísmo. Di por terminada mi excursión personal en Jerusalén y regresé a Tel-Aviv. Me quedaba una gestión; una gestión concerniente a alguien, a algo distinto de mí, y que había reservado para cuando los demás diseños

de viajes más o menos complementarios se hubieran resuelto. Era el momento...

Desde mi Hotel Florida le di un telefonazo al argentino Oded Balaban, anteriormente Mauricio, y que ahora vivía en Haifa. Nos habíamos conocido en Berlín, en el verano de 1978, durante un curso de alemán en el Goethe. Argentino de origen, y judío por entorno familiar y acaso ya por convicciones adquiridas, se había trasladado a Israel, y en estos seis años y medio que habían transcurrido desde nuestra coincidencia en Alemania, a Mauricio le había dado tiempo a cambiarse el nombre a su actual versión de Oded; a conseguir un doctorado en Filosofía, y a trabajar como docente e investigador en la Universidad de Haifa.

El día 30 de diciembre de 1984 era domingo. Como yo nunca había prestado mucha atención al diseño de fechas laborables o festivas de esta gente durante la semana, lo único que ahora se me aparecía claro es que el domingo Oded no tenía de ninguna manera clases en la Universidad; y así, mi decisión de viajar en dicho día no podía ser más acertada. No recuerdo dónde quedamos. Supongo que se trataría de alguna dirección, de algún punto notorio, destacado, de Haifa, para hacer imposible toda virtualidad de pérdida. Hasta creo que me citó directamente en la entrada principal de la Universidad. Los 95 kms. que separan a Haifa de Tel-Aviv los hice por el conocido sistema de taxi compartido, con mucho la mejor forma de viajar en Israel, la más razonable en cuanto a costo, y la más operativa. Quiero también recordar que cuando se trata de un día brillante y soleado, los mediterráneos lo son en extremo. Estoy seguro de que por la ruta, por la carretera que bordea el mar, y durante nuestro trayecto tendría ocasión de encontrarme con restos históricos de cierto empaque, como las ruinas de Cesárea; y un poco antes de llegar a Haifa, ligeramente al este, la ciudad de Monte Carmelo. Pero una vez más, lo que me interesa de los países es su efecto permeante y ubicuo a través de su aire, del ámbito que empapa todo el panorama visual; el bosque, en una palabra, en conjunto, más que la percepción individualizada, monográficamente destacada de cada uno de sus árboles. La luz del

Mediterráneo, reflejada en las piedras a través de aires limpios, lo sentí, ya digo, como ejemplo paradigmático de brillantez y de decoro ecológico.

Llegué sin novedad al sitio donde hubiera quedado con Oded, y éste se llevó una descomunal sorpresa cuando después de saludarnos y estrecharnos la mano, le alargué un pequeño envoltorio. Era mi regalo de la novela *Miguel Kohlas* de von Kleist, simplemente porque, estando en Berlín, me había participado Oded su deseo de leer algo y en español de este autor que, por las razones que entonces fueren, no le era posible conseguir. En cualquier caso, y aunque para este momento de 1984 en que nos volvíamos a encontrar, acaso Oded ya se hubiese familiarizado con la obra de von Kleist, o probablemente hubiese perdido interés por tal asunto..., en cualquier caso, digo, ante mi regalo de la edición de Austral, tan corto de valor objetivo en dinero, pero tan significativo por el hecho de haberlo mantenido vivo en el cofre de la memoria y de la voluntad, y habérselo traído físicamente hasta allí, y habérselo entregado en mano después de seis años y medio de haberme exteriorizado su deseo..., después de todo eso... el hombre no pudo por menos que emocionarse. Aquel gesto fue mi mejor carta de renovada presentación ante mi amigo.

Oded me llevó al piso 29 del edificio de la Universidad de Haifa, donde él disponía de un pequeño despacho. Desde allí Haifa resultaba realmente vistosa, directamente espectacular. Lo más destacable del vasto panorama geo-contextual de la urbe y de sus alrededores lo formaba la gran bahía de enfrente, donde en los prados acuosos pastaban, surtos, buen número de navíos de guerra. Oded y yo hablamos de muchas cosas; de nuestras amigas del Goethe de Berlín; de nuestras perspectivas en lo tocante al mundo intelectual. Los sueldos de los profesores de Universidad en Israel eran, objetivamente, y hechos los ajustes pertinentes, un 25% más bajos que los españoles. Oded llevaba una vida de soltero sin posible boato pero bien organizada. Me pareció entender que su hebraísmo albergaba la mínima cantidad de credenciales idiosincráticas para permitirle vivir en el país. Sí, hablamos de muchas cosas que me comportaron una

buena dosis de clarificación. Me enseñó su Tesis Doctoral, en hebreo, lengua – me dijo – que tuvo que aprender a pulso. No tenía más de 200 pgs., cosa que me agradó pues consolidaba mi extremo de que se puede decir mucho en menos espacio del que frecuentemente se emplea. Su bibliografía, bien lo recuerdo, era muy somera, muy básica, de cuatro páginas: nada de fárragos, nada de refritos, de esos que pretenden incorporar todos los títulos desde el principio de la ciencia hasta el momento en que se está escribiendo. Citaba profusamente a Ortega y Gasset, cosa que me entusiasmó en extremo.

Me dijo Oded que me invitaba a comer en su piso; que iba a preparar una paella. Yo me sentí halagado. En nuestro paseo por la ciudad de Haifa, y mientras yo miraba a las gentes y a las cosas, convencido de que nada era mejor que llevar a un nativo a mi lado como mentor y respuesta a todas mis preguntas y pesquisas posibles, Oded me comentaba que a los estafalarios rabinos (o aprendices de rabino) se les llama *pingüinos*. También me dice que la vestimenta negra proviene de la Polonia del siglo XVIII, nada menos. Me sigue explicando que los rabinos tienen como norma dejar de afeitarse a partir de los 13 años; y que lo que a muchos siempre nos han parecido coletas no son sino las patillas dejadas crecer y domesticadas en cordelitos. Se pueden casar – sigue Oded diciéndome – pues el judaísmo no conoce el celibato religioso; ahora bien, sus mujeres no pueden enseñar el pelo a nadie excepto a sus maridos. Por eso llevan algo así como tocas monjiles si van por la calle. Siempre he creído que si se abriera la veda de afeitarse a los barbudos de Israel, los peluqueros se ponían las botas. Lo que sí que entendí también siempre como algo inequívocamente hebreo, o judaico, o israelita (o como se le quiera llamar) es un tipo de cabeza algo aguzada como en forma de yunque, con calva hasta bien entrado el cráneo, tipo Ben Gurión, tipo Einstein, o gente así. Completamente privativo: nariz afilada, con los dos arcos cóncavos empujando la frente hasta la mitad, o más, de la cabeza.

En su pisito, mientras Oded preparaba el arroz, seguimos hablando de literatura y de música. Me dijo ser un admirador enfebrecido de la novela de Ecco, *El nombre de la rosa*, para decirle

yo a mi vez que no había podido digerir más que unas primeras, pocas páginas de tan indigestísimo bodrio; al tiempo que me permitía recomendarle la lectura, y hasta el estudio, de *Gárgoris y Habidis*, de Fernando Sánchez Dragó. Y ya, mientras degustábamos la paella que, por cierto, le salió muy rica, Oded me puso un disco de canciones sefarditas: graciosa mezcla de acentos de romancero, de términos jocosa y arbitrariamente acuñados, y pronunciación a veces irreconocible que responde, en clave de aljamía, a la grafía impresa en la libreta o cuadernillo.

Regresé ya de noche a Tel-Aviv, con el solo concernimiento de que los dos días que me faltaban para completar el tiempo propuesto de mi excursión discurrieran en vigilante sosiego; que me permitieran sistematizar y asimilar todas las ocurrencias, todas las incidencias con las que me las había tenido que ver en mis primeras jornadas de trasiego. Descartadas definitivamente cualesquiera tentativas de viaje fuera del país, tampoco me sentía yo muy entusiasmado con un programa convencional de visitas turísticas a los lugares "de rigor", fueren los que fueren, en función del grado de propensión hacia la "historia sagrada" que cada cual instrumentase. Decidí permanecer los dos últimos días allí mismo, en el sitio al que en primera instancia había ido y donde se encontraba mi alojamiento base: Tel-Aviv. Así podría escribir algo con el propósito de que, por carencia de apoyatura documental, no se gasificaran mis vivencias más de primera mano, más destacables. [Hoy, y durante unos cuantos días previos del mes de noviembre de 2002, o sea, justo 18 años después de lo vivido en Israel, lo estoy reviviendo por medio de la palabra]

El día 31 de diciembre, lunes, me lancé por las calles de Tel-Aviv, provisto de un *Hello Israel* titulada "The only Country-Wide Weekly Guide". La verdad es que estos israelitas consiguieron asombrarme. La mencionada guía es un folleto de 100 pgs. en el que se anuncian y describen, como la propia portada indica, "restaurantes, sitios de compras, vida de noche, excursiones y... celebración de acontecimientos". Causaba pasmo ojear las páginas de dicho folleto y llegar a la fácil y cándida conclusión de que el patrón que imperaba

para la concertación de la publicidad de toda la suerte de actividades era un calco minucioso del modelo de los USA. Si imaginamos a alguien de otro planeta, recién llegado al nuestro, desconocedor de todo nombre o realidad de país, ciudad, continente, etc., y en cuyas manos cayese esta "magazine" semanal, daría por sentado que lo que allí se menciona..., que lo que allí se refiere tendría necesariamente que corresponder a una nación de muchos millones de habitantes, en la que existiera un número elevado de megápolis. Tal es la ingente variedad de anunciantes y de ofertas de negocio que aparecen. Según esta guía de turismo propagandístico, Israel era el emporio de la prestación de servicios. Desde artículos artesanales hasta los grandes distribuidores de joyas de las multinacionales y franquicias del mundo, la Biblia en oferta pasa ante nuestros ojos al hojear este folleto semanal turístico. Ocho páginas centrales, cada una conteniendo otros ocho cuadraditos desglosables mediante el desgarrar de la línea taladrada de puntos, se encargan de los *bonos* de descuento en las tiendas o restaurantes de que se trate. Yo me fijé en uno de ellos que correspondía a un restaurante de la Plaza Dizengoff, y lo separé para usarlo. ¿Y todo esto se refería a un pueblo de menos de cinco millones de habitantes y en guerra permanente? Claro está que a mí me concernía ahora solamente lo que tratara de Tel-Aviv, pero al ser esta ciudad la mayor concentración urbana del país, y con mucho, a ella se afectaban asimismo la mayor variedad y la más acusada cantidad de ofertas de todo tipo para el viajero turista. Es obvio que yo no compré nada en absoluto. La relación artículo/precio hacían descartable prácticamente todo. España, sin ir más lejos, producía en mayor cantidad, y más económicamente, todo aquel inmenso, incontable bazar de cachivaches, prestaciones y servicios que colmaban las 100 páginas de la revista *Hello Israel*. Israel estaba en venta, con todo tipo de descuentos con arreglo a la mejor tradición mercantilista de los USA, porque ¿qué era y sigue siendo Israel en el cercano Oriente sino una barriada de los USA? Cualquier cosita, cualquier novedad estrenada se considera allí en Israel materia comerciable. Ya dije algo sobre las ofertas de viaje a Egipto: en cada esquina; en cada agencia;

en cada tienda..., con precios más y más tentadores. Ahí hacía yo radicar el mérito de esta gente, que condenados a organizarse y vivir dentro de un relativamente reducido ámbito espacial, renunciaban a la endogamia, y por el contrario llamaban en el exterior, se expansionaban turísticamente a expensas de aquella insignificante porción de "extranjero" que comportaba la península egipcia del Sinaí. Asombroso y admirable. Se trataba siempre de expansionarse, de derramarse, aun a costa de la auto-enajenación; de la venta de uno mismo; de procurar por todos los medios que la entidad, en parte ficticia y sin duda artificiosa del país, se fuera tornando real, creíble, en virtud de los usos y costumbres imperantes en las comunidades de mejor arraigo y de mayor solera. Israel me pareció una burbuja..., de hierro blindado, que sin dejar de ser hierro, tampoco dejaba de ser burbuja, amenazada perpetuamente de que algún material, todavía más resistente y potente que el metal, la pinchara y la desinflara. La existencia de este país dependía, por una parte, de la ayuda externa: los dineros de los judíos USA, sobre todo; y el material bélico adquirido también de los USA con ese dinero; y por otra, el buen uso que de todo esto hacen los judíos. Así, todo se quedaba en casa. El país de Israel – pensé – es como si viviera la esquizofrenia institucionalizada de aparentar normalidad: un tramo de costa de unos cuantos cientos de metros se anuncia como un "ecuménico" *resort*, repleto de turistas y bañistas, aunque se encuentre al alcance de los missiles lanzados desde el norte por enemigos radicados tanto en Líbano como en Siria, por ejemplo. El trocito de playa a la que se asoma el rincón de la Plaza Dizengoff se pone atestada de gente tan sólo con que el sol luzca tímidamente y la temperatura no baje de los diez o doce grados. La revista semanal *Hello Israel* es una de las más portentosas y meritorias muestras voluntaristas e inflacionistas que haya conocido yo en términos proporcionales a la realidad de los contenidos que se anuncian. Inflación. Creo que ése es el término más acertado para calibrar la identidad de Israel. Las propias autoridades monetarias recomiendan a la clase turística no cambiar de golpe mucho más dinero del que se vaya a necesitar en los dos o tres días siguientes, ya

que el tipo de conversión con el \$ USA no suele tardar más de tres o cuatro fechas en experimentar un reajuste. Y sin embargo la gente vive, como vivía yo, turista de circunstancias, brujuleando como podía entre las opciones que me ofrecía la realidad, y capeando el temporal como mejor me lo permitiera la inspiración de cada momento. Ya digo que esta gente hacía de cada cosa, de cada pequeña particularidad un motivo de exaltación, una cuestión de orgullo... puesta en venta. Recuerdo que entré en una tal Agencia Kopel porque me habían llamado la atención ciertas ofertas de viaje a Egipto. Me puse a hablar con la señora que en aquel instante regentaba el negocio, y después de comentar otros temas pasó a recomendarme, en estado de admirativo entusiasmo, la obra de Flavio Josefo, en inglés, *The Jewish Wars*, como si este autor latino comportara algo excepcional y críticamente único respecto de la bibliografía sobre temas judíos. Y todo porque – según aprendimos en el Bachillerato – este historiador había relatado, entre otras cosas, la defensa a ultranza por los judíos, y la destrucción por los romanos, de la ciudad de Mezada (Metsada) en el siglo III de la Era Cristiana, según la información de la *Pan Am's World Guide*. La suerte de esta ciudad suele inspirar una valoración equiparable a la de nuestra Numancia celtibérica, ya que sus moradores se autodestruyeron antes que rendirse. Pues bien, la señora de la agencia, en su papel de buena vendedora de su artículo turístico, me hablaba del tema como de interés primerísimo. Por supuesto que su recomendación pasaba por ofrecerme una excursión a visitar las ruinas de dicha ciudad, y de paso darme un baño en las aguas salinas y espesas del Mar Muerto. Se trataba de vender, de ofrecer, de hacer almoneda recuperable y revertible de cualquier cosa o cosita que mostrase un mínimo marchamo de historia, de curiosidad, de particularismo. Tremendo este pueblo de Israel.

Yo me solía sentar en algún velador de la Plaza Dizengoff. Desde allí veía a la gente, miraba al mar y muy posiblemente tomara las notas sobre las cuales estoy escribiendo ahora lo que escribo. Observé que a Julio Iglesias lo conocían antonomásticamente por... Julio, sin más. Constaté asimismo la ratonería y chalanería del

restaurante en el que cené aquel penúltimo día de estancia en Tel-Aviv. Portaba yo con toda intención el bono de descuento (¡bah, algo testimonial, por supuesto!) que les presenté justamente en el momento en que me trajeron la cuenta, y no antes. Me dedicó el camarero una mirada así, como diciendo: "Hombre, una cosa es la propaganda y otra muy distinta la realidad". Me aplicaron la preceptiva rebaja a regañadientes. Quede simplemente reflejado el detalle, que ni mucho menos considero baladí.

Ya no recuerdo si aquella Noche Vieja – porque, no se olvide, estamos a 31 de diciembre de 1984 – ... no recuerdo si la recibí levantado. Acaso la esperase en la Recepción del Hotel; o tal vez me retirase a descansar, ajeno a unas horas en las que no tenía nada especial que celebrar; si acaso, el estar vivo, con ganas de escribir.

El día uno de enero, martes, mi último de estancia completa en Israel, lo dediqué a pasear y a sosegarme. Como mi viaje era de duración fijada de antemano, había que descartar en circunstancias normales modificación alguna respecto de la fecha de salida. Me puse a pasear. Me fijé en que las chicas de estas latitudes gustan mucho de llevar aritos y sortijas y adornos en los dedos. Pensaba en las descripciones del Arcipreste de Hita cuando miro a algunas de estas jóvenes: lo de la nariz aguileña, y los labios delgados y dientes afiladillos sigue vigente. Me fijé también en un viejo – lo más parecido a aquel cura Francisco de mis años párvulos en la escuela de don Valentín – con un abrigo-casulla o sobretodo – sotana negra llena de mugre – acompañado por una niña de unos diez u once años que le encajaba ser su nieta, y que le ayudaba a subir y a sentarse en un autobús: barbudo blanco, con una especie de gorro de tela de color indefinido debajo del sombrero y renegrado de porquería. Lo que digo: una bicoca para los barberos si se abriera la veda de los esquilamientos.

Dentro de un esquema doméstico de ocurrencias, una de las cosas más pintorescas y amenas que me sucedieron fue la de conocer en persona al dueño del Hotel Florida. Se trataba de un tal John Davidson, originario de una localidad de Dorset, Inglaterra, y que

poseía una finca urbana en nuestra Marbella. Nada más identificarnos se produjo una corriente de entendimiento y transvase de vivencias entre nosotros dos. El nexos de empatía indudablemente lo justificaba el temperamento rijoso y vividor de este inglés, dueño de un hotel en Israel, y propietario, como turista fijo que parecía ser, de un chalet en la Costa del Sol malagueña de España. Me dio su tarjeta detallada, con su dirección y teléfono en Inglaterra, aunque ya le dije que mis viajes al Reino Unido los veía ya muy improbables. También me especificó sus señas de Marbella, si bien allí no tenía teléfono. Estuvimos hablando únicamente de temas de mujeres, de turismo, y de folleto, como corresponde a dos hombres uncidos por el mismo y glorioso yugo de una compartida y vital incumbencia. Hablamos de muchas cosas, siempre girando más o menos equidistantemente alrededor de los referentes anteriores. Celebré su sentido de la proporción y su buen olfato en temas vivos, respecto de los cuales se levantan muchas patrañas a cargo de los ignorantes y envidiosos de turno. En general, se operó entre nosotros una sólida comunión de pensamiento. Me recomendó, por ejemplo, que no se me ocurriera ni por asomo ir a las islas Seycheles, donde – decía – hay playas bonitas pero donde las mujeres son horrorosas. Sagaz precisión. Le dije que por ese extremo podía perder cuidado porque con las islas que había visto ya tenía de sobra, pues todas vienen a ser lo mismo: tierra mejor o peor organizada, y rodeada de agua. Y que respecto de las negras, las feas eran por demás feas; y que se trataba de arrimarse a las negras guapas. No había problemas. No había pensado nunca volar a las Seycheles, con todos mis respetos por dichos parajes. Curioso tipo, uno de los más guerreros, sexuadamente hablando, que haya conocido jamás. Le faltó darme algún carnet o emblema con papel timbrado donde se anunciase su faceta de grandísimo follador. Me aseguraba igualmente el Sr. Davidson que lo mejor para agenciarse una chica, una compañera, era largarse a Filipinas y escoger de entre las muchas que están deseando salir del feudo de Marcos; [cosa que sin ser del todo errada adolece del supuesto de imaginar guapas a bastantes más mujeres filipinas de las que realmente lo son. Mágico: Como si de

proyectar la vigencia de lo augurado por Mr. Davidson se tratara, y aun con todas las diferencias de ocasión y las salvedades de personalidad, en la década de los noventa colocaría yo unos cuantos viajes más a Filipinas y me vería enredado en una tupidísima red de posibilidades, actuaciones y fiascos con mujeres, de las que quedaría vacunado para el resto de mis días]. En mis correteos por Andalucía, que desde 1972 es la Comunidad donde tengo mi trabajo, en un par de ocasiones, de paso circunstancial, me he dejado caer por la propiedad de este singular Sr. Davidson: siempre la he encontrado tenazmente cerrada, sin ni siquiera nadie por los alrededores a quien preguntar. Se trata, si mal no recuerdo, de un chalet circular, sólido, creo que luciendo la media esfera de los troncos de madera unidos que forman la circunferencia de la pared, de color marrón oscuro. Una buena propiedad a todas luces. No encuentra mi memoria nada recriminable de este amenísimo y curioso vividor. Muy al contrario.

Hemos llegado al final. El día 2 de enero, miércoles, me hago llevar al aeropuerto. Una brigadilla de chicas aduaneras y policías, aunque de paisano, se encargaban de preguntarnos, con el equipaje allí enfrente de nosotros y sobre una especie de tarima alzada, si lo habíamos dejado desatendido en algún momento desde que lo preparamos en el Hotel, salimos a la calle y lo trajimos al aeropuerto. Pues, no; no, que yo sepa..., suele ser la respuesta. Y por mi parte no hubo lugar para la excepción. No me había separado de mi maleta de mano en ningún momento. No contenía productos tóxicos, ni cortantes, ni explosivos, ni semillas, ni objetos de exportación prohibida. Después de aquel interrogatorio, un poco en serie de rutina, la chica policía que me tocó a mí, ya en plan conciliador, me preguntó si yo me podía imaginar la razón, el por qué, el fundamento de aquel proceder por parte de las autoridades israelitas. "Bueno – dije – supongo que por motivos de seguridad", aunque poniendo una cara que venia a decir: "Pero tratándose de mí, todo esto es innecesario". Embarqué en un avión de El-Al, la compañía bandera de Israel. Volar sobre el Mediterráneo rumbo a casa me resultó gratificante, congruo. Han pasado 18 años desde entonces. Me siento suficientemente

servido con la cuota de interés que le presté a esta parte de la geografía bíblica.

ÍNDICE

	Pg
Graciella, Nadia, Clelia: Río de Janeiro (Brasil): Agosto-septiembre 1980.....	1
Djela: Tirana (Albania), verano 1981.....	31
Cecilia; Alina: Santo Domingo (República Dominicana), verano, junio 1983.....	87
Oi (Bangkok); Lolita (Manila); Tryssia (Bali, Indonesia); Candy (Singapore): diciembre 1983-enero 1984.....	123
Sandra y Zaïlda; Carmen Nancy; hermanas libanesas; Sonia: Río de Janeiro (Brasil), abril 1984.....	189
Ana Tato (San José, Costa Rica); Blanca Rosa (Tegucigalpa, Honduras); Clara Hernández (Guatemala); Milagros y Luz; Cordelia (Santo Domingo, República Dominicana); Jessie (Cabo Haitiano, Haití) julio 1984.....	217
Mrs. Kennedy: Jerusalén, Israel: Navidad-Noche Vieja 1984 / Año Nuevo 1985.....	311